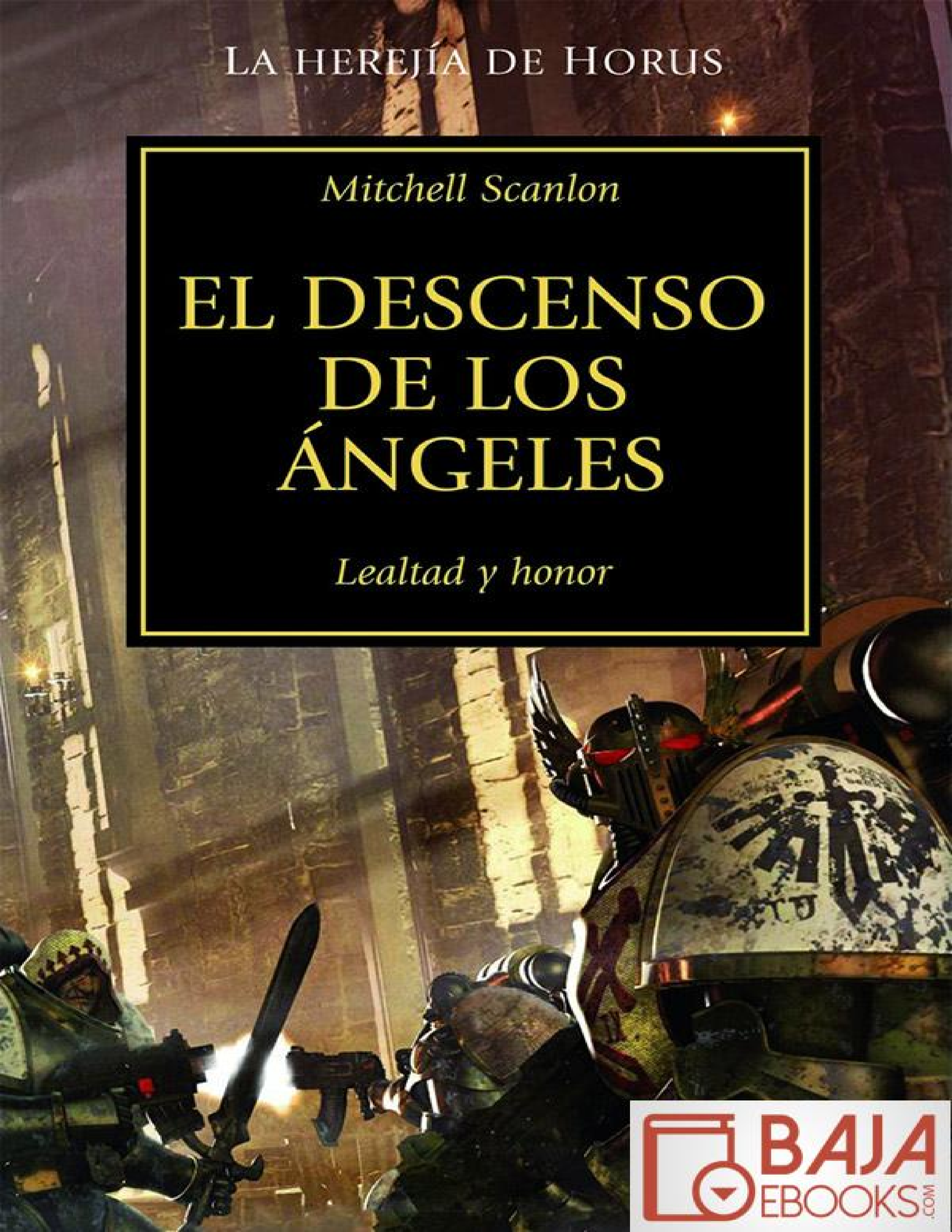

LA HEREJÍA DE HORUS
Mitchell Scanlon
EL DESCENSO DE LOS ÁNGELES
Lealtad y honor
BAJA EBOOKS.COM

El mundo de Caliban está cambiando. La Gran Caza de las bestias monstruosas que habitan en los interminables bosques casi ha acabado. Las visiones de Lion El'Jonson están dando sus resultados. Entre los caballeros seguidores de EL'Jonson se encuentra Zahariel, uno de los jóvenes miembros recién incorporados en la Orden, quien a pesar de la inexperiencia de su juventud ya a impresionado a sus instructores; parece tener un brillante futuro… excepto porque con la desaparición de las bestias de los bosques, la razón de existir de los caballeros queda puesta en tela de juicio. Con la desaparición de las bestias, ¿que será de Zahariel? ¿Que será de los caballeros de Caliban?

Las respuestas a estas preguntas llegan desde los cielos tan pronto como el Emperador de la Humanidad y sus Ángeles descienden para reclamar un hijo perdido, un Primarca perdido.



Mitchell Scanlon

El descenso de los ángeles

Lealtad y honor

Warhammer 40000. Herejía de Horus 6

ePUB r1.4
epublector 11.06.13


WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS

Título original: *Descent Of Angels: Loyalty and Honor*
Mitchell Scanlon, 2008
Traducción: Alicia Meléndez Sousa / Vicky Charques Cánoves (2008)

Editor digital: epublector
ePub base r1.0



LA HEREJÍA DE HORUS

Una época legendaria

Héroes extraordinarios combaten por el derecho a gobernar la galaxia. Los inmensos ejércitos del Emperador de Terra han conquistado la galaxia en una gran cruzada: los guerreros de élite del Emperador han aplastado y eliminado de la faz de la historia a innumerables razas alienígenas.

El amanecer de una nueva era de supremacía de la humanidad se alza en el horizonte.

Ciudadelas fulgurantes de mármol y oro celebran las muchas victorias del Emperador. Arcos triunfales se erigen en un millón de mundos para dejar constancia de las hazañas épicas de sus guerreros más poderosos y letales.

Situados en el primer lugar entre todos ellos están los primarcas, seres pertenecientes a la categoría de superhombres que han conducido los ejércitos de marines espaciales del Emperador a una

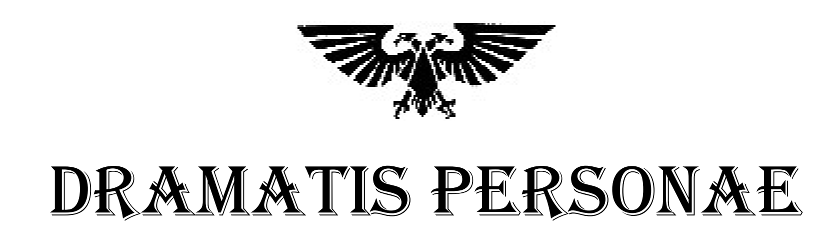
victoria tras otras. Son imparables y magníficos, el pináculo de la experimentación genética. Los marines espaciales son los guerreros más poderosos que la galaxia haya conocido, cada uno de ellos capaz de superar a un centenar de hombres normales en combate.

Organizados en ejércitos inmensos de decenas de miles de hombres llamados legiones, los marines espaciales y sus jefes primarcas conquistan la galaxia en el nombre del Emperador.

El más importante entre los primarcas es Horus.

Llamado El Glorioso, la Estrella Más Brillante, el favorito del Emperador, es igual que un hijo es para él. Es el Señor de la Guerra, el comandante en jefe del poderío militar del Emperador, dominador de un millón de mundos y conquistador de la galaxia. Se trata de un guerrero sin par, un diplomático eminente.

Cuando las llamas de la guerra se extienden por toda la galaxia, los paladines de la humanidad se venir enfrentados a su mayor desafío.



DRAMATIS PERSONAE

La Orden

LION EL'JONSON	Comandante de la Orden
LUTHER	Número dos de la Orden
ZAHARIEL	Caballero suplicante de la Orden
NEMIEL	Caballero suplicante de la Orden
RAMILE	Maestro de entrenamiento de la Orden
LORD CYPHER	Guardián de las tradiciones de la Orden
AMADIS	Héroe de Maponis, caballero de batalla de la Orden
HADARIEL	Caballero de batalla de la Orden
ATTIAS	Caballero suplicante de la Orden
ELIATH	Caballero suplicante de la Orden

Caballeros de Lupus

SARTANA	Señor de los Caballeros de Lupus

Ángeles Oscuros

ISRAFAEL	Bibliotecario Jefe de los Ángeles Oscuros

Los Cicatrices Blancas

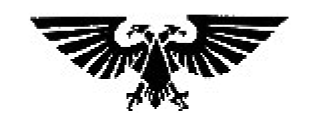
SHANG KHAN	Líder de la fuerza expedicionaria de los Cicatrices Blancas
KURGIS	Hermano de batalla astartes del Séptimo Capítulo

Los saroshi

LORD ALTA EXCELENCIA	Líder de la Burocracia Saroshi
DUSAN	Exégeta saroshi

Personajes no imperiales

HARLAD FURST	Supervisor de los territorios de Sarosh
CAPITÁN STENIUS	Capitán de la Causa Invencible
DAMA ARGENTA	Astrópata de la Flota, Causa Invencible
RHIANNA SOREL	Compositora y armonista



PRELUDIO

Comienza en Caliban.

Comienza antes de que el Emperador llegase a nuestro planeta, antes siquiera de que se hablase por primera vez de los ángeles. Entonces Caliban era diferente. No sabíamos nada del Imperio ni de la Gran Cruzada. Terra era un mito; no, ni siquiera eso: Terra era el mito de un fantasma de la memoria que nos había llegado de la mano de unos antepasados que llevaban mucho tiempo muertos. Era algo efímero y medio olvidado que no tenía importancia en nuestras vidas.

Se trataba de la Era de la Vieja Noche. Las tormentas de disformidad hacían imposible viajar entre las estrellas y todos los mundos humanos tenían que valerse por sí mismos. Habíamos pasado más de cinco mil años aislados del resto de la humanidad: cinco mil años. ¿Os imagináis cuánto tiempo es eso? Tiempo suficiente para que el pueblo de Caliban desarrollase su propia cultura y sus propias costumbres basándose en los patrones del pasado, pero distanciándose de lo que había ocurrido antes. Libres de la influencia de Terra, nuestra sociedad había avanzado en armonía con el mundo en el que vivía.

Teníamos nuestras propias creencias y costumbres, sí, incluso nuestras propias religiones.

Ahora muy poco nos queda de aquello tan preciado, por supuesto. Todo fue barrido con la llegada del Emperador. Me resulta increíble, pero los niños que nacen hoy en Caliban nunca han oído hablar de los Vigilantes ni han cabalgado un poderoso corcel de guerra. Nunca han sabido lo que representa dar caza a las grandes bestias. Ese es el pesar de nuestras vidas. Con el paso del tiempo, las tradiciones se olvidan. Naturalmente, aquellos que llegaron con el despertar del Emperador alegaban que todo era para bien. Estamos construyendo un mundo nuevo, un mundo mejor: un mundo a la medida del futuro.

Estamos haciendo un mundo mejor.

Los conquistadores siempre dicen lo mismo. No dicen que han venido a acabar con tus tradiciones. No hablan de hacer olvidar la sabiduría de nuestros abuelos, de darle la vuelta a todo o de sustituir tus antiguas creencias por un nuevo y extraño credo de su invención. Nadie admite por voluntad propia que pretendan minar los cimientos de tu sociedad y matar sus sueños. En lugar de eso, hablan de salvarte de la ignorancia. Supongo que creen que de esa forma suena mejor.

Pero lo cierto es que sigue siendo lo mismo, pese a quien pese.

Sin embargo, ahora me estoy adelantando, porque en este preciso momento de la historia de Caliban, todas estas cosas nos eran desconocidas. En aquella época, el Emperador bajaría de los cielos con sus ángeles y todo cambiaría. La Gran Cruzada aún no nos había alcanzado. Éramos inocentes en la inmensidad de la galaxia. Caliban era la suma total de nuestra experiencia y vivíamos felices en nuestra ignorancia, inconscientes de las fuerzas que se dirigían hacia nosotros y de cuánto transformarían nuestras vidas. En aquellos tiempos, Caliban era un mundo de bosques. Excepto por unas cuantas zonas destinadas a la agricultura, el planeta entero estaba cubierto de bosques primigenios encantados por las sombras. Los bosques definían nuestra vida. A no ser que un hombre construyese su casa en las montañas o viviese cerca de la costa, podría pasarse toda la vida sin ver el horizonte abierto ni una sola vez.

Nuestro planeta también era dominio de monstruos.

Los bosques estaban infestados de depredadores, por no hablar de las muchas otras amenazas. Entonces, cuando necesitábamos una palabra que no teníamos, la cogíamos del lexicón de la Cartografía del Imperio. Caliban es un mundo de muerte. Aquí hay pocas cosas que no sean capaces de matar a un hombre de una forma u otra. Animales carnívoros, flores venenosas, insectos ponzoñosos; las criaturas de este mundo sólo conocen una ley y es la de «matar o que te maten».

De todos los peligros para la vida humana, había una clase de criaturas que siempre se consideraron aparte de las demás. Infundían más miedo y eran más brutales que cualquier otro animal conocido.

Estoy hablando de las criaturas que llamábamos las grandes bestias. Cada una de las grandes bestias de Caliban se diferenciaba de sus congéneres como una espada se diferencia de una lanza. Cada criatura representaba el único ejemplo de su tipo, una especie única. Su diversidad era extraordinaria. Cada una de ellas podía tener forma de reptil o de mamífero, o de insecto, o incluso combinar las características de todos ellos y aunarlas en una combinación caótica.

Una podía atacar con uñas y dientes, otra con pico y tentáculos, otra usar cuernos y pezuñas o incluso escupir veneno corrosivo o sangrar ácido en vez de sangre. Si tenían una característica común, era que cada una de ellas parecía haber sido forjada en una pesadilla. A todo esto hay que añadir que todas poseían características de tamaño, fuerza, ferocidad y astucia que las hacían equipararse al cazador humano, por bien armado que estuviese.

No sería exagerado decir que las grandes bestias gobernaban el bosque. Muchas de las costumbres que había en Caliban tenían su origen en la presencia de las bestias. Para que la humanidad sobreviviese teníamos que ser capaces de mantener a las bestias a raya. En consecuencia, se crearon órdenes de caballería entre la nobleza para formar guerreros con destrezas y habilidades ejemplares, bien armados y entrenados para proteger a la sociedad humana contra los peores ataques de estos monstruos.

Los ayudaba la persistencia de ciertas tradiciones en la forja de armas y corazas. La mayor parte de la tecnología que nuestros lejanos ancestros

habían traído con ellos hasta Caliban había sido olvidada en nuestro aislamiento, pero los conocimientos en reparación y mantenimiento de pistolas y rayos explosivos, espadas con filo motorizado y armaduras que potenciaban la fuerza y el poder de los guerreros se habían mantenido. De acuerdo, eran versiones relativamente primitivas y carecían de la fiabilidad de los modelos más potentes que más tarde traerían los imperiales a Caliban, pero eran igualmente efectivas. No teníamos vehículos de motor, de forma que los caballeros de Caliban cabalgaban a lomos de corceles, enormes caballos de guerra criados de forma selectiva a lo largo de miles de años a partir de los pura sangre traídos a nuestro mundo por los primeros colonos.

A su debido tiempo, las órdenes de caballería emprendieron la construcción de las grandes fortalezas monasterio, que aún sirven como principales puntos de asentamiento en el Caliban moderno. Cuando alguna de las bestias empezaba a acechar algún asentamiento, el líder de la nobleza local organizaba una batida contra la criatura. Como reacción, los caballeros y los suplicantes acudían a la zona desde cualquier punto para demostrar su valía matando a la bestia y poniendo fin a la batida.

Así discurrió, pues, la vida en Caliban durante incontables generaciones.

Y esperábamos continuar así indefinidamente. Creíamos que nuestras vidas seguirían el mismo camino que anduvieron nuestros padres y abuelos.

Pero estábamos equivocados, por supuesto. El universo tenía otros planes para nosotros. El Emperador estaba en camino, pero las primeras corrientes de cambio en nuestra sociedad ya estaban en marcha mucho antes de su llegada. Algún tiempo antes de que el Emperador llegase a Caliban se había fundado una nueva orden de caballería en nuestro pueblo. Se llamaba simplemente «la Orden» y sus miembros postulaban la extraordinaria máxima de que todos los hombres habían sido creados iguales. Antes, era tradición reclutar caballeros única y exclusivamente entre la nobleza, pero la Orden empezó a reclutarlos entre todos los estratos de la sociedad. Mientras un individuo pudiese demostrar con su

valor y su carácter que merecía ser nombrado caballero, a la Orden no le importaba si era noble o plebeyo.

Ahora puede parecer una cuestión sin importancia, pero en aquella época el tema despertó no poca agitación y controversia. Los tradicionalistas acérrimos de las órdenes más establecidas lo veían como el principio de algo mucho peor que ellos creían que acarrearía inevitablemente el desmoronamiento de toda nuestra cultura y que haría de nosotros presa fácil para las grandes bestias. Hubo un caso en el que esta cuestión incluso llevó a una guerra abierta.

Un grupo que se autodenominaba Caballeros del Cáliz Escarlata atacó la fortalezca de la Orden en la montaña de Aldurukh y la asedió. En lo que más tarde se vería como uno de los momentos clave de la historia preimperial de Caliban, los caballeros de la Orden hicieron una salida y contraatacaron antes de que el enemigo hubiese formado las líneas de asedio.

La batalla resultante fue decisiva. Los Caballeros del Cáliz Escarlata fueron vencidos y se persiguió a los supervivientes hasta el último hombre. Con esta victoria, el futuro de la Orden quedaba garantizado. Los suplicantes acudían a ellos de todas partes y, en apenas unas cuantas décadas y la Orden se había convenido en uno de los grupos de caballería más poderosos y mejor considerados de Caliban.

Sin embargo, esto fue solo el principio. Independientemente de los sutiles cambios que trajera a nuestra sociedad el ensalzamiento de la Orden, no eran nacía comparados con lo que pasaría cuando el León llegase a Caliban.

Con la sabiduría que da la experiencia, ahora sabemos que Lion El'Jonson es uno de los primarcas, creado por el Emperador en laboratorios genéticos para dirigir el ejército de sus ángeles, pero en aquel tiempo lo encontrábamos mucho más extraordinario.

A nuestro pueblo no le faltaba sofisticación, ni éramos primitivos. Sin embargo, imaginad el efecto según se extendía por nuestro planeta la noticia de que un hombre había sido hallado viviendo como un salvaje, como un animal, en las profundidades de los bosques del norte, hermoso y

con el cabello enmarañado y apelmazado y con el cuerpo cubierto de barro.

Nadie sabía quién era y no articulaba una sola palabra del lenguaje humano. Había sobrevivido durante años, desnudo y desarmado, en el bosque, en una de las regiones más peligrosas de Caliban, un lugar en el que incluso caballeros totalmente armados dudaban aventurarse a no ser que formasen parte de un grupo más amplio. Pero esto no fue el final de las maravillas asociadas a esta extraña figura.

Para destacar los detalles de su descubrimiento, el hombre salvaje dio en llamarse Lion El'Jonson, que significa «El León, el Hijo del Bosque» en la antigua lengua de Caliban. Tras ser conducido a la sociedad humana, El'Jonson demostró en seguida un prodigioso talento para el aprendizaje.

Asimiló rápidamente las costumbres humanas y aprendió a hablar en cuestión de días. A partir de ahí, su velocidad de progresión aumentó exponencialmente. En unos cuantos meses, su mente podía equipararse a la de nuestros mejores sabios. Un mes después, había superado sus mayores logros y eran ellos quienes le iban a la zaga.

Nunca hablaba de sus días en el bosque ni de cómo acabó viviendo allí o de dónde había venido, pero su poder de razonamiento y su inteligencia parecían no estar afectados por el tiempo vivido en estado salvaje.

Su capacidad intelectual sólo podía equipararse a su potencia física. Nadie igualaba su fuerza y destreza en combate y dominó rápidamente las técnicas de la caballería para ser aceptado en la Orden.

Como era de esperar, dadas sus habilidades, El'Jonson ascendió rápidamente de rango en la Orden. Sus logros eran legendarios, y acompañados de su talento natural para inspirar intensa devoción en los demás, su presencia pronto llevó a un notable aumento en los reclutamientos. Según se incrementaba el número de caballeros en la Orden y se construían nuevas fortalezas monasterio para acomodarlos, El'Jonson y sus seguidores comenzaron a presionar para llevar a cabo una cruzada contra las grandes bestias. Su idea era llevar a cabo una campaña sistemática para acabar con las bestias de los bosques, región por región, hasta que Caliban quedase por fin libre de su azote. Surgieron objeciones a

esta idea, por supuesto. La Orden era la potencia militar dominante en Caliban, pero seguía siendo la primera de muchas a ojos de las demás órdenes de caballería. Dada la magnitud del plan que El'Jonson había propuesto, sería necesario que todas las órdenes de caballería trabajasen al unísono por un fin común para albergar alguna esperanza de éxito. Esta no era una empresa pequeña, teniendo en cuenta que los caballeros de Caliban siempre se habían inclinado hacia las contiendas y enfrentamientos entre ellos. Combinado con esto, el plan también necesitaría el apoyo de la mayor parte de los nobles y del pueblo llano. Aunque, en general en Caliban no somos de los que se van fácilmente tras un líder: cada hombre valora enormemente su propia opinión.

Entonces surgieron más problemas. Los pusilánimes afirmaban que sería imposible acabar con todas las bestias de los bosques. Era un objetivo demasiado ambicioso, un producto del orgullo. Algunos tenían un miedo exacerbado a las bestias y creían que cualquier plan de exterminación acabaría desencadenando un apocalipsis, al unir a las bestias contra la humanidad.

Finalmente surgieron preocupaciones incluso entre los que respaldaban el objetivo de El'Jonson. Algunos le aconsejaban precaución, El'Jonson había previsto un período de seis años desde el principio de la guerra contra las bestias hasta la victoria, pero hasta sus aliados creían que no era tiempo suficiente para alcanzar los objetivos del plan. Temían que hubiese infravalorado el factor humano. Había olvidado que el plan sería llevado a cabo por individuos que no compartían sus extraordinarias capacidades mentales y físicas, El'Jonson podía ser sobrehumano, pero era el único de su especie en Caliban. Su plan no sería llevado a cabo por superhombres. El trabajo duro y real lo harían hombres mortales.

Al final llegó el día para El'Jonson. Sus seguidores argumentaban que el pueblo de Caliban llevaba demasiado tiempo escondiéndose tras los muros de sus asentamientos. Llevaban demasiado temiendo a las bestias. El hombre había sido creado para dominar la naturaleza, decían, no al revés. Era hora de restaurar el equilibrio del mundo, acabar con el reino de las bestias y entregar a la humanidad el dominio de los bosques. «Este es

nuestro mundo», decían. «No es el mundo de las bestias. Es hora de que ocupemos nuestro lugar».

Así que la decisión estaba tomada y El’Jonson llevaría a cabo su campaña. Una a una, abatirían y matarían a las bestias. Fueron hacia los bosques. Las persiguieron hasta sus guaridas y las destruyeron. Aunque, al menos en una cosa, aquellos que se oponían a El’Jonson demostraron tener razón: llevó más de seis años finalizar la campaña. Hicieron falta diez años de lucha sin tregua, diez años de penurias, diez años viendo amigos morir o acabar mutilados, pero al final mereció la pena. Nuestra causa era justa y logramos nuestras ambiciones. Diez años y ya no quedaba ni una sola de las grandes bestias.

Me da la impresión de que en cierto aspecto he contado mal la historia, porque no he mencionado al hombre que podría contarla de forma fidedigna. He hablado de Caliban, de Lion El’Jonson y de la campaña contra las grandes bestias, pero he descuidado mencionar al personaje más importante de nuestra historia.

Estoy hablando de Luther.

Fue el hombre que encontró a El’Jonson en el bosque y le dio su nombre, el hombre que lo condujo a la civilización y le enseñó las costumbres de la sociedad humana. Era el único que en todas las proezas y gestas de El’Jonson, permanecía a su lado y estaba a su altura. Luther no contaba con las ventajas de El’Jonson en materia de guerra y estrategia. Había nacido hombre, después de todo; no había sido creado para ser más que humano. Y aun así según los actos de El’Jonson comenzaban a cambiar la cara de Caliban, Luther seguía caminando a su lado, considerando los logros del hombre salvaje como suyos propios. Demasiado a menudo el Imperio retrata a Luther como el demonio. Algunos dicen que sentía celos del León, porque aunque habían logrado muchas victorias juntos, siempre era El’Jonson quien recibía las alabanzas. Otros dicen que Luther se fue amargando por estar siempre a la sombra del León. Dicen que en aquellos días la semilla de la ira germinó en el corazón de Luther, la semilla de los odios futuros.

Pero quienes repiten tales cosas mienten. Luther siempre quiso a El'Jonson como a un hermano.

Conozco bien a Luther y podéis estar seguros de que estoy en posición de hablar de sus secretos. Luther es la clave para entender en gran medida, cómo el mundo llegó a donde está hoy, pero es mejor que ahora no hablemos demasiado de Luther. Sólo obraría en detrimento de mi historia. Empezar un cuento con tantos secretos tiende a causar confusión, después de todo. En mi experiencia, siempre es mejor ir construyendo Lis cosas poco a poco.

Pobre, pobre Luther, hablaremos de él a su debido tiempo, podéis estar seguros. A su debido tiempo. Todo se explicará a su tiempo.

Aunque, por ahora, ya se ha establecido el escenario de mi historia.

Es el décimo año de la campaña de El'Jonson contra las grandes bestias. Casi todas ellas han sitio aniquiladas, y sólo quedan unas cuantas, escondidas en la regiones más inhóspitas y menos pobladas del planeta.

Cuando haya desaparecido la última de las grandes bestias, podremos construir una nueva vida. Estableceremos nuevas colonias. Talaremos los bosques para obtener leña y madera y cultivaremos más campos. Por primera vez, tendremos el control de nuestra existencia en aspectos que nunca habíamos imaginado.

Empieza una era dorada para nuestro pueblo.

Es antes de que el Emperador llegase a nuestro planeta y antes de la era de los ángeles, pero las antiguas costumbres ya están desapareciendo. El mundo de nuestra infancia no será el mundo de nuestro futuro. Muchos no son felices con la perspectiva, pero es muy posible que el mundo en el que vivamos mañana sea uno que nadie pudo haber previsto. Los cambios pueden sacar lo peor y lo mejor de nosotros, o un poco de ambas cualidades al mismo tiempo. Algunos miran el horizonte y temen el futuro, mientras que otros miran y ven el destello de la bienvenida.

Es el décimo año de la campaña de El'Jonson y el mundo gira bajo nuestros pies. Sin saberlo, estamos a punto de comenzar una nueva era de progreso. Estamos a punto de conocer al Emperador y al Imperio. Estamos

a punto de convertirnos en ángeles, pero aún no sabemos nacía de estas cosas.

Caliban vive un período de inocencia, pero las nubes de tormenta empiezan a arremolinarse. Se dice que los hombres deberían desconfiar de los ángeles que lloran, porque donde caen sus lágrimas, los hombres se ahogan.

Así es nuestra vida. Estos son los días que nos formaron, que crearon nuestros conflictos y decidieron nuestro futuro. Este es un tiempo del que se escribirá mucho pero del que se comprenderá poco. Las historias contadas por aquellos que nos seguían serán corrompidas con falsedades e invenciones.

No sabrán por qué dimos la espalda al León.

No conocerán nuestros motivos, pero tú puedes conocerlos. Puedes saberlo todo. Ven, escucha y oirás mis secretos. Ven, escucha y hablaremos de Luther y de Lion El'Jonson. Hablaremos del cisma y de la guerra civil.

Daremos voz a los muertos.

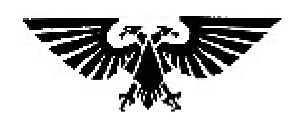
Ven, escucha, oye mis secretos.

Hablemos de los Ángeles Oscuros y del comienzo de su caída.



LIBRO UNO

CALIBAN



UNO

Comenzó con la oscuridad. Los ojos de Zahariel se abrieron de golpe un instante antes de que los hombres de lord Cypher viniesen a por él. Se despertó y vio una mano que bajaba para taparle la boca. Lo sacaron de su lecho, le pusieron una capucha en la cabeza y le ataron los brazos a la espalda. Así, fue llevado a ciegas por una serie de pasillos. Cuando al fin hicieron un alto, oyó a uno de sus captores llamar tres veces a una puerta.

La puerta se abrió y lo empujaron adentro.

—¿A quién traéis ante nosotros? —preguntó una voz desde la oscuridad.

—A un extraño —dijo lord Cypher junto a él—. Lo hemos traído atado y con los ojos vendados. Quiere entrar.

—Acércalo —respondió la primera voz.

Zahariel sintió unas manos en sus brazos y hombros. Lo empujaron bruscamente hacia adelante y lo obligaron a arrodillarse. Se estremeció cuando sus rodillas desnudas tocaron el suelo de fría piedra. Para no dejar que sus captores creyesen que tenía miedo, intentó ahogar un escalofrío.

—¿Cómo te llamas? —Oyó una vez más la primera voz, esta vez más alto. Su tono era rico y profundo, una voz acostumbrada a mandar—. ¿Cuál es tu linaje?

—Soy Zahariel El'Zurias —contestó y, manteniendo una costumbre ancestral, Zahariel recitó su linaje completo y se preguntó si sería la última vez que pronunciaría esas palabras—. Soy el único hijo vivo de Zurias El'Kaleal, hijo a su vez de Kaleal El'Gibrael. Mi familia desciende del linaje de Sahiel.

—Un noble —dijo una tercera voz. En cierto modo, esta voz era más fascinante que las otras, su tono era incluso más magnético y convincente que la primera—. Cree que se le debería permitir estar entre nosotros porque su padre era importante. Yo digo que no es lo bastante bueno. No es digno de ello. Deberíamos lanzarlo desde la torre y acabar con él.

—Ya veremos —repuso la primera voz. Zahariel oyó el sonido áspero y revelador de un cuchillo al salir de su vaina. Sintió la incómoda sensación del frío metal contra su piel cuando la hoja le presionó el gaznate.

—Primero lo pondremos a prueba —dijo la voz de la oscuridad—. ¿Sientes el acero en la garganta?

—Sí —respondió Zahariel.

—Has de saber, entonces, que la mentira es una traición de nuestros votos. Aquí sólo se dice la verdad. Si mientes, lo sabré. Si oigo una mentira, te corto el cuello. ¿Aceptas estas condiciones?

—Sí, las acepto.

—¿Sí? Entiende esto, estoy pidiendo un juramento. Aun cuando te aparte el cuchillo del cuello, aun cuando haya muerto, aun cuando el cuchillo se oxide y no sirva para nada, el juramento que has hecho junto a su filo seguirá obligándote. ¿Estás preparado para hacer el juramento?

—Estoy preparado —dijo Zahariel—. Haré el juramento.

—Primero di me qué derecho tienes a estar aquí. ¿Quién eres para solicitar la entrada a nuestra reunión? ¿Con qué derecho afirmas ser merecedor de estar entre nosotros?

—He completado la primera parte de mi entrenamiento y mis maestros me han juzgado digno —respondió Zahariel.

—Eso es un comienzo, pero hace falta mucho más que eso para ser bienvenido entre nosotros. Por eso debemos ponerte a prueba.

Zahariel sabía que irían a por él. El maestro Ramiel se lo había dicho el día anterior, aunque, como de costumbre, las palabras del anciano estaban envueltas en sombras y ocultaban tanto como desvelaban.

«Entiende que no puedo decirte mucho», había dicho el maestro Ramiel. «Así no es como se hacen estas cosas. El ritual de iniciación es ancestral. Se remonta a miles de años de la fundación de la Orden. Algunos incluso sostienen que nuestros antepasados pudieron haberlo traído consigo de Terra».

—Comprendo —dijo Zahariel.

—¿Sí? —preguntó su maestro.

Se dio la vuelta para mirar a Zahariel rápidamente, con los ojos ocultos. En el pasado, Zahariel había sentido la necesidad apartar la vista a la intensidad de su mirada, pero ahora miraba directamente a los ojos del anciano.

—Sí, creo que sí —dijo el maestro Ramiel, tras una pausa. Una sonrisa arrugó su erosionado rostro—. Tú eres distinto, Zahariel. Lo vi en tu cara cuando acudiste por primera vez a nuestra orden.

Estaban sentados en una de las muchas salas de prácticas del interior de Aldurukh, donde los caballeros y los suplicantes pasaban el día entrenando las destrezas necesarias para sobrevivir en Caliban. La sala de prácticas estaba vacía, era tan temprano que ni los suplicantes se habían levantado todavía. Normalmente, Zahariel también estaría en la cama, pero un mensaje del maestro Ramiel lo había llevado hasta la sala de prácticas una hora antes del amanecer.

—En el transcurso de esta noche asistirás a tu ceremonia de iniciación en la Orden —dijo el maestro Ramiel—. Durante la ceremonia, harás tu juramento de lealtad y comenzarás tu viaje como caballero de la Orden.

—¿Le gustaría conducirme en el transcurso de la ceremonia? —preguntó Zahariel—. ¿Para que sepa lo que me espera?

Ramiel negó con la cabeza y Zahariel supo que tenía otras cosas en mente.

—A pesar de lo que dicen algunos de nuestros rivales, los caballeros de la Orden no son totalmente inmunes a la atracción de las tradiciones. Entendemos el importante papel que pueden desempeñar en nuestras vidas. Los seres humanos necesitan rituales: aportan significado a su vida diaria y dan peso a nuestros actos. Por descontado, discrepamos de aquellos que sostienen una visión religiosa con tales cosas. No vemos ningún significado sobrenatural en las tradiciones, ya sean las nuestras o las de los demás. Desde nuestro punto de vista, la función más importante de los rituales y las tradiciones no es tener ningún efecto en el mundo exterior, sino dotar de estabilidad y equilibrio al mundo interior de la mente. Si la tradición tiene alguna otra función externa, es crear un sentido social de cohesión. Casi podría describirse como el pegamento que mantiene a nuestra sociedad unida.

El anciano volvió a hacer una pausa.

—Me miras de forma extraña, Zahariel. ¿He tocado algún nervio?

—No —dijo Zahariel—. Sólo estoy cansado, maestro. No esperaba una lección sobre tradición a esta hora de la mañana.

—Cierto; tienes razón, no te he traído aquí para discutir sobre los aspectos sociales de la tradición. Estoy más preocupado por el simbolismo de algunos de los rituales de la Orden. Quiero asegurarme de que entiendes su significado antes de que vengan a por ti.

El maestro Ramiel se puso en pie y se dirigió al centro de la sala. Según las tradiciones de la Orden, en el suelo de la sala de prácticas había una espiral dibujada que se extendía de una punta a otra de la dependencia.

—¿Sabes por qué está esto aquí, Zahariel? ¿La espiral?

—Lo sé, maestro —contestó Zahariel, incorporándose para acercarse a Ramiel—. La espiral es la base de toda la lucha de la Orden, forma parte de sus doctrinas físicas del mismo modo en que el *Verbatim* es la piedra angular de nuestra disciplina mental.

—Cieno, Zahariel, pero es mucho más que eso. Desde tu primer día te han hecho caminar sobre la espiral del suelo de la sala de prácticas, realizar rutinas de ataque y defensa preestablecidas en las diferentes etapas de tu viaje. ¿Sabes por qué?

Zahariel dudó antes de responder.

—Suponía que se trataba de un antiguo ritual de espada de Terra. ¿No lo es?

—Posiblemente —admitió Ramiel—, pero al practicar rigurosamente la espiral, repitiendo una y otra vez el dibujo día tras día durante años hasta que los movimientos acaban formando parte de ti, dominarás un sistema de defensa personal imbatible.

El maestro Ramiel empezó a hablar de la espiral, y su bastón se movía como en una elaborada danza de ritual de combate.

—Los caballeros de la Orden suelen derrotar a representantes de otras órdenes de caballería en torneos y simulacros de duelo. La espiral es el motivo.

Finalmente, Ramiel alcanzó el centro de la espiral e indicó las líneas que lo rodeaban con un amplio movimiento de su bastón.

—Mira el dibujo que tenemos ante nosotros. Esta sala ha estado aquí desde que se fundó el monasterio de Aldurukh. Mira lo lisos que están los contornos de la espiral en algunas zonas, pulidas por los pies de los miles de guerreros que han caminado por este sendero desde que se puso aquí. Pero ¿qué es la espiral, Zahariel? ¿Qué ves aquí?

—Veo ataque y defensa —respondió Zahariel—. Es el camino hacia la excelencia y hacia la derrota de mis enemigos.

—¿Ataque y defensa? —El maestro Ramiel movió la cabeza al decir estas palabras, como si las estuviese ponderando—. Es una buena respuesta, por lo que a mí respecta. Has hablado como un auténtico guerrero. Pero un caballero ha de ser más que un simple guerrero. Debe ser el guardián y guía de nuestro pueblo. Debe protegerlo de todos sus enemigos, no sólo de los humanos y las bestias. No basta con proteger a nuestro pueblo de las bestias, o de los señores de la guerra y los bandidos. El camino hacia la excelencia es mucho más duro y pedregoso que ése. No, debemos intentar proteger a la población de Caliban de cualquier amenaza que la ataque. Hemos de hacer lo que esté en nuestras manos para protegerlos del hambre y la miseria, de la enfermedad y la malnutrición, del sufrimiento y las privaciones. A la larga, te lo garantizo, es una tarea

imposible. Siempre habrá sufrimiento. Siempre habrá dificultades, pero la Orden existe desde hace tanto tiempo que debemos de esforzarnos en derrotar estos males. La medida de nuestro éxito en este caso no está en ganar la batalla, sino en nuestro deseo de librarla. ¿Comprendes?

—Creo que sí, maestro —respondió Zahariel—, pero no veo qué relación guarda con la espiral.

—La espiral es un símbolo antiguo —dijo el maestro Ramiel—. Dicen que fue hallada tallada en una de las tumbas más antiguas de la humanidad. Representa el viaje que hacemos en la vida. Eres joven, Zahariel, y tu experiencia de las cosas es limitada, pero te contaré un misterio de la vida que se revela a medida que un hombre va envejeciendo. Nuestras vidas se repiten. Una y otra vez nos enfrentamos a los mismos conflictos. Llevamos a cabo los mismos actos. Cometemos los mismos errores. Es como si el círculo de nuestra vida estuviese fijado en el mismo punto y repitiese sin fin patrones similares desde el nacimiento hasta la muerte. Algunos lo llaman «el eterno regreso». Lo que es cierto para los individuos también lo es para la humanidad como conjunto. Sólo hay que echar un vistazo a la historia para darse cuenta de que repetir los mismos errores no es sólo una locura de los individuos. Culturas y naciones enteras hacen exactamente lo mismo. Deberíamos haber aprendido, pero por alguna razón, nunca lo hacemos.

—Si es cierto, si la espiral representa nuestras vidas, ¿adónde nos lleva? —preguntó Zahariel, mirando el dibujo que tenían a sus pies—. La espiral nunca llega a su fin. En cualquier lugar en el que las líneas podrían terminar, se vuelven sobre sí mismas y crean un modelo repetido.

—¿A qué te recuerda? —inquirió Ramiel.

Zahariel ladeó la cabeza y respondió:

—Es como una serpiente que se muerde la cola.

—Es un símbolo muy antiguo —asintió Ramiel—, uno de los más antiguos.

—¿Qué significa?

—Es el símbolo del renacimiento y la renovación —dijo Ramiel—. El símbolo del nuevo comienzo y la inmortalidad.

Zahariel asintió, aunque el sentido de mucho de lo que estaba diciendo se le escapaba.

—Si dices que nuestras vidas se repiten, ¿no es lo mismo que las enseñanzas de los religiosos intransigentes? Dicen que después de la muerte nuestros espíritus se reencarnan en cuerpos nuevos. Ellos también hablan de su propia espiral. Dicen que existe en el inframundo y que al recorrerla elegimos el camino de nuestro renacimiento. ¿Es cierto?

—No lo sé —respondió el maestro Ramiel.

Al ver la expresión de la cara de Zahariel, Ramiel volvió a sonreír.

—No te quedes así, Zahariel. Sé que es algo común a todos los suplicantes ver a sus maestros como la fuente de toda sabiduría y conocimiento, pero hasta mi perspicacia tiene un límite. Sólo puedo hablar de los caminos que recorremos en vida. De lo que ocurre después de la muerte, ¿quién sabe? Por propia naturaleza, la muerte es un misterio irresoluble para nosotros. Nadie ha regresado de esos lindes, al menos que yo sepa, así que ¿cómo puede nadie definir su naturaleza? ¿Somos simplemente una colección de procesos físicos que comienza con el nacimiento y termina con la muerte, o hay más en nosotros que eso? Muéstrame al hombre que afirme tener la respuesta a esa pregunta y yo te mostraré a un mentiroso.

Sin esperar sus comentarios, el maestro Ramiel continuó:

—Sin embargo, nos estamos apartando del tema. Te he traído aquí porque quería enfatizar el simbolismo que descansa en nuestras tradiciones. Antes te dije que no podía revelarte mucho acerca de tu próxima ceremonia de iniciación. No sería propio de mí hacerlo. Es mejor que experimentes la ceremonia sin prejuicios. Simplemente quería asegurarme de que sabes que las circunstancias externas de la ceremonia, el ritual y lo que conlleva tienen un significado que se extiende más allá de los aspectos meramente físicos. Todas estas cosas son simbólicas. Recuerda, esto no es sólo una iniciación, sino una ceremonia de renacimiento. Simbólicamente, renacerás de un estado a otro. Harás la transición de suplicante a caballero y de niño a hombre. Mañana, el

antiguo Zahariel habrá muerto —dijo finalmente el maestro Ramiel—. Le deseo lo mejor al nuevo Zahariel y que tenga una vida larga y digna.

Fue más un interrogatorio que una prueba.

Zahariel se arrodilló en el suelo de piedra con la cabeza cubierta, las manos atadas y el cuchillo en su cuello. Se arrodilló mientras sus captores ocultos le hacían rápidas preguntas una tras otra. Al principio, lo interrogaron largo y tendido acerca del *Verbatim*. Insistieron en que recitase pasajes enteros de memoria. Le hicieron explicar el significado de cada pasaje. Le preguntaron sobre su manejo de la espada, si era mejor respondiendo a un ataque descendente a dos manos eludiendo el golpe o parándolo.

—¿Qué tipo de parada? —preguntó la primera voz, tras haber escuchado la respuesta—. Tu oponente es diestro y su golpe viene hacia ti desde una línea diagonal alta. ¿Te desvías hacia la derecha o hacia la izquierda? ¿Le das luego una estocada, una contracuchillada o un puñetazo con tu mano libre? ¿Deberías tener esa mano libre? ¿Dónde llevas la pistola? Contesta rápido.

Y así continuó. Le hicieron preguntas sobre caballos de batalla, sobre la caza de bestias, sobre pistolas, espadas, lanzas, estrategia y supervivencia en la naturaleza. Le preguntaron sobre los peligros de las flores de raíces dulces, los lugares más seguros para buscar cobijo en el bosque durante una tormenta inesperada y cómo diferenciar las huellas de un pájaro mellei y un raptor. Le pidieron que explicase las decisiones que tendría que tomar en caso de emboscada, qué señales debía tener en cuenta un comandante al cerrar un perímetro defensivo y cuál era la mejor forma de atacar a un enemigo que tiene las ventajas tanto de estar en posición elevada como fija.

—¿Cuáles son las bases aceptadas para retar a un caballero de otra orden a un duelo? —le preguntó la segunda voz, que sabía que era la de lord Cypher—. ¿Cómo debería desarrollarse el duelo? ¿Cómo escoges a tus segundos? ¿Qué armas eliges? ¿Dónde debería tener lugar? ¿Es el

honor lo único a tener en cuenta, o debe haber más consideraciones? Contesta rápido.

Había más hombres en la sala, estaba seguro, pero sólo tres de sus captores participaban en el interrogatorio. Lo hacían con suavidad, aunque todos ellos contaban con mucha experiencia en estas situaciones, y tras sus respuestas formulaban rápidamente otra pregunta.

A veces, intentando confundirlo, dos de ellos hacían dos preguntan diferentes a la vez. Zahariel no se puso nervioso ni se dejó intimidar, no dejó que las desalentadoras condiciones minasen su confianza. No le importó que no pudiese ver o que tuviese las manos atadas. No le importó tener un cuchillo en la garganta. No fracasaría en la prueba. Había llegado demasiado lejos. No caería en el último obstáculo.

—Esto ha sido una pérdida de tiempo —dijo la tercera voz—. ¿Me oís? Estamos perdiendo el tiempo. Este mocoso nunca será caballero. Poco importa lo que digan sus maestros. No tiene lo que hay que tener. Tengo un sexto sentido para estas cosas. Yo digo que le cortemos el cuello y acabemos de una vez. Siempre podremos encontrar a otro candidato que quiera ser caballero, uno que merezca más ese honor.

Las preguntas del tercer hombre siempre eran las más difíciles. La mayor parte del tiempo no formuló ninguna pregunta. En su lugar, abusaba verbalmente de Zahariel, como si intentase denigrarlo a ojos de los demás. Los otros dos no reaccionaban cuando Zahariel respondía a una pregunta correctamente, pero el tercer hombre siempre respondía con cólera y sarcasmo. En más de una ocasión acusó a Zahariel de tener conocimientos «de libro» en lugar de ser un hombre de acción. Le acusó de carecer de resistencia y fibra. Le dijo a Zahariel que no contaba con la verdad interior necesaria para convertirse en caballero. Una y otra vez, intentó persuadir a sus camaradas de que Zahariel no era lo que estaban buscando.

—Traerá la vergüenza a nuestra orden —dijo la tercera voz, durante una conversación especialmente acalorada con los demás—. Será una vergüenza para nosotros. Es un inútil. Hemos de ser más duros con estas cosas. Una piedra mal puesta en una pared basta para que se derrumbe toda la estructura. Es mejor matarlo, aquí y ahora, que correr el riesgo de que

un día pueda destruimos. Debió ser ahogado el día de su nacimiento, como los hijos de la deshonra.

—Demasiado lejos —replicó la primera voz, la del hombre que sostenía el cuchillo contra el cuello de Zahariel—. Cumples tu función, hermano, pero has ido demasiado lejos. El joven que tenemos ante nosotros no ha hecho nada para ganarse tu desdén. Lo tratas con demasiada dureza. Ha demostrado que es merecedor de seguir entrenando con nosotros.

—Es válido —admitió lord Cypher—. Ha pasado la prueba. Ha respondido a todas las preguntas. Yo voto en su favor.

—Al igual que yo —afirmó la primera voz—. ¿Qué hay de ti, hermano? ¿Te ha convencido? ¿Harás que la decisión sea unánime?

—Lo haré —dijo la tercera voz, tras lo que pareció una duda eterna—. He cumplido mi función, pero no tengo dudas desde el principio. Es válido. Voto en su favor.

—Hay acuerdo —anunció lord Cypher—. Pasemos al juramento. Pero antes… Lleva en la oscuridad mucho tiempo. Sacadlo a la luz.

—Cierra los ojos —le ordenó la primera voz, mientras alejaba el cuchillo de su cuello. Zahariel sintió cómo unas manos le quitaban el capuchón que le cubría la cabeza—. Luego espera un momento antes de abrirlos. Tras estar a oscuras, puede que la luz te ciegue.

Levantaron la capucha y, finalmente, vio a los interrogadores.

Al principio, lo único que pudo ver Zahariel fueron formas borrosas y contornos mientras la luz de la sala le apuñalaba los ojos.

Lentamente, su visión se fue restaurando. Los borrones tomaron las formas de cuerpos y caras diferentes. Vio un círculo de caballeros con hábitos que lo rodeaban. Algunos sostenían antorchas y, cuando le cortaron las cuerdas de las muñecas, alzó la vista y vio las caras de los tres interrogadores que lo miraban.

Tal y como esperaba, uno de ellos era lord Cypher, un anciano del que muchos jóvenes suplicantes pensaban que hacía tiempo que había pasado su mejor edad.

Lord Cypher le guiñó un ojo y le echó un vistazo con una mirada que ya estaba a punto de sucumbir a las cataratas. Las otras dos caras pertenecían a dos individuos mucho más impresionantes.

A un lado estaba Sar Luther, una figura fuerte y robusta que apoyó a Zahariel con una cordial sonrisa, animándolo para que no se intimidara con la solemnidad de la ocasión.

Al otro lado había un hombre que ya era una leyenda, del que se rumoreaba que acabaría convirtiéndose en el próximo Gran Maestre de la Orden: Lion El'Jonson.

En sus primeros años de la Orden, fue la vez que Zahariel estuvo más cerca de El'Jonson, y notó que los sentidos y la razón lo abandonaban ante la increíble presencia del guerrero. Era mucho más alto que Zahariel y el joven se sorprendió mirando atentamente al magnífico espécimen leonino, de físico perfecto, con descarado asombro.

—Cuidado, muchacho, tu mandíbula corre peligro de desprenderse. —Luther empezó a reírse.

Zahariel cerró la boca y luchó por disimular su adoración por el León con un éxito moderado. El León pasaba la mayor parte de su tiempo en los bosques, dirigiendo la campaña contra las grandes bestias, y sólo volvía a Aldurukh en contadas ocasiones tras períodos prolongados. De forma que era un honor sin precedentes contar con la atención de una figura tan insigne y entrar a formar parte de la Orden de la mano de una leyenda tan grande.

—Deberíamos acabar ya con esto —apuntó Sar Luther—. Estoy seguro de que a nuestro amigo le gustaría incorporarse lo antes posible.

Mientras hablaba, Zahariel sentía el resonar de la voz de Luther y sabía que su fuerza haría que los hombres lo siguieran a las profundidades del infierno si él les ordenase marchar a su lado.

Había quedado tan asombrado al ver a Lion El'Jonson ante él que casi había olvidado a Luther por completo. Más tarde, se le ocurrió que había sido bendecido por partida doble. Su ceremonia de iniciación había sido oficiada por dos de los hombres más grandes de su era: El'Jonson y Luther. Si bien era cierto que Luther no podía equipararse en ninguna

forma a la extraordinaria estatura y musculatura de El'Jonson, resultaba una figura exactamente igual de ejemplar y heroica. Cada uno a su manera, ambos eran gigantes.

—Tu tono es inapropiado —dijo lord Cypher, fijando sus ojos medio ciegos en Luther—. La iniciación de un nuevo miembro de la Orden no es momento para ligerezas. Es un tema sobrio y serio. Casi podría describirse como sagrado.

—Debes disculpar a mi hermano, lord Cypher —intervino El'Jonson, posando una de sus enormes manos en el hombro del anciano en un ademán conciliador—. No ha pretendido ofender. Simplemente es consciente de que hay otros asuntos apremiantes que requieren nuestra atención.

—No hay nada más importante que la iniciación de un nuevo suplicante —observó lord Cypher—. El joven que tenemos ante nosotros sigue en el umbral. Ha venido hacia la luz, pero aún ha de hacer su juramento. Hasta entonces, no será uno de nosotros. Ha llegado el momento de derramar sangre.

Se volvió hacia Zahariel y le puso la hoja contra la palma de la mano.

El corte recorrió en diagonal su palma izquierda y le causó un instante de dolor, pero era poco profundo y sólo pretendía derramar sangre para fines ceremoniales. Era simbólico, tal y como el maestro Ramiel le había dicho.

En el clímax de la ceremonia se realizó el juramento.

—Zahariel, ¿juras por tu sangre que protegerás al pueblo de Caliban?

—Lo juro —afirmó.

—¿Juras acatar las reglas y restricciones de la Orden y nunca revelar sus secretos?

—Lo juro.

—De hoy en adelante, considerarás a todos los caballeros de la Orden tus hermanos y nunca alzarás la mano contra ellos si no es en forma de duelo judicial o una sanción por cuestión de honor. Debes de jurarlo por el dolor de tu futura muerte.

—Por mi muerte, lo juro —respondió.

Hubo un momento particularmente escalofriante en el juramento, ya que lord Cypher sostenía el cuchillo ante Zahariel para permitirle ver su cara reflejada en la superficie junto a la mancha roja de su sangre en el filo de la hoja.

—Has hecho un juramento de sangre —dijo lord Cypher—. Te has comprometido. Pero ahora has de ir más allá. —Lord Cypher giró la hoja para que quedase plana sobre la palma de su mano—. Pon la mano en el cuchillo y jura por el compromiso más sangriento y vinculante. Esta hoja ya ha probado tu sangre. Te ha cortado la palma. Sea este cuchillo el guardián de tus votos. Si algún acto futuro demuestra que las palabras que has pronunciado aquí son mentiras, que el cuchillo que te ha cortado la palma te corte la garganta. Júralo.

—Lo juro —dijo Zahariel colocando la mano sobre el cuchillo—. Si las palabras que hoy he pronunciado son mentiras, que este cuchillo me corte la garganta.

—Ya está, entonces —asintió lord Cypher, satisfecho—. Tu antigua vida ha muerto. Ya no eres el muchacho llamado Zahariel El'Zurias, hijo de Zurias El'Kaleal. De hoy en adelante ya no hablarás de linaje ni de los antepasados de tus padres. Ya no eres noble ni plebeyo. Todo eso queda atrás. Desde este momento eres un caballero de la Orden. Has vuelto a nacer. ¿Comprendes?

—Comprendo —respondió Zahariel y su corazón se llenó de orgullo.

—Levántate, entonces —le ordenó lord Cypher—. Ya no hay razón para arrodillarse. Estás entre hermanos. Aquí todos somos hermanos. Yérguete, Zahariel de la Orden.



DOS

La herida de la palma no dejaría cicatriz. Se curaría a su tiempo y tras unos cuantos meses no quedaría marca alguna de que su mano hubiera sido cortada alguna vez. Por extraño que parezca, Zahariel sentía que la herida siempre estaba allí. No le dolía en absoluto ni le molestaba. Después, cuando agarraba la culata de su pistola, lo hacía con la misma fuerza de siempre.

A pesar de ello, Zahariel sentía la presencia de la herida, aun después de que se le hubiese curado. Había oído que, a veces, los hombres sentían picores fantasma cuando perdían un miembro, una curiosa disfunción del sistema nervioso que los apotecarios no conseguían explicar. Lo mismo le ocurría a Zahariel. En ocasiones, tenía una sensación vaga e insustancial en la mano, como si alguna parte de su mente le recordase sus votos.

Siempre estaba con él, como una línea de la palma, invisible al ojo pero igualmente presente, como si estuviese grabada en su propia alma. Si hubiera querido darle un nombre, la habría llamado «conciencia».

Fuese cual fuese la causa, la sensación de la herida fantasma en la palma de su mano permanecería con él el resto de su vida. Llegado un momento, casi se acostumbraría a ella.

Zahariel y Nemiel se habían criado juntos.

Apenas se llevaban unas semanas y tenían vínculos de sangre. Aunque eran primos lejanos, nacidos de ramas diferentes de la misma familia de nobles, sus rasgos eran tan parecidos que podían pasar por hermanos. Compartían el mismo rostro delgado que los caracterizaba y el perfil aquilino de sus antepasados, pero los lazos que los unían iban más allá de cualquier similitud física accidental.

Según las tradiciones monásticas de la Orden, todos los caballeros de la hermandad se consideraban hermanos. Sin embargo, para Zahariel y Nemiel su hermandad iba más allá de ese tópico. Se consideraban mutuamente hermanos mucho antes de unirse a la Orden como suplicantes. Con los años, sus lazos se habían puesto a prueba en incontables ocasiones y habían demostrado ser auténticos. Confiaban el uno en el otro de mil formas, incluso cuando su cordial rivalidad los empujaba a llegar más lejos.

Era natural que hubiese un elemento de competitividad, de rivalidad entre hermanos, en la relación que los unía. Desde los primeros días de su infancia habían intentado superarse el uno al otro en todo lo posible. En cualquier competición, habían luchado por ser el ganador. Ambos querían ser el corredor más veloz, el nadador más fuerte, el tirador más certero, el mejor jinete, el más hábil con la espada; la naturaleza exacta de la prueba no importaba, mientras uno de ellos pudiese vencer al otro.

Sus maestros de la Orden se habían dado cuenta de la competición que había entre ellos desde el principio y los animaban. Por separado podrían haber sido considerados candidatos para la caballería. Juntos, empujados por su rivalidad mutua, habían aumentado en gran medida sus posibilidades.

Sus maestros lo reconocían con discreción, ya que en Caliban no se estilaba hacer halagos innecesarios, pero se confiaba en que tanto Zahariel como Nemiel lo harían bien y llegarían lejos en la Orden.

Como el mayor de los dos, aunque sólo fuese por cuestión de semanas, su competición quizá fuese más dura para Nemiel de lo que era para Zahariel. A veces sentía su rivalidad como una carrera que no podría ganar. Siempre que Nemiel creía que había conseguido vencer a su rival,

Zahariel le demostraba rápidamente que se equivocaba igualando y superando sus logros.

A cierto nivel, Zahariel reconocía la importancia del papel que su hermano tenía en sus triunfos. Sin Nemiel para compararse, para esforzarse en superarse, nunca habría conseguido entrar en la Orden. Quizá nunca habría conseguido ser caballero. En consecuencia, nunca envidiaba los triunfos de su hermano. Si acaso, los celebraba tanto cómo los suyos propios.

Para Nemiel, sin embargo, era diferente. Hubo un tiempo en que, desesperado porque su hermano siempre lo dejaba atrás, comenzó a tener reservas secretas hacia los logros de Zahariel. A pesar de que se esforzaba al máximo por controlar sus pensamientos, Nemiel hallaba una pequeña voz en su interior que deseaba que Zahariel no cosechase demasiados éxitos. No es que alguna vez le desease el fracaso a su hermano, sino simplemente que los triunfos de Zahariel fuesen más limitados en magnitud que los suyos. Quizá era algo infantil, pero la competición entre ellos había definido sus vidas durante tanto tiempo que a Nemiel le resultaba difícil dejarla atrás. En muchas formas, su relación con Zahariel siempre tendría más que ver con la rivalidad que con la hermandad.

Era la naturaleza de sus vidas.

En el futuro, decidiría su destino.

—Si eso es lo mejor que tienes —se burló Nemiel, bailando fuera del alcance de la estocada de Zahariel—, será mejor que abandones ahora.

Zahariel se adelantó y acercó su espada de entrenamiento al cuerpo, pegando el hombro contra el pecho de su primo.

Nemiel estaba preparado para el ataque, pero la fuerza de Zahariel era mayor y los dos muchachos cayeron al suelo de piedra de la sala de entrenamiento. Nemiel gritó con el impacto, cayó rodando y levantó la espada mientras Zahariel daba una estocada al suelo sobre el que habían caído.

—Ni me he acercado a lo mejor que tengo —replicó Zahariel, jadeando por el esfuerzo—. Sólo estoy jugando contigo.

El combate había sido tranquilo durante casi quince minutos: quince minutos seguidos de entrenamiento hacia adelante y hacia atrás, embestidas y amagos, esquives y bloqueos, rechaces y estocadas. Ambos estaban empapados en sudor. Los músculos les dolían y las extremidades les pesaban. Un círculo de sus compañeros suplicantes los rodeaba, cada uno animaba a su favorito, y el maestro Ramiel observaba el combate con una mezcla de orgullo paternal y exasperación.

—¡Que acabe alguno de los dos, por el amor de Caliban! —exclamó Ramiel—. Aún tenéis que asistir a otras clases. Acabad ya o declararé un empate.

El último comentario le dio a Zahariel nuevas fuerzas y determinación, aunque vio que había tenido el mismo efecto en su primo, que era sin duda lo que el maestro Ramiel pretendía. Ninguno de los dos se conformaría con un empate, sólo la victoria los podía satisfacer.

Vio los músculos de Nemiel preparados para el ataque y procedió a embestir. Su espada dio una estocada contra el estómago de Nemiel. El filo estaba embotado y la punta era roma, pero el arma seguía siendo un pedazo de metal pesado y sólido en las manos de Zahariel, y era capaz de causar gran daño a su oponente. El arma de Nemiel bajó y se fue al lateral, pero el ataque de Zahariel no había sido hacia la espada. Con la espada de Nemiel a un lado, cargó y le asestó un golpe en la sien a su primo. No dio bien el puñetazo, pero tuvo el efecto que Zahariel buscaba.

Nemiel gritó, dejó caer la espada y se echó las manos a la cara.

Era la oportunidad que Zahariel necesitaba.

Remató el combate hincando la rodilla en el estómago de Nemiel, doblegándolo y haciéndole impactar contra el suelo, exhausto y con un zumbido en la cabeza.

Zahariel se apartó de su primo y miró al maestro Ramiel, que asintió.

—Ganador, Zahariel —sentenció.

Soltó un resuello estremecedor y dejó caer la espada al suelo con un sonido metálico. Miró hacia donde Nemiel se recuperaba del dolor. Ramiel

se dio media vuelta y caminó con resolución hacia la salida en forma de arco, conduciendo a sus alumnos a la siguiente y agotadora clase.

Zahariel tendió la mano a Nemiel.

—¿Estás bien? —le dijo.

Su primo seguía con las manos contra la sien y mantenía los labios apretados mientras intentaba disimular cuánto le dolía la cabeza. Durante un breve segundo, Zahariel lamentó el dolor que le había causado a Nemiel, pero se esforzó en reprimirse. Era su obligación ganar el combate, por lo que dar menos de sus posibilidades habría sido contrario a las enseñanzas de la Orden.

Habían pasado dos años desde su iniciación en la Orden y el noveno aniversario de su nacimiento había sido hacía menos de un mes. No es que hubiera una razón especial para destacar el día, pero los caballeros instructores de la Orden eran muy concretos para marcar el paso del tiempo y mantener el censo de edades y méritos de sus miembros. Nemiel había cumplido nueve años unos cuantos días antes que él y, aunque se asemejaban en características y edad, sus temperamentos no podrían haber sido más diferentes. Zahariel se dio cuenta de que Nemiel ya había olvidado el resultado del combate, ya que había aprendido cómo había sido derrotado.

—Estoy bien, primo —le aseguró Nemiel—. No ha sido para tanto. He visto lo que has hecho, pero no se volverá a repetir.

Eso era cierto, pensaba Zahariel. Cada vez que luchaba contra su primo empleando un método que ya había usado antes, salía derrotado categóricamente. Se podía derrotar a Nemiel, pero no podía hacerse dos veces de la misma forma.

—Intenta no decepcionarte —dijo Zahariel—. Puedo haberte ganado, pero no ha sido una victoria bonita.

—¿A quién le importa la belleza? —repuso Nemiel—. Has ganado, ¿no?

La mano de Zahariel seguía tendida hacia su primo, que finalmente la aceptó y tiró de ella para incorporarse. Se sacudió la ropa y dijo:

—Ah, no te preocupes por mí, sólo estoy dolido por haber vuelto a perder y además ante Ramiel. Supongo que debería pensar en todas las veces que te he vencido, ¿eh?

—Tienes razón —dijo Zahariel—. Creo que hay algo en la naturaleza humana que a veces hace que nos concentremos demasiado en las desilusiones. Deberíamos recordar lo afortunados que somos.

—¿Afortunados? ¿De qué estás hablando? —preguntó Nemiel, mientras seguía a los demás alumnos de las salas de entrenamiento—. Acabas de golpearme en la cabeza y vivimos en un mundo infestado de monstruos asesinos. ¿Qué tenemos de afortunados?

Zahariel miró a Nemiel, temiendo que se estuviese burlando de él.

—Piénsalo; de todas las eras de la historia de Caliban, hemos sido lo bastante afortunados para nacer en el mismo período que hombres como el León y Luther. Formaremos parte de la campaña contra las grandes bestias.

—Ah, bueno, eso sí que podría considerarse suerte, irse a los bosques y enfrentarse a una horda de monstruos que podrían tragarnos enteros o hacernos pedazos con un golpe de sus garras.

Ahora Zahariel sabía que le estaba tomando el pelo, porque siempre se podría contar con Nemiel para alardear de lo aterradora que sería la criatura que habría cazado cuando por fin le permitiesen organizar una batida, aventurarse en el bosque y poner a prueba su entereza contra una de las grandes bestias.

En vez de echarse atrás ante la burla de Nemiel, continuó:

—Henos aquí, suplicantes de la Orden, y un día seremos caballeros. —Zahariel señaló a su alrededor: las altas paredes de piedra, los estantes con armas, la espiral del suelo y el mosaico gigante de la pared que representaba el símbolo de la Orden, la espada apuntando hacia abajo—. Mira a tu alrededor; entrenamos para convertirnos en caballeros y erradicar la amenaza de las bestias de nuestro mundo. El momento en que la última bestia sea abatida quedará escrito en los anales de la Orden y de Caliban, que serán conservados durante miles de años. La historia es reveladora y, si somos afortunados, estaremos allí cuando ocurra.

—Cierto, primo —dijo Nemiel—. El pueblo dirá que vivimos en tiempos interesantes, ¿eh?

—¿Tiempos interesantes?

—Fue algo que dijo una vez el maestro Ramiel, ¿recuerdas? Cuando estábamos fuera, en la oscuridad, rogando que nos admitieran en la Orden como novicios.

—Lo recuerdo —dijo Zahariel, aunque lo cierto era que poco recordaba de la noche que habían pasado en la oscuridad, lejos de las puertas de seguridad de la fortaleza monasterio de la Orden, a merced del terror de las grandes bestias y de la noche.

—Me dijo que era una frase de la antigua Terra —continuó Nemiel—. Cuando las personas vivían períodos de cambio, la clase de días en que se escribe la historia, se referían a ellos como «tiempos interesantes». Hasta tenían una expresión: «Que vivas tiempos interesantes». Eso era lo que solían decir.

—«Que vivas tiempos interesantes» —repitió Zahariel—. Me gusta. Quiero decir, la expresión. En cierto modo, suena bien. Sé que los caballeros no deberían creer en tales cosas, pero suena casi como una plegaria.

—Una plegaria, sí, pero no de las buenas. «Que vivas tiempos interesantes» era algo que se decía a los peores enemigos. Se suponía que era una maldición.

—¿Una maldición? No lo entiendo.

—Supongo que anhelaban una vida tranquila. No querían vivir en tiempos de sangre y agitación. No querían cambios. Eran felices. Todos querían vivir mucho tiempo y morir en su cama. Supongo que creían que su vida era perfecta. Lo último que pretendían era que la historia lo revolucionase todo.

—Es difícil de imaginar —dijo Zahariel, cogiendo la espada que había dejado caer y volviendo al estante de las armas—. Imagina a alguien que estuviera tan satisfecho con su vida que no quisiera cambiarla. Quizá la diferencia es que nos hemos criado en Caliban. Aquí la vida es tan dura que todos estamos acostumbrados a la sangre y la agitación.

—Quizá las cosas fuesen diferentes en Terra —sugirió Nemiel.

—Quizá, pero puede que la vida en Caliban se base en la lucha porque nosotros lo damos por sentado. En comparación, Terra debe de ser un paraíso.

—Si es que existe —replicó Nemiel—. Hay quien dice que sólo es un mito creado por nuestros antepasados. En Caliban fue donde nació nuestra cultura y en Caliban ha de morir. No hay naves espaciales ni hermanos perdidos en otros planetas. Todo es falso. Una mentira creada para reconfortarnos en los malos tiempos, pero una mentira a fin de cuentas.

—¿Eso es lo que crees? —preguntó Zahariel—. ¿Crees que Terra es una mentira?

—Sí, quizá… No lo sé —contestó Nemiel, al tiempo que se encogía de hombros—. Podemos mirar las estrellas del cielo, pero es difícil creer que alguien viva en ellas. Al igual que resulta difícil creer en un mundo tan perfecto que nadie quisiera cambiarlo. Tienes razón, primo, nuestra vida es lucha. Es lo único que podemos esperar de las cosas, al menos en Caliban.

La voz atronadora del maestro Ramiel desde el arco de la puerta al final de la cámara evitó que continuasen la charla.

—¡Vosotros dos, moveos! —gritó su tutor—. Esta noche los dos haréis un turno extra en las torres centinela. ¿No sabéis que el hermano Amadis está esperando?

Ambos muchachos compartieron una mirada de emoción, pero fue Nemiel quien recuperó primero el habla.

—¿El hermano Amadis ha vuelto?

—Sí —asintió Ramiel—. Lo normal sería que os enviase a la cocina por vuestra tardanza, pero repercutiría en vuestros compañeros si no le escuchaseis hablar.

Zahariel corrió tras Nemiel cuando éste salió por la puerta con la emoción llenando su joven cuerpo de vigor e impaciencia.

El hermano Amadis, el Héroe de Maponis… Su héroe.

La Cámara del Círculo de Aldurukh hacía honor a su nombre, pensó Zahariel mientras él y Nemiel se colaban por la entrada arqueada. Las antorchas colgantes parpadeaban y emanaban un fragante aroma a humo perfumado hacia la enorme cámara. La sala ya estaba casi llena de cientos de novicios, caballeros y suplicantes que se apelotonaban en los bancos de piedra que salían formando hileras del elevado pedestal de mármol del centro de la cámara.

Enormes pilares salían de los puntos cardinales de la cámara y se curvaban hacia adentro formando los enormes arcos góticos del gran techo de la cúpula, un techo verde y dorado del que colgaba una enorme lámpara circular llena de puntos de luz parpadeantes.

Las paredes de la cámara estaban compuestas casi en su totalidad por altísimas vidrieras, cada una de las cuales narraba las hazañas de alguno de los caballeros de la Orden. Muchos de estos gloriosos paneles representaban las proezas del León y de Luther, pero otras muchas eran anteriores a su incorporación a la Orden y algunas de ellas representaban a un guerrero conocido como Héroe de Maponis: el hermano Amadis.

Era uno de los caballeros más veteranos de la Orden y seguía participando en la empresa del León para liberar los bosques de Caliban. El hermano Amadis era famoso en todo el mundo por ser un guerrero gallardo y heroico: no sólo un caballero de la Orden, sino un caballero de Caliban. Sus hazañas eran cuentos épicos de heroísmo y nobleza, aventuras que todo niño de Caliban crecía escuchando de boca de sus padres.

Amadis había abatido personalmente a la Gran Bestia de Kulkos y había liderado en combate a los caballeros contra las ofensivas de los Caballeros Sangrientos de las Criptas de Endriago. Antes de la llegada de El'Jonson, muchos habían asumido que el hermano Amadis acabaría siendo el Gran Maestre de la Orden.

Sin embargo, no había sido el caso. Aunque todos creían que el cargo correspondería a El'Jonson por el éxito de la caza de las bestias, Amadis

no guardaba ningún rencor al León y simplemente había vuelto a los grandes bosques para abatir monstruos y llevar el honor de la Orden a todas partes.

El gran número de jóvenes que se había presentado a las enormes puertas de Aldurukh tenía mucho que ver tanto por su renombre como por la presencia del León.

—Parece que todo el que es alguien está aquí —dijo Nemiel, mientras se hacía un sitio entre los rezagados en la fila más alta de la Cámara del Círculo.

Apartaron a codazos a los novicios recién aceptados y a los suplicantes que no habían servido tanto como ellos. Se oían quejas según pasaban, pero nadie se atrevía a discutir con alguien que llevaba más tiempo en la Orden. Era una regla tácita, todo el mundo entendía la jerarquía que operaba dentro de la Orden y su estructura no podía romperse bajo ningún concepto. Al fin encontraron un sitio apropiado, un poco más adelante que los suplicantes inferiores y detrás o al lado de aquellos con un rango y talla similares. Aunque el centro de la Cámara del Círculo estaba a cierta distancia, la vista desde las filas superiores era insuperable en lo que se refería al panorama. El centro estaba vacío y en medio habían colocado una única silla semejante a un trono.

—Parece que hemos llegado a tiempo —apuntó Zahariel, y Nemiel asintió.

Del techo de la cámara colgaban estandartes y Zahariel sintió que algo maravillosamente familiar lo envolvía mientras los miraba y leía la historia de la Orden en las representaciones pictóricas del honor, el valor y la batalla. Las banderas ceremoniales bordadas en oro, verde y azul estaban cruzadas y los estandartes de guerra con los bordes rojos superaban en número a las ceremoniales por un margen bastante amplio. De todo el techo colgaban banderas, tantas que parecía que se hubiese tendido una gran manta y luego se hubiese cortado en trozos cuadrados.

A orden de alguien se hizo el silencio entre los novicios, los suplicantes y los caballeros congregados y Zahariel oyó el crujir de la madera de la puerta de entrada, el andar metálico de un hombre con

armadura y el violento golpeteo de los pasos del metal sobre el mármol. Forzó la vista para ver mejor y por fin vio al hombre que le había hecho querer ser caballero. Un hombre marchaba hacia el centro de la cámara con la armadura de metal bruñido de la Orden.

Zahariel intentó no sentirse defraudado ante el guerrero que tenía ante él, pero donde había esperado hallar un imponente héroe de leyenda semejante al León, vio que el hermano Amadis era sólo un hombre. Sabía que no debería haber esperado más, pero ver que el guerrero que había habitado sus sueños épicos desde que tenía memoria era un hombre de carne y hueso, que no le sobrepasaba en altura como algún gigante todopoderoso y legendario era, en cierto modo, menos de lo que había esperado.

Aun así, conforme trataba de aceptar que su héroe era, a fin de cuentas, sólo un hombre, vio que había en él algo indefinible. Había algo en la forma en que Amadis caminaba hacia el centro de la cámara, como si fuese suya, henchido de confianza como si la llevase por capa, como si entendiese que aquella reunión era sólo por él, que era su derecho y su retribución.

A pesar de que podría haberse percibido como una arrogancia monstruosa, Zahariel veía una expresión irónica en las facciones de Amadis, como si esperase tal reunión pero le pareciese algo absurdo semejante exaltación.

Cuando más miraba Zahariel a la figura que estaba en el centro de la cámara, más veía la cómoda confianza, la claridad de propósito y el valor contenido en todos sus movimientos. Amadis asía firmemente la empuñadura de su espada al caminar, como un guerrero de pies a cabeza, y Zahariel sintió cómo crecía su admiración por el heroico caballero a cada segundo que pasaba.

Rodeado de caballeros de semejante talla y valor, considerando un honor tan sólo estar en la misma sala que ellos, Zahariel había dado por hecho que tales guerreros no conocían el miedo, pero mirando el hermoso y ajado rostro del hermano Amadis, se dio cuenta de que esa idea era absurda.

Cuando era un niño, en los bosques de Caliban, ciertamente había sentido miedo muy a menudo, pero había dado por hecho que cuando se convirtiese en caballero esa emoción se le haría extrañamente desconocida. El hermano Amadis se había enfrentado a enemigos terribles y había triunfado a pesar del miedo. Conocer el miedo, el auténtico miedo, y lograr una gran victoria a pesar de él, parecía un logro más noble que un triunfo en el que el miedo está ausente.

El hermano Amadis miró alrededor y asintió con callada satisfacción, aparentemente complacido con la calidad de los hombres y muchachos que lo rodeaban.

—Si estáis esperando un discurso largo e inspirador, mucho me temo que no tengo ninguno.

La voz de Amadis se proyectaba fácilmente hasta las zonas más alejadas de la Cámara del Círculo, y Zahariel sintió que la emoción del entusiasmo lo atravesaba con cada palabra. Sólo las voces de Luther y el León tenían tal poder de resonancia.

—Soy un hombre sencillo —continuó Amadis—, guerrero y caballero. No doy discursos y no sé dar espectáculo, pero el León me ha pedido que venga hoy a hablaros, aunque no soy buen orador, eso seguro. He vuelto a Aldurukh y trabajaré con los caballeros instructores durante un tiempo, así que espero veros a todos en las próximas semanas y meses, antes de que vuelva a los bosques.

Zahariel notó que se le aceleraba el pulso con la idea de aprender de un guerrero como Amadis, y sintió que el desenfreno y una euforia incontrolable lo embargaban.

—Como ya he dicho, no soy amigo de teatralidades, pero comprendo su valor, para vosotros y para mí —sentenció Amadis—. Verme aquí os llevará a convertiros en los mejores caballeros que podréis ser, porque os ofrezco algo a lo que aspirar, una razón para ser mejores. Mirar vuestras caras me recuerda de dónde vengo, lo que solía ser. Se cuentan muchas historias sobre mí y algunas hasta son ciertas…

Una risa respetuosa recorrió la cámara, mientras Amadis seguía hablando.

—Por lo visto, la mayoría son ciertas, pero no se trata de eso. El hecho es que cuando un hombre escucha las mismas cosas sobre sí mismo lo bastante a menudo, empieza a creerlas. Decidle a un niño a menudo que no vale nada y que es despreciable y empezará a creer que tan vil sentimiento es cierto. Decidle a un hombre que es un héroe, un gigante entre los hombres y empezará a creerlo también, viéndose superior a los demás. Si se colma a un hombre de alabanzas y honores, empezará a creer que le corresponden y que todos los demás han de inclinarse a su voluntad. Veros a todos aquí es un gran recordatorio de que yo no soy tal hombre. Una vez fui aspirante a novicio, pasando en pie la fría noche ante las puertas de este monasterio. También caminé sobre la espiral bajo la vara de mis caballeros instructores y participé en la batida de una bestia para demostrar mi valía a la Orden. Vosotros sois lo que fui y yo estoy donde cualquiera de vosotros puede estar.

El discurso de Amadis parecía estar dirigido a Zahariel y sabía que recordaría aquel momento mientras viviese. Recordaría aquellas palabras y viviría por ellas. Las palabras de este heroico caballero tenían una fuerza que iba más allá. Parecían estar dirigidas directamente a todos los caballeros congregados en la cámara. Mirando a su alrededor, Zahariel comprendió que todos los caballeros, novicios y suplicantes sentían que cada una de aquellas palabras era para él y sólo para él.

Un aplauso atronador y vítores espontáneos estallaron en la Cámara del Círculo. Los caballeros y los suplicantes se pusieron en pie. Semejantes demostraciones eran casi inauditas tras los muros de Aldurukh, y Zahariel se dejó llevar por el contagioso entusiasmo de sus hermanos.

Miró a Nemiel y vio que su primo había sido arrastrado de forma similar por la ola de orgullo.

Tal era el poder, la fuerza y la convicción de sus palabras y su discurso, que Zahariel se juró, allí y entonces, que se convertiría en el mejor caballero que la Orden hubiera conocido, el guerrero más heroico en salir de misión por la Puerta de la Conmemoración para luchar contra los enemigos de Caliban.

A pesar del orgullo desmedido inherente a esos votos, juró silenciosamente que nunca perdería de vista lo que significaba ser un caballero, la humildad que debía acompañar a toda gran hazaña, y la callada satisfacción de saber que hacer lo correcto es una razón más que suficiente para hacerlo.

Finalmente, los aplausos se apagaron cuando Amadis alzó los brazos e hizo parar las palmas y los vítores.

—¡Basta, hermanos, basta! —exclamó con una sonrisa en la cara—. Esto no es para lo que he venido. A pesar de mis palabras, creo sí he dado un pequeño discurso, pero espero que no haya sido demasiado aburrido, ¿eh?



TRES

La pesadilla siempre empezaba de la misma forma. Ocurría dos años atrás, cuando él tenía siete y era uno de los casi doscientos aspirantes que habían acudido a la fortaleza monasterio de Aldurukh para ser aceptados en la Orden como caballeros suplicantes. Fuese cual fuese la agradable fantasía que tenía lugar en su cabeza, la oscuridad siempre acababa llegando para devolverlo a su primer día en la Orden.

Había sido en pleno invierno, la única época del año en la que la Orden reclutaba a nuevos miembros, y cientos de niños llegaban a la fortaleza deseando desesperadamente hallarse entre los poco elegidos para iniciar el camino de convertirse en caballeros. El rito de selección era el mismo para todos y cada uno de ellos.

Los guardias encargados de las puertas decían a los aspirantes que sólo había una forma de ser aceptado para el entrenamiento de la Orden. Debían sobrevivir una única noche a las puertas de la fortaleza hasta el amanecer de la mañana siguiente. Durante ese tiempo, debían permanecer en pie en el mismo sitio. No podían comer, ni dormir, ni sentarse o descansar de ninguna forma. Y lo que es más, les habían dicho que todos debían entregar sus abrigos y botas.

Había estado nevando el día que Zahariel hizo la prueba y la nieve se apilaba en grandes montones contra los muros de la fortaleza y sobre las ramas de los árboles del bosque limítrofe, lo que confería a la escena una apariencia curiosamente festiva. Nemiel estaba a su lado; ambos habían decidido que serían caballeros, siempre que consiguieran superar la prueba y que se les considerase dignos de ello. La capa de nieve era espesa para cuando comenzó la prueba y había seguido cayendo a lo largo del día, hasta que les llegó a la altura de las rodillas. Aunque el bosque estaba a varios cientos de metros de las murallas de la fortaleza, la oscuridad tras la línea de árboles parecía salir de la espesura, transformada en una criatura viva que los envolvía en un abrazo de seda como una amante poco grata.

A medida que avanzaba su sueño, Zahariel se revolvía con el fantasmal frío, que le hacía temblar en el catre. Reconocía el sueño, pero su conocimiento no le permitía romper el curso de lo inevitable. Sus extremidades se habían entumecido tanto que estaba seguro de que perdería los dedos de las manos y los pies por congelación, y sabía que al despertar por la mañana comprobaría que su pesadilla no se hubiera trasladado al mundo real.

En el transcurso de la prueba, los guardias habían hecho todo lo que estaba en sus manos para hacer la experiencia más difícil. Se habían paseado entre las filas de los niños abatidos y descalzos, alternando crueldad y amabilidad para intentar hacerlos abandonar. Uno de los guardias había llamado a Nemiel bobalicón con cerebro de mosquito por haber osado siquiera pensar que era merecedor de unirse a la Orden. Otro había querido tentar a Zahariel ofreciéndole una manta y una comida caliente, pero sólo si primero renunciaba a sus ambiciones y abandonaba la prueba.

Una vez más, Zahariel vio la cara del guardia mirarlo de forma lasciva mientras decía:

—Entra, muchacho. No hay razón para que estés aquí fuera congelándote. Como si tuvieras alguna oportunidad de entrar en la Orden. Todos saben que no tienes lo que hay que tener. Y tú también lo sabes. Lo

veo en ti. Entra. No querrás estar fuera cuando caiga la noche. Raptores, osos y leones; por la noche hay muchos depredadores alrededor de los muros de la fortaleza y no hay nada que les guste más que ver a un joven de pie en campo abierto. Serías un bocado suculento para ellos.

Hasta entonces, la pesadilla había seguido el curso habitual, recorriendo los senderos de la memoria, pero llegada a un punto, nunca dos veces el mismo, se desviaba hacia la locura y hacia cosas que no recordaba, cosas que desearía borrar de su mente tan fácilmente como se desvanecían los sueños agradables.

En esta ocasión, Zahariel estaba frente a un muchacho de cabellos rubios que no había visto antes, ni en sus pesadillas ni en la realidad. El muchacho era un joven de belleza y orgullo impresionantes, y se erguía con los hombros rectos y con el porte de alguien que se convertiría en el guerrero más poderoso de todos. Un guardia de cara retorcida y ojos crueles de color naranja se inclinó hacia el muchacho.

—Tú no necesitas terminar la prueba —dijo el guardia—. Tu orgullo y fortaleza han llamado la atención del Gran Maestre de la Orden. Tu destino ya se ha decidido. Cualquier idiota podría ver que tienes lo que hace falta para ser elegido.

Zahariel quería gritar, decirle al muchacho que no creyera las falsedades que estaba escuchando, pero eran lo que el muchacho quería oír. Le prometían todo lo que siempre había deseado.

La cara del joven se encendió con la noticia de su aceptación, los ojos le brillaron con la promesa de lograr todo lo que siempre había querido.

Creyendo que la prueba había concluido, el muchacho se derrumbó, exhausto, cayó de rodillas y se inclinó hacia adelante para besar la nieve que cubría el suelo. La risa cruel de los guardas hizo que el muchacho levantase la cabeza, y Zahariel vio su cara al darse cuenta de la estupidez que había cometido.

—¡Idiota! —gritó el guardia—. ¿Crees que porque alguien te diga que eres especial ha de ser cierto? Sólo eres un títere para nuestro recreo.

El muchacho dejó escapar un desgarrador aullido de agonía y Zahariel luchó por mantener los ojos fijos al frente mientras arrastraban al

muchacho al borde del bosque, llorando, con los ojos rojos y la cara pálida de la impresión y la incredulidad. Los gritos del muchacho se acallaron cuando lo lanzaron a la oscuridad del bosque y las raíces enmarañadas y las plantas trepadoras lo adentraron cada vez más en la asfixiante vegetación. Aunque los gritos de dolor del muchacho eran cada vez más lejanos, Zahariel aún podía oírlos, resonando con una angustia inimaginable, mucho después de que lo hubiesen conducido a las tinieblas.

Zahariel trató de no pensar en el dolor del muchacho; mientras tanto el frío arreciaba cada vez más y el número de aspirantes que se encontraban en el exterior de Aldurukh disminuía a medida que otros muchachos decidían que era mejor soportar el estigma del fracaso que enfrentarse a la prueba un segundo más.

Algunos suplicaban a los guardias que les diesen cobijo en la fortaleza y les devolviesen los abrigos y las botas. Otros, simplemente, se derrumbaban, agotados por el frío y el hambre y eran conducidos hacia un destino desconocido.

Al atardecer, sólo quedaban dos tercios de los jóvenes. Después, según caía la noche, los guardias se retiraron a sus puestos de vigilancia en el interior de la fortaleza dejaron a los muchachos soportar a solas las largas horas de oscuridad. La noche era el peor momento. Zahariel se retorcía en su sueño y se estremecía con la funesta oscuridad, los dientes le castañeteaban con tanta violencia que creía que se harían añicos. El silencio era absoluto, los gritos de los muchachos del bosque se acallaron y las provocaciones y burlas de los guardas cesaron.

Con la llegada de la noche, el silencio y el poder de la imaginación consiguieron aterrorizar a los muchachos mucho mejor que los guardias. Las semillas del miedo se habían sembrado con los comentarios sobre los depredadores que merodeaban por los alrededores de la fortaleza, y en la calma de la noche esas semillas echaron raíces y brotaron en las mentes de los muchachos.

La noche tenía una cualidad que era eterna, pensaba Zahariel. Siempre había existido y siempre existiría. Los pobres esfuerzos del hombre para iluminar la galaxia habían sido en vano y estaban condenados al fracaso.

Percibía vagamente lo extraño del concepto que se había formado en su mente y que expresaba ideas y palabras que no conocía, pero cuya certeza reconocía aplastante. Después, fueron los sonidos lo que más aterró a Zahariel. Los sonidos normales del bosque por la noche, ruidos que había escuchado más de mil veces en el pasado, eran más fuertes y amenazadores que cualquier otro que hubiese escuchado antes. A veces oía cosas que podría jurar que provenían de los raptores, los osos o del tan temido león calibanita. El crujir de cualquier rama o de las hojas, las llamadas y los gritos de la noche: todas estas cosas sonaban tremendamente amenazadoras. La muerte acechaba justo detrás de él, y quiso correr, abandonar la prueba. Quiso volver al asentamiento en el que había nacido, con sus amigos y su familia, a las tranquilizadoras palabras de su madre, al calor del hogar. Quiso abandonar la Orden. Quiso renunciar a sus pretensiones de ser caballero.

Tenía siete años y quería volver a casa.

Aun con lo horribles y sobrenaturales que eran los ruidos, eran las voces lo que le parecía la peor parte de la prueba, la invención más detestable de su pesadilla. Entre los rugidos y el crujir de las ramas, un millón de murmullos emergió del bosque como una conspiración de voces susurrantes. Si alguien más podía oírlas era algo que Zahariel no sabía porque nadie reaccionaba a los sonidos que invadían su cabeza con promesas de poder, carne e inmortalidad. Todo podía ser suyo si dejaba la explanada cubierta de nieve que había ante la fortaleza y se adentraba en el bosque. Sin la presencia de los guardias, Zahariel se sentía capaz de volver la cabeza y mirar hacia la entrada del bosque, plagada de lianas entramadas. Aunque los bosques cubrían gran parte de la superficie de Caliban y se había pasado toda la vida viendo árboles altos y las verdes copas balanceándose, este bosque no era como ninguno que hubiese visto antes. Los troncos de los árboles eran leprosos y verdes, la corteza estaba podrida y enferma. La oscuridad era más intensa que la de la profunda noche que acechaba entre ellos, y aunque las voces le prometían que no le pasaría nada si entraba en el bosque, sabía que terrores no soñados y pesadillas más allá del conocimiento moraban tras la arboleda encantada.

Aunque Zahariel lo encontrase ridículo, sabía que su bosque soñado no era un fenómeno natural, sino una región sobrenatural que existía más allá del mundo mortal, que tomaba la forma de sus sueños y pesadillas, estimulada por sus deseos y sus miedos. Lo que acechaba en su interior estaba más allá del miedo y la razón, la locura y el poder elemental que bullía y rugía en concierto con el empuje de la marea humana y sus espantosas vidas.

Y aun así…

A pesar de lo oscuro, retorcido y horrible de ese poder, ejercía una atracción innegable. El poder, independientemente de su fuente, siempre podría dominarse, ¿no? Las energías elementales podían ser controladas y utilizadas a voluntad por alguien con la fuerza y determinación necesarias para doblegar sus complejidades. Las cosas que podían alcanzarse con tal poder eran ilimitadas. Las grandes bestias serían cazadas hasta la extinción y las otras hermandades de caballeros subyugadas. Todo Caliban se convertiría en dominio de la Orden y todos obedecerían a sus señores o morirían bajo la espada de sus terribles ángeles negros de la muerte.

Sonrió al pensar en la gloria que alcanzaría en los campos de batalla. Imaginó la carnicería y el libertinaje que vendrían después, el festín de las aves carroñeras y los gusanos y locos bufones que harían gracias en un mundo en ruinas. Zahariel gritó, la visión se esfumó de su mente y oyó las voces tal como eran: los susurros en la penumbra, el tono insinuante, la risa encantada y las celosas víboras que resquebrajaban las cubiertas de las tumbas y escribían las obviedades de su epitafio. Incluso sin máscara, aquellos que lo tentaban desde el oscuro reino del bosque no lo dejarían, y sus halagos continuaron acosándolo durante toda la noche, hasta que sus pies estaban listos para conducirlo hacia una condena voluntaria en la oscuridad. Al final, como siempre, era Nemiel quien lo detenía, no con hechos o palabras, sino simplemente con estar allí.

Nemiel estuvo con él a lo largo de toda la pesadilla que tuvo en aquella noche fría y aterradora. Firme e impertérrito, su mejor amigo estaba a su lado y nunca flaqueaba ni tenía miedo.

Animado por el ejemplo de su primo, Zahariel se llenó de fuerza y comprendió que, de no ser por la fuerza de su hermandad con Nemiel,

habría titubeado en su lucha interior. Con la fuerza que sacó de su presencia, renunció a doblegarse a sus miedos. Renunció a ceder. Había pasado la noche con Nemiel a su lado.

Cuando la implacable lógica de la pesadilla dejó paso a la memoria, el sol se alzó sobre las copas de los árboles del bosque y los susurrantes de la oscuridad se retiraron. Sólo quedaba una docena de muchachos ante las puertas de Aldurukh, y Zahariel se relajó en la cama mientras el conocido patrón de la realidad se reafirmaba.

Muchos de los otros candidatos no habían superado la prueba durante la noche y se habían dirigido a las puertas para suplicar a los guardas que los dejasen entrar. Si alguno de ellos había oído las mismas voces y se había aventurado en el bosque, nunca lo supo, y mientras los primeros rayos de sol llegaban a sus cuerpos helados, Zahariel vio una figura tosca y maciza que emergía de la fortaleza y marchaba hacia ellos. La figura llevaba una túnica blanca con capucha sobre una armadura bruñida negra y empuñaba un nudoso bastón de madera.

—Soy el maestro Ramiel —dijo la figura a los aspirantes. Había echado atrás la capucha de su túnica para descubrir el ajado rostro de un hombre que pasaba de los cincuenta y cinco años—. Tengo el honor de ser uno de los maestros de instrucción de la Orden.

Alzó el bastón y trazó un gran arco que abarcó a la docena de muchachos estremecidos que tenía ante él.

—Seréis mis alumnos. Habéis pasado la prueba que se os asignó y eso es bueno. Pero habéis de saber que ha sido más que una prueba. También es vuestra primera lección. Dentro de un minuto, entraremos en Aldurukh, donde se os dará una comida caliente y ropa de abrigo seca. Antes de eso, quiero que penséis algo durante un momento. Habéis aguantado en la nieve en las afueras de la fortaleza durante más de veinte horas. Habéis soportado el frío, el hambre y la necesidad, sin mencionar otras privaciones. Y aun así, seguís aquí. Habéis pasado la prueba y habéis soportado cosas que otros no han conseguido. La pregunta que os hago es sencilla: ¿Por qué? Aquí había más de doscientos muchachos. ¿Por qué vosotros doce habéis pasado la prueba y los demás no?

El maestro Ramiel fue mirando a los muchachos uno a uno, esperando que alguno contestase a su pregunta. Al final, cuando vio que ninguno de ellos lo haría, la respondió él.

—Porque vuestra mente es más fuerte —afirmó—. Un hombre puede practicar las técnicas de matar, puede aprender a usar un cuchillo y otras armas, pero estas cosas no son nada si su mente no es fuerte. Hace falta fuerza mental para que un hombre cace a las grandes bestias. Hace falta fuerza para que un hombre conozca el frío y el hambre, sienta el miedo y, aun así, no ceda ante ello. Recordadlo siempre: la mente y la voluntad de un caballero son armas de su arsenal, como lo son la espada y la pistola. Os enseñaré cómo desarrollarlas, pero de vosotros depende que estas lecciones echen raíces. Para terminar, la pregunta de si lo conseguiréis o no se decidirá en lo más profundo de vuestro corazón. Hace falta fuerza mental y una gran fortaleza y voluntad para llegar a ser caballero. Esa es vuestra primera lección —dijo el maestro Ramiel en tono grave, con la mirada recorriendo severamente a sus nuevos alumnos como si fuese capaz de ver sus mismísimas almas—. Ahora, id a comer.

Dada la orden, la mente de Zahariel salió a flote de las profundidades de su subconsciente y despertó al oír una campana distante y notar que unas manos ásperas lo zarandeaban.

Abrió los ojos, parpadeando, aún dormido y con la vista borrosa.

Una cara cobró forma sobre él y le llevó un momento distinguir a su primo del joven imberbe que había permanecido a su lado en su sueño.

—¿Nemiel? —dijo con voz somnolienta.

—¿Quién más podría ser?

—¿Qué haces? ¿Qué hora es?

—Es temprano —contestó Nemiel—. ¡Levántate, vamos!

—¿Por qué? —protestó Zahariel—. ¿Qué pasa?

Nemiel suspiró y Zahariel vio que, en la austera barraca, los suplicantes se vestían rápidamente con sonrisas de emoción y algo de miedo en sus caras.

—¿Qué pasa? —repitió burlonamente Nemiel—. Que nos vamos de caza, ¡eso es lo que pasa!

—¿De caza?

—¡Sí! —gritó Nemiel—. ¡El hermano Amadis va a llevar a nuestra hermandad de caza!

Zahariel sintió la mezcla tan familiar de emoción y miedo al galopar con el corcel negro entre los árboles de la sombría espesura del bosque. Se estremeció al recordar pasajes de su sueño y se esforzó en escuchar alguno de los gritos o susurros que lo habían perseguido en su último episodio onírico.

No oyó nada, pero el emocionado parloteo de sus camaradas habría tapado hasta el más estridente de los gritos del bosque. Zahariel cabalgaba junto a Nemiel. Llevaba la cara descubierta y el cabello oscuro parcialmente oculto bajo el casco, pero su emoción era contagiosa.

Zahariel había sido seleccionado para liderar el grupo, y nueve suplicantes cabalgaban junto a él, cada uno de ellos montado en uno de los caballos negros de Caliban. Las líneas de bestias de monta de otros colores habían desaparecido hacía mucho y los maestros criadores de la Orden sólo podían criar caballos de color negro. Como sus jinetes, todos los caballos eran jóvenes y tenían mucho que aprender para llegar a convertirse en las famosas monturas de la caballería del Ala de Cuervo. Los caballeros del Ala de Cuervo montaban como los osados héroes de antaño, eran los máximos exponentes de las cargas relámpago, eran los amos del bosque. Podían sobrevivir solos durante meses en los bosques mortales de Caliban, eran figuras heroicas con armadura negro mate y yelmos alados que ocultaban la identidad de cada guerrero. Ser parte del Ala de Cuervo significaba llevar una vida solitaria, pero llena de gloria y aventuras increíbles.

Otros cinco grupos de diez jinetes completaban la partida, dispersa por todo el bosque y escalonada en forma de «V», con el hermano Amadis paseándose entre ellos como observador y mentor. Había muchos kilómetros hasta la fortaleza monasterio de la Orden, y la emoción de

cabalgar por el bosque tan lejos de casa casi era mayor que la fría sensación de terror que se había asentado en el estómago de Zahariel.

—¿Crees que encontraremos alguna bestia? —preguntó Attias, a la derecha de Zahariel—. Quiero decir, esta parte del bosque se supone que está limpia, ¿no?

—¡No encontraremos nada si sigues cotorreando! —le espetó Nemiel —. Juro que se te oye desde Aldurukh.

Attias se estremeció ante la severidad del tono de Nemiel, y Zahariel le echó a su primo una mirada cortante. Nemiel se encogió de hombros sin mostrar arrepentimiento y avanzó.

—No le hagas caso, Attias —dijo Zahariel—. Lo que le pasa es que echa de menos su cama.

Attias asintió y sonrió, y su optimismo natural le hizo olvidar el incidente de buen grado. El muchacho era más joven que Zahariel y se conocían desde que Attias tenía siete años y se había unido a la Orden.

Zahariel no estaba seguro de por qué había tomado al joven muchacho bajo su protección, pero había ayudado a Attias a adaptarse a la disciplina y a la difícil vida del suplicante, quizá porque había visto algo de sí mismo en el muchacho. Sus primeros años en la Orden habían sido duros y, si no hubiese sido por los consejos de Zahariel, sin duda Attias habría fracasado en sus primeras semanas y habría sido enviado a casa con ignominia. Pero el muchacho había perseverado y se había convertido en un suplicante más que meritorio.

Nemiel nunca había sido blando con el muchacho y lo sometía con frecuencia a sus crueles burlas y ridiculizaciones. Se había convertido en una fuente de antagonismo entre primos, porque Nemiel sostenía que todo suplicante tenía que aguantar o caer por sus propios méritos, no por quien lo ayudase; mientras que Zahariel argumentaba que era obligación de todos y cada uno de los suplicantes ayudar a sus hermanos.

—Es un gran honor que el hermano Amadis nos lleve de caza, ¿verdad?

—Sí que lo es, Attias —respondió Zahariel—. No es frecuente que podamos aprender de un caballero tan veterano. Si habla, debes escuchar

lo que diga.

—Lo haré —prometió Attias.

Otro de su grupo cabalgó hacia Zahariel y levantó la visera del casco para hablar. Los cascos que llevaban los suplicantes eran prestados de la Orden y sólo los que se entregaba a los líderes de equipo iban dotados de un sistema de comunicación interno. El casco de Zahariel le permitía comunicarse con los líderes de otros grupos de jinetes y con el hermano Amadis, pero sus compañeros suplicantes tenían que levantar la visera para hacerse oír.

El jinete que cabalgaba a su lado era Eliath, amigo de Nemiel y compañero de burlas. Eliath era más alto y corpulento que cualquier otro suplicante; su cuerpo apenas entraba en la armadura. Aunque su piel tenía la palidez de la juventud, su fuerza era prodigiosa y su resistencia enorme. Sin embargo, lo que tenía de fuerza le faltaba en velocidad. Eliath y Zahariel nunca estaban de acuerdo y aquél seguía el ejemplo de Nemiel demasiado a menudo en su comportamiento hacia sus compañeros suplicantes.

—¿Te has traído el cuaderno, Attias? —preguntó Eliath.

—Sí —dijo Attias—. Está en la bolsa, ¿por qué?

—Porque si encontramos una bestia tendrás que tomar apuntes de cómo la destripo. Podría resultarte muy útil si alguna vez te encuentras alguna y no estás con nosotros.

El único signo de desagrado de Attias fue apretar la mandíbula, pero Zahariel sabía que era una burla que en cierto modo merecía. El joven llevaba sus cuadernos con él a todas horas y escribía cada palabra que pronunciaban los caballeros veteranos y los suplicantes, fuese apropiado o no. El baúl que estaba a los pies de la cama de Attias estaba lleno de aquellos cuadernos plagados de su caligrafía apretada, y cada noche antes de que apagasen las luces, memorizaba párrafos enteros de cualquier comentario u observación como si fuesen pasajes del *Verbatim*.

—Quizá escriba tu epitafio —dijo Attias—. Si nos topamos con una bestia seguro que irá primero a por el más gordo.

—Yo no estoy gordo —protestó Eliath—. Tengo los huesos anchos.

—¡Ya basta, los dos! —intervino Zahariel, aunque le complacía ver cómo Attias se defendía y hacía callar a Eliath—. Estamos entrenando para una cacería, y estoy seguro de que el hermano Amadis no considera el acoso mutuo parte de ese entrenamiento.

—Cierto, Zahariel —dijo una voz confiada, por el intercomunicador—, pero tampoco hace ningún mal fomentar un poco de rivalidad en el grupo.

Ninguno de los otros suplicantes lo oyó, pero Zahariel sonrió al escuchar el sonido de la voz del hermano Amadis porque sabía que había oído la conversación entre los suplicantes.

—La rivalidad sana nos lleva a sobresalir en todo, pero no se debe permitir que se escape de las manos —continuó Amadis—. Has hecho bien, Zahariel. Consiente la rivalidad, pero evita que se vuelva destructiva.

—Gracias, hermano —respondió Zahariel por el comunicador.

—No hay por qué darlas. Ahora asume el mando y adopta modalidad de exploración.

Sonrió y sintió que lo arropaba el cálido resplandor del elogio de su héroe. Pensar que un guerrero tan grande como Amadis conocía su nombre era un honor, así que espoleó su montura al sentir que la responsabilidad de su cargo lo embargaba.

—Agrupaos —ordenó, cabalgando al frente del grupo y ocupando su lugar en la formación en punta de flecha—. De ahora en adelante adoptaremos la modalidad de exploración. Considerad este lugar territorio enemigo.

Su voz tenía la fuerza de convicción que procedía de la aprobación de sus iguales y, sin un solo murmullo de disidencia, sus compañeros de pelotón se colocaron con soltura en posición. Nemiel se situó tras él y a la izquierda, mientras que un suplicante llamado Pallian lo hizo al otro lado.

Eliath y Attias ocuparon sus puestos a ambos lados de la formación, y Zahariel se giró sobre la silla para asegurarse de que su escuadra estaba bien alineada. Satisfecho de que todo estuviese como debía estar, volvió su atención al terreno que tenía delante: los gruesos troncos y el espeso follaje que convertían el bosque en un lienzo de sombras y rayos sesgados de luz. Las hojas enmohecidas cubrían el suelo y el olor de la materia en

descomposición en la oscuridad le daba al aire un aroma húmedo que recordaba a la carne podrida.

El suelo era pedregoso, pero los caballos del Ala de Cuervo mantenían el paso firme entre las rocas y los troncos de árboles caídos. Entre los árboles se escuchaban sonidos extraños, pero Zahariel había crecido en el bosque y dejó que el ritmo de la maleza lo atravesara para distinguir en las distintas llamadas de la naturaleza de Caliban aquellos sonidos que eran peligrosos de los que no. La mayoría de las grandes bestias habían sido cazadas hasta la extinción en la gran cruzada del León, pero aún existían varios enclaves de depredadores letales, aunque estaban lejos de alguno de ellos. Aun así, todavía acechaban monstruos menos peligrosos, que no se veían ni eran conocidos en la mayor parte de los bosques del mundo, pero tales criaturas raramente atacaban a grupos de guerreros y preferían el sigilo y la sorpresa para atacar a víctimas solitarias que avanzaban hacia la seguridad de los refugios de las ciudades amuralladas.

Entre los gritos y los graznidos estridentes de los pájaros, Zahariel oyó el crepitar del bosque, el viento entre las ramas altas y el crujir de las ramas bajo los cascos de los caballos. Moverse silenciosamente por el bosque era virtualmente imposible, pero aun así, Zahariel deseaba poder cabalgar en silencio.

Aunque los peores depredadores de Caliban habían muerto en su mayoría, las bestias no eran fáciles de abatir.

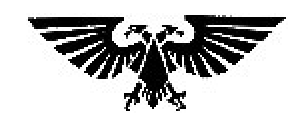
Cabalgaron durante lo que pareció unas cuantas horas aunque, sin el sol sobre ellos, era difícil juzgar el paso del tiempo. Sólo el cambio de ángulo de los rayos de luz que penetraban las copas de los árboles les daba alguna pista de cuánto llevaban viajando. Zahariel estaba deseando comunicarse con los demás grupos de jinetes, pero no quería parecer nervioso o inseguro del curso que seguían. Se suponía que algún día iban a salir de cacería por sí solos, y no quería extender la idea de que no sabía adonde se dirigía. Los senderos del bosque estaban más que trazados por las incontables salidas de entrenamientos, pero había tantos que era casi imposible saber cuáles llevaban a su destino. Él y Nemiel habían consultado el mapa antes de salir y su ruta parecía bastante sencilla entre

los muros de la fortaleza monasterio. En el bosque, sin embargo, era algo sustancialmente diferente. Estaba bastante seguro de que sabía dónde estaban y adonde debería conducirles el camino, pero sería imposible saber si lo habían conseguido hasta que llegasen. Zahariel esperaba que el hermano Amadis estuviese cerca y se fijase en cómo dirigía a sus compañeros.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando cabalgaban entre ramas bajas hacia un claro sombrío, con el roce de las hojas contra su casco sonando sorprendentemente fuerte en el silencio del bosque. En el momento en que le sorprendió que el bosque estuviera en silencio, ya era demasiado tarde: algo oscuro y alado cayó de los árboles. Tenía el cuerpo lleno de escamas, como un reptil. Vio garras como espadas y uno de sus hombres cayó, partidos él y su montura por la mitad tras un golpe feroz. Brotó la sangre y resonaron gritos de horror en el claro. Zahariel sacó la pistola cuando la bestia embistió de nuevo. Cayó otro suplicante con la armadura abierta y las vísceras colgando del vientre. Los caballos relinchaban, enloquecidos por el olor de la sangre, y los suplicantes luchaban por controlar a sus monturas desbocadas. Los gritos de horror y furia resonaban, pero de nada servían. Zahariel volvió su montura hacia la bestia. Su gran cuerpo tenía, fácilmente, el tamaño de uno de sus caballos y ondulaba como si un millón de serpientes se retorcieran bajo su piel brillante. Su cabeza con púas se movía, chasqueaba y mordía al final de un largo cuello viperino, sus mandíbulas eran largas y estrechas, llenas de afilados colmillos, como los dientes de la sierra de un leñador. Las alas eran finas y translúcidas, bordeadas por crestas de caparazón calloso y rematadas por largas y espinosas garras.

Zahariel nunca había visto cosa igual, y el horror momentáneo que experimentó ante su horrible apariencia casi le cuesta la vida. Las alas de la bestia batieron como si fuera a echar a volar, y una de las puntiagudas garras le abrió una profunda raja en el peto, haciéndolo caer del lomo de su aterrado caballo. Zahariel impactó en el suelo con fuerza, al tiempo que oía otro angustiado grito de agonía. Luchó por levantarse. Sus movimientos eran torpes con la armadura. Alcanzó la pistola que se le

había caído cuando una sombra se cernió sobre él. Volvió la cabeza y vio al gran pájaro reptil chillando sobre él con las mandíbulas listas para partirlo en dos.



CUATRO

Zahariel rodó cuando el pico de la bestia atacó con velocidad. Se puso de espaldas y cogió la pistola. Del cañón salieron tres disparos en un haz de luz y Zahariel quedó momentáneamente cegado por su brillo. El ruido fue ensordecedor ya que el casco sólo amortiguaba ligeramente los sonidos. Se apartó de la bestia que tenía a su lado, suponiendo a cada segundo que sería el último.

Oyó más disparos, y a medida que recuperaba la vista vio a Nemiel agachado tras un árbol y disparando con su pistola a la bestia, que se había lanzado sobre los restos del caballo de Zahariel.

Una sangre como cera derretida brotaba de tres agujeros limpios en el pecho de la bestia, pero Zahariel no pudo saber si le habían hecho algo, pues luchaba y rugía con la misma ferocidad que en su primer ataque. El ala de la bestia se desplegó, partiendo el tronco del árbol que estaba usando Nemiel para cubrirse y lanzándolo contra el pecho de su primo. Nemiel cayó al suelo con el peto roto, pero aún entero, ya que el impacto contra el árbol había absorbido gran parte de la fuerza del golpe de la bestia.

Zahariel se puso en pie al ver cómo los restos dispersos de su pelotón sucumbían al pánico frente al monstruo. Eliath estaba inmovilizado bajo

su montura, el flanco del caballo estaba abierto desde el cuello a la grupa, y Attias parecía petrificado al borde del claro. La montura del joven permanecía inmóvil, con las orejas hacia atrás pegadas al cráneo y los ojos completamente abiertos, aterrorizados y fijos en la acción. La bestia se volvió hacia Attias, soltó un rugido atronador, desplegó las alas y contrajo los músculos como preparándose para atacar.

—¡Eh! —aulló Zahariel, asomando entre los árboles y agitando los brazos en alto—. ¡Por aquí!

La cabeza de la bestia giró sobre el cuello sinuoso, con las sanguinolentas mandíbulas totalmente abiertas y los fríos ojos negros mirándolo fijamente. Zahariel desenvainó la espada y apuntó con la pistola al monstruo babeante.

—¡Eh, bestia! —gritó—. ¡Si lo quieres, tendrás que venir por mí primero!

No tenía ni idea de si la bestia entendía o no las palabras que decía, pero no había duda de que comprendía el desafío de sus acciones a una escala animal y primaria.

Sin esperar una respuesta, Zahariel abrió fuego con la pistola, que le daba sacudidas en la mano, y brotaron chorros de sangre translúcida del pecho de la bestia. Ésta aulló y arremetió contra él, con la cabeza al frente como lanzando una estocada. Zahariel saltó hacia un lado y esquivó el filo del pico, que estuvo apenas a un palmo de ensartarlo. Más rápido de lo que habría creído posible, la bestia giró la cabeza en el aire para embestirlo justo bajo la cadera.

Salió volando por los aires y se estrelló contra un árbol. El aire salió bruscamente de sus pulmones y las armas se le cayeron de las manos al dar contra el suelo. Se oyeron gritos y alaridos de terror alrededor de Zahariel, que volvió la cabeza para intentar orientarse una vez más. Oyó a su pelotón gritar de pánico y escupió sangre mientras se levantaba del suelo maloliente. Aunque tenía la vista algo afectada, vio a Eliath liberarse por fin del cuerpo inerte de su montura y a Nemiel recuperarse del golpe de la bestia para ocultarse tras otro árbol. Attias había superado su parálisis y se había lanzado con su caballo hacia los árboles, con la bestia

avanzando pesadamente tras el sabroso bocado de muchacho y caballo. Zahariel usó el árbol que tenía al lado para ponerse en pie y notó un dolor horrible en su pierna torcida. Buscó en el suelo las armas que se le habían caído y acabó viendo el reflejo de la luz del sol en el acero de su espada. No veía su pistola y no tenía tiempo para buscarla.

Hizo una mueca de dolor al levantar la espada y cojear hacia el claro; mientras tanto, las mandíbulas de la bestia se cerraban y partían en dos al caballo de Attias. El joven se tiró de la silla justo cuando el monstruo atacaba y cayó con un ruido sordo sobre el tronco de un árbol caído, rodando sobre él y desplomándose.

La armadura de Zahariel siseaba, ya que las brechas en la estructura la hacían fallar y los mecanismos de los sistemas defensivos chirriaban y se atascaban. La masa metálica empezó a pesarle mucho e hizo una mueca de dolor cuando las placas de la cadera se le apoyaron en la pierna herida.

—¡Dispersaos! —gritó Zahariel—. ¡Id hacia los árboles y dispersaos! ¡No os agrupéis!

Se oyeron más disparos de pistola y Zahariel vio a Pallian corriendo para arrastrar a Attias hacia los árboles. La bestia saltó sobre el caballo muerto y, con el pico, agarró a Pallian por el hombro y lo levantó en el aire.

El muchacho gritó al sentirse atrapado, pero sus gritos se acallaron cuando le arrancó el brazo y gran parte del hombro. Cayó, y de lo que quedaba de su cuerpo manó un arco de sangre mientras la forma de su brazo se veía bajar por la garganta de la bestia en un horrible movimiento peristáltico. La sangre salía de Pallian como un geiser y sus gritos llenaron el claro mientras la agonía vencía al dolor de la herida. La bestia volvió la cabeza hacia el muchacho caído y atacó con las garras de sus alas dos veces. Pallian dejó de gritar.

Zahariel chilló al ver a la bestia desmembrando el cuerpo de Pallian y entró en el claro con la vista borrosa por las lágrimas de dolor y terror. Alzó la espada y la sostuvo, vacilante, ante él para enfrentarse al monstruo que sabía que lo iba a matar. Lo sabía con una certeza fría, pero no podía

permitir que los demás sufrieran y murieran sin, al menos, intentar salvarlos.

—¡Aléjate de ellos, cabrón! —gruñó—. ¡Son mis amigos y no son para los de tu calaña!

La bestia alzó la mirada, y aunque sus ojos estaban vacíos y fríos, Zahariel podía sentir sus monstruosas ansias de matar. Además de lo que necesitaba para alimentarse y sobrevivir, esta criatura necesitaba infligir dolor y hallaba un goce primitivo en la matanza.

La bestia dio la espalda al cuerpo de Pallian y emitió un tremendo rugido al ver a Zahariel avanzando hacia ella, apuntándole al corazón con la espada. Las alas de la bestia se desplegaron y Zahariel supo lo que pasaría a continuación. Alzó la espada y el ala derecha de la criatura se precipitó hacia él. Se balanceó y movió la espada formando un arco descendente que fue a dar en la raíz de la garra del ala. Brotó sangre lechosa y la bestia quedó privada de su garra mientras la pierna de Zahariel flaqueaba y lo hacía caer sobre su rodilla. La bestia bramó de dolor y replegó el ala herida, pero se mantuvo con las mandíbulas abiertas como preparándose para acabar con su vida. Una sombra se movió junto a Zahariel cuando la bestia arremetió contra él. Los miles de dientes llenaron su campo de visión.

Conforme percibía el olor a putrefacción de su garganta y veía los trozos de carne entre sus dientes, un destello de acero plateado saltó sobre su cabeza y una figura acorazada pasó sobre él con el estruendo de los cascos y un potente grito de guerra. Una espada larga de acero pesado se clavó en la boca de la bestia, pero la fuerza de quien la blandía y la inercia de la bestia empujaron la espada a través de la mandíbula hasta la mitad de su cráneo. La espada retembló hasta detenerse y el jinete arrancó la hoja al cabalgar hacia adelante, montando su caballo como un experto mientras la bestia caía y su cuerpo se desplomaba en el suelo ante Zahariel.

El jinete se puso al lado del cráneo de la bestia. Desenfundó una pistola magnífica de cañón rotatorio y apuntó entre los ojos del monstruo. Zahariel vio cómo el percutor se echaba hacia atrás y se estremeció con el estruendo al detonar la munición explosiva con un ruido sordo dentro de

su cráneo. De la cabeza del monstruo manaron fluidos viscosos y el ansia oscura y depredadora de sus ojos se extinguió al fin. Una última y fétida exhalación salió de la boca de la bestia y Zahariel retrocedió ante el hedor a putrefacción.

Alzó la vista hacia el salvador, que enfundaba la pistola en ese momento. El hombre llevaba la armadura oscura y la túnica blanca con capucha de la Orden, con el frente bordado con el símbolo de la espada apuntando hacia abajo.

—Tienes suerte de estar vivo, hijo —dijo el caballero, y Zahariel reconoció al momento el tono de autoridad.

—Hermano Amadis —respondió—. Gracias. Me ha salvado la vida.

—Sí —asintió Amadis—, y por lo que parece tú has salvado la vida de tus amigos, Zahariel.

—Estaba… protegiendo a mi escuadra… —afirmó Zahariel. Sus últimas fuerzas empezaban a desvanecerse ahora que la batalla había terminado.

Amadis se inclinó desde la silla y lo cogió cuando caía sobre la hierba.

—Descansa, Zahariel —dijo Amadis.

—No —susurró Zahariel—. Tengo que llevarlos a casa.

—Deja que yo lo haga por ti, muchacho. Ya has hecho bastante por hoy.

—Has tenido suerte —le diría Nemiel más tarde—, pero no se puede confiar en la suerte. Es un recurso finito. Llega un día en que se acaba.

Después de aquello, y durante años, cada vez que Zahariel contaba la historia de su enfrenamiento con la bestia alada, su primo siempre le hacía la misma observación. Se lo decía en privado, sin que lo oyeran sus hermanos, en la cámara de armas o junto a las jaulas de prácticas, como si no quisiera avergonzar a Zahariel frente a los otros, aunque tampoco era capaz de olvidar el asunto. Había algo en todo aquel asunto que parecía bullir bajo la piel de Nemiel, como si la batalla se hubiese convertido en una fuente de malestar contenido para él, incluso de irritación. Nunca lo

mostró en su rostro, ni permitió que afectase a su tono, pero a veces parecía en cierto modo que reprendiese a Zahariel, como si se sintiese obligado a apostillar sutilmente que todos los logros posteriores de su primo, todas sus glorias, se hubiesen construido sobre una mentira.

Zahariel encontraría este comportamiento curioso, pero nunca sacaría el tema con su amigo. Haría lo que Nemiel no podía: olvidar el asunto. Nunca cuestionaría las palabras de Nemiel. Las escucharía, ignoraría la amargura que ocultaban y asumiría que tenían buen fondo. Para él, hacerlo de otro modo podría haber puesto en peligro su amistad.

—Tuviste suerte —diría Nemiel—. Si no llega a ser por la suerte y por el hermano Amadis, la bestia nos habría matado a todos.

Zahariel no era capaz de llevarle la contraria.

Una semana después le pidieron a Zahariel que contase la historia a sus compañeros suplicantes en la cámara de entrenamiento. Cada vez que contaba cómo había plantado cara al monstruo, parecía algo mucho más emocionante de lo que había sido en realidad. Parecía una historia de grandes ideales y aventuras para quienes lo escuchaban. No es que mintiese sobre lo esencial de ningún modo, pero acabó dándose cuenta de que la repetición tenía la peculiaridad de suavizar la experiencia humana. Cada vez que la contaba sonaba como un cuento de hadas o una fábula.

Durante el fervor frenético de la locura de la batalla se había luchado a vida o muerte y se había alcanzado la victoria con esfuerzo gracias a la sangre, el sudor y las lágrimas. Había sido algo muy reñido y, hasta el final, Zahariel creyó que la bestia alada los mataría a todos. Pensó que los últimos instantes de su vida los pasaría mirando la boca de la bestia, abierta de par en par, mientras el oscuro vacío de sus fauces se expandía para tragarlo entero.

De haber tenido que elegir una lápida o una losa para su tumba, habría sido una masa compacta regurgitada, producida algún tiempo después, que incorporaría sólo aquellas partes de él que la bestia asesina no hubiera podido digerir.

Este era el final que esperaba. La criatura le había parecido demasiado fuerte, demasiado formidable y con una fuerza demasiado primitiva como para darle muerte.

Ocultaría esos pensamientos a sus compañeros al contar la historia. Le pedirían a menudo que la relatase, pero él se daba cuenta de que nadie quería oír sus dudas íntimas. Querían escuchar algo más conmovedor, cargado de proezas heroicas y expresiones de valor, algo que hablase del inevitable triunfo del bien sobre el mal.

Era la naturaleza humana, pensaba, pero quienes lo escuchaban esperaban que fuese el héroe de su historia. Querían que estuviese seguro de sí mismo, que fuese sabio, gallardo, imperturbable, elegante, hermoso, carismático e incluso inspirador. Lo cierto era que en aquel momento había pensado fracasar por completo. No había permitido que aquel pensamiento minase su determinación, pero estaba allí de todas formas.

Nadie quería escuchar aquella verdad.

Nadie quería saber que sus ídolos podían tener los pies de barro.

De vez en cuando, en los breves momentos de silencio que experimentaría en la vida que le esperaba, reflexionaría sobre la locura de los juicios humanos. Sus hermanos suplicantes, sin embargo, parecían pensar que era impropio hablar de emociones. Era como si el miedo fuese una vergüenza secreta común a todos los corazones humanos y quienes lo escuchaban querían asegurarse de que sus héroes no lo sentían, como si eso significase que algún día podrían librarse de su propio miedo.

A Zahariel esto le parecía un error.

La única forma de vencer el miedo era enfrentándose a él.

Fingir que no existía, o que quizá podría desaparecer algún día, sólo lo empeoraba.



LIBRO DOS

LA BESTIA



CINCO

Los años pasaron, y el prestigio de Zahariel dentro de la Orden creció. Su lucha con el monstruo alado del bosque casi le había costado la vida, pero lo había ensalzado. Los maestros veteranos de la Orden conocían su nombre, y aunque el monstruo había sido abatido por el hermano Amadis, el caballero se había asegurado de que todos los miembros de la Orden conociesen el valor de Zahariel a la hora de enfrentarse a él. Los muchachos caídos fueron enterrados con todos los honores y la vida siguió como antes, con los suplicantes entrenando y viviendo entre las murallas de la fortaleza monasterio para convertirse en caballeros.

Zahariel pasaba más tiempo que nunca mejorando su destreza con la pistola y la espada, y estaba más empeñado que nunca en no volver a quedar a merced de una bestia en toda su vida. La próxima vez que se enfrentase a un monstruo de Caliban, estaría listo para matarlo sin detenerse un momento.

Cuando la última clase concluyó, el maestro Ramiel les dijo:

—Recordadlo siempre, sois más que simples asesinos. Cualquier idiota puede coger un cuchillo y hundirlo en la carne de sus enemigos. Puede intentar golpear, amagar y parar un golpe con la espada. Con cierta instrucción, puede incluso llegar a ser muy competente. Pero vosotros sois

más que eso, o lo seréis. Sois caballeros suplicantes de la Orden, pero en el futuro, seréis protectores del pueblo de Caliban.

—Bellas palabras, ¿eh? —dijo Nemiel, que iba hacia uno de los bancos de descanso y cogía una toalla de lino para secarse la cara.

—Sí —asintió Zahariel—, igual de bellas que las primeras cien veces que las escuché.

La clase se había dedicado a dominar el principio del círculo interior de defensa con espada y ambos muchachos estaban empapados en sudor por la sesión de entrenamiento. Aunque los honores aún estaban más o menos igualados entre ellos, Nemiel había empezado a ponerse en cabeza en su perpetua rivalidad.

—Al maestro Ramiel le encanta citar el *Verbatim*.

—Cierto, pero creo que piensa que todos somos como Attias y que vamos a tomar nota de cualquier breve cita que escuchemos.

—Bueno, mientras acabemos dominando la lucha, no me importará escuchar cómo se repite de vez en cuando —dijo Nemiel.

—Quizá tengas razón —repuso Zahariel—. La próxima vez que nos enfrentemos a una bestia, no estaremos tan mal preparados.

Un gran silencio se hizo entre ellos. Zahariel se maldijo por haber sacado el tema de las bestias, porque siempre servía para recordarle a Nemiel cómo su primo había alcanzado la gloria y el aplauso por su papel a la hora de protegerlos el tiempo suficiente para que el hermano Amadis la matase, cuando todo lo que había logrado Nemiel había sido una temporada en la enfermería.

—¿Crees que la bestia era consciente? —preguntó Nemiel.

—¿Qué bestia? —inquirió Zahariel, aunque sabía perfectamente a qué bestia se refería su primo.

—La bestia alada que nos atacó en el bosque hace tantos años.

—¿Consciente? —se extrañó Zahariel—. Supongo que depende de lo que creas que significa ese término. Creo que la bestia era inteligente, sí. Lo creo de verdad. Pero ¿era verdaderamente consciente? Recuerdo que el

hermano Amadis dijo que la auténtica prueba de la conciencia es ver si una criatura es capaz de planear cosas para el futuro y usar la razón para resolver sus problemas.

—Entonces ¿qué opinas, primo? —insistió Nemiel—. ¿Crees que la criatura era consciente o no?

—No lo sé. Creo que es demasiado difícil para la mente humana entender el funcionamiento de una no humana, pero sólo puedo decir lo que me pareció cuando me enfrenté a ella.

—¿Y qué te pareció? —preguntó Nemiel.

—Me pareció que la bestia era una araña y yo una mosca.

Zahariel pasó el paño con aceite por el cañón de su pistola para limpiar los residuos de los disparos. El arma estaba empezando a desviarse a la izquierda y no le había ido bien en las prácticas de tiro con el resto de suplicantes.

Cuando se percató del fallo del arma, el caballero armero le recomendó simplemente que limpiase el cañón meticulosamente antes de volver a intentarlo. El insulto implícito en el comentario del armero había enfurecido a Zahariel, pero seguía siendo un suplicante y no tenía derecho a replicar a un auténtico caballero. En vez de eso, dio las gracias cortésmente al caballero armero y volvió a los dormitorios para sacar su bolsa de limpieza y aceitar meticulosamente todas las piezas del arma. No esperaba que fuese a funcionar. Sospechaba que la imperfección del arma tenía más que ver con la edad de la misma que con cualquier impureza alojada en el cañón, porque era tan exigente con sus armas como lo era con su armadura, incluso más, de hecho.

—El armero te ha dicho que limpies el arma por dentro, ¿eh? —dijo Nemiel al ver a Zahariel irritado sentado en su catre.

Cogió otra pieza de la pistola y empezó a limpiarla enérgicamente con el trapo.

—¡Como si no la tuviese ya lo bastante limpia! —protestó Zahariel.

—Nunca se sabe —repuso Nemiel—, podría ayudar.

—Tengo esta arma más limpia que cualquier otra cosa. Y tú lo sabes.

—Cierto, pero lo armeros saben de lo que hablan.

—¿Te estás poniendo de su parte?

—¿De su parte? —se extrañó—. ¿Desde cuándo esto es cuestión de partes?

—Da igual —cortó Zahariel.

—No, vamos, ¿a qué te refieres?

Zahariel suspiró y apartó la recámara y la escobilla con la que la había estado limpiando.

—Me refiero a que parece que disfrutes con esto.

—¿Disfrutar el qué?

—Que te las has arreglado para ganarme en las prácticas de tiro —dijo Zahariel.

—¿Es lo que crees, primo? ¿Qué necesito que tu arma falle para ganarte?

—No es eso, Nemiel —rectificó Zahariel—. Sólo digo que…

—No, lo entiendo —replicó su primo, levantándose del catre y dirigiéndose al pasillo central de la cámara de los dormitorios—. Crees que eres mejor que yo. Ahora lo veo.

—¡No, en absoluto! —protestó Zahariel, pero su primo ya se marchaba con el orgullo herido. Zahariel sabía que debía ir tras Nemiel, pero parte de él se alegraba de haber dado voz por fin a la irritación que le producía el goce de su primo al verlo fallar.

Borró la discusión de su mente y siguió limpiando su arma con la cabeza baja y eliminando de su mente el sonido de fondo del dormitorio para centrar sus esfuerzos en dejar su pistola como nueva.

Una sombra cayó sobre él y suspiró.

—Mira, Nemiel —dijo—, lo siento, pero tengo que acabar con esto.

—Puede esperar —respondió una voz sonora, y al mirar hacia arriba vio al hermano Amadis ante su catre, ataviado con la armadura completa y la rúnica blanca. Amadis llevaba su casco alado bajo el brazo y el manto negro recogido en el hombro izquierdo.

Zahariel dejó caer el cargador sobre la manta y se puso en pie de un salto.

—Hermano Amadis, mis disculpas, creí que… —empezó.

Amadis interrumpió su disculpa y dijo:

—Deja la pistola y ven conmigo.

Sin esperar, Amadis se dio media vuelta y caminó a lo largo de la habitación en la que todos los suplicantes del dormitorio miraban sobrecogidos al caballero que pasaba entre ellos.

Zahariel se sacudió la ropa y siguió rápidamente al hermano Amadis hacia la puerta. El caballero marchaba con rapidez y Zahariel se esforzó en seguirlo.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Es hora de que te adentres más en la Orden —dijo el hermano Amadis—. Es hora de que veas a lord Cypher.

Lord Cypher.

No era un nombre: era el título que se otorgaba al hombre encargado de conservar las tradiciones de la Orden, y Zahariel sintió un miedo que le paralizaba los nervios sólo con pensar en ser conducido ante el anciano.

¿Podría ofender a lord Cypher con alguna infracción involuntaria del protocolo de la Orden? ¿Podría olvidar alguna antigua formalidad cuando lo presentasen que acabaría para siempre con sus oportunidades de llegar a ser caballero?

El hermano Amadis lo condujo hasta el corazón del monasterio. El camino los llevó hasta la oscuridad de las catacumbas que plagaban la roca sobre la que se había construido la fortaleza. Pasaron por sótanos sombríos, cámaras olvidadas y antiguas celdas mientras iban bajando cada vez más. El aire era frío, y Zahariel veía el halo de su aliento ante él mientras seguía al hermano Amadis por la oscuridad. El caballero portaba una antorcha y el fuego brincaba y se reflejaba en la brillante roca del túnel por el que caminaban. Las paredes estaban decoradas con tallas intrincadas, escenas que representaban la guerra y el heroísmo que se

había alcanzado durante miles de años. Zahariel no sabía quién las había tallado, pero cada una de ellas era una obra de arte, aunque ya nadie iba a verlas.

Al fin, su camino los condujo hasta una cámara abovedada de gran resonancia y luz anaranjada. Las paredes estaban adornadas con ladrillos esmaltados que reflejaban la luz de la antorcha y que generaban miles de reflejos de las muchas velas colocadas por toda la cámara formando una gran espiral.

Lord Cypher estaba en el centro de la espiral con la cabeza cubierta por la capucha y una túnica oscura, como dictaba la tradición. De sus vestiduras salía una empuñadura dorada y sus dedos retorcidos asían el arma.

—Bienvenido, muchacho —dijo lord Cypher—. Parece que tus pares creen que mereces ascender en la Orden. Hay profundos abismos bajo esta roca, muchacho, profundos abismos y profundos lugares olvidados hace mucho por el mundo. Hay misterios enterrados dentro de este mundo y lugares secretos que sólo los sabios conocen. Tú no sabes nada de esto, por supuesto, pero aquí darás el primer paso en el camino del conocimiento.

—Comprendo —apuntó Zahariel.

—¡No comprendes nada! —lo cortó lord Cypher—. Sólo entendiendo de dónde has venido entenderás lo que será. Ahora empieza a caminar por la espiral.

Zahariel miró al hermano Amadis.

—No lo mires, muchacho —ordenó lord Cypher—. Haz lo que te he dicho.

Zahariel asintió y empezó a seguir el camino de las velas, caminando con determinación pero con cuidado.

—Aunque nuestra Orden no es tan antigua como muchas de las otras órdenes de Caliban, sorprendentemente sus costumbres han conseguido arraigar a lo largo de su historia. Soy lord Cypher de la Orden. ¿Entiendes lo que significa eso?

—Sí —contestó Zahariel—. El hombre a quien se le encomienda la función de lord Cypher ha de encargarse de esas costumbres. Se asegura de

que los rituales de la Orden se mantienen y aconseja en temas de protocolo, además de oficiar ceremonias.

—¿Y mi nombre, muchacho? ¿Lo conoces?

—No, mi señor.

—¿Por qué no?

—Está prohibido saber su nombre.

—¿Por qué?

Zahariel se detuvo.

—No… No estoy seguro. Sé que sea cual sea la identidad del hombre al que se nombra lord Cypher está prohibido llamarlo por su nombre real una vez ocupa su cargo. No sé por qué.

—Cierto. El porqué suele ser la pregunta más interesante, pero no suele hacerse. Dónde, cuándo y qué son pura apariencia. El porqué es siempre la pregunta más importante, ¿no te parece?

Zahariel asintió, mientras seguía caminando por la espiral.

—Estoy de acuerdo.

—Tengo una gran variedad de títulos arcanos: Señor de los Misterios, Guardián de la Verdad, Amo de las Llaves o, simplemente, lord Cypher. ¿Sabes por qué, muchacho?

—No, mi señor. Simplemente, las cosas siempre han sido así en la Orden.

—Exacto —dijo lord Cypher—. «Simplemente, las cosas siempre han sido así en la Orden». El valor de la tradición está en que nos guía, da igual que las razones puedan haberse olvidado. Las creencias y los actos que nos vieron prosperar en el pasado nos servirán bien en el presente y en el futuro. Ocupo mi posición desde hace más de veinte años, y aunque el puesto se le suele conceder a uno de los caballeros más venerables de la Orden, como hombre joven, fui elegido con la esperanza de infundir sangre nueva al cargo. Sobre todo lo demás, mi función es mantener las costumbres de la Orden como tradición viva y evitar que degenere en reliquias osificadas.

Zahariel escuchaba la voz del anciano, sus ritmos hipnóticos lo mecían y le hacían ralentizar sus movimientos en la espiral. Pronto estaría frente

al anciano, sus pasos lo llevarían hacia los círculos cada vez más estrechos que rodeaban las velas.

—Aunque mi función tiene muchas contradicciones —continuó lord Cypher—. Es uno de los puestos más antiguos de la Orden, y aun así, ostento muy poco poder. Mi papel de guardián de las tradiciones de la Orden es simbólico. Si ése es el caso, entonces, ¿quién ostenta el poder de nuestra Orden? Rápido, muchacho, antes de que llegues al centro.

Zahariel se esforzó en concentrarse y pensó en las respuestas obvias mientras sus pasos lo conducían inexorablemente hacia el centro de la espiral.

El León y Luther parecían candidatos obvios, pero entonces recordó lo que el hermano Amadis había dicho una vez y la respuesta le pareció clara.

—Son los maestros de instrucción, hombres como el maestro Ramiel, los que mantienen vivas las costumbres de la Orden —respondió.

—Bien —dijo lord Cypher—. ¿En qué consiste mi poder entonces?

—¿En que está más cerca de los maestros veteranos de la Orden? —sugirió Zahariel al detenerse ante lord Cypher—. Su opinión siempre puede ser escuchada entre aquellos que tienen poder.

—Muy bien —dijo lord Cypher, con la cara oculta tras la sombra de la capucha—. Tus respuestas son breves y eso está bien. Te sorprendería cuántos candidatos parlotean incesantemente mientras caminan por la espiral.

—Nervios, supongo —aventuró Zahariel.

—Cierto —asintió lord Cypher—. Hace que los hombres hablen demasiado, cuando sería más impresionante que conociesen el valor del silencio y demostrasen cómo usarlo. Tu laconismo te ha dado una aura de confianza, aun cuando sé que no la has sentido.

Eso era sin duda cierto, ya que Zahariel había sentido el violento latir de su corazón en el pecho mientras caminaba, aterrorizado con cometer un error, aterrorizado con tener un tropiezo y no superar la prueba. O bien no había demostrado este terror, o la pobre vista de lord Cypher no le había dejado percatarse. Fuese lo que fuese, Zahariel aceptó el cumplido del anciano con el ánimo en que se lo ofrecía.

—Se lo agradezco, lord Cypher —dijo, inclinándose ligeramente—. Aunque, si he tenido confianza, ha sido porque mi maestro me ha enseñado bien.

—Sí, eres uno de los alumnos del maestro Ramiel. Eso lo explica. Ramiel siempre ha sido conocido por su buen trabajo. ¿Sabías que entrenó al maestro Sarientus, el mismo hombre que entrenó tanto a Lion El'Jonson como a Luther?

—No, mi señor, no lo sabía.

—Tradición, muchacho. Apréndela, conócela y entiéndela. Sin eso no eres nada.

—Lo haré, mi señor —prometió Zahariel.

—Quizá lo hagas, pero veo que aún tienes preguntas, ¿no?

—Sí —admitió Zahariel, que no estaba seguro sobre si dar voz a sus dudas—. No entiendo muy bien qué he conseguido caminando por esta espiral y respondiendo a sus preguntas.

—Para ti, nada —respondió lord Cypher—, pero ahora sabemos más sobre ti. En cada etapa del entrenamiento de un suplicante debemos decidir si continúa o no y si los aprendices tienen la marca de grandeza que merece especial atención.

—¿Merezco yo tal atención?

Lord Cypher se rió.

—No me corresponde a mí decirlo, muchacho. Otro lo decidirá.

—¿Quién? —preguntó Zahariel, con un atrevimiento repentino.

—Yo —dijo una voz de tono rico y profundo cuya fuerza y poder procedía de las sombras.

Zahariel se volvió cuando un gigante con túnica blanca y capucha apareció a la luz de las velas, aunque habría jurado que no había nadie hacía unos momentos.

La figura se quitó la capucha, pero Zahariel no necesitaba confirmar la identidad de aquel hombre.

—Mi señor —dijo.

—Sígueme —ordenó Lion El'Jonson.

Lord Cypher se retiró a las sombras mientras el León marchaba alrededor de la circunferencia de la cámara. El hermano Amadis inclinó la cabeza cuando el poderoso guerrero pasó a su lado, y a Zahariel lo asaltó una indecisión repentina.

Tras el monólogo de lord Cypher sobre el valor de la tradición, ¿debería recorrer la espiral en sentido contrario o simplemente seguir al León?

La decisión fue tomada por él cuando el hermano Amadis dijo:

—Será mejor que te des prisa, Zahariel. Al León no le gusta que lo hagan esperar en noches como ésta.

—¿Noches como ésta? —preguntó Zahariel, al salir tras el León.

—Noches en las que habrá revelaciones —puntualizó Amadis.

Sin estar seguro de lo que significaba, Zahariel pasó junto a Amadis y se apresuró en ir tras el León, que desandaba el camino que ellos habían recorrido antes para llegar al lugar. El León no hablaba, pero siguió un camino que sin duda llevaba hacia arriba por pasadizos suavemente tallados, cavernas toscas y escaleras curvas esculpidas en la roca. Cada paso los llevaba un poco más arriba. El hermano Amadis lo había conducido a las profundidades y parecía que el León lo estaba llevando a los cielos.

La respiración de Zahariel se aceleraba en sus pulmones y tenía las piernas cansadas de tanto subir, aunque el paso del León nunca se alteraba ni cambiaba de ritmo, a pesar de la distancia y la velocidad de la subida.

La ascensión los llevó hasta un estrecho cilindro de ladrillos curvos en el que había una angosta escalera de caracol que apenas tenía la anchura de los hombros del León.

Tras otros diez minutos, Zahariel notó que llegaba desde arriba una brisa helada y el fragante aroma perfumado de los bosques. La fantasmal luz de la luna era cada vez más luminosa y, al fin, agotado por el camino, Zahariel salió a la cima de la torre, un gran espacio coronado por almenas en lo alto de la fortaleza monasterio.

La torre era bastante inútil como defensa, demasiado estrecha y alta como para tener una función en caso de que la Orden fuese objeto de sitio, pero ideal para la vista de águila de un centinela o de un astrólogo.

Era una noche clara. El cielo que Zahariel tenía sobre él era negro, una cúpula perfecta tachonada con miles de puntos de luz. Zahariel contempló las constelaciones y experimentó una profunda y perdurable sensación de paz casi más intensa que su agotamiento.

Supuso que era un sentimiento que brotaba de la satisfacción. Durante muchos años había empleado cada onza de su voluntad y apurado al máximo todas sus fuerzas con la esperanza de convertirse en caballero. Esa noche estaría un paso más cerca de lograr sus ambiciones.

—Es bueno mirar las estrellas —dijo el León, rompiendo finalmente su largo silencio—. En ocasiones como ésta, un hombre necesita hacer balance de su vida. Considero que no hay mejor lugar para hacerlo que bajo las estrellas.

El León sonrió, y a Zahariel la sonrisa le pareció deslumbrante.

Estaba claro que el León estaba intentando tranquilizarlo, pero a Zahariel le parecía imposible hablar con él como si se tratara de cualquier otro hombre. El'Jonson era demasiado grande y su presencia demasiado imponente. Un hombre no podía ignorar su extraordinaria naturaleza como tampoco se puede ignorar el viento y la lluvia o la transición del día a la noche. Había algo igual de elemental en el León. Lion El'Jonson era en sí mismo la apoteosis de todos los sueños de la humanidad. Era la perfección hecha hombre, como el primer ejemplo de una nueva raza.

—La limpieza del bosque está entrando en su etapa final, Zahariel. ¿Lo sabías?

—No, mi señor, pensaba que la campaña continuaría durante algún tiempo.

—No, no lo hará —dijo el León, y arrugó un poco la frente, aunque Zahariel no estaba seguro de si lo hacía por divertimento o por contemplación—. De acuerdo con nuestros mejores pronósticos, quizá quede una docena de grandes bestias en total, seguro que no más de veinte, y están todas en los bosques del norte. Hemos peinado todas las demás

regiones de Caliban y hemos abatido a las bestias que se ocultaban allí. Sólo quedan los bosques del norte.

—Pero eso significa que la campaña está a punto de acabar.

—Casi —reconoció El'Jonson—. Como mucho nos llevará tres meses más. Para entonces, Caliban quedará por fin libre de las grandes bestias. Por cierto, ¿te das cuenta de que Amadis ha solicitado que se te incluya en los anales de la Orden por haber ayudado a dar muerte a una de las últimas de ellas? Una criatura aterradora, por lo que dicen todos. Aunque la mató Amadis, deberías estar orgulloso de tu participación en la lucha. Salvaste la vida de muchos de tus hermanos.

—No la de todos —dijo Zahariel al recordar los gritos de Pallian cuando la bestia lo desmembraba—. No pude salvarlos a todos.

—Eso es algo a lo que todo guerrero debe acostumbrarse —sentenció el León—. No importa lo diestro que seas liderando a tus hombres, algunos de ellos morirán.

—Que yo no muriese sólo fue cuestión de suerte —dijo Zahariel—, pura suerte.

—Un buen guerrero siempre aprovecha su suerte —afirmó el'Jonson, mirando al cielo—. Debe adaptarse a los cambios en las circunstancias de la batalla. La guerra es cuestión de oportunidades, Zahariel. Para salir victorioso, siempre debemos estar preparados para aprovecharlas cuando surjan. Has demostrado iniciativa enfrentándote a la bestia. Más que eso, has demostrado excelencia, exactamente tal y como define el *Verbatim* estas cosas, fijándolas como nuestra gran meta. No podemos conocer qué misterios nos depara el universo o a qué retos nos enfrentaremos en el futuro. Lo único que podemos hacer es vivir nuestras vidas hasta el último momento y cultivar la virtud de intentar alcanzar la excelencia en todas las cosas. Cuando vamos a la guerra, hemos de hacerlo como maestros guerreros. Cuando firmamos la paz, hemos de ser igualmente hábiles. No es bueno que los seres humanos se conformen con menos. La vida es corta. Deberíamos aprovecharla mientras podamos.

De repente, el León se quedó en silencio y siguió mirando el cielo nocturno con Zahariel a su lado.

—Me pregunto qué hay en las estrellas —confirmó al cabo de un rato el León—. Las historias antiguas dicen que hay miles, quizá millones de planeta iguales a Caliban. Dicen que Terra es uno de ellos. ¿No te parece extraño que todos los niños nacidos en Caliban conozcan el nombre de Terra? La consideramos la fuente y manantial de nuestra cultura, pero si las historias son ciertas, han pasado miles de años desde que perdimos el contacto con la fuente. Ahora bien ¿y si las historias son falsas? ¿Y si Terra es un mito, una fábula inventada por nuestros antepasados para justificar nuestro lugar en el cosmos? ¿Y si las historias de nuestros padres son mentiras?

—Sería terrible —dijo Zahariel. Sintió un escalofrío y pensó que la noche era cada vez más fría—. El pueblo no discute la existencia de Terra. Si todo fuese un mito, podríamos empezar a dudar de todo. Perderíamos nuestros cimientos. No sabríamos en qué creer.

—Cierto, pero en cierto modo nos liberaría. Ya no necesitaríamos ser responsables del pasado. El presente y el futuro serían nuestras únicas fronteras. Toma la actual campaña contra las grandes bestias como ejemplo. Eres joven, Zahariel. No puedes ser consciente de las amargas disputas, las amenazas y las recriminaciones que se dirigieron contra mí cuando adelanté por primera vez los planes de mi campaña. Demasiado a menudo veía que las causas de esas objeciones tenían sus raíces en ciertas costumbres que hace mucho que no son bienvenidas. La tradición es un bello ideal, pero no cuando sirve para poner barreras a nuestros empeños futuros. Si no fuese por Luther y su gran oratoria, dudo que el plan se hubiera aprobado nunca. Lo mismo ocurre con tantas otras cuestiones a las que nos enfrentamos hoy. Los intransigentes y los inflexibles se nos oponen a cada paso y no respetan el valor de los planes que les propongo. Siempre hacen referencia al pasado, a la tradición, como si nuestro pasado estuviese tan lleno de glorias que tuviésemos que conservarlo para siempre. Pero yo no estoy interesado en el pasado, Zahariel. Yo sólo pienso en el futuro.

Una vez más, el León hizo una pausa. Al estar a su lado, Zahariel se preguntó qué pensaría lord Cypher de ese discurso que menospreciaba el

valor de la tradición. Quizá se trataba de otra prueba, una prueba pensada para ver si simplemente no rebatiría las palabras del León o defendería los valores de la tradición. Al mirar el semblante del León, vio una extraña intensidad en la forma en que miraba el cielo, como si odiase y amase las estrellas al mismo tiempo.

—A veces deseo que estuviese a mi alcance el poder barrer el pasado —dijo el León—. Deseo que no exista el mito de Terra. Deseo que Caliban no tenga pasado. Mira a un hombre sin pasado y verás a un hombre libre. Siempre es más fácil construir algo cuando lo haces partiendo de cero. Después, otra vez, miro a las estrellas y me pregunto qué hay ahí fuera. ¿Cuántas tierras por descubrir? ¿Cuántos retos nuevos? ¿Cuán brillante y esperanzador sería nuestro futuro si pudiésemos llegar a las estrellas?

—Es algo que parece poco probable —aventuró Zahariel—, al menos por el momento.

—Tienes razón —reconoció el León—, pero ¿y si las estrellas viniesen a nosotros?

—No lo entiendo —dijo Zahariel.

—Sinceramente, yo tampoco —afirmó el León—, pero en las noches en que brillan las estrellas sueño con una luz dorada y todas las estrellas del cielo bajan a Caliban y cambian nuestro mundo para siempre.

—¿Las estrellas bajan a Caliban? —preguntó Zahariel—. ¿Cree que eso significa algo?

El León se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Siento que debería conocer su relevancia, pero cada vez que creo sentir la conexión con la luz dorada, se desvanece y me deja solo en la oscuridad.

Entonces, como sacudiendo la cabeza del último de tales sueños, el León dijo:

—En cualquier caso, nos niegan las estrellas, así que construiremos el futuro aquí, en Caliban. Pero aunque nos veamos limitados de esa forma, no permitiremos que ello limite nuestra visión. Si sólo podemos construir nuestras vidas en Caliban, sin acceso a las estrellas, entonces haremos de este mundo un paraíso. —El León extendió un brazo e hizo un amplio

ademán para abarcar el panorama nocturno del bosque oscuro y las copas de los árboles bajo las murallas de Aldurukh—. Este será nuestro paraíso, Zahariel —le dijo el León—. Aquí es donde construiremos un nuevo futuro deslumbrante. La campaña contra las bestias es sólo el primer paso. Daremos paso a una edad dorada. Crearemos un mundo nuevo. ¿Te parece un noble propósito?

—Sí, mi señor —contestó Zahariel, y sus palabras brotaron como un susurro reverencial.

—¿Un propósito digno de dedicarle nuestras vidas? —preguntó el León—. Te hago esta pregunta, aquí y ahora, porque eres joven. Son los jóvenes quienes construirán este futuro, Zahariel. Has hecho una promesa. Tienes el potencial para ser un auténtico hijo de Caliban, un cruzado, no sólo contra las bestias, sino contra todos los males que aquejan a nuestro pueblo. ¿Te parece una causa digna?

—Sí —respondió Zahariel.

—Bien. Me alegro. Veré cómo lo haces en los próximos años, Zahariel. Como he dicho, creo que tienes potencial. Estaré interesado en ver si le sacas partido. Creo que ya te he apartado bastante de tus obligaciones. —El León inclinó la cabeza, como si escuchase los leves sonidos del bosque de abajo—. Yo también debería volver, no está bien que me ausente tanto tiempo. La gente se da cuenta. Mi función en la Orden es tanto forjar lazos de hermandad entre los caballeros como ser sabio y astuto en materia de guerra.

Un momento después, el León se había ido, desapareciendo de la torre como una sombra desvanecida. No había nada llamativo o artificioso en su repentina desaparición, pues los hábitos furtivos eran simplemente innatos en Lion El'Jonson de una forma que sólo un hombre que había crecido en los bosques de Caliban podía conocer. Tras la partida del León, Zahariel miró las estrellas que había sobre su cabeza. Durante un instante, pensó en lo que el León había dicho. Pensó en las estrellas, en Terra, en la necesidad de construir un mundo mejor en Caliban. Pensó en la edad de oro que

El'Jonson había prometido. Zahariel pensó en estas cosas y supo que con hombres como Luther y Lion El'Jonson para guiarlos, la Orden no podía fracasar en alcanzar su utópica visión de futuro.

Zahariel tenía fe en el León.

Tenía fe en Luther.

Juntos, ambos hombres, esos gigantes, sólo podrían cambiar Caliban a mejor.

Estaba seguro de ello.

A Zahariel se le pasó por la cabeza que había sido bendecido con la buena suerte que a muy pocos hombres les era concedida en vida.

Nadie podía elegir la era en la que nacer, y mientras la mayoría de los hombres sufría sus tiempos, como en la época que sus padres habían conocido, Zahariel había sido afortunado. Tal y como lo veía, había nacido en una era de cambios importantes y trascendentales, una época en la que un hombre podía formar parte de algo más grande que él mismo, una época en la que podía consagrar sus esfuerzos a sus ideales y esperanzas para alcanzar metas de auténtica relevancia. Zahariel no veía con precisión qué le podía deparar el futuro, no veía su destino escrito en las estrellas, pero no tenía miedo a lo que pudiera venir.

El universo le parecía un lugar maravilloso.

Miró al futuro y no tuvo miedo.



SEIS

La cruzada contra las grandes bestias continuaría durante otro año antes de que el último bastión de monstruos estuviese listo para ser atacado. Las letales selvas, densas y entramadas, de los sombríos bosques del norte aún debían ser purgadas de monstruos, aunque éste era el único lugar en el que los guerreros de la Orden y sus aliados todavía no habían entrado.

En parte, esto se debía a la dificultad de preparar una batida organizada y sistemática en la espesura. Gran parte del bosque era tan denso como virtualmente impenetrable para los jinetes, y ni los guerreros más fuertes del Ala de Cuervo cabalgarían dentro de sus límites a no ser que sus maestros se lo ordenasen.

En los bosques del norte existían asentamientos, aldeas muy bien defendidas con altas murallas construidas sobre grandes rocas planas o en la espesura de amplias colinas, pero éstas eran pocas, estaban muy alejadas entre ellas y las habitaban personas resentidas que se lamentaban de su suerte en la vida sin atreverse siquiera a mejorarla.

Lo cierto es que la verdadera razón por la que la cruzada aún no se había aventurado en los bosques del norte era la antipatía de los Caballeros de Lupus.

Los Caballeros de Lupus, una hermandad de caballeros conocida por sus eruditos y sus grandes bibliotecas, se habían opuesto con vehemencia a la idea de cualquier campaña contra las bestias, y se habían puesto abiertamente en contra de Luther y Lion El'Jonson muchos años antes.

Aparte de las otras órdenes que habían votado contra la propuesta de El'Jonson para eliminar a las grandes bestias de los bosques, los Caballeros de Lupus habían rechazado acatar la voluntad de la mayoría una vez tomada la decisión. En lugar de eso, hablaron de guerra y amenazaron con llevar a cabo su propia campaña contra la Orden y sus aliados. Al final, Luther acordó un compromiso. Los detalles del acuerdo al que habían llegado nunca se revelaron, pero fueran cuales fueran, los Caballeros de Lupus se retiraron a su refugio en las montañas de los bosques del norte y no tomaron medidas contra la Orden.

Durante diez años, los Caballeros de Lupus vigilaron desde su fortaleza cómo la campaña de El'Jonson alcanzaba una victoria tras otra. Región por región, las grandes bestias eran eliminadas de los bosques de Caliban.

Según pasaron los años y la campaña estaba cada vez más cerca de lograr las ambiciones de El'Jonson, las mentes de la mayoría del pueblo de Caliban comprendieron que llegaría una era dorada.

La campaña del León había avanzado hasta la mismísima frontera de los bosques del norte, baluarte de los Caballeros de Lupus durante mucho tiempo, y la única región de Caliban en la que aún existían las grandes bestias.

Casi de forma inevitable, cuando la Orden penetrase en los bosques del norte, habría conflictos.

Un grupo de suplicantes armados se reunió en el centro de la sala de entrenamiento formó un círculo que miraba hacia fuera con las espadas extendidas ante ellos en posición de defensa. Zahariel estaba en el centro del círculo, espalda con espalda con Nemiel, mientras otra clase de suplicantes los rodeaba y miraba cómo practicaban con la espada.

El hermano Amadis paseaba alrededor del círculo con las manos a la espalda mientras supervisaba la última sesión de entrenamiento de los suplicantes de la Orden. Los suplicantes reunidos en torno al círculo eran aproximadamente un año más jóvenes que los alumnos que lo formaban y todos iban armados con espadas de entrenamiento de madera. Aunque romas, cada una de ellas llevaba una barra de plomo en su interior, lo que hacía que cualquier impacto fuese extremadamente doloroso.

—Habéis entrenado de esta forma durante años —dijo Amadis, dirigiéndose a los suplicantes más jóvenes— y comprendéis la capacidad defensiva del círculo, pero no entendéis su fuerza simbólica. ¿Quién de los que estáis en el círculo puede explicar a estos alumnos por qué luchamos de esta forma?

Y, como ocurría a menudo, Nemiel contestó primero.

—Al formar un círculo, cada guerrero es capaz de defender al hombre que tiene a su izquierda. Es una formación defensiva clásica que se usa cuando nos superan en número.

—Cierto, Nemiel —dijo Amadis—, pero ¿para qué sirve el círculo interior?

Esta vez contestó Zahariel diciendo:

—Un círculo es más fuerte con otro círculo en su interior. Es una antigua doctrina de batalla de Caliban.

—Correcto —respondió Amadis—. La idea de los círculos concéntricos, uno dentro de otro, ha sido la base de la defensa de las grandes fortalezas monasterio de Caliban. Al formar un círculo interior para guardar y proteger al grupo más amplio de guerreros del círculo exterior, no puede quebrarse la defensa. ¡Ahora, atacad!

Los suplicantes más jóvenes se abalanzaron sobre el círculo apuñalando y golpeando a los mayores con sus espadas de madera. Los muchachos del círculo exterior luchaban bien y desviaban los golpes de sus atacantes con las habilidades adquiridas en un año más de entrenamiento, pero los superaban en número de tres a uno y era inevitable que recibiesen algunos golpes.

Zahariel miraba cómo se desarrollaba la batalla con precisión clínica e iba girando, con Nemiel siempre a su espalda, mientras arremetían contra cualquier brecha potencial en el círculo. Las espadas chocaron y repiquetearon durante diez minutos, pero no se abrió ni un solo hueco en el círculo exterior.

Amadis gritó nombres para declarar a algunos muchachos «muertos», y éstos se apartaban del círculo cojeando, con los brazos amoratados o rotos, para ir a lamerse las heridas mientras el círculo exterior se estrechaba cada vez más para mantener sus líneas intactas.

Zahariel atacaba mientras los suplicantes más jóvenes amenazaban con arrollarlos, y Nemiel hacía lo mismo detrás de él. El combate continuó durante otros quince minutos, sin mostrar signos de debilitamiento en la formación, y entonces Amadis declaró el fin de la sesión.

Tanto Zahariel como Nemiel estaban empapados en sudor. La batalla había hecho mella en sus reservas de energía. Luchar con tanta intensidad durante tanto tiempo era difícil, pero luchar en el círculo interior era particularmente agotador.

El hermano Amadis caminó entre los exhaustos suplicantes.

—Ahora veis las ventajas del círculo interior y la fuerza que se gana con su presencia —les dijo—. Recordad esto cuando libréis una batalla y no fracasaréis. Es una obviedad, pero por separado somos débiles, juntos somos fuertes. Cada uno de vosotros se enfrentará un día a la batalla, y si no podéis mirar a vuestros hermanos y saber sin pensar que podéis confiar en ellos, entonces estáis perdidos. Sólo cuando tales lazos se blindan significan algo, porque en el momento en que esa confianza no es instantáneamente recíproca, el círculo se rompe y estáis muertos. ¡Romped filas!

Los suplicantes se levantaron del suelo de piedra de la sala de entrenamiento, de uno en uno o de dos en dos, con toallas de lino alrededor del cuello, cansados y con las extremidades maltrechas.

—Sin duda ha sido una de las duras —dijo Nemiel, enjugándose el sudor de la cara con la manga.

Zahariel asintió, demasiado cansado para contestar.

—Nos está haciendo trabajar, ¿eh? —continuó Nemiel—. Parecía que estuviésemos a punto de comenzar una batalla o algo parecido.

—Nunca se sabe —dijo por fin Zahariel—. Podría ser. Los representantes de los Caballeros de Lupus llegarán más tarde hoy, y si lo que he oído es cierto, puede que sí haya una guerra pronto.

—¿Contra los Caballeros de Lupus? —preguntó Attias, que apareció con uno de sus cuadernos bajo el brazo.

—Es lo que he oído —dijo Zahariel.

—¿Has apuntado todo lo que ha dicho el hermano Amadis? —preguntó Nemiel, mientras se les unía Eliath.

—Sí —respondió Attias—, menos una palabra o dos.

—Quizá si practicases más con la espada en vez de garabatear en tus cuadernos no nos expondrías a los ataques —lo pinchó Eliath, aunque no había malicia en sus palabras y sólo se trataba de una broma.

—Y quizá si no estuvieses tan gordo habrías sido capaz de evitar sus ataques.

Los muchachos sonrieron con las bromas familiares, pues se hacían con buen fondo, sin malicia. En el año siguiente al ataque de la bestia alada en el bosque, los cuatro habían superado el rencor que los había dividido y se habían hecho amigos rápidamente, ya que el compartir una experiencia cercana a la muerte les había hecho acercarse mucho más que cualquier otra cosa.

Attias había desarrollado una figura esbelta, de rasgos hermosos, hombros anchos y músculos prietos alrededor de las extremidades. Eliath seguía siendo el más grande de todos, con músculos abultados y potentes y cualquier atisbo de grasa había desaparecido hacía mucho de su cuerpo monumental, aunque seguía siendo el menos ágil de todos.

—En serio, ¿crees que podríamos entrar en guerra con los Caballeros de Lupus? —preguntó Attias.

—No lo sé, es posible —dijo Zahariel, deseando no haber sacado el tema. El hermano Amadis le había dicho que lord Sartana, de los Caballeros de Lupus, se dirigía a Aldurukh para protestar porque los caballeros de la Orden habían penetrado en los bosques del norte, y aunque

no le habían dicho que guardase la información para sí, seguía sintiendo que estaba traicionando su confianza al compartirla con sus hermanos.

—Zahariel, Nemiel, aseaos y venid a mi cámara en quince minutos. Os quiero totalmente vestidos con túnicas, armas y el atuendo ceremonial.

Ambos muchachos se miraron perplejos, sorprendidos con la aparición del hermano Amadis.

—¿Señor? —preguntó Nemiel—. ¿Qué ocurre?

—El León quiere mostrar a los mejores suplicantes cuando lord Sartana entre en la Cámara del Círculo, y vosotros lo sois. Daos prisa, ya está aquí y parece que no quiere perder tiempo. ¡Vamos!

Zahariel cambiaba nerviosamente de un pie al otro mientras Nemiel permanecía al borde del pedestal en el centro de la Cámara del Círculo. Habían marchado con el hermano Amadis hacía unos minutos, emocionados y no poco honrados de que les permitiese seguirlo al entrar en la cámara por las Puertas del Claustro.

Las entradas más altas de la Cámara eran para los miembros de menor rango de la Orden, y sólo a los caballeros veteranos les era permitido entrar por las Puertas del Claustro.

Normalmente, los suplicantes y aquellos de rango inferior a un auténtico caballero estaban obligados a entrar y sentarse en los bancos de arriba, pero los miembros veteranos de la Orden habían hecho una excepción especial en esta ocasión. Los pasillos y las cámaras de Aldurukh bullían de actividad: su pequeño grupo se había cruzado con caballeros, escuderos y suplicantes que iban rápidamente de un lado a otro, sin duda haciendo cosas vitales para la preparación de la llegada de lord Sartana. Los estandartes ceremoniales se sacudían y se colgaban del techo, los estandartes de guerra rojos y carmesí se sustituyeron por aquellos que recordaban un pasado legendario e imágenes que evocaban la hermandad y la confraternidad. Los miembros de la Orden, debidamente vestidos y encapuchados, llenaban los bancos de piedra alrededor del centro de la

cámara, y sólo estaban presentes aquellos suplicantes que acompañaban a los hermanos veteranos de la Orden.

—¿Ese Sartana es muy importante? —susurró Nemiel, cuidando de no alzar la voz, ya que la acústica de la Cámara del Círculo era increíble.

—Eso creo. Es el miembro más veterano de los Caballeros de Lupus —asintió Zahariel.

—Creía que muchos ya habían muerto.

—No —dijo Zahariel—, aunque ya no son lo que eran, eso es cierto.

—¿Qué les ocurrió?

Zahariel recordó lo que había oído hablar a los senescales bajo las salas y las cámaras de los nobles caballeros en los primeros años posteriores a su ingreso en la Orden.

—Se oponían a la campaña del León contra las grandes bestias y se retiraron a su bastión de las montañas mientras la Orden y sus aliados empezaban a limpiar los bosques. Oí que un número significativo de sus caballeros y suplicantes desertaron para unirse a la Orden cuando vieron el éxito de la campaña.

—¿Abandonaron a sus propios hermanos? —preguntó Nemiel, sorprendido.

—Es lo que dicen —afirmó Zahariel—. Imagino que debieron de ser años duros y tristes para ellos, ya que el reclutamiento de nuevos suplicantes se redujo a poco más de un puñado cada temporada. En pocos años, quizá una década como mucho, los Caballeros de Lupus se enfrentarán a la posibilidad de poder dejar de ser viables como orden de caballería.

—Qué triste —dijo Nemiel—. Estar al borde del olvido, no por la muerte heroica y gloriosa ni por una épica batalla, sino por obsolescencia.

—No los deis por perdidos todavía —intervino el hermano Amadis, que apareció tras ellos—. Una bestia es mucho más fuerte cuando se siente acorralada.

—Hermano Amadis, tengo una pregunta —dijo Nemiel.

—¿Sí? Adelante, pero date prisa, Sartana llegará pronto.

—Zahariel dice que los Caballeros de Lupus casi no tienen suplicantes, que su número se ha reducido.

—Eso no es una pregunta —apuntó Zahariel.

—Lo sé, ya voy —protestó Nemiel—. Lo que quiero decir es que ¿no es un poco… bueno, descarado exhibir así a los suplicantes de la Orden ante lord Sartana?

Amadis sonrió.

—Muy agudo por tu parte, joven Nemiel —dijo.

—Entonces ¿por qué hacerlo?

—Es una buena pregunta, así que te la contestaré —manifestó Amadis —. Con toda probabilidad, lord Sartana no viene con ánimo conciliador. Creo que el León y Luther quieren hacer una demostración tácita que hablará por sí sola de nuestra fuerza en los años venideros.

—Y si lord Sartana llega a pensar que no puede enfrentarse a nosotros, estará más dispuesto a estar de acuerdo con la campaña que llevan a cabo los guerreros en los bosques del norte —concluyó Zahariel.

—Algo así —asintió Amadis—. Ahora guardad silencio, estamos a punto de empezar.

Zahariel volvió la vista hacia la puerta este del claustro al ver dos líneas de portaestandartes encapuchados con el rostro oculto en la sombra y el paso lento y pesado. Se separaron con adusta solemnidad al llegar al borde del círculo y siguieron su circunferencia hasta que formaron un anillo de estandartes alrededor del pedestal. Cada estandarte estaba plantado en una copa hundida en el suelo y los portadores se arrodillaron ante ellas e inclinaron la cabeza cuando aparecieron los Señores de la Orden. El León y Luther entraron en la cámara, resplandecientes con sus armaduras negras y sus capas blancas sujetas a los hombros mediante broches de bronce. El León hacía que Luther pareciese pequeño, como siempre, pero a ojos de Zahariel, ambos eran astillas del mismo palo. La expresión del León era adusta, mientras que la de Luther era abierta, aunque Zahariel veía la tensión grabada en las marcadas líneas que le rodeaban los ojos y la mandíbula.

Los caballeros de la Orden reunidos en los bancos se pusieron en pie y se golpearon los petos con el puño al ver a sus hermanos más heroicos, haciendo un ruido ensordecedor para mostrar cada uno el respeto debido a sus superiores. Los caballeros veteranos de la Orden acompañaban al León y a Luther, incluidos lord Cypher y varios de los caballeros que habían alcanzado los rangos más altos en batalla, los guerreros más cualificados en dirigir ejércitos y tropas numerosas. Parecía que más que una demostración tácita de fuerza, ésta fuese una auténtica demostración de poder marcial.

Junto a Luther había un guerrero con una flamante armadura de bronce y un largo manto de piel de lobo. La calavera y la mandíbula superior de la bestia estaban integradas en la parte superior del casco del guerrero con las garras apoyadas sobre las hombreras.

Este era, pues, lord Sartana, un hombre poderoso de rasgos envejecidos y un mustio bigote plateado. Sus párpados caían sobre sus ojos grises y su expresión era beligerante. Era muy consciente de la demostración no demasiado sutil de la fuerza de la Orden. Tres guerreros con mantos de lobo lo acompañaban, todos ellos con bigotes igualmente poblados, y superaban en edad a la mayoría de caballeros veteranos de la Orden.

Los guerreros llegaron al centro del círculo y el León alzó las manos para pedir un silencio que se hizo al momento. Zahariel miró a Nemiel con la emoción de estar tan cerca de tantos caballeros veteranos.

El León se volvió hacia lord Sartana y le tendió la mano.

—Bienvenido a la Cámara del Círculo, donde los hermanos se encuentran con hermanos sin ningún tipo de rango o condición, donde todos son iguales. Bienvenido, hermano.

A oídos de Zahariel estas palabras sonaron planas y carentes de significado, como si el León se hubiese tragado las más amargas cenizas para pronunciarlas.

Claramente, lord Sartana también lo pensó y rechazó la mano que se le tendía.

—Solicité una reunión privada, lord El'Jonson, y no… ¡esto!

—La Orden es un remanso de sinceridad, lord Sartana —dijo Luther, con voz conciliadora y tranquilizadora—. No tenemos secretos y deseamos ser transparentes en nuestros acuerdos.

—¿Entonces para qué esta aparatosa representación? —espetó Sartana —. ¿Creéis que soy tan simple como para dejarme impresionar con vuestro desfile de nuevos reclutas y caballeros veteranos?

—Esto no es ninguna representación —replicó el León—, es un recordatorio del estatus de vuestra hermandad en Caliban.

—¿Nuestro estatus? —dijo lord Sartana—. Entonces, accedisteis a esta reunión simplemente para humillarme, ¿no es así?

Luther se puso en medio de ambos guerreros, ansioso por distender la atmósfera hostil antes de que las cosas degenerasen hasta un punto en que pudieran desenfundarse las armas.

—Caballeros —intervino Luther, modulando su voz una vez más para que sonase totalmente razonable y conciliadora—. Estamos por encima de palabras de esta índole. Estamos aquí para que todos puedan ser testigos de la equidad y la justicia de nuestras palabras. Ha de verse que no hay falsedad entre nosotros.

—Entonces hablemos de cómo vuestros guerreros han violado el tratado que había entre nosotros —soltó Sartana.

—¿Que han violado el tratado? —protestó el León—. ¿Qué tratado? No había ningún tratado.

—Se nos dio garantías hace muchos años —afirmó Sartana—. Nos las disteis vos, Luther. Cuando visitasteis nuestra fortaleza, afirmasteis que El'Jonson nos garantizaba que mantendría a sus guerreros lejos de los bosques del norte. Como ambos sabemos, ése no ha sido el caso.

—No —dijo el León, empezando a mostrar ira en su voz—. No lo ha sido.

Zahariel se preguntaba si algún hombre podría mantenerse en pie ante tal amenaza.

—Vuestros hombres han asesinado a un grupo de nuestros cazadores. Hombres con familia fueron asesinados por caballeros totalmente armados

que enviaron de vuelta a un único superviviente con los cuerpos mutilados de sus camaradas.

—Esos hombres habían ido a trazar mapas de los valles que limitan con los bosques del norte.

—¡Las fronteras de vuestro territorio dan cobijo a las bestias! —dijo el León—. Bestias que siguen asolando nuestras tierras. ¡Sólo en el pueblo de Endriago ha habido casi doscientas bajas a causa de una bestia! Ha llegado la hora de acabar el trabajo y destruir hasta la última de las grandes bestias.

Al mencionarse Endriago, Zahariel notó que el hermano Amadis se ponía rígido y que apretaba los puños.

—Podéis abatir a todas las grandes bestias del resto de Caliban —advirtió Sartana—, pero los bosques del norte y las tierras de los Caballeros de Lupus son sacrosantas. Se nos prometió que nuestras tierras serían un refugio y que se dejaría en paz a las bestias que las habitan. Ese acuerdo tuvo la fuerza de un tratado. ¡Al enviar a vuestros guerreros a nuestras tierras habéis roto un juramento!

—Hablad con sensatez, hombre —dijo el León—. Nunca se garantizó que los bosques del norte se fuesen a dejar tranquilos. ¿Qué sentido tendría hacer eso para nosotros? ¿Para qué íbamos a abatir a todas las bestias de todos los rincones de Caliban si dejábamos vivo a un puñado de criaturas? No, si ha habido alguna violación, ha sido por parte de los Caballeros de Lupus, que han asesinado a guerreros de la Orden. Lo demás, todas esas falsedades y mentiras son simplemente pretextos de escasa solidez para justificar vuestras acciones.

—Entonces crearéis un marco para la guerra, lord El'Jonson —amenazó Sartana.

—Si es lo que hace falta para liberar a Caliban de las bestias, lo haré, lord Sartana —advirtió el León, y Zahariel sintió entusiasmo en su tono, como si incitar a Sartana a la guerra hubiera sido su intención desde el principio—. No cejaré en mi empeño de alcanzar mi objetivo de librar a Caliban de las bestias —continuó—. Y si vuestros guerreros intentan detenerme, será el fin para ellos. Vuestra orden tiene muy pocos guerreros

y la mayoría no ha puesto un pie fuera de las bibliotecas en años. ¿De verdad creéis que podréis detenerme?

—Probablemente no —admitió Sartana.

—Entonces ¿por qué os alzáis contra mí?

—Porque en vuestra monomaníaca gesta de destrucción no estaréis satisfecho hasta que tengáis a todo Caliban a vuestros pies —contestó lord Sartana—. Los Caballeros de Lupus no queremos ser objeto de vuestros decretos. Ahora, si esta farsa de «conversación» ha terminado, me despediré y volveré con mis hermanos.

Sin esperar autorización para retirarse, lord Sartana se dio media vuelta y abandonó la Cámara del Círculo, seguido de sus acólitos con capas de lobo.

Ante tal osadía, se hizo un silencio atronador entre los caballeros de la Orden reunidos y todos los guerreros miraron a su vecino como para confirmar que habían entendido la importancia de las palabras que se habían cruzado el León y lord Sartana, que significaban de hecho la guerra contra la Hermandad de Lupus. El hermano Amadis rompió el silencio, abandonó su lugar en el borde del círculo y se dirigió al León.

—¡Lord El'Jonson! —gritó—. ¿Es cierto? ¿Endriago ha sido atacado por una bestia?

Al principio, Zahariel se preguntaba si el León había oído la pregunta, ya que pasaron unos momentos antes de que se volviese hacia Amadis. Su cara era pétrea, y Zahariel sintió que un escalofrío de miedo le atravesaba la columna al ver la furia de la guerra grabada en sus facciones. Entonces, como si un rayo de sol pasase sobre su cara, la ira vengativa desapareció y una mirada de profunda preocupación ocupó su lugar.

—Hermano Amadis —dijo el León—, me temo que es cierto. Recibimos la noticia ayer. Una bestia ha acabado con un gran número de habitantes de Endriago, aunque nadie sabe todavía qué tipo de criatura acecha en el bosque sombrío.

—Endriago es mi pueblo natal, lord El'Jonson —dijo Amadis—. Debo vengar las muertes que ha sufrido mi gente.

El León asintió y escuchó el comentario que Luther le susurraba, mientras Amadis caía sobre una rodilla.

—Lord El'Jonson —anunció Amadis—, declaro una misión contra la bestia de Endriago.



SIETE

Después, Zahariel siempre recordaría aquello como su mejor momento. No es que los años siguientes careciesen de gloria, ni mucho menos. Ganaría muchas batallas. Sería aclamado y laureado por sus compañeros.

Sería honrado por el León.

Conocería todas estas cosas y más. Pero aun así, de alguna forma, el momento que más apreciaba en su mundo eran los días anteriores a la llegada del Emperador a su planeta. Fue la época anterior a los ángeles, en un tiempo en que era un joven a las puertas de la madurez. Quizá su edad había tenido que ver a la hora de recordar aquellos días de forma más intensa en su mente. En aquella época, apenas faltaban dos semanas para su decimoquinto cumpleaños. El hecho de ser joven añadía brillo a sus recuerdos. Haría que sus logros pareciesen mucho más honorables en cierto modo, más memorables. Con este primer paso tras el umbral de la edad adulta, se enfrentó a horrores y superó dificultades a las que la mayoría de los hombres no podrían sobrevivir jamás. Un elemento apartaría sin duda este momento de sus triunfos posteriores. Aún no lo habían convertido en un ángel. Aún no se había transformado en Astartes. Esto iba a hacer que lo que pasó fuera algo aún más extraordinario. Que un superhombre triunfase en esas circunstancias era una cosa, pero que lo

hiciera un ser humano corriente era otra muy distinta, especialmente si se trataba de un adolescente.

Quizá hubiese algo más.

Quizá, al final, atesoraría ese momento simplemente porque hablaba bien de su persona. Tras su transformación en ángel, la mayor parte de sus recuerdos de aquellos días en los que todavía era un hombre se volverían apagados y vagos. Había miles de momentos, todos importantes, que olvidaría por completo. Tendría dificultades para recordar los rostros de sus padres, sus hermanas y sus amigos de la infancia. Lo único que se fijaría en su mente sería aquello relacionado con la época que pasó entre los ángeles, como si al cruzar el puente entre lo humano y lo sobrehumano hubiera dicho adiós para siempre a muchas de las cosas que habían definido su anterior vida humana.

Fuese cual fuese el caso, el recuerdo ardería con fuerza en su mente durante aquellos días. Permanecería con él, a través de los siglos, como uno de los pocos recuerdos significativos que le quedaban de su juventud. Alteraría el paso de sus años de forma sutil porque lo ayudaría a mantenerse fiel a sus ideales. Lo sostendría cuando se le agotase la esperanza. Siempre lo vería como uno de los momentos definitorios de su existencia. Así comenzó a ser consciente de sí mismo, la historia que había dado lugar a su mito personal. Esto era que representaba para él. Hubo un tiempo en que fue un hombre. Hubo un tiempo en que fue un caballero. Hubo un tiempo en que luchaba por el bien y protegía a los inocentes.

Hubo un tiempo en que cazaba monstruos.

Habían pasado casi cinco meses desde que el hermano Amadis había iniciado la misión para destruir a la bestia de Endriago y el tiempo había transcurrido como si fuese de plomo para Zahariel. Echaba de menos la confortable camaradería de su héroe y el sentido de que su valía y su presencia se valoraban y apreciaban en la Orden. Aunque el caballero Ramiel era un maestro de gran técnica y sabiduría, trataba a Zahariel como

a cualquier otro suplicante, que era como debía ser, pero tras haber sido destacado por el hermano Amadis, le pareció difícil adaptarse a ser… uno más.

Sin la presencia del hermano Amadis, los juegos de humillación del contrario habían vuelto a empezar, y Zahariel, Nemiel, Attias y Eliath volvían a pelearse como jóvenes novicios. Zahariel había intentado que las ansias de Nemiel por superarlo no lo incomodasen, pero por mucho que se esforzase, los intentos constantes de su primo empezaron a solidificarse en su corazón formando una bola de resentimiento.

Desde la visita de lord Sartana a Aldurukh, una proporción significativa de la fuerza de la Orden se había desviado de la etapa final de la campaña contra las grandes bestias hacia el conflicto con su nuevo enemigo. En una serie de combates decisivos, los Caballeros de Lupus habían sido empujados de nuevo a su fortaleza de Sangrula, la Montaña Sangrienta, la cual, de acuerdo con los rumores que corrían en la fortaleza monasterio, ahora estaba sitiada.

Los muchachos se habían reunido a la hora de comer para discutir el estado de la guerra contra los Caballeros de Lupus y para lamentarse de su estatus de suplicantes que, por tanto, los excluía de la lucha.

—He oído que han empezado a quemar sus propios asentamientos para que los caballeros de la Orden no los capturen —afirmó Eliath.

—Es cierto —dijo Attias—. Oí al maestro Ramiel decírselo a Sar Hadariel ayer.

—¿Por qué iban a hacer algo así? —preguntó Nemiel—. Es una estupidez.

—No lo sé —dijo Attias—. Pero es lo que he oído.

—Quizá porque han demostrado por sus acciones que ya no son más que unos renegados traidores y que cada momento que siguen existiendo es una mancha en el honor de Caliban.

—Esa es una valoración un poco dura, ¿no? —intervino Zahariel.

—¿Lo es? —dijo Nemiel—. Entonces, ¿cómo es que la Orden ha asumido la tarea de acabar con su existencia?

—¿Alguien se ha parado a pensar que quizá, sólo quizá, lord Sartana estaba diciendo la verdad? —preguntó Zahariel—. ¿Que quizá rompimos nuestra palabra de dejar sus tierras en paz?

—Se me ha pasado por la cabeza —reconoció Nemiel—. Pero ¿qué importa eso ahora?

—¿Qué importa? —repitió Zahariel—. Importa porque a lo mejor estamos a punto de iniciar una guerra bajo un falso pretexto, que hemos instigado esta guerra para servir a nuestros propios fines. ¿Eso no os preocupa?

Las caras de perplejidad le dieron la respuesta, y asintió con la cabeza como aceptándola.

Nemiel se reclinó sobre la mesa.

—La historia la escriben los vencedores, Zahariel —dijo—, y entre las muchas píldoras amargas que han de tragar los perdedores en cualquier guerra, se encuentra el hecho de que sus sacrificios fueron en vano. Las reivindicaciones de Sartana al León podrían haber sido insidiosas, incluso una fantasía absoluta, pero los cronistas de la Orden no iban a registrarlas aunque hubiesen sido ciertas, ¿no?

—¿Y los cronistas de los Caballeros de Lupus?

—Sin duda morirán con sus señores en el sitio de la fortaleza.

—¿Cómo puedes ser tan indiferente con esto, Nemiel? —preguntó Zahariel—. Estamos hablando de matar a semejantes, a caballeros.

Nemiel negó con la cabeza.

—No, estamos hablando de matar a nuestros enemigos. Si son caballeros, o no, es irrelevante. Sean los motivos buenos o malos, el fragor, de la batalla hará que se olvide la causa inicial de nuestra disputa con los Caballeros de Lupus. Ni siquiera la guerra persistirá en la memoria.

—Eso es trágico —afirmó Zahariel.

—Tal es la tragedia de la existencia humana —dijo Nemiel, citando el *Verbatim*—. Las vidas de los individuos son volátiles y efímeras, perdidas en las implacables y sangrientas mareas de la historia.

Zahariel negó con la cabeza:

—Puede ser, pero en Caliban esas mareas son más oscuras que en otros lugares.

Tras la comida, los suplicantes se retiraron a los dormitorios a preparar sus armas para la práctica de la tarde bajo el ojo inquisidor del maestro Ramiel. A Zahariel lo había afectado la conversación de la comida y estaba preocupado por la velocidad con que los caballeros de la Orden habían seguido a El'Jonson a la guerra.

Seguramente era el deseo de todo ser consciente evitar la guerra, llevar a cabo todas las acciones posibles para evitar perder vidas. Aunque joven, Zahariel era lo bastante sabio para saber que, a veces, la guerra y la muerte eran inevitables, pero esta guerra con los Caballeros de Lupus parecía haber comenzado con sorprendente e indebida prisa.

Al levantar la espada serrada y abrocharse el cinturón con la pistola, oyó la llamada distante de una trompeta, una melodía cadenciosa de tres notas repetidas una y otra vez. Miró hacia donde Nemiel y los demás estaban preparando sus armas, sabiendo que conocía el significado de aquellos sonidos pero incapaz de conectar ese conocimiento con sus sentidos.

—El hermano Amadis —dijo Eliath, y de repente los toques de trompeta adquirieron sentido y significado.

—«El regreso del caballero» —citó Attias.

Zahariel sonrió al reconocer una melodía que se escuchaba con tan poca frecuencia y que anunciaba el regreso de un caballero de una misión de cacería. Se había dado caza a la mayor parte de las grandes bestias y la cruzada había llegado casi a su fin, por lo que esas notas jubilosas se oían muy raramente aquellos días. Los cuatro muchachos salieron corriendo de los dormitorios, ignorando que el maestro Ramiel los castigaría por perderse las clases de esgrima y de tiro. La emoción de ver al hermano Amadis una vez más entre los muros de Aldurukh sobrepasaba las nimias preocupaciones del horario.

Otros también habían oído la trompeta, aunque era un misterio para Zahariel cómo el sonido había atravesado la fortaleza cuando se emitía desde las alturas de la torre. Los compañeros suplicantes corrieron con ellos, e incluso algunos de los caballeros más jóvenes se abrieron paso hacia la gran puerta del corazón de la fortaleza, ansiosos por ser los primeros en dar la bienvenida al hermano Amadis.

Zahariel volvió a verse otra vez compitiendo con Nemiel; su primo iba un poco más adelante con una sonrisa de triunfo. Attias iba detrás de él y Eliath corría sin parar a la cola de su pequeño grupo.

Los pasillos se vaciaron alrededor de las grandes torres del bastión de la entrada, espirales de piedra atravesadas de saeteras que conducían al nivel del suelo. Se había reunido una multitud considerable, pero aun así consiguieron abrirse paso hacia adelante, mientras un eco atronador bajaba de la oscuridad. Unas enormes cadenas chirriaron soltando polvo, y los pesados cabrestantes, poleas y contrapesos se movieron en un intrincado baile que abrió las colosales Puertas Conmemorativas de Aldurukh.

Cayó una luz brillante de un cielo diáfano que cubrió la explanada de piedra llena de banderas y se extendió para iluminar el sombrío interior de la fortaleza monasterio. Las motas de polvo giraban como diamantes y bailaban en el aire por el movimiento de las grandes puertas. Zahariel forzó la vista para ver al hermano Amadis, pero más allá del cegador rectángulo de luz que formaban las puertas, no veía más que la mancha borrosa y oscura del bosque en la distancia. Los demás suplicantes se apelotonaban a su alrededor con las mismas ansias de ver, pero Zahariel y sus hermanos permanecieron en su posición con una mezcla de fuerza y pura terquedad.

Al fin se oyó un grito, y Zahariel vio movimiento en la puerta de entrada y la silueta de un jinete avanzando lentamente hacia la fortaleza. A medida que sus ojos se adaptaban a la luz brillante del cielo, el corazón de Zahariel saltaba al reconocer el perfil distintivo e inequívoco del hermano Amadis.

Aunque se regocijaba con el regreso de su héroe, tuvo el súbito presentimiento de que algo iba mal.

Amadis se mantenía erguido con las últimas fuerzas que le quedaban, su túnica estaba empapada de sangre aún húmeda y el brazo izquierdo le colgaba a un lado, con los huesos claramente rotos. Tenía la cara pálida y sin vida y una barba oscura que le enmarcaba el rostro. Su corcel tampoco había escapado ileso: tenía varias heridas profundas en el pecho y los flancos y le habían arrancado varios mechones de la crin. Había perdido la cola, y una serie de cortes coagulados en la grupa indicaban una huida desesperada de algo terrible. Los ojos de Amadis hablaban de un dolor y una determinación inimaginables, y su cabeza se movía a un lado y a otro como buscando algo perdido.

Los caballeros acudieron a asistir al héroe herido y a ayudarlo a bajar de la silla. El movimiento rompió el hechizo de su condición y un clamor de voces se alzó al ver al guerrero terriblemente herido. La presión de los cuerpos empujó a Zahariel como a un resignado pasajero en el avance de una muchedumbre.

—¡Atrás! —gritó una voz venerable y poderosa—. ¡Dejadle algo de espacio, maldita sea!

Zahariel vio a lord Cypher, que daba zancadas entre la multitud, obligándola a abrirle paso con la fuerza de su personalidad y autoridad, y se puso rápidamente tras él cuando pasó por su lado. En cuestión de minutos, había dejado atrás a sus compañeros y estaba sobre el hermano Amadis con lord Cypher arrodillado junto al hombre herido. Amadis luchó por que le salieran las palabras, pero de sus labios sólo salía espuma con la sangre que bombeaban sus pulmones perforados.

—No hables —dijo lord Cypher—. Sólo lo harás más doloroso.

—No —susurró Amadis—… tengo que hablar.

—De acuerdo, amigo. ¿Quieres pronunciar tu despedida?

Amadis asintió, y aunque Zahariel estaba horrorizado de que lord Cypher asumiera de forma implícita que Amadis iba a morir, había visto heridas suficientes para saber que las suyas eran mortales. Zahariel vio que la sangre del estómago del caballero estaba húmeda y seguía fluyendo, la herida estaba abierta y los intestinos empujaban la mano que en vano intentaba mantenerlos dentro de su cuerpo. Con la mano libre, Amadis

buscó su pistola de cañón rotatorio y la sacó trabajosamente de la funda de piel.

—Zahariel —dijo Amadis.

Lord Cypher miró hacia arriba, vio al muchacho y rápidamente lo animó a que se arrodillase ante el caballero moribundo.

—Aprisa muchacho, y escucha bien, no muchos consiguen oír las últimas palabras de un caballero de la Orden. Aquellos que escuchan una despedida tienen una obligación para con el muerto. Ya sabes, tradición.

Zahariel asintió, concentrado en el moribundo Amadis, que alzaba su pistola hacia él.

—Tómala, Zahariel —dijo Amadis, y las arrugas de dolor de su rostro se iban relajando mientras la muerte se lo iba llevando—. Es tuya. Quiero que te la quedes.

—No puedo —repuso Zahariel, con lágrimas en los ojos.

—Debes hacerlo, es mi deseo que la lleves —jadeó Amadis—. Es mi legado. Recuérdame cuando la dispares. Recuerda lo que te he enseñado.

—Lo haré —prometió Zahariel, recogiendo el arma cubierta de sangre de Amadis. Le pesaba mucho en la mano, más de lo que un simple artefacto de metal y madera debería pesar. Llevaba el peso de la responsabilidad con ella, una obligación con el honorable guerrero que la había llevado antes que él.

—Es una buena arma… Nunca me ha fallado —tosió Amadis—. No des por hecho que nunca vaya a hacerlo, ¿eh?

—No —dijo Zahariel, que de repente era consciente del silencio que llenaba la puerta de entrada.

—Maldición, ya no siento dolor, eso no puede ser bueno, ¿no?

—Significa que el fin está cerca, amigo —afirmó lord Cypher.

—Eso pensaba —asintió Amadis—. Esa maldita bestia de Endriago me clavó bien las garras. Un cabrón enorme, además… era un león calibanita… Siempre creí que sólo había uno.

—¿Un león calibanita? —inquirió Zahariel—. Creía que lord El'Jonson había matado al único león.

—Ojalá hubiese sido así —dijo Amadis con una mueca—… No estaría aquí tirado… Sólo deseo…

Fuese cual fuese el último deseo de Amadis, sería siempre un misterio, pues sus ojos se vidriaron y un suave aliento salió de entre sus labios. La cabeza de Zahariel se inclinó y las lágrimas fluyeron sin pudor por sus mejillas ante la muerte de su gran héroe. Asió con ambas manos la pistola que Amadis le había dado y el ardor de la ira lo embargó al pensar que el asesino del caballero aún seguía vivo, deambulando por los sombríos bosques.

Lord Cypher se acercó y puso la palma de su mano en el rostro sin vida del caballero para cerrarle los ojos suavemente.

—El hermano Amadis de la Orden ha muerto —entonó con funesta solemnidad.

Zahariel alzó la vista cuando lord Cypher posó su mano arrugada sobre su hombro y señaló el arma que le había dado Amadis.

—Eso es más que un arma, muchacho —dijo lord Cypher—. Es el arma de un héroe. Lleva el peso del poder y la potencia que la tuya no posee. Debes honrar el arma y la memoria del hombre que te la ha entregado.

—La honraré, lord Cypher —prometió Zahariel—. No le quepa la menor duda.

Los ojos de lord Cypher se entrecerraron al escuchar la vehemencia en la voz de Zahariel. Negó con la cabeza.

—No, muchacho —le advirtió—. La ira y la pérdida nublan tu juicio. No lo digas, porque no puede retirarse una vez pronunciado.

Pero Zahariel no se dejaría disuadir y se mantuvo con la pistola ensangrentada firmemente sujeta contra el pecho.

—Lord Cypher —dijo Zahariel—, declaro una misión contra la bestia de Endriago.

—No deberías haber declarado una misión —dijo Nemiel.

Faltaban tres días para que Zahariel saliese para llevar a cabo su misión. Al saber que pasaría los siguientes dos días con sus noches meditando en silencio para prepararse para el viaje, sus compañeros suplicantes habían considerado aquél un momento oportuno para dar un banquete en su honor.

Había comida y vino, y el maestro Ramiel les había concedido un permiso especial para celebrar el banquete en las cavernas subterráneas de Aldurukh. La celebración tuvo lugar a la luz de las antorchas, alrededor de una gran mesa que habían bajado desde el comedor de los dormitorios. Los preparativos se llevaron a cabo como de costumbre. De acuerdo con lord Cypher, si Zahariel triunfaba en su batida, renacería de una vida a otra y dejaría de ser un muchacho para ser un hombre.

—Estrictamente hablando —había dicho lord Cypher—, tal y como se consideran estas cosas, ahora mismo estás en un limbo entre la vida y la muerte, tu alma se encuentra momentáneamente en el inframundo hasta que se tome una decisión sobre tu futuro y tu estatus quede decidido.

Zahariel había pensado que se trataba de una superstición sin sentido, por supuesto, basada en la tradición y en los mitos antiguos, pero lord Cypher seguía al servicio de las costumbres más antiguas del mundo y, al haber sido testigo del fallecimiento del hermano Amadis, Zahariel había hecho honor a su consejo y había buscado un lugar subterráneo para el banquete. A pesar del tono festivo y la alegría superficial del acto, Zahariel advirtió que rodó lo que se le decía tenía un tono en el que subyacía una profunda tristeza. Sus amigos le deseaban suerte, pero no ocultaban la pena en su conducta. Darse cuenta de ello le resultaba incómodo, pero al final Zahariel entendió que le decían adiós sin esperanzas de volver a verlo con vida.

Nadie esperaba que volviese de la misión si no era muerto.

—Podrías haber esperado, Zahariel —dijo insistentemente la voz de Nemiel a su lado—. No debiste anunciar una misión contra la bestia que mató a Amadis.

—Tuve que hacerlo, Nemiel —afirmó Zahariel—. No viste cómo la vida le abandonaba. Yo sí.

—¿Sabes lo que dicen los caballeros veteranos? —intervino Eliath.

—No —admitió Zahariel—, ni me importa. He anunciado una misión nada menos que ante lord Cypher. No puedo echarme atrás.

—Pues debería importarte —soltó Nemiel, mirando hacia el techo—. Las cosas que dicen los caballeros… Creen que es orgullo. No entienden por qué lord Cypher te ha permitido llevar a cabo la misión. Debería evitarlo. Es una misión suicida.

—Tendrás que ser más claro, Nemiel —repuso Zahariel, moviendo su copa—. Puede que no haya mezclado suficiente agua con el vino, pero tengo problemas para seguirte.

—Estoy hablando de la bestia que vas a cazar —aclaró Nemiel, con una mueca de exasperación—. En la mesa de los caballeros se dice que es un león calibanita, uno de los peores depredadores de los bosques. Dicen que ya se ha cobrado más de doscientas vidas, y eso sólo en los bosques del norte, donde apenas hay gente.

—Se supone que una misión ha de ser difícil, Nemiel —dijo Zahariel—. Así es como demostramos lo que valemos. Así es como probamos que estamos listos para ser caballeros.

—Difícil sí, pero esto va más allá —respondió Nemiel—. Todos dicen que la bestia de esta misión es digna de los auténticos héroes que hay entre nosotros, como el León o Sar Luther. No te ofendas, primo, pero ni eres uno de ellos ni lo serás nunca. No tienes ni más destreza ni más experiencia que la que tengo yo para abatir a esa bestia. Todos dicen que estás loco. Sé que quieres ser un caballero desesperadamente, todos queremos, pero si quieres saber mi opinión, deberías haber esperado a una bestia menos peligrosa. Nadie habría pensado mal de ti por hacerlo. No habrías dañado tu honor.

Zahariel negó con la cabeza.

—No se trata de la gloria y no me importa cómo hablen de mí. Ya deberías saberlo.

—Sí, lo sé, pero ¿cómo es posible que no veas que es una locura? No exageraba cuando decía que creía que era un suicidio. No te das cuenta, ¿verdad? ¿Por qué lo has hecho?

—He esperado años para esto —afirmó Zahariel, hablando lentamente y midiendo su respuesta—. Desde que acepté ser suplicante de la Orden he soñado con este momento. Para ser sincero, nunca se me ocurrió evitar esta misión. Cuando el hermano Amadis murió, sentí que era lo correcto. No podía esperar. Además, recuerda lo que dijo el maestro Ramiel: «No se elige la bestia, la bestia te elige a ti». Deberías haber aprendido esa lección.

Intentado calmar la tensión, Zahariel sonrió a Nemiel para demostrarle que sólo estaba bromeando, pero su primo no estaba dispuesto a suavizar su posición. Aún molesto, Nemiel lo miró con frustración. Attias y Eliath estaban sentados en silencio, conscientes de que entrometerse en la discusión entre los dos primos no era prudente.

—No tiene gracia, Zahariel. Esa bestia podría matarte. Recuerda, yo estaba allí cuando el monstruo alado nos atacó. Resulta fácil pensar que eres inmortal cuando llevas armadura y vas armado con una buena pistola y una espada motorizada, pero nuestras armas y artificios no son nada ante tales criaturas. Esto no es algo que pueda tratarse a la ligera. Es algo muy serio.

—Sé que lo es —replicó Zahariel—. No me malinterpretes. Entiendo los peligros de la misión a la que me enfrento. Sé la envergadura que tiene. Pero tú ves un gran problema y yo una ventaja. Conoces las enseñanzas de la Orden tan bien como yo. En todas las clases con los maestros, en todas las instrucciones de combate y entrenamientos, en todos los simulacros de duelo y torneos que hemos llevado a cabo desde que llegamos aquí, nos hemos esforzado por alcanzar una cosa: la excelencia. Es la única cualidad que da significado a la vida de un hombre. Es la única cosa que hace que merezca la pena ser caballero. Es la idea sobre la que se fundamenta la Orden. Ya conoces las palabras: «La vida humana debería dedicarse a la búsqueda de la excelencia en todas sus formas, como especie y como individuos».

—A mí no tienes que citarme el *Verbatim* —le espetó Nemiel—. El maestro Ramiel nos lo ha grabado en la cabeza. Me lo sé de memoria tan bien como tú.

—Entonces recordarás otra cosa que está escrita en él: «Para ayudar a demostrar esta excelencia, buscaremos nuestros propios límites. Sólo con los retos más duros podremos conocer la verdadera forma de nuestro carácter». Eso es lo que dictan las enseñanzas de la Orden: los límites, los retos más duros. No estaría siguiendo esas lecciones si hubiese rechazado realizar la batida porque tuviese miedo de que fuese demasiado dura.

—Esos son tus ideales, sí —asintió Nemiel—, pero tenemos que ser realistas. Si las historias sobre la bestia son ciertas, es el tipo de criatura que sólo un grupo de caballeros experimentados podría abatir. Incluso lord El'Jonson acabó gravemente herido antes de matar a su león calibanita. No es un reto apropiado para un suplicante.

—Quizá tengas razón —admitió Zahariel—, pero cuando Amadis me dio su pistola tuve que aceptar hacerlo. Si empezamos a intentar elegir nuestras misiones basándonos en lo fáciles que nos gustaría que fuesen, iremos cuesta abajo hacia la ruina. De todas formas, no discutamos. La decisión está tomada y es demasiado tarde para dar marcha atrás. Me he comprometido con esta batida. Lo máximo que podemos hacer es brindar juntos y esperar que ambos vivamos para volver a vernos.

Zahariel se puso en pie y levantó su copa.

—Por que vivamos mañana, primo —dijo, alzando la copa.

Por su parte, Nemiel sonrió con resignación y alzó la suya.

—Por que vivamos mañana —repitió, con lágrimas en los ojos.



OCHO

—Sigue el sendero que va hacia el este —dijo el leñador.

Encabezó el camino a pie por la senda del bosque y Zahariel lo siguió en su corcel.

—Sigue por aquí hasta que llegues a un claro, justo al pasar un viejo árbol partido por un rayo. Está quemado y partido por la mitad. No tiene pérdida. Allí fue adonde se dirigió el grupo. Por supuesto, puede que no llegasen nunca. Si lo hicieron, deberías encontrar su rastro a partir de ese punto.

El hombre se llamaba Narel. Lord Domiel de Endriago se lo había presentado a Zahariel cuando se preparaba para salir del aterrado pueblo por sus astilladas y fortificadas puertas. Narel era uno de los leñadores que vivían en el castillo y trabajaban las tierras que circundaban sus murallas. Era más valiente que sus compañeros y aceptó conducir a Zahariel al bosque para buscar a la bestia. Es más, le había prometido a Zahariel que le mostraría el sendero que había seguido un grupo de hombres y mujeres que no habían conseguido volver tras atreverse a aventurarse en el bosque el día anterior para recoger la madera y los alimentos que necesitaban.

—La gente les advirtió que era insensato —dijo Narel—. Se les dijo que podían encontrarse con la bestia, pero ¿qué otra cosa podían hacer?

Todos tenían hijos y muchas bocas que alimentar en casa. El invierno se acerca, y si queremos sobrevivir tenemos que hacer acopio de víveres y combustible. Así es la vida aquí fuera. Además, iban bien armados y juntos eran unos doce, así que pensaron que los números jugarían en su favor. Pero ya no hay seguridad en estos bosques, me temo, no con la bestia.

Narel debía de tener la mitad de años que lord Domiel de Endriago, pero en seguida se veía que el leñador era tan parlanchín como su amo y señor. Durante todo el camino, mientras guiaba a Zahariel por el bosque, Narel hablaba sin cesar. Solía hablar bajo, y no dejaba de echar vistazos inquietos a los árboles y a la maleza que los rodeaba. El leñador estaba claramente nervioso, como si esperase que en cualquier momento la bestia fuese a saltar sobre ellos.

—Por supuesto, esos niños ya no tendrán comida —dijo Narel, asegurándose por enésima vez de tener cargado su fusil de munición explosiva y de no llevar puesto el seguro—. Puede que mueran de hambre, a no ser que alguien los acoja. Aunque yo no lo haré. Me dan pena, pero mi mujer y yo ya tenemos un montoncito de bocas hambrientas. Esa es la auténtica tragedia, si le digo mi opinión. Cada vez que la bestia mata, más niños se quedan huérfanos. Ha matado a más de ciento ochenta personas, que sepamos. Eso son muchos niños que tendrán que arreglárselas sin madre ni padre.

Zahariel podía entender el nerviosismo del hombre. Por lo que le había contado Narel, conocía a la mayoría de las víctimas de la bestia, al menos a aquellos que eran de Endriago. Muchos de ellos incluso eran parientes suyos. Dado el tamaño de la comunidad y las numerosas relaciones de parentesco que se daban en las regiones más aisladas de Caliban, aquella situación no era inusual.

Todos los habitantes de Endriago habían perdido vecinos, amigos y miembros de su familia a causa de la bestia que acechaba en los bosques. En el poco tiempo que pasó en el castillo, a Zahariel le había resultado obvio que el miedo hacia la bestia era una fuerza palpable dentro de sus murallas. Tendría que haber buscado mucho para encontrar un hombre, una

mujer o un niño que no estuviese aterrorizado con la criatura. El pueblo de Endriago ya no se atrevía a salir del asentamiento a no ser que fuese absolutamente necesario, y tras haber visto la furia y la profundidad de las marcas de sus garras en el portón del castillo, a Zahariel le pareció que ese miedo estaba totalmente justificado.

La bestia los había convertido en prisioneros virtuales tras las almenas del castillo, y esto, combinado con la muerte del hermano Amadis, hacía que Zahariel estuviese más decidido que nunca a matar al vil monstruo. Esa situación no podía durar para siempre. Como Narel había dicho, las estaciones estaban cambiando. El invierno estaba cerca. Pronto, los habitantes de Endriago tendrían que tomar una decisión difícil. Habría que reponer víveres si pretendían sobrevivir a los amargos y fríos meses que les aguardaban. Se enfrentaban o bien a una muerte lenta y prolongada por inanición, o a tener que entrar en el bosque y exponerse a la cólera de la bestia. El grupo de hombres y mujeres que había salido el día anterior ya había tomado esa decisión. Había acabado mal para ellos, pero había un asentamiento entero cuya existencia pendía de un hilo. Si se permitía que la bestia continuase libre, si no se abatía y se mataba, habría más tragedias en los bosques de Endriago.

Habría más dolor. Habría más huérfanos.

Ya se habían arrebatado muchas vidas, y ninguna comunidad podía permitirse sufrir tales pérdidas indefinidamente. El peso de la responsabilidad que recaía sobre los hombros de Zahariel era enorme. Si fracasaba en su intento de matar a la bestia no sólo peligraba su propia vida, sino la de Endriago y la de todas las familias que lo habitaban.

—En fin, aquí es —dijo Narel. Se había detenido en el sendero y miraba a Zahariel con una expresión de inquietud evidente—. Recuerda que dije que no te acompañaría todo el camino. Bueno, lo haría, pero tengo mujer e hijos. Lo entiendes, ¿verdad? Tengo que cuidar de ellos.

—Lo entiendo —contestó Zahariel—. Debería poder encontrar el camino desde aquí.

—De acuerdo —asintió Narel. El leñador se dio la vuelta para emprender el viaje de regreso a Endriago y echó la vista atrás para mirar a

Zahariel antes de irse—. Te deseo una travesía segura a través de la oscuridad, Zahariel de la Orden. Que los Vigilantes te guíen y te reconforten. Ten por seguro que haré una ofrenda en tu honor esta noche. Ha sido grato conocerte.

Y, con esto, empezó a andar y no volvió a darse la vuelta.

Cuando el leñador se hubo marchado y Zahariel hubo avanzado más por el sendero, se dio cuenta de que su mente pensaba en las palabras que Narel le había dicho antes de irse.

Era obvio que Narel no esperaba que sobreviviese.

El leñador no usó ninguna de las expresiones habituales de despedida. No había mencionado el «vivir mañana» ni nada similar. En su lugar, había escogido otras palabras muy curiosas. Le había deseado una travesía segura en la oscuridad. Había pedido a los Vigilantes que lo guiasen y lo confortasen. Incluso había prometido hacer una ofrenda en su honor. En Caliban éstas no eran las palabras que se le dirían a alguien a quien se espera ver de nuevo. Eran palabras de plegaria, no de despedida. De acuerdo con una de las creencias más arraigadas en Caliban sobre la muerte, cuando una persona fallecía, su alma viajaba al inframundo, donde caminaría por un sendero en espiral que, dependiendo de los actos que hubiese llevado a cabo el difunto en vida, le conduciría al infierno o a su renacimiento. Esta era la razón de las palabras de Narel. Procedían de un conocido rito funerario que, en el contexto de la ceremonia, eran una plegaria que pedía a los espíritus guardianes que interviniesen en favor del difunto.

Zahariel no se ofendió por las palabras de Narel. No sospechó que tuviesen mala intención. En Caliban no había grandes ciudades, pero incluso así, los asentamientos de los bosques del norte eran lugares muy atrasados. Las antiguas costumbres estaban muy arraigadas en pueblos como Endriago. Según sus propias creencias, probablemente Narel había pensado que le estaba rindiendo un gran tributo al intentar paliar su viaje

por el inframundo, una posibilidad que, sin duda, consideraba inevitable cuando Zahariel se encontrase cara a cara con la bestia.

Para Zahariel, sin embargo, el leñador había malgastado sus fuerzas. No era una cuestión de la que se hablase mucho, al menos no abiertamente, pero había muchas interpretaciones de la religión en el corazón de la cultura calibanita. Por un lado estaba la religión tradicional del planeta, que seguía siendo muy popular entre el grueso de la población así como entre algunos conservadores de la nobleza, y que incorporaba tanto elementos de cultos ancestrales como creencias locales animistas que supuestamente derivaban de la antigua sabiduría de los primeros colonos del planeta. Sus partidarios creían que los bosques de Caliban contaban con espíritus guardianes. En sus creencias, tomaba especial relevancia una especie de vigilantes invisibles y enigmáticos que a veces decidían intervenir en los asuntos de los humanos por sus propios motivos, enigmáticos y desconocidos. Estos «Vigilantes en la Oscuridad» no eran las únicas criaturas sobrenaturales de Caliban. Entre aquellos que profesaban la fe tradicional se decía que las grandes bestias eran espíritus malignos que habían adoptado forma física para crear sufrimiento y dificultades a los humanos. Teniendo esto en cuenta, no era poco frecuente que los individuos y las familias hiciesen ofrendas a los Vigilantes en la Oscuridad con la esperanza de persuadirlos para que intercedieran en alejar a las bestias. En contraste con estas creencias populares, sin embargo, las órdenes de caballería de Caliban acostumbraban a seguir un credo más agnóstico. Rechazaban la influencia de lo sobrenatural. Si entidades tales como los dioses o los espíritus existían, se discutía que pudiesen intervenir directamente en los asuntos humanos.

Se decía que tales criaturas tendrían unos deseos y percepciones tan extraños que nunca podrían compartir el entendimiento humano del mundo, y menos aún ser capaces de reconocer en qué momento podrían necesitar su ayuda.

En lugar de eso, la filosofía de las órdenes de caballería sostenía que el ímpetu que daba forma a la vida de un hombre era la fuerza de su carácter, no las supuestas acciones de fuerzas de otro mundo. En consecuencia, las

distintas órdenes se habían comprometido para desarrollar la mente y el cuerpo de sus caballeros, siguiendo los ideales concretos de excelencia humana de cada orden individual.

Durante sus años como suplicante de la Orden, Zahariel había absorbido los prejuicios de sus maestros en estos temas y se había creado los suyos. No tenía un interés particular en cebarse con hombres como Narel, pero tenía poco tiempo para sus creencias. No creía en la vida después de la muerte o en los viajes al inframundo. Las grandes bestias de Caliban eran criaturas extraordinarias, pero no creía en su origen sobrenatural. Los Vigilantes en la Oscuridad eran un mito, y no creía en espíritus guardianes que observasen benévolamente a la humanidad desde las sombras. En lugar de eso, creía en el poder humano de la sabiduría. Los actos de hombres como Lion El'Jonson y Luther y su campaña contra las grandes bestias lo habían convencido de que la humanidad era libre para escoger su propio destino. La mente humana podía ser consciente del mundo y del cosmos, y, teniendo elección, la mayoría de los hombres escogerían ayudar a sus compañeros.

Zahariel razonaba que los hombres eran intrínsecamente buenos y que, si tenían la oportunidad, elegirían el camino mejor y el más brillante de entre todos los que se les ofreciesen. Ningún hombre llevaría a cabo por voluntad propia una mala acción a no ser que las circunstancias lo obligasen. Quizá un hombre podría verse obligado a hacer el mal por hambre, miedo o ignorancia, pero ninguno escogería actuar de forma malévola por voluntad propia si tenía ante sí otra opción viable. Nadie elegiría la oscuridad, pudiendo escoger la luz.

Dejando de lado su inquietud sobre la naturaleza curiosamente sombría de la despedida de Narel y sus cavilaciones sobre la naturaleza humana, centró su mente en la misión que debía llevar a cabo.

En aquel instante, estaba más pendiente de las indicaciones de Narel que de cualquier otro tema relacionado con la suerte o el destino. El leñador le había dicho que Riese hacia el este siguiendo el sendero hasta llegar a un claro y a un árbol partido por un rayo. Zahariel siguió estas indicaciones y usó los métodos que le habían enseñado sus maestros para

aclarar la mente y centrar todos sus recursos en la tarea a la que se enfrentaba. Animó a su caballo para que fuese más rápido por el sendero.

Espoleando su montura, cabalgaba hacia su futuro.

Zahariel halló el árbol partido por el rayo con facilidad; el sendero lo condujo hacia su masa muerta. Tras el árbol se extendía un bosque con troncos cubiertos de musgo como un ejército de menhires antiguos. La oscuridad y las sombras plagaban el bosque, y Zahariel empezó a entender parte de las supersticiones locales.

Los bosques del norte se habían considerado durante mucho tiempo un lugar desierto, demasiado cerca de las guaridas de montaña de muchas bestias, con un suelo muy pobre como para cultivarlo y un bosque demasiado denso como para desplazarse con seguridad. Además, se había ganado la fama de contar con fenómenos inexplicables: luces extrañas en el bosque o personas que desaparecían durante días y que volvían a casa siendo más viejos que la última vez que los habían visto sus seres queridos. Sí, la región de los bosques del norte era un lugar misterioso, pero según se adentraba Zahariel en sus profundidades, empezó sentir las primeras punzadas del miedo. Aunque había sostenido que no estaba asustado, se dio cuenta de que su miedo había estado sumergido bajo una capa de desprecio por la bestia e ira por la muerte del hermano Amadis.

Qué fácil resultaba burlarse de las supersticiones de los rústicos habitantes de Endriago cuando se estaba rodeado de amigos y bajo el confortable escudo de la luz. Y qué fácil era que aquella complacencia y certeza se desvanecieran con la oscuridad y el aislamiento.

Tragándose su miedo, Zahariel espoleó al caballo y se dio cuenta de que él también sentía miedo. Los árboles eran retorcidos y viejos, más viejos que muchos otros que había visto y, aparentemente, estaban infectados con alguna desagradable enfermedad que hacía que supurasen una savia viscosa que impregnaba el aire con un aroma rancio y amargo parecido a la fruta podrida. Los árboles se sucedían según cabalgaba en la sombría espesura de los bosques del norte, y Zahariel notó un susurro a su

lado, como si fuese el último aliento de un hombre moribundo. El suelo que pisaban los cascos del caballo era esponjoso y tóxico, lleno de hongos y hierbajos brillantes que se enroscaban en las raíces del bosque. Zahariel se adentraba cada vez más en la espesura y sentía el vacío del lugar en las profundidades de su alma, un vacío doloroso que lo congelaba desde el mismísimo centro de su corazón hasta el límite de su razón.

De repente, Zahariel se sintió extrañamente solo y una súbita sensación de aislamiento se apoderó de él. Más que una simple ausencia de personas era la soledad del alma, una extraña ausencia de contacto o conexión con el mundo que lo rodeaba. Al enfrentarse a esta horrible sensación, Zahariel casi se echó a llorar al darse cuenta de su propia insignificancia. Qué arrogante había sido al creer que estaba en el centro de la espiral. Qué engreído al creer que podría cambiar algo en el rumbo del mundo. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras el caballo lo llevaba hacia adelante, ajeno al alma en pena que llevaba sobre el lomo.

—Sí, soy alguien —susurró a la oscuridad—. Soy Zahariel de la Orden.

La oscuridad engullía sus palabras en un silencio burlón, robando las palabras de su garganta como un viento invisible antes de que pudieran romper la burbuja de vacío interior que lo rodeaba.

—¡Soy Zahariel de la Orden! —gritó hacia la oscuridad.

Una vez más las palabras le fueron robadas, pero su violenta exclamación, durante un breve momento, hizo huir a la oscuridad que asaltaba su alma. Volvió a gritar, reconociendo por un instante el peligro de hacerlo cuando se está cazando un depredador peligroso. Su travesía entre los árboles continuó y, mientras, repetía su nombre una y otra vez. A cada metro que avanzaba, sentía más intensamente una maldad desconocida, una fuerza elemental que se filtraba del suelo, como si una especie de fuente de energía maligna apenas contenida acechase en las profundidades de la superficie de Caliban. Al igual que ocurre con los hilos de agua que se filtran del barro reseco de la guarida de un animal, ¿acaso podía existir algo bajo la superficie del mundo que ejerciese una influencia tan terrible en la vida exterior?

Tan pronto como pensó esto se dio cuenta de que no estaba solo.

Un suave tirón de riendas detuvo al corcel, y Zahariel inspiró una larga y fría bocanada de aire gélido al sentir la presencia de una serie de criaturas que lo observaban desde la oscuridad de los árboles.

Lo sabe… Lo nota…

No las veía con claridad porque estaban completamente envueltas en sombras, aunque sabía con extraña certidumbre que estaban allí, mirando desde la oscuridad.

Vigilándolo en la oscuridad…

Los veía con el rabillo del ojo. Eran poco más que sombras que revoloteaban y se desvanecían tan pronto como volvía la cabeza para mirarlos directamente. No estaba seguro de cuántas eran. Advirtió a cinco al menos, pero no sabía si ése era su número.

Mátalo… Ha sido tocado…

Los susurros salían de entre los árboles, pero Zahariel sabía que no eran susurros procedentes de gargantas humanas o, a decir verdad, que existiesen en un reino detectable por cualquiera de los cinco sentidos. Tenía la impresión de que estaban teniendo una conversación a su alrededor, y aunque las palabras, si es que existían las palabras en un discurso sin voz, eran desconocidas para él, entendía su significado perfectamente.

—¿Quiénes sois? —gritó, esforzándose por mantener la voz firme—. ¡Dejad de susurrar y mostraos!

Los oscuros vigilantes se retiraron a las sombras al escuchar su voz, quizá sorprendidos de que fuese consciente de ellos o de que hubiese oído sus mudas palabras.

Lleva la mancha en su interior. Es mejor matarlo ahora…

La mano de Zahariel se deslizó hasta la espada al oír la amenaza, pero un roce fantasmal en sus pensamientos le advirtió que no cometiese una acción tan hostil.

Tus esfuerzos son en vano, Zahariel de la Orden. No puedes hacemos daño con las armas de este reino…

La voz resonaba en su cabeza, y Zahariel gritó al oírla, sintiendo que quien la profería estaba frente a él.

—¿Quiénes sois? —gritó al recobrar el control de sus sentidos y echando miradas furiosas al claro. No vio a sus interlocutores, pero se movía en círculos con su caballo con la mano en la empuñadura de la espada.

—¡Mostraos! —ordenó otra vez—. ¡Ya me estoy cansando de estos trucos de salón!

Muy bien…

En cuanto estas palabras llegaron a su mente, vio a uno de los oradores ocultos. Una figura salió de la oscuridad de los árboles. No llegaba al metro de altura y estaba envuelto de pies a cabeza con una áspera túnica con capucha que ocultaba cada centímetro de su piel. La oscuridad tras la capucha era mucho más pronunciada que la que rodeaba a Zahariel, que estaba convencido de que si viese lo que se ocultaba verdaderamente tras su hábito se volvería irremediablemente loco. Tenía las manos juntas ante él, cada una de ellas hundida en la manga contraria. Su postura era servil, aunque Zahariel no detectó servilismo en su comportamiento.

—¿Qué sois? —preguntó Zahariel—. ¿Sois los Vigilantes en la Oscuridad?

Eso bastará para denominar nuestros propósitos.

—¿Propósitos? ¿Qué propósitos? —inquirió Zahariel.

Comunicarnos contigo de una forma que entiendas. Los humanos necesitan etiquetar su mundo para entenderlo.

—¿Los humanos? —dijo Zahariel—. Esa palabra implica que vosotros sois… no humanos, ¿me equivoco?

Correcto, somos una especie desconocida para la mayor parte de tu raza.

—Entonces ¿qué sois?

Eso no tiene importancia, pero lo que sí importa es que abandones este lugar.

—No puedo —replicó Zahariel—. He jurado dar caza a la bestia que mató a mi amigo.

La criatura que buscas no está aquí, aunque está cerca.

—¿Sabéis dónde está? ¡Decídmelo!

Muy bien, pero debes jurar que te irás de aquí y que nunca volverás. Estos bosques están corrompidos y no es bueno que los humanos vengan aquí.

—¿Corrompidos? ¿Corrompidos por qué?

La diminuta figura negó con la cabeza.

No, esas cosas no han de saberlas los humanos. Tu raza ya sabe demasiado y pretende inmiscuirse en cosas que no debieran existir.

—No lo entiendo —insistió Zahariel—. ¿Qué hacéis aquí?

Somos miembros de una hermandad, al igual que tú… Un conciliábulo dedicado a frustrar los males más antiguos.

—¿Qué males? —preguntó Zahariel—. ¿Te refieres a las grandes bestias?

No, ellas no son más que un síntoma de un mal mayor. No nombraré ese mal, baste decir que es la ruina de tu raza y que un día os consumirá.

Zahariel sintió un escalofrío al oír hablar de ese gran mal que mencionaba la criatura, sabiendo muy en su interior que decía la verdad. Sus palabras llevaban con ellas el peso de los años, y aunque tal cosa era imposible, Zahariel sintió que aquella criatura podría tener fácilmente miles de años, si no más.

—Ese mal, ¿puede combatirse? —preguntó.

Por supuesto y cualquier mal puede combatirse.

—Entonces, ¡permitidme ayudaros a derrotarlo! —gritó.

La figura negó con la cabeza y el ánimo de Zahariel flaqueó.

Un mal como ése nunca podrá derrotarse. Puede contenerse durante un tiempo, pero mientras haya humanos, existirá.

—Entonces ¿qué puedo hacer para ayudar?

Irte. Vete lejos de este lugar y no vuelvas.

Zahariel asintió, deseando marcharse, pero no quería irse sin descubrir algo más sobre aquellos… extraños.

—¿Cómo habéis llegado aquí?

Una vez más, la figura negó con la cabeza, y Zahariel vio otras dos que emergían de entre los árboles con atuendo y postura idénticas a la del primero.

¡Hace demasiadas preguntas!

Su raza es curiosa y ésa será su perdición. Deberíamos matarlo.

No tenía ni idea de cuál de los tres estaba hablando, pues sus voces estaban en distintas capas que se arremolinaban alrededor de su cabeza, como agua que se escurre por un sumidero. Aunque los seres eran pequeños, y en una competición física podría vencerlos con facilidad, Zahariel no tenía duda de que poseían poderes que iban más allá de su entendimiento y que podían acabar con su existencia con la facilidad con que se apaga una vela.

—¿Por qué habríais de matarme? —dijo—. ¿Qué daño os he hecho?

Individualmente, ninguno, pero como raza, los tuyos amenazan con condenar a la galaxia al sufrimiento eterno.

La mente de Zahariel daba vueltas por las implicaciones de las palabras de la criatura: que existían humanos más allá de los confines de Caliban y que una raza entera de ellos habitaba las estrellas. La sensación era estimulante, y saber que muchos de los viejos mitos debían de ser ciertos era como tener el mejor vino bailando sobre la lengua.

Envalentonado con su nuevo descubrimiento, desenfundó la espada y dijo:

—Ya he jurado a mi Orden que me enfrentaría al mal, pero juro que haré todo lo que esté en mi mano para enfrentarme al mismo mal al que os enfrentáis vosotros.

Notó la aprobación de las criaturas y supo que habían visto la verdad en sus palabras.

Muy bien, Zahariel de la Orden. Aceptamos tu juramento. Pero ahora tienes que irte.

Zahariel tenía mil preguntas más para ellos, pero se contentó con el conocimiento que acababa de adquirir, envainó la espada y dio media vuelta a su caballo mientras los Vigilantes en la Oscuridad volvían a fundirse con la maleza. Cuando el contorno de los Vigilantes se difuminó

en la oscuridad, le vino a la cabeza una última pregunta al recordar algo que aquellos seres habían dicho.

—¡Esperad! —gritó—. ¿A qué os referíais cuando dijisteis que llevo la mancha?

Al principio, creyó que no obtendría respuesta, pero justo antes de desvanecerse ante sus ojos, una voz susurró desde las sombras.

No intentes abrir la puerta que lleva hacia el poder fácil, Zahariel de la Orden. Cabalga hacia el árbol del rayo y hallarás lo que buscas.

Y entonces desaparecieron.

Zahariel salió de la espesura del bosque con ánimos renovados, y el sombrío peso que cargaba su alma al entrar se hacía más ligero a cada kilómetro que cabalgaba en dirección a la salida. Algo terrible había pasado en aquella parte del bosque, algo tan horrible que guardianes de otro mundo habían venido a Caliban para vigilar. Si el mal del que hablaban aún estaba en Caliban o había dejado tras de sí ecos de sus intenciones era algo que no sabía, y sospechaba que estaba mejor en su ignorancia. Se dio cuenta de que el peligro de aquella parte del bosque era más que una posible amenaza para su cuerpo, era algo muchísimo más peligroso.

Había tenido acceso a un conocimiento secreto, y si había algo de lo que se enorgulleciese la Orden era de que sus miembros sabían guardar un secreto. Sus descubrimientos y suposiciones permanecerían en su corazón para siempre, pues ninguna forma de interrogatorio lo obligaría a divulgar esos secretos. Zahariel volvió a pensar en la conversación con el León en la cima de la torre y en cómo el gran guerrero se había preguntado por la existencia de Terra u otros mundos habitados. Sólo él en todo Caliban conocía la respuesta a aquella pregunta, y la singularidad de su posición le resultaba emocionante.

Su travesía desde el oscuro corazón del bosque fue rápida, el paso del caballo era ligero cuando cogía el ritmo entre los hierbajos enredados y los densos árboles. Incluso las sombras que antes se habían arremolinado

sobre él parecieron disiparse cuando el resplandor difuso de la cálida luz de la tarde atravesó las copas de los árboles del bosque.

Al final, la densa maleza dio paso al comienzo de un sendero de tierra endurecida, y Zahariel sonrió al reconocer el camino que había recorrido hacía muchas horas. Su caballo tomó el sendero sin que él se lo ordenase y cabalgó bajo las hojas de los árboles hasta que llegó al claro donde estaba el ennegrecido árbol quemado por el rayo. Ensimismado en la contemplación, la bestia cogió a Zahariel casi por sorpresa. La criatura saltó sobre él como salida de la nada.

Se había escondido en las sombras tras un grupo de viejos árboles retorcidos, cerca del límite del claro. Al principio, cuando cargó desde el follaje hacia él, era como si una roca monstruosamente espinada hubiese cobrado vida.

Zahariel vio el ágil contorno oscuro cayendo sobre él. La criatura era enorme y se movía a una velocidad pasmosa. Aterrorizado, su corcel se asustó y se encabritó.

Luchó por mantenerse en la silla, asiendo las riendas con fuerza.

Un león calibanita, y estaba casi encima de él.

Un segundo más y lo destrozaría.



NUEVE

El terror congeló el tiempo por un instante y Zahariel vio gran cantidad de detalles de la anatomía de la bestia mientras cargaba contra él. Su cuerpo era ancho y poderoso, leonino sólo por el hecho de que era un cuadrúpedo con una melena de espinas que parecían cuchillas y que le nacían detrás de la cabeza. Cada una de sus extremidades estaba revestida de placas brillantes de una coraza natural que tenían la dureza de la piedra pero la flexibilidad de la carne. Unas garras como cuchillos asomaban de sus patas delanteras, y dos colmillos, como potentes sables de caballería, le sobresalían de la mandíbula superior.

Zahariel se había preguntado si la cifra total de personas que había matado la bestia se había exagerado para transmitir mejor el horror, pero en aquel terrible momento supo que no.

Sólo sus instintos, entrenados con las muchas horas en los campos de tiro de Aldurukh, le salvaron la vida.

Zahariel levantó la pistola de cañón rotatorio que el moribundo Amadis le había dado y disparó una salva que envió todos los proyectiles hacia el centro de la masa del león, como sus maestros le habían enseñado. Los proyectiles dieron en el blanco, pero el león pareció no sentirlas cuando desaparecieron bajo su densa piel. Las balas de su pistola llevaban

núcleos explosivos diseñados para detonar dentro del cuerpo del objetivo, y tenían la potencia suficiente para matar a casi cualquier cosa, incluso a una criatura de una apariencia y forma tan asombrosas.

El león se las sacudió de encima como si apenas hubiera sentido los impactos. Rugiendo con furia, la bestia arremetió contra él con las garras por delante mientras saltaba. El ataque alcanzó el caballo de Zahariel, impactando contra su flanco con un horrible crujir de huesos. El corcel se retorcía mientras el león lo destripaba, y Zahariel salió despedido de la silla y aterrizó sobre un montón de barro en el claro. Se puso en pie rápidamente cuando su caballo se derrumbó con las tripas escapando de su cuerpo desgarrado en un torrente de vísceras calientes. Distraído por una presa tan fácil, la atención del león se fijó en la montura moribunda de Zahariel, que disparó nuevamente su pistola, dirigiendo otra descarga contra el león mientras devoraba al caballo, que relinchó de dolor cuando los colmillos desgarraron la carne de la grupa. Las placas acorazadas que rodeaban el cuerpo del león se deslizaban por todo su cuerpo, y chispas y trozos de una sustancia resinosa saltaban cuando los proyectiles daban en el blanco sin ningún efecto.

El arma se quedó sin munición y el león soltó un bramido ensordecedor que era en parte rugido, en parte aullido. Zahariel recargó el arma en seguida mientras se apartaba del monstruo, horrorizado por su poder. La bestia rondaba al borde del claro con ojos de serpiente de un intenso color naranja y atravesados por líneas negras en el centro. En el cuello, la melena de cuchillas latía convulsivamente y cada una de ellas cortaba el aire con intención letal.

Zahariel siguió moviéndose, dando pasos laterales alrededor de la gran bestia. Los gruñidos guturales y la saliva que colgaba de sus mandíbulas abiertas demostraban el hambre que tenía, e intentó no pensar en la posibilidad de ser despedazado por sus colmillos.

Aunque la criatura era una aberración, un monstruo digno de sus peores pesadillas, tenía la impresión de que lo miraba con cierta diversión aviesa. Para combatir el miedo, Zahariel recordó la bestia alada contra la que había luchado hacía tanto, recordó la analogía de la araña y la mosca

que había usado para describir cómo le había hecho sentir la bestia. Esta criatura sentía el mismo placer malintencionado por la caza, como si él fuese el bocado carnoso que había que saborear antes de devorar.

Su entrenamiento le había enseñado que debía mantenerse alejado del león y usar la pistola en todo momento, pero su código de caballero le decía que cargase contra la bestia y se enfrentase a ella en un glorioso cuerpo a cuerpo. Sin dejar de apuntar al león que acechaba, Zahariel desenvainó la espada mientras barajaba sus opciones. Contando con el cargador que acababa de poner, disponía de dos más. Había más munición en una alforja que colgaba de la silla de su montura muerta, pero estaba fuera de su alcance. Si no entraba en combate cuerpo a cuerpo, disponía de veinticuatro disparos con los que abatir al león.

Normalmente, veinticuatro balas debían ser más que suficientes para derrotar a cualquier enemigo o a cualquier otra criatura del universo, pero las grandes bestias de Caliban eran monstruos quiméricos que combinaban los peores aspectos de distintas especies animales en un solo cuerpo hediondo. Un líquido rojo y pegajoso manchaba la parte delantera del cuerpo del león allí donde le habían alcanzado las balas, pero no sabía si era sangre o alguna secreción inmunda. Incluso las fisuras que había infligido a la pétrea coraza parecían haber cicatrizado. Sin previo aviso, el león se abalanzó a través del claro hacia él a una velocidad extraordinaria. Se echó a un lado y trazó un arco bajo con la espada para desviar el ataque de la criatura. Los dientes zumbaron al cortar la piel de la bestia y salpicaron a Zahariel de sangre. El león rugió y se giró de un medio salto, golpeando con los cuartos traseros a Zahariel, que cayó al suelo. Rodó nada más caer, manteniendo la espada extendida hacia arriba para evitar ser despedazado por su propia hoja. Las cuchillas del león destellaron y sus zarpas desgarraron el suelo en el lugar donde había caído. Zahariel lo embistió con la espada y los chirriantes dientes mecánicos cortaron las cuchillas del cuello de la bestia. Los fluidos manaban y salían disparados de las cuchillas amputadas, salpicando su armadura de una sangre ácida y humeante. El león se volvió y lo golpeó con sus enormes fauces. Zahariel se echó a un lado cuando las potentes mandíbulas se cerraron a pocos

centímetros de su torso. Disparó al esquivar el ataque y varias balas impactaron en el flanco. Una vez más, la bestia no mostró signos de dolor o miedo, en apariencia inmune a ambos.

La piel de Zahariel ya estaba resbaladiza y goteaba sudor, y sintió tensión en los hombros y a lo largo de las pantorrillas. Su armadura estaba equipada con mecanismos diseñados para refrigerarlo y ayudarlo a moverse, pero no estaba a la altura de sus esfuerzos en la lucha contra el león. Su vida pendía de un hilo, y los segundos siguientes decidirían si viviría para ver otra puesta de sol. Había pasado el momento de ser cauto.

Dibujando un amplio arco con la espada para ganar unos momentos de respiro lejos de los furiosos rugidos del león, Zahariel dio un salto hacia adelante. Rodó al caer al suelo y disparó otra salva de balas con la brillante pistola de Amadis, mientras corría gritando hacia el león. Durante un breve instante, el león pareció casi sorprendido y abrió la boca para soltar un gran bramido de furia. Zahariel y el monstruo cargaron el uno contra el otro, cruzando la tierra de nadie que había entre ellos en segundos. La proximidad con la bestia le producía náuseas. Había algo repugnante, casi leproso, en ella. La rodeaba un enfermizo olor a putrefacción del que no estaba seguro que fuese realmente un olor, como si la maldad inherente de la criatura se transmitiese a cualquier objeto en sus proximidades. Zahariel sintió que el aura repugnante de la bestia se las había arreglado para filtrarse hasta sus poros a través de la armadura. Más que nunca, su presencia era como un cáncer en el corazón del mundo, una fuente de maldad contagiosa que debía ser destruida.

El odio le dio fuerzas.

Zahariel estaba muy cerca, pie con garra con el monstruo. Disparó otras dos ráfagas a bocajarro un instante antes de enzarzarse. Entonces, al lanzar sus garras contra él, Zahariel escapó ágilmente de su torpe trayectoria y asestó una fuerte estocada contra el ancho pecho de la criatura. El león bramó y al abrir la boca, Zahariel disparó al interior de aquel aullador abismo, apuntando al paladar. Le dio una estocada tras otra, la hoja se deslizaba y los dientes mecánicos cortaban las capas de coraza exterior de la piel del león. La cabeza de la bestia le dio un gran golpe en

el pecho que le hizo impactar contra el suelo, mientras escuchaba el horrible sonido de los huesos rompiéndose en el interior de su cuerpo. Zahariel cayó con un gran golpe y todo el aire salió de sus pulmones cuando la bestia le aplastó el pecho con las patas delanteras. Las garras atravesaron las capas exteriores del peto y gritó cuando las puntas le perforaron la piel y los músculos pectorales.

Sentía la presión del peso del león, que tenía la cabeza a pocos centímetros de la suya y dejaba caer un babeo agrio y espeso sobre su cara. Apenas podía respirar. La mano que sostenía la pistola aún estaba libre y disparó varias balas a bocajarro a la barriga del león. Oyó un crujido, que era mala señal, cuando los cierres de la armadura dieron de sí. El león se quedó sobre él sabiéndole inmovilizado e indefenso, disfrutando con verlo sufrir una muerte lenta y agónica mientras lo aplastaba. Zahariel sintió como si tuviese una banda de acero alrededor del pecho que le impedía respirar. Las garras del león lo levantaron del suelo hacia la boca, preparándose para partirlo en dos de un mordisco. Las enormes fauces se abrieron y de su gigantesco gaznate salió impregnando el aire una ráfaga de putrefacción con el olor más nauseabundo que Zahariel podía imaginar. Los largos colmillos de su mandíbula superior sobresalieron de la boca, cada uno de ellos como el filo de una espada orgánica que lo arrastraba a su condena. Luchó por liberarse pero fue en vano, ya que las garras de sus patas estaban clavadas en el peto y lo aprisionaban sin remedio. Gritó con ira y miedo, y sintió que su odio por la bestia se fundía en una bola luminosa de furiosa energía en su interior. Escupió en la boca de la criatura cuando los colmillos descendieron hacía él. Cerró los ojos cuando las fauces lo mordieron y sintió que su odio manaba y explotaba en su cuerpo con un halo de luz brillante.

Todo se detuvo.

Aunque tenía los ojos cerrados, veía el contorno resplandeciente del león, todos sus huesos y órganos internos aparecían desnudos a su vista, como iluminados desde dentro por un sol extraño y cristalino. Veía cómo bombeaba la sangre por todo su cuerpo, el latido de su corazón y la vil energía que lo había traído a la vida. El cuadro se movía con una lentitud

glacial. Cada latido del corazón del león era un estruendo ensordecedor, como el arco de un péndulo antiguo. Sus colmillos seguían descendiendo sobre él, pero el movimiento era tan infinitesimalmente lento que incluso le llevó un momento darse cuenta de que se estaban moviendo.

A Zahariel le dolía cada hueso y cada músculo de su cuerpo. El pecho le ardía y sentía un dolor frío que le penetraba los huesos, como si un poder nuevo y desconocido fluyese a través de él. Se miró la carne y vio las venas y los huesos bajo la piel. Como sospechaba, la bestia le había fracturado varias costillas. Veía cómo se rozaban los extremos astillados bajo la transparencia de su peto. Levantó el brazo hacia la bestia y la mano atravesó el contorno fantasmal de su carne translúcida como si no fuese más consistente que el humo. Sonrió en su ensoñación al ver que aún llevaba la pistola del hermano Amadis, cuyos mecanismos y componentes internos veía perfectamente con su recién descubierta vista. Presionó la pistola contra el corazón del monstruo, dentro del contorno fantasmal del cuerpo de la bestia.

Abrió los ojos y apretó el gatillo.

La realidad se reafirmó con un horrible chasquido mientras la bestia moría de forma espectacular. La mano de Zahariel estaba enterrada en su carne, el brazal blindado quedó hundido en su pecho como si hubiera sido implantado allí. Las fauces se cerraron sobre su hombrera, y el filo de los colmillos atravesó la armadura enterrándose en su cuerpo. Tan pronto como hubo cerrado la mandíbula, el pecho del león se expandió por las detonaciones internas. Se formó fuego tras sus ojos y explotaron partes de sus flancos cuando la munición estalló en el interior del cuerpo del monstruo. Su bajo vientre explotó en un baño de vísceras humeantes y el monstruo se derrumbó, arrastrando a Zahariel con él.

Gimió de dolor. El peso de la bestia era increíble y el dolor de su hombro era como un hervidero de músculos desgarrados y sangre. Le dolían todos los músculos y sentía que le ardía el torso. Zahariel apretó los ojos y el labio inferior al empujar el cadáver del león, al que dio la vuelta a un lado. El aire entró en sus pulmones y gritó cuando las costillas rotas rozaron unas contra otras. El dolor que sentía en el hombro era

extraordinario. Los colmillos del león seguían enterrados en su carne y su armadura. Inspiró profundamente, dejó caer la pistola y puso las manos a ambos lados de la enorme cabeza del león. Sus ojos no tenían vida, pero su mirada aterradora mantenía su monstruosa fuerza. Aunque sabía que su muerte era incuestionable, aún temía que la mandíbula se abriese una vez más para acabar lo que había empezado. Era mejor hacerlo rápido, y gritó de agonía al empujar hacia atrás la cabeza del monstruo. Los afilados colmillos salieron de su cuerpo empapados de sangre y, libre del abrazo de sus dientes, se apartó de su cadáver.

La sangre manó de las perforaciones de su hombro, y se pasó los siguientes minutos quitándose las placas de la armadura y ocupándose de las espeluznantes heridas. Limpió las llagas lo mejor que pudo con los suministros que sacó de las alforjas de la silla de su corcel partido y desangrado, y se puso varias vendas fuertemente apretadas. Curiosamente, parecía que el dolor disminuía, pero sabía que sólo era la impresión. Pronto volvería con más fuerza. Cuando hubo hecho todo lo que pudo por su pobre cuerpo maltrecho, cayó de rodillas agotado y, finalmente, se permitió pensar en cómo había derrotado a la bestia.

¿Qué extraño poder le había permitido ver a la bestia como lo había hecho? ¿Había sido un efecto secundario de su travesía por el bosque sombrío, alguna energía desconocida que le habían otorgado los Vigilantes?

¿O era algo más oscuro?

Los Vigilantes habían dicho que la mancha ya moraba en él. ¿Era esto la manifestación de esa mancha?

Fuese lo que fuese, no podía explicarlo, y su cualidad totalmente desconocida lo aterrorizaba más que la ferocidad del león. Fuese cual fuese la causa de su extraño poder, juró guardarlo en secreto. En los tiempos antiguos de Caliban se quemaba viva a la gente por menos, y no tenía deseo alguno de acabar sus días en una pira.

Tambaleándose, Zahariel se puso en pie y recogió su espada y su pistola. Era costumbre de los suplicantes llevarse una parte de la criatura que habían abatido como trofeo, pero las explosiones en el interior del

estómago del león lo habían reducido a pedazos sanguinolentos. Al buscar entre los macabros restos, Zahariel sabía que sólo había un trofeo que pudiese llevar a Endriago y luego a Aldurukh. Cogió la espada y se puso a trabajar para separar la cabeza del león de su cuerpo. La hoja de sierra dentada no encontró dificultades ahora que las extrañas placas móviles de la coraza quitinosa permanecían inmóviles. Al fin, la cabeza del león se separó del cuerpo y Zahariel dio media vuelta hacia el sendero que el leñador le había mostrado hacía lo que parecía toda una vida. Aunque se encontraba mareado y había perdido mucha sangre, sonreía al ponerse en marcha hacia Endriago, arrastrando la pesada cabeza con colmillos tras él. Se preguntaba qué reacción recibiría a su regreso por parte de lord Domiel y de Narel. No guardaba rencor a ninguno de los dos hombres por dudar de él y creer que el monstruo lo mataría, sólo estaba feliz de haber demostrado que se equivocaban. Había logrado todos los objetivos de su misión. Había matado a la bestia y liberado al pueblo de Endriago de sus temores. Al mismo tiempo, se había puesto a prueba hasta el límite. Había probado su pericia. Había demostrado su compromiso con el credo de excelencia de la Orden y había demostrado que merecía ser un caballero.

Pero al final, lo que más importaba era que estaba vivo.

Al mirar la cabeza de la bestia, experimentó una sensación de triunfo profunda y perdurable. Había superado una dura prueba. Había triunfado en su misión.

Por primera vez en su vida, Zahariel sintió que era digno de los altos principios que profesaba. Nunca caería en la autocomplacencia en lo que a demostrar su valía se refiriese. Estaba hecho para llevar a cabo misiones, tanto si se les daba ese nombre como si no. Siempre habría otro monstruo que abatir, otra batalla que librar, otra guerra que ganar. Hasta el último latido de su corazón, nunca se daría por vencido, nunca se permitiría flaquear. Aunque en aquel momento sintió que se había ganado el derecho a tener un instante de orgullo por su logro.

Zahariel salió del claro y emprendió el largo camino de vuelta a Endriago.



DIEZ

En Endriago, lord Domiel le regaló un corcel nuevo para sustituir al que había perdido a manos del león. Tras pasar una semana de necesario descanso en el asentamiento para dar a sus costillas y a su hombro el tiempo suficiente para empezar a curarse, Zahariel comenzó su ansiado viaje de vuelta a casa tan pronto como los felices ciudadanos y el agónico dolor de sus costillas se lo permitieron.

Dado que repetía un viaje que ya había hecho, aunque en dirección contraria, sabía qué caminos tomar, y se las arregló para llegar a la fortaleza monasterio mucho más rápido de lo que había esperado. Treinta y ocho días después de haber partido de Endriago, pudo ver las torres de Aldurukh a lo lejos. AI trigésimo noveno día estaba a las puertas. La última parte del viaje siempre le parecía la más trascendental. Se acercó más a la fortaleza y le embargó una sensación de gozosa expectación al pensar en cómo sería volver a ver a Nemiel y al resto de sus amigos.

Por descontado tendría que enfrentarse a los examinadores de la Orden para que verificasen su logro, pero con la cabeza del león no esperaba tener problemas. Zahariel vivía su regreso con emoción, y esperaba una bienvenida sincera de sus amigos, más que nada porque casi todos los que conocía habían pensado que lo más probable era que muriese en la misión.

Naturalmente, no comprendía por completo lo que eso significaba. La vida le parecía maravillosa. Y aún era mucho más agradable tras las dificultades de su reciente prueba. Se había enfrentado a una de las peores bestias que moraban en Caliban y había sobrevivido. Quería celebrar aquella experiencia con sus amigos. No podía saber con cuánta tristeza habían pasado las semanas desde que se había marchado de Aldurukh. Sus amigos lo habían creído muerto. Habían llorado su pérdida. En su mente, todos lo habían enterrado.

El hecho de que hubiese sobrevivido a pesar de todos los temores por su seguridad le daría a Zahariel un poco más del brillo del heroísmo a ojos de muchos de sus contemporáneos, especialmente a aquellos que habían sido suplicantes de la Orden con él. Para cuando llegó a Aldurukh, no lo entendió así.

—Todos te creíamos muerto —dijo Attias, con entusiasmo.

El joven muchacho llevaba una caja que contenía las escasas pertenencias personales de Zahariel, y lo seguía emocionado mientras arrastraba su jergón por el pasillo.

—Todos lo creían. Todos pensaban que la bestia te habría matado. Incluso se hablaba de celebrar un funeral por ti. Habría sido curioso, ¿verdad? Imagina que vuelves y descubres que han grabado tu nombre en una de las lápidas conmemorativas de las catacumbas.

Era la tarde del primer día de su vuelta a Aldurukh. Unas horas antes, Zahariel había entrado por las grandes puertas de la fortaleza para encontrarse con una ovación y el sonido de pies corriendo. Aparentemente, habían llegado noticias de su inminente llegada desde las atalayas, porque cuando las puertas se abrieron parecía que la población entera de Aldurukh estuviese esperando para recibirlo.

Cuando Zahariel entró en el patio, vio caballeros, suplicantes y senescales regocijándose de su feliz regreso. La algarabía por su regreso había sido ensordecedora. Era un momento que siempre guardaría consigo, el final de su gran aventura, una profunda sensación de regreso al hogar, el

momento en que finalmente se sintió aceptado como un igual entre los rangos de la Orden.

Nemiel lo estaba esperando cuando llegó. Fue el primero en recibir a Zahariel y le dio un gran abrazo de oso. Nemiel le había dicho algo, su boca articulaba a un ritmo frenético, pero sus palabras se perdían en el barullo del gentío. Después, cuando las emociones se calmaron y Zahariel se presentó debidamente ante el guardián de la puerta, se le citó para que se presentase ante los examinadores de la Orden. Mientras tanto, se le había ordenado abandonar los barracones de los suplicantes. En un rincón poco frecuentado de la fortaleza se reservaba media docena de dormitorios para aquellos que habían completado sus misiones pero que no habían sido oficialmente elevados al estatus de caballero.

—Aquí es —dijo Zahariel al empujar la puerta de su nuevo cuarto y mirar dentro. La habitación estaba vacía. Para mantener las tradiciones monásticas de la Orden, era poco más que una celda espartana. Había un catre en la esquina para dormir, pero aparte de eso no había muebles, ni siquiera una silla.

—Supongo que no esperan que te quedes aquí mucho tiempo —farfulló Attias, tras él.

Zahariel sonrió con indulgencia, sabiendo que el maestro Ramiel estaba complacido con los progresos del muchacho.

—Qué afortunado eres —masculló Attias. El muchacho pronunció las palabras muy bajo, casi susurrando.

—¿Afortunado? —dijo Zahariel, mirando el cuarto en el que estaban—. O estás ciego o no te has fijado en el lujo que nos rodea. Ya has visto mi habitación nueva, Attias, ¿y aun así me crees afortunado?

—No estaba hablando de la habitación —replicó Attias. Cansado de cargar con la caja, Attias la dejó en el suelo de la celda—. Bueno, conseguiste cazar una de las grandes bestias. Has realizado tu hazaña de caballero. Me alegro por ti, de verdad. Te lo mereces. Serás Sar Zahariel. Librarás guerras y batallas con los mejores caballeros de la Orden, con héroes como el León y Sar Luther. Harás que el maestro Ramiel esté orgulloso. Serás caballero.

—Y tú también, pequeño —afirmó Zahariel—. Sé que parece que falta mucho, pero no tardarás en tener tu propia misión. Dentro de un par de años, quizá. Aprende las lecciones, practica asiduamente y llegará antes de que te lo esperas.

—Pero así son las cosas. —Attias negó con la cabeza—. Para cuando sea lo bastante mayor, las cosas habrán cambiado. La campaña de la Orden contra las grandes bestias habrá terminado. No quedará ninguna. Y, sin las grandes bestias, no habrá más misiones. No habrá forma de convertirse en caballero. Has hecho algo que nunca seré capaz de hacer, Zahariel. Has cazado una de las grandes bestias. Yo nunca tendré esa oportunidad.

Mientras hablaba, Attias tenía una expresión de tristeza nostálgica que casi rompía el corazón en el rostro de alguien tan joven. Attias veía un mundo en el que un hombre ya no tenía forma de convertirse en caballero. Instintivamente, Zahariel rechazó aquella visión deprimente. En el fondo de su corazón, él era un optimista, un idealista. Cuando pensaba en la campaña de la Orden contra las grandes bestias, alababa sus logros. Estaba seguro de que el futuro sólo podía deparar las cosas que Luther y el León habían prometido al pueblo de Caliban antes de comenzar su campaña. Cuando miraba al futuro veía paz y prosperidad en el horizonte. Veía el fin del miedo. Veía el fin del sufrimiento y la miseria. Veía un mañana mejor. Cuando Zahariel miraba al futuro, siempre veía lo mejor de todos los mundos posibles. Ésa era su maldición.

—Ves las cosas demasiado negras, amigo mío —dijo Zahariel. Sonrió al muchacho para darle confianza—. Sé que todos los días la gente dice que la campaña está a punto de acabar, pero sospecho que aún se mantendrá durante algún tiempo más. La verdad es que, si el monstruo que he matado puede servir de guía, dudo que las grandes bestias vayan a rendirse y dejarse matar. Lucharán con uñas y dientes para sobrevivir, como siempre lo han hecho. Así que no me preocuparía demasiado, Attias. Aún tienes tiempo para matar a tu bestia, y tienes muchísimo más aún para convertirte en caballero.

Había una ventana estrecha al otro lado de la habitación que miraba hacia las copas de los árboles del bosque. Los ojos de Zahariel se sintieron

atraídos en su dirección. Como había ocurrido muchas veces en el pasado, se preguntó por un momento por la naturaleza dual de su mundo. Desde la distancia, los bosques eran hermosos de una manera lúgubre e intimidante. Aun así, en el interior de aquellos mismos bosques pintorescos vivían criaturas propias de las pesadillas humanas, criaturas como la que había matado.

Zahariel amaba Caliban, pero no estaba ciego ante sus horrores. A veces parecía que viviesen en un planeta que era simultáneamente el infierno y el paraíso, pero el vínculo que sentía con su hogar y sus bosques era más fuerte y poderoso que casi cualquier cosa de su vida. Amaba su mundo incondicionalmente, fuesen cuales fuesen sus defectos.

—¿Sabes por qué a veces llaman a esta fortaleza «la Roca»? —preguntó de repente. La vista desde la ventana y el paisaje de los bosques a lo lejos lo había inspirado. Quería compartir sus pensamientos con Attias para conseguir apartarlo de sus preocupaciones.

—Es porque el nombre de la fortaleza es Aldurukh. Significa «Roca de la Eternidad» en uno de los dialectos antiguos. El maestro Ramiel dijo que originalmente era el nombre de la montaña sobre la que estamos. Así que, cuando los fundadores de la Orden decidieron construir una fortaleza monasterio en este lugar, usaron el nombre de la montaña para nombrar también a la fortaleza.

—Esa es una de las razones —dijo Zahariel—, pero también hay otra. Piensa en el nombre, Aldurukh, la Roca de la Eternidad. La Orden tiene otras fortalezas monasterio, pero ésta fue la primera. Es nuestro hogar espiritual y el símbolo de todos nuestros empeños. Por eso los fundadores le pusieron un nombre significativo, un nombre que sintetizase con exactitud lo que estaban intentando construir aquí. Este lugar es nuestra roca, Attias. Es nuestra primera piedra. Mientras siga aquí, parte de nuestros ideales siempre estarán vivos. ¿Comprendes lo que intento explicarte?

—Creo que sí —asintió Attias, con una expresión de concentración en su rostro—. Dices que incluso cuando las bestias hayan desaparecido, la Orden permanecerá y seguirá habiendo caballeros.

—Exacto —afirmó Zahariel—. Así que, como puedes ver, no hay razón para que estés tan triste. Si te resulta más fácil, piénsalo de este modo: es nuestro deber proteger al pueblo de Aldurukh de las criaturas que viven en los bosques. Incluso cuando las bestias hayan desaparecido, ese deber no cambiará. Esto es Caliban. Aquí siempre habrá monstruos.

El maestro Ramiel fue uno de los primeros en felicitarlo por su nombramiento. Estaba claro que su antiguo tutor quería decirle más, pero fue engullido por el tropel de caballeros que se acercaron de todas partes para recibir a Zahariel de la Orden. En contraste con la solemnidad de la ceremonia para investirle en la Orden, su ascenso a caballero estuvo marcado por un súbito pandemónium. Ascender a caballero era un gran momento en la vida de cualquier hombre; un momento que todos los hombres presentes habían conocido y compartido. Se acercaron en masa para aceptar al último recién llegado a sus filas. Bajo la capucha de las túnicas, Zahariel veía rostros cordiales y alegres.

Antes de que supiera qué estaba pasando, lo agarró un grupo de hombres de su alrededor. Confundido, Zahariel notó que lo levantaban. De repente, una docena de caballeros al unísono lanzó por los aires el cuerpo de Zahariel. Subió por encima de sus hombros antes de volver a caer en las manos de los mismos hombres que lo habían lanzado. Oyó a la gente reír mientras lo alzaban. Su cuerpo daba vueltas en el aire y Zahariel veía imágenes retorcidas de sus rostros, como vistas a través de un caleidoscopio. Todos reían. Conocía a algunos personalmente, pero muchos eran hombres que sólo habían sido figuras frías y distantes en su vida.

Vio al León, a Luther, a lord Cypher y al maestro Ramiel, y todos ellos sonreían o reían.

De todo lo que había visto en su vida, aquella imagen permanecería con él como la más extraña e inverosímil.

—Es una tradición —le dijo Luther, más tarde, riendo mientras compartían una copa de vino—. Me refiero a mantearos. Es algo que hacemos con los nuevos. Pero tu cara, eso ha sido lo mejor.

Estaban en el comedor principal de Aldurukh. Para alivio de Zahariel, sus compañeros caballeros se habían pasado a métodos más prosaicos de marcar su iniciación cuando terminaron de lanzarlo por los aires como una muñeca de trapo. Se había organizado una fiesta en su honor en la que se habían hecho muchos brindis de celebración y se habían pronunciado palabras de enhorabuena. Los caballeros, a quienes antes sólo había visto de lejos, le estrechaban el brazo con solemnidad y le llamaban hermano. Zahariel no sabía si era porque respetaban que hubiera conseguido matar a la bestia de Endriago o simplemente que trataban a los caballeros nuevos de forma similar. De cualquier modo, le parecía que la reacción a su ascenso a caballero era casi apabullante. Fue una experiencia conmovedora, y aún lo fue más por la compañía que tenía. Cuando la comida terminó y los invitados empezaron a mezclarse y separarse en pequeños grupos, Luther hizo un esfuerzo especial en buscarlo.

Evidentemente, juzgó importante que Zahariel disfrutara debidamente de los festejos.

—Sí, tu cara —dijo Luther, que aún se reía.

Sar Luther estaba de muy buen humor con él, lo que hizo que Zahariel se relajase.

—De verdad, es una pena que no pudieses verte. Al principio, cuando te agarraron, parecía que creyeses que te iban a matar. Después, cuando te diste cuenta de lo que estaba pasando en realidad, te juro que aún parecías más asustado. Hubo un momento en el que pensé que ibas a mearte encima. Y probablemente estuvo bien que no lo hicieses, considerando que estabas por los aires.

—Es que… me cogió por sorpresa —dijo Zahariel—. No pensé…

—¿Qué? ¿Qué tuviésemos sentido del humor? —se rió Luther. Se llevó una mano a los ojos como para secar las lágrimas de risa—. No, bueno, la

gente no lo cree. Eso es lo que lo hace tan gracioso. Por cierto, sabes que no estaba bromeando cuando lo llamé tradición. Por supuesto, no es de las que te han hablado tus maestros o lord Cypher. Pero en muchas formas, el hecho de mantear al iniciado de esa manera es una tradición como cualquiera de las que hemos mantenido durante años. Lo llamamos «la manta invisible». Míralo como el antídoto contra la adusta seriedad de la ceremonia de iniciación. Es nuestra forma de darte la bienvenida a la familia.

—¿La familia?

—La Orden —explicó Luther—. ¿Recuerdas qué dijo lord Cypher durante tu primera ceremonia de iniciación? Somos hermanos, todos y cada uno de nosotros, y los hermanos no se pasan el día sentados con cara de pocos amigos y lamentándose de las desgracias del mundo. A veces necesitamos desahogarnos. Nos reímos, bromeamos y nos tomamos el pelo unos a otros. Hacemos lo que hacen los hermanos de verdad. Mira esta sala, Zahariel. Cualquier hombre de los que están aquí estaría dispuesto a morir por ti y esperan que tú estés dispuesto a hacer lo mismo por ellos. Caliban es un lugar peligroso, y cualquiera de nosotros podría tener que hacer el sacrificio supremo por sus hermanos. Pero eso no significa que no riamos juntos a veces. Nos ayuda a mantenernos cuerdos. A todos nos gustan las bromas.

—¿Incluso a él? —preguntó Zahariel, mirando a Lion El'Jonson, cuya cabeza y hombros sobresalían entre los demás caballeros que lo rodeaban. Había algo inquietante en la actitud distante del León, que parecía más pronunciada cuando se le observaba de lejos.

Zahariel recordó la conversación que había tenido con el León en lo alto de la torre de la fortaleza, y la sensación de aislamiento era curiosamente más palpable cuando el León estaba rodeado de gente.

—No, en eso tienes razón —dijo Luther—. Mi hermano es único en su especie. Siempre ha sido así. No es que carezca de sentido del humor. Si acaso, sería lo contrario. Debes recordar que es tanto un genio como un gran guerrero. Su mente es un instrumento sutil y complejo y su humor se ha forjado con la misma inteligencia que demuestra en todo lo que hace.

Cuando mi hermano hace bromas, nadie las entiende. Suelen tener demasiado nivel para unos brutos como nosotros. Nos sobrepasan.

Una mirada de tristeza pasó por la cara de Luther mientras observaba al León. Al verlo, Zahariel se sintió como si se hubiese inmiscuido sin querer en un dolor íntimo. Le hizo ser mucho más consciente de la fuerza del vínculo entre el León y Luther, una relación que le recordaba a sus lazos con Nemiel.

Estaba claro que Luther era un hombre extraordinario, puede que incluso más de lo que la gente reconocía. Poseía un talento maravilloso en una gran variedad de campos, no sólo como líder, guerrero y cazador. Con la excepción de Lion El'Jonson, Luther había dado caza a muchas más bestias que cualquier otro hombre en la historia de Caliban. En cualquier otra era, Luther habría sido probablemente el mayor héroe de su época. Era un campeón infatigable del pueblo de Caliban que destacaba tanto por su talante y su sangre fría en momentos de crisis como por el valor de sus hazañas. La tragedia de Luther había sido nacer en la misma era que un hombre con el que siempre lo compararían. Desde el día que había encontrado a El'Jonson en el bosque y había decidido llevarlo a la civilización, Luther había hecho doblar las campanas por la muerte de su propia leyenda.

Desde aquel momento, se había condenado a vivir a la sombra del León.

Para Zahariel, decía mucho en favor de Luther que su afecto por el León pareciese auténtico y natural. Muchos hombres en su situación podrían haberse visto tentados a sucumbir a los celos y a sentirse resentidos por las hazañas de El'Jonson. Pero no Luther, él no era de ese tipo. Con auténtica devoción fraternal, había dedicado todas sus energías a asegurarse de que los planes del León llegasen a buen puerto. Luther era tan responsable de la campaña contra las grandes bestias como El'Jonson, pero a medida que ésta llegaba a su fin, no era Luther quien recibía los aplausos, sino El'Jonson.

Zahariel no percibía amargura en él, ya que, evidentemente, Luther había aceptado que su papel en la historia era ser la dama de honor de los

triunfos de su hermano.

—Mi hermano es un hombre de gran talento —dijo Luther, sin dejar de mirar al León—. Sospecho que nunca ha habido otro hombre como él. Ciertamente, nadie que esté vivo hoy puede igualar el alcance de sus logros. ¿Sabías que es un gran imitador?

—¿El León? No, no lo sabía.

—Puede imitar el sonido de cualquier animal de Caliban, desde el aullido de caza de un raptor hasta la llamada de apareamiento de un serynx. También canta de maravilla. Conoce todas las canciones antiguas, las melodías tradicionales de Caliban. Si le oyes cantar *Los bosques de mis padres* se te saltarán las lágrimas, te lo prometo. Por lo que sé nunca ha intentado componer nada por sí mismo, pero puedes estar seguro de que los resultados serían inspiradores. Mi hermano destaca en todo lo que tocan sus manos, ésa es su tragedia.

—¿Su tragedia? —preguntó Zahariel, que estaba distraído—. ¿Cómo puede ser una tragedia ser bueno en todo?

—Quizá tragedia sea una palabra demasiado fuerte —reconoció Luther, encogiéndose de hombros y dándose la vuelta hacia Zahariel—, pero debes recordar que mi hermano es único. Nunca habla de sus orígenes; son una fuente de misterio tanto para él como para todos los demás. Casi se podría pensar que es una especie de dios o semidiós que cayó en el mundo, más que un hombre nacido de mujer como el resto de nosotros. Mi hermano es diferente y no es culpa suya. Su inteligencia es tan asombrosa, tan extraordinaria, que hay veces en las que no consigo seguir sus líneas de razonamiento, y lo conozco desde hace años, lo suficiente como para acostumbrarme a sus procesos mentales. Piensa lo aburrido que debe de ser para él —continuó Luther—. No lo malinterpretes, mi hermano adora Caliban y ama la Orden, pero a veces debe de sentirse como un gigante en tierra de enanos, tanto física como mentalmente. Lord Cypher dice que la estimulación intelectual se basa en el libre discurso de ideas entre iguales, pero mi hermano no tiene iguales, no en Caliban. Aquí, en la Orden, se le ofrece una vía de escape a sus energías. Le ofrecemos camaradería y metas en la vida. Le entregamos

nuestra devoción. Lo seguiríamos hasta la muerte, pero estas cosas no son suficientes en la vida de un hombre. Incluso rodeado de amigos y seguidores por todas partes, mi hermano sigue estando solo. No hay nadie como él en todo Caliban. No hay persona más sola en el mundo.

—Nunca antes lo había visto así —dijo Zahariel.

—Probablemente no deberías volver a pensar en ello —apuntó Luther, moviendo la cabeza. Alzó la copa de vino y la olió como para degustarlo —. Escúchame, esto es una celebración y estoy consiguiendo entristecerla. Debería tener unas palabras con el maestro vinatero de la Orden sobre el vino que ofrece en estos actos. Este sin duda predispone a los hombres a la meditación cuando deberían estar alegres. Y lo que es más, para completar sus defectos, deja un regusto avinagrado. Y pensar que cuando vine aquí a hablar contigo, mi única intención era disculparme por haber hecho de «diablo».

—¿Haber hecho de diablo?

—Cuando te uniste a la Orden y fuiste iniciado —le explicó Luther—. Es parte del ritual. Tres interrogadores diferentes te formulan preguntas. A uno de los interrogadores se le asigna la tarea de intentar minar y menospreciar al candidato a caballero. De él se espera que encuentre fallos en todo cuanto el candidato decida decir o hacer. A ese interrogador negativo se le llama «el diablo». Es algo simbólico, por supuesto, y se basa en una vieja superstición. Probablemente, lord Cypher podría contarte más. Yo sólo quería que supieses que no fue nada personal que yo representase el papel de diablo en tu ceremonia. Es un papel ritual, eso es todo. Se echa a suertes y sucede que me tocó a mí. Nunca he dudado de tus capacidades. Sospecho que serás uno de nuestros mejores caballeros. —Luther tendió la mano para estrechar el antebrazo de Zahariel justo debajo del codo y Zahariel hizo lo mismo. En Caliban era una demostración de amistad tradicional—. Te felicito, Sar Zahariel —dijo, mirando a los caballeros que les rodeaban por encima del hombro del muchacho—. Supongo que debería darme una vuelta por la sala. Hay varios caballeros a los que tengo que ver.

Luther se dio media vuelta y volvió a mirar a Zahariel antes de irse.

—Ah, Zahariel, y si alguna vez necesitas consejo, ya sabes adonde acudir. Ten confianza para llamarme a cualquier hora. Si tienes algún problema, siempre te escucharé.

Nemiel ya había hablado con Zahariel aquella noche, al igual que el maestro Ramiel. Nemiel parecía emocionado con que su primo se hubiera convertido por fin en caballero de la Orden. Al no tener mucho aguante con el alcohol, Zahariel había bebido vino con moderación, pero Nemiel había aplacado su sed de forma más liberal. Aparentemente, mientras Zahariel estaba cazando a la bestia de Endriago, Nemiel había solicitado su propia partida de caza. Como si quisiera demostrar que sus juegos de competición estaban más vivos que nunca, Nemiel había vuelto a Aldurukh apenas una semana antes que Zahariel.

Para cuando pudieron tener una conversación en condiciones, ya arrastraba las palabras y hablaba de las grandiosas visiones que tenía del futuro de ambos.

—Ya lo has conseguido, primo —dijo Nemiel, exhalando aliento a vino mientras se tambaleaba—, los dos lo hemos conseguido. Hemos demostrado que tenemos lo que hay que tener. Esto es sólo el principio. Algún día, llegaremos tan alto en la Orden como sea posible. Seremos como el León y Luther, tú y yo. Somos hermanos y reconstruiremos nuestro mundo juntos.

El maestro Ramiel había sido más cauto. Como siempre, a Zahariel le resultaba difícil leer en el rostro de su maestro. Cuando Nemiel se hubo ido dando tumbos a desplomarse en una silla cercana para quedarse dormido, Ramiel apareció para volver a felicitar a su antiguo alumno.

—Sar Zahariel —dijo el maestro—. Tiene una agradable sonoridad. Pero recuerda que ahora que has sido nombrado caballero empezará el trabajo duro. Hasta este punto, sólo eras un muchacho que quería ser caballero y hombre. Ahora aprenderás lo pesadas que pueden ser ambas cargas.

Ramiel no dijo nada más y se excusó, dejando que Zahariel reflexionase sobre el significado de sus palabras. Este se preguntaba qué había querido decir su mentor y reconocía cierto desasosiego en su interior, algo diferente a cualquier inquietud que las palabras del maestro pudieran haberle producido. Habiendo dedicado tantas energías durante tanto tiempo a convertirse en caballero, tenía una sensación de descontento, como si estuviese incompleto.

Había logrado la meta de su juventud.

¿Qué nueva ambición encontraría ahora para guiar su vida?

Más tarde aquella misma noche, Zahariel se encontró charlando con lord Cypher. El anciano estaba igualmente ebrio y hablaba con solemnidad de los distintos rangos y posiciones de la Orden. Lo que comenzó como una conversación sobre los solemnes votos que había hecho como caballero había derivado, en gran parte gracias a lord Cypher, en una discusión sobre las jerarquías más elevadas de la Orden y de su posición en ella.

—Y, naturalmente, es por eso que muchos creen que Ramiel será nombrado el nuevo lord Cypher cuando El'Jonson se convierta en el Gran Maestre.

—Creía que sólo era un rumor —dijo Zahariel—, lo de que el León sería nombrado Gran Maestre. No sabía que se hubiese confirmado.

—¿Eh? —se extrañó lord Cypher, mirándolo sin comprenderlo. Al final, tras una pausa de varios segundos, el entendimiento se plasmó en su rostro—. Ah, puede que haya descuidado demasiado mis secretos, y la verdad es que es un error imperdonable para un hombre de mi posición. —Lord Cypher suspiró—. Debo de estar haciéndome más viejo de lo que creía. Pero no hay forma de hacer que un joven olvide algo una vez lo ha oído. Sí, tienes razón. No se ha confirmado, pero la decisión ya está tomada, sólo que aún no lo hemos anunciado. El'Jonson será el nuevo Gran Maestre y Luther será su segundo al mando. En cuanto a mí, debería retirarme de mis obligaciones en un par de días. Después, me reuniré con El'Jonson para elegir a mi sucesor. La verdad es que no tengo ni idea de a

quién elegirá él, pero el maestro Ramiel sería un buen candidato, ¿no crees?

—Por supuesto —asintió Zahariel—. Creo que sería un buen lord Cypher.

—Sí, lo sería. Esta opinión es sólo para tus oídos, Zahariel, como todo lo que acabo de decir. No agraves la doble falta de la memoria y la lengua de un anciano contándoselo a todo el mundo. Sólo serviría para avergonzarme y para que la jerarquía de la Orden pensara que deberían haberse deshecho de mí hace mucho tiempo. ¿Puedo confiar en tus buenas intenciones al respecto?

—Absolutamente. Tiene mi palabra de que nunca repetiré esta conversación con nadie.

—Excelente —dijo lord Cypher—. Me alegra saber que entiendes el valor de la discreción.

Miró alrededor durante unos segundos; sus ojos cansados observaban a los caballeros disfrutando del vino y de la conversación. Entonces, sin previo aviso, lord Cypher se dio la vuelta y abandonó la reunión.

Incomprensiblemente, a Zahariel le vino a la mente un oso viejo arrastrándose hacia el bosque para morir.

—La Orden está en buenas manos —dijo lord Cypher, ofreciendo estas palabras por encima de su hombro a modo de despedida al marcharse—. Con hombres como El'Jonson, Luther, el maestro Ramiel e incluso con jóvenes como tú, estoy seguro de que seguirá prosperando en los años venideros. Dudo que viva para verlo, pero me alegra igualmente. Es hora de que una generación dé paso a la siguiente, como debe ser. No temo por el futuro.

Sería la última vez que Zahariel, que acababa de unirse a la Orden, hablase con el hombre que había sido lord Cypher. En realidad, fue la última vez que le vio.

Al cabo de unos cuantos días se declararía otra misión contra otra bestia de los bosques del norte, en las proximidades de un asentamiento

llamado Bradin. Tras retirarse de sus obligaciones, el antiguo lord Cypher solicitaría a la jerarquía de la Orden participar en la batida. Accederían a su petición y el anciano saldría de Aldurukh silenciosamente, muy temprano, cuando la mayor parte de los habitantes de la fortaleza aún dormía. Nunca se le volvería a ver.

Algunos afirmaban que la bestia que iba a cazar lo había matado; otros dirían que lo más probable era que hubiese sido abatido por un grupo de raptores antes de llegar a los bosques del norte. La verdad nunca se supo, pero tras su desaparición se le reservaría un lugar de honor en las catacumbas subterráneas de Aldurukh. Era un sitio pequeño, un nicho de piedra de no más de treinta centímetros de ancho y un metro de largo, lo bastante para que cupiese una urna de cenizas o los restos de los huesos del anciano si su cuerpo llegaba a encontrarse. Su nombre también sería grabado en la roca por los canteros de la Orden.

Así serían los días que vendrían. Zahariel no sabía qué podría ocurrir en el futuro, como tampoco sabía que no volvería a ver a lord Cypher, o mejor dicho, a este lord Cypher en concreto. Otro individuo llevaría ese título en la Orden, y su identidad sería por siempre un misterio.

Todo estaba en manos del futuro.

Por el momento, mientras los caballeros de la Orden bebían y celebraban juntos, lo único que faltaba para completar el nombramiento de Zahariel era que su estatus fuese confirmado por el León.

—Ha sido una noche memorable para ambos —dijo Lion El'Jonson—. Tú te has convenido en caballero de la Orden y yo acabo de saber que seré su próximo Gran Maestre.

—¿Nuestro Gran Maestre? —preguntó Zahariel, consciente de la promesa que le había hecho anteriormente a lord Cypher, y asombrado de que El'Jonson considerase siquiera mencionarle tal cosa cuando la noticia aún no era de dominio público. Zahariel se quedó sin palabras—. Yo… eh… Enhorabuena.

—No te hagas el sorprendido, Zahariel —le soltó El'Jonson.

Su tono no era ni censurador ni desagradable. Mientras se lo decía, lo apartaba de los caballeros reunidos hacia una esquina aislada de la gran sala. Las luces y sombras del fuego se movían sobre el rostro del gran guerrero, y Zahariel dudó de repente haber visto alguna vez al León a la luz del día o sin el cobijo de las sombras al alcance de la mano. La fiesta se iba apagando a medida que el vino hacía su trabajo, y cuando el León se le acercó, Zahariel supo que su papel en la celebración ya casi había concluido.

—No finjas que aún no lo sabías —insistió el León—. No he podido evitar oír tu conversación con lord Cypher. No pretendía inmiscuirme, pero mis sentido son muy agudos, especialmente mi oído, casi prodigioso, así que… oí que lord Cypher se iba de la lengua. Sé que sabes que me nombrarán Gran Maestre.

—Lo siento —se excusó Zahariel, negando con la cabeza—. Mi descubrimiento ha sido totalmente accidental. Os aseguro que no se lo diré a…

—No pasa nada, Zahariel —lo cortó El'Jonson, al tiempo que alzaba la mano para silenciarlo—. Confío en tu discreción y comprendo que no ha sido culpa tuya. Además, ya es el secreto peor guardado de todo Caliban. La gente suele olvidar lo bueno que es mi oído. En los últimos días, he oído debatir sobre mi inminente ascenso al menos a treinta personas distintas, cuando creían que no podía oírlos.

—En ese caso, ¿puedo daros mi enhorabuena, señor? —dijo Zahariel.

—Puedes —sonrió el León—, y la acepto de buen grado, aunque en la práctica mi nuevo cargo supondrá pocas diferencias en mi vida.

—Es el Gran Maestre de la Orden —opinó Zahariel—. Debería sentirse… importante.

—Por supuesto, te aseguro que me enorgullece lideraros a todos, pero ésa ya era mi función antes, aunque no tuviese un título. ¿Qué hay de ti? ¿Te sientes diferente ahora que eres caballero?

—Por supuesto.

—¿De qué forma?

Durante un momento, Zahariel se puso nervioso y no sabía muy bien cómo se sentía.

—Honrado, orgulloso de mis logros, aceptado.

—Y todo eso son cosas buenas —asintió el León—, pero tú eres el mismo, Zahariel. Sigues siendo la misma persona que antes de haber matado al león. Has cruzado una línea, pero eso no cambia quién eres. No lo olvides. Un hombre puede tener todo tipo de títulos, pero no debe permitir que eso lo cambie a él o su ego. El orgullo y la ambición serán su ruina. Da igual la grandeza del título que se te otorgue, que tu yo sea siempre auténtico. ¿Comprendes?

—Eso creo, mi señor —contestó Zahariel.

—Espero que lo hagas —dijo el León—. Es algo que a todos nosotros nos resulta fácil de olvidar. —Entonces el León se acercó más a él y dijo —: ¿Sabes que ahora compartimos algo que nadie más puede compartir en todo Caliban?

—¿Sí? —exclamó Zahariel, sorprendido y halagado—. ¿El qué?

—Somos los únicos guerreros que hemos dado muerte a un león calibanita. Todos aquellos que lo intentaron están muertos. Algún día tendrás que contarme cómo lo hiciste.

Zahariel sintió que se llenaba de orgullo y fraternidad cuando se dio cuenta de la importancia de haber cazado a la bestia. La historia de cómo había abatido lord El'Jonson al león calibanita era muy conocida y estaba grabada sobre una de las ventanas de la Cámara del Círculo, pero hasta aquel momento no había caído en la cuenta de que había sobrevivido a un encuentro con una bestia tan excepcional.

—Me siento honrado por compartirlo, mi señor —manifestó Zahariel, inclinando la cabeza.

—Es algo de lo que sólo tú y yo formaremos parte, Zahariel —afirmó el León—. No hay otros de su especie en Caliban. Las grandes bestias ya casi se han extinguido y no volverá a haber otras como ellas en nuestro mundo. Una parte de mí cree que debería entristecerme por ello. Después de todo, la extinción es una solución muy extrema, ¿no crees?

—Son bestias que sólo viven para matar, ¿por qué no habríamos de exterminarlas? Ellas harían lo mismo con nosotros de no ser por las órdenes de caballería.

—Cierto, pero ¿lo hacen porque son malvadas o porque fueron creadas así?

Zahariel pensó en las bestias con las que había luchado y dijo:

—No sé si serán malvadas, pero cuando me he enfrentado a ellas he visto algo en sus ojos, no sé… Su deseo de matar es más que simple hambre. Hay algo en las bestias que… no encaja.

—Eso es que eres perspicaz, Zahariel —apuntó el León—. En efecto, hay algo en las bestias que no encaja. No sé qué es, pero no son sólo otra clase de animales como los caballos, los zorros o los humanos, son aberraciones, errores retorcidos forjados hace mucho tiempo y que aún no han tenido la buena fortuna de extinguirse por sí solos. ¿Te imaginas cómo debe de sentirse una criatura tan singular? ¿Vivir sabiendo, aun al nivel instintivo de un animal, que estás solo y que no habrá otros como tú? Piensa en lo enloquecedor que debe de ser. Las bestias no sólo se dejaban llevar por el hambre, estaban enloquecidas, su propia singularidad las había vuelto locas. Créeme Zahariel, les hacemos un favor destruyéndolas a todas.

Zahariel asintió y bebió un poco de vino. Estaba demasiado ensimismado con las palabras del León como para atreverse a interrumpirlo.

Una extraña melancolía se había apoderado de las palabras de su líder, como si hablase de algo lejano y demasiado vago para ser recordado. Entonces, de repente, esa sensación desapareció, aunque el León se dio cuenta de que había hablado sin demasiadas reservas.

—Por supuesto, siempre habrá quien lamente que hayas matado al último león —dijo El’Jonson—. Luther, sin ir más lejos.

—¿Sar Luther? ¿Por qué?

Lord El’Jonson se rió.

—Siempre ha querido matar a un león y ahora ya no tendrá oportunidad.

Tal y como eran las fiestas, aquélla había sido de las buenas.

Zahariel había disfrutado de la compañía de los otros caballeros. Había disfrutado sintiendo que podía mirar a aquellos hombres como sus iguales, y con aquello también llegaba la inclusión y la aceptación. Tras su charla con Lion El'Jonson, Zahariel había vuelto con los demás caballeros, donde la conversación había derivado a la guerra con los Caballeros de Lupus.

Todos coincidían en que la guerra estaba en su etapa final y que la destrucción definitiva de la orden rebelde concluiría en un futuro inmediato. Había disfrutado de la buena comida y del vino y de la expresión en los ojos del maestro Ramiel, quien había dicho que le había hecho sentir orgulloso. Pero sobre todo había disfrutado el momento, porque sabía que tales triunfos eran muy poco frecuentes en la vida de un hombre.

Deben manejarse con cuidado y luego dejarse a un lado como recuerdos para el futuro.



ONCE

«La guerra tiene una belleza terrible», escribió el poeta, filósofo y caballero Aureas en las páginas de sus Meditaciones. «Es impresionante y aterradora en igual medida. Cuando un hombre ha visto su rostro, su recuerdo nunca lo abandona. La guerra deja una marca en el alma».

Zahariel había escuchado aquellas palabras a menudo durante sus entrenamientos.

Estaban entre las favoritas de su mentor, el maestro Ramiel. Al anciano le gustaba citarlas con asiduidad y recitaba las mismas frases a diario mientras intentaba transformar a los jóvenes suplicantes en caballeros. Habían formado parte de sus enseñanzas tanto como las prácticas de tiro o las de esgrima. Se decía que aquellos que se habían convertido en caballeros bajo la tutela de Ramiel estaban armados con el aprecio por las palabras además de con la pistola y la espada, armas más típicas de la Orden.

Aun así, a pesar de la asiduidad con que escuchaba aquellas palabras, nunca las entendió de verdad, no hasta los últimos días de la guerra contra los Caballeros de Lupus. Su primera impresión al salir cabalgando del bosque en la noche del asalto final fue que el cielo estaba en llamas. Más temprano aquel día, había supervisado a los grupos de leñadores que

talaban árboles en los bosques de las zonas más bajas de la falda de la montaña para utilizarlos en el asedio. Tras cumplir sus obligaciones, volvió al campamento, al anochecer, esperando que las cosas estuviesen tranquilas. En lugar de eso, se encontró con que sus camaradas caballeros estaban a punto de atacar la fortaleza enemiga.

Delante de ellos, a lo lejos, la fortaleza monasterio de los Caballeros de Lupus se alzaba sobre un inquietante peñasco en la cima de la montaña. Se veía una línea de altísimas murallas grises y guerreros. Totalmente rodeada por los círculos concéntricos de las líneas de asedio de la Orden, la fortaleza era una obra maestra de arquitectura militar, pero los ojos de Zahariel estaban puestos en el extraordinario espectáculo que tenía lugar en el cielo sobre ambos ejércitos mientras se disparaban con artillería el uno al otro sobre la tierra de nadie.

El aire era denso y estaba cubierto por llamas de numerosas formas, colores y diseños. Zahariel veía las fugaces estelas de llamas verdes y naranjas que dejaba la munición, los halos rojizos que fluían de las bombas incendiarias que volaban por los aires y el humo amarillento de las bolas de fuego de las ráfagas de los cañones. Era como un tapiz de fuego brillante que iluminaba el cielo, y Zahariel nunca había visto nada parecido.

Le pareció atroz y espectacular al mismo tiempo.

—Una belleza terrible —susurró al venirle a la memoria las palabras de Aureas mientras observaba maravillado aquel cielo tan sorprendente.

Los colores eran tan exquisitos que resultaba fácil olvidar el hecho de que auguraban peligro. Los mismos proyectiles que explotaban en el cielo con tal belleza llevarían agonía y muerte a algún alma desafortunada cuando alcanzasen su objetivo. La guerra, por lo que parecía, estaba llena de contradicciones.

Más tarde aprendería que era poco habitual ver lo que vio en el cielo aquella noche, pero aquél era su primer asedio y no conocía otra cosa. Las batallas campales eran tan poco frecuentes en Caliban que su instrucción se había concentrado en el combate cuerpo a cuerpo más que en cuestiones de asedio.

Desde la llegada del León, los caballeros de Caliban raramente se declaraban la guerra unos a otros, al menos no de forma sistemática. Normalmente, cualquier conflicto derivado de la discusión de algún asunto de afrentas o insultos se resolvía con las formas tradicionales de combate ritual.

Un conflicto de la talla de lo que tenía ante él, en el que dos órdenes de caballería estaban dispuestas a sacar lo mejor de sus fuerzas para enfrentarse en una sola batalla, apenas tenía lugar una vez cada generación.

—¡Estás ahí! —le gritó una voz desde atrás.

Zahariel se volvió y vio a uno de los maestros de asedio de la Orden, que caminaba furioso hacia él con una expresión aterradora bajo la capucha.

—El asalto está a punto de empezar. ¿Por qué no estás en posición? ¡Tu nombre, sar!

—Mis disculpas, maestro —se excusó Zahariel, haciendo una reverencia desde la silla—. Soy Sar Zahariel y acabo de volver de la ladera de la montaña. Me ordenaron…

—¿Zahariel? —interrumpió el maestro—. ¿El que mató al león de Endriago?

—Sí, maestro.

—Entonces no es la cobardía lo que te mantiene aquí atrás. Ahora lo veo. ¿En qué filas estás?

—Estoy con los hombres de Sar Hadariel, maestro, situado en el acceso oeste.

—Se han desplazado —le informó el maestro. Señaló impacientemente las líneas del asedio a la derecha de Zahariel—. Han tomado la posición de asalto en la muralla sur. Los encontrarás por allí. Deja tu caballo con los mozos por el camino, y date prisa, muchacho. La guerra no te va a esperar.

—Comprendo —asintió Zahariel—. Gracias, maestro.

—Si quieres agradecérmelo, haz lo que tienes que hacer en la batalla —gruñó el maestro de asedio al darse media vuelta—. Puedes esperar lo peor. Ya llevamos demasiado tiempo acampados aquí, lo que significa que

los cabrones de Lupus han tenido tiempo de sobra para preparar la defensa. —Hizo una pausa para escupir antes de mirar hacia la fortaleza enemiga con lo que pareció una expresión de respeto a regañadientes—. Si crees que ahora hay fuego, espera a ver cuando carguemos contra las murallas.

El bombardeo parecía cada vez más feroz y Zahariel corrió hacia las líneas de asedio. Las armas enemigas no tenían alcance para impactar directamente en el emplazamiento de la Orden, pero sus proyectiles caían lo bastante cerca como para alcanzar a las posiciones más avanzadas con metralla.

A medida que Zahariel se acercaba a las líneas del frente, oía una serie de zumbidos muy agudos cuando la metralla rebotaba en las placas que cubrían su cuerpo. La armadura cumplía su función de evitar daños y mantener su carne y sus huesos a salvo, pero se sintió aliviado cuando por fin vio el estandarte de guerra de Sar Hadariel hecho jirones ondeando en el laberinto de trincheras que lo rodeaba. Saltó a una de las zanjas. Los guerreros acorazados lo rodeaban en la penumbra y el negro de sus armaduras brillaba con el reflejo del fuego.

—¿Has conseguido llegar, hermano? —dijo Nemiel, que fue el primero en recibirlo a su llegada. La rejilla del casco de Nemiel distorsionaba sus palabras, pero Zahariel habría reconocido la voz de su primo en cualquier lugar—. Empezaba a preguntarme si te lo habías pensado mejor y habías decidido irte a casa.

—¿Y dejarte a ti toda la gloria? —replicó Zahariel—. Deberías conocerme mejor, hermano.

—Te conozco mejor de lo que crees —resopló Nemiel.

La cara de su primo estaba oculta por el casco, pero por el tono de su voz, Zahariel sabía que estaba sonriendo.

—La verdad es que te conozco lo suficiente como para darme cuenta de que probablemente has venido a toda prisa en cuando has oído que han empezado los bombardeos. A mí no me engañas, para ti la gloria no tiene nada que ver en esto. Se trata del deber. —Nemiel señaló con el pulgar el

frente de la trinchera para indicarle a Zahariel que lo siguiese—. Bueno, vamos entonces, hermano, veamos en qué te han metido tus grandes ideales.

Los ochos hombres que quedaban en la línea de espadas ya estaban junto a la trinchera de la muralla y miraban a campo abierto entre las líneas de asedio y la fortaleza enemiga. A medida que Zahariel se aproximaba, los destellos de los impactos de cañón los iluminaban a intervalos irregulares. Cada hombre iba armado y acorazado exactamente igual que Zahariel, que llevaba una pistola cargada con balas explosivas y una espada de filo dentado. Portaban una armadura negra y túnicas con capucha marcadas con el emblema identificativo de la Orden.

Era una tradición entre los caballeros de la Orden mantener la túnica blanca impecable, pero Zahariel estaba sorprendido de ver que todos los hombres de la trinchera estaban cubiertos de barro de pies a cabeza.

—Estás demasiado limpio, hermano —le advirtió Sar Hadariel al volverse en su posición en la trinchera para mirarlo.

—¿No te lo ha dicho nadie? El León ha dado orden de que ensuciemos los sobrepellices para no ser blancos tan fáciles para los artilleros enemigos cuando comience el asalto.

—Lo siento, sar —contestó Zahariel—. No lo sabía.

—No pasa nada, muchacho —dijo Hadariel, encogiéndose de hombros—. Ahora ya lo sabes. Si fuese tú, me apresuraría a rectificar. En seguida correrá la voz, y para cuando suceda, no querrás ser el único de blanco en medio de un asalto nocturno.

Sar Hadariel se dio la vuelta para mirar la fortaleza enemiga y Zahariel se apresuró en seguir su consejo. Se aflojó el cinturón que ceñía la holgada túnica, se la quitó y se agachó para empapar la prenda en el agua fangosa del fondo de la trinchera.

—Siempre he dicho que tenías ideas muy originales —apuntó Nemiel, mientras Zahariel se incorporaba y volvía a ponerse la túnica—. Todos los demás nos la hemos dejado puesta y nos hemos pasado diez minutos restregándonos barro. Tú llegas, te quitas la túnica y consigues lo mismo en quince segundos. Por supuesto, no estoy seguro de lo que dice sobre tu

talento para el pensamiento lateral el hecho de que haya alcanzado su máxima expresión en resolver el problema de ensuciarse.

—Sólo estás celoso porque no se te ha ocurrido a ti —replicó Zahariel —. Si lo hubieras hecho, estoy seguro de que lo pregonarías como el mayor avance de la guerra desde que se empezó a criar caballos.

—Bueno, naturalmente, si lo hubiera hecho yo habría sido inteligente —dijo Nemiel—. La diferencia es que cuando a mí se me ocurren las ideas, suele ser fruto de la previsión y la reflexión más profunda. Cuando se te ocurren a ti, suele ser por puro azar.

Se echaron a reír, aunque Zahariel sospechaba que era más por la tensión que ambos sentían que por el humor de las palabras de Nemiel.

Era un juego conocido al que ambos habían jugado desde pequeños, un juego de competitividad al que habían recurrido automáticamente mientras esperaban, nerviosos, a que pasaran los minutos previos al inminente asalto.

Era el tipo de juego que sólo tiene cabida entre hermanos.

—Están adelantando la maquinaria de asedio —dijo Nemiel, observando las primeras fases del asalto—. No tardarán mucho. Pronto nos darán la señal y estaremos justo en medio de todo.

Como si hubiese reaccionado a las palabras de Nemiel, la artillería enemiga dobló sus esfuerzos y disparó nuevas salvas. Según el ruido de las descargas alcanzaba proporciones ensordecedoras, Zahariel comprendió que Nemiel estaba en lo cierto y que el asalto empezaba a avanzar.

Delante de ellos, en tierra de nadie, entre las líneas de asedio de la Orden y las murallas de la fortaleza, vio tres anikoles que avanzaban lentamente y se iban acercando poco a poco al enemigo.

Recibían su nombre de un animal nativo de Caliban que utilizaba una coraza en forma de concha para mantenerse a salvo de los depredadores. Cada anikol llevaba una cubierta blindada hecha de placas metálicas superpuestas, diseñada para proteger a los hombres que iban en su interior de los proyectiles enemigos. Se movía con la tracción de los músculos de

la docena de hombres que se cobijan en él, por lo que era un arma de asedio lenta y pesada.

Su única ventaja residía en su capacidad para absorber la potencia de fuego enemiga y permitir que la tropa se acercase lo suficiente para poner cargas explosivas que abriesen una brecha en las murallas de la fortaleza. Al menos, en teoría.

Mientras Zahariel miraba cómo avanzaban, vio en el aire las llamas del arco de un proyectil disparado desde la fortaleza que se estrellaba en la coraza de plomo del anikol. En un instante, la maquinaria de asedio desapareció con una potente explosión.

—Un golpe de suerte —dijo Nemiel, fijando los ojos en la vaina de la espada de Zahariel—. Ha debido de impactar en un punto débil de la coraza. No pasará lo mismo con los otros dos. Uno de los anikoles lo conseguirá y entonces será nuestro turno. La mayor ofensiva será contra la muralla sur de la fortaleza. Cuando los anikoles hayan abierto la brecha, seremos los primeros y aprovecharemos.

—Nos lo jugamos todo a una carta —apuntó Zahariel.

—Todo lo contrario —repuso Nemiel, negando con la cabeza—. Al mismo tiempo se llevarán a cabo otros ataques que distraerán su atención en las murallas norte, este y oeste para dividir las fuerzas de los Caballeros de Lupus y agotar sus reservas, pero ésa no es la mejor parte.

—¿Cuál es la mejor parte?

—Para seguir confundiendo al enemigo los ataques de distracción serán de diferente tipo al del asalto principal. El ataque a la muralla este se hará con torres de asedio, mientras que en la muralla oeste se usarán escalas y garfios.

—Ingenioso —dijo Zahariel—. No sabrán cuál es el ataque principal.

—Aún hay más —añadió Nemiel—. ¿A que no sabes quién va a liderar el asalto a las puertas de la muralla norte?

—¿Quién?

—El León —contestó Nemiel.

—¿En serio?

—En serio.

Mientras miraban cómo avanzaban los anikoles que quedaban, Zahariel dijo:

—No puedo creer que el León vaya a encabezar el ataque en la puerta norte. Sólo es un señuelo. Lo normal sería que liderase el ataque principal.

—Creo que ésa es la idea —contestó Nemiel—. Cuando los Caballeros de Lupus vean al León en la muralla norte, supondrán que es ahí donde nos centramos. Concentrarán sus tropas allí y facilitarán el verdadero asalto principal.

—Aun así, es un gran riesgo —apuntó Zahariel, sacudiendo la cabeza con preocupación—. Sin el León, la campaña contra las grandes bestias nunca habría tenido lugar. Y le saca al menos dos cabezas a cualquier habitante de Caliban. Aunque los francotiradores enemigos no lo alcancen, hay una posibilidad de que el asalto norte acabe aplastado por inferioridad numérica. No sé si la Orden podría superar la pérdida del León. No sé si Caliban podría.

—Por lo visto, se dijo lo mismo en las reuniones en las que se decidió la estrategia cuando el León habló de su plan —susurró Nemiel, inclinándose hacia adelante como conspirando, aunque tuvo que acabar gritando para que se le oyese con el bombardeo constante—. Dicen que Sar Luther se opuso particularmente. El'Jonson le pidió que liderase él el asalto principal, pero al principio Luther se negó. Dijo que no había luchado a su lado tantos años para dejar que ahora estuviese solo en una empresa tan arriesgada. Dijo que su lugar estaba donde siempre había estado, al lado del León, hasta que la muerte se los llevase a los dos. «Si tú mueres, Lion, entonces yo moriré contigo». Eso fue lo que dijo Luther.

—Ahora sé que te lo estás inventando —lo interrumpió Zahariel—. ¿Cómo puedes saber lo que dijo Luther? No estabas allí. Estás repitiendo un cuento y adornándolo a tu antojo. Eso sólo son chismes de barracón.

—Chismes, sí —reconoció Nemiel—, pero de una fuente fiable. Se lo escuché a Varael. ¿Lo conoces? Fue uno de los alumnos del maestro Ramiel, pero tiene un año más que nosotros. Se lo oyó a Yeltus, que se lo oyó a uno de los senescales que conoce a alguien que estaba en la tienda

del puesto de mando cuando ocurrió. Dicen que El'Jonson y Luther discutieron mucho, pero al final Luther accedió a los deseos del León.

—Casi desearía que no hubiese sido así —declaró Zahariel—. No me malinterpretes, Luther es un gran hombre, pero cuando me enteré de que asaltaríamos la fortaleza, esperaba luchar bajo el estandarte del León. Inspira a todos aquellos que lo rodean, no puedo imaginar un honor mayor que el de combatir a su lado. Esperaba que fuese hoy.

—Siempre hay un mañana, primo —dijo Nemiel—. Ahora somos caballeros de Caliban y la guerra contra las grandes bestias aún no ha terminado, independientemente de la guerra contra los Caballeros de Lupus. Tienes muchas oportunidades de luchar al lado de lord El'Jonson, tarde o temprano.

En tierra de nadie, los equipos anikoles habían abandonado la maquinaria de asedio. Tras haber puesto las cargas y las mechas, corrieron a resguardarse en sus propias líneas. Los enemigos que había en las almenas abrieron fuego cuando el grupo estaba en campo abierto, y Zahariel el vio caer al menos a la mitad de los hombres antes de que alcanzasen la seguridad de las trincheras de la Orden. Todo ese tiempo se quedó agazapado en la trinchera, esperando la inevitable explosión.

Cuando sucedió, fue espectacular.

Los dos anikoles abandonados contra los muros de la fortaleza desaparecieron en forma de plumas de fuego que se elevaban con explosiones simultáneas que hicieron temblar el suelo bajo sus pies y que ensordecieron durante un momento el ruido el bombardeo. Cuando el humo y el polvo se asentaron, Zahariel vio que los anikoles habían cumplido su misión. La muralla exterior de la fortaleza enemiga se había agrietado y ardía en dos puntos. Una zona había aguantado firme, pero la otra muralla se había derrumbado y había una brecha.

—¡A las armas! —gritó Sar Hadariel a los hombres que lo rodeaban en la trinchera—. Fuera seguros y espadas desenvainadas. Nada de clemencia con el enemigo. Esto no es un torneo ni un combate de entrenamiento. Esto es la guerra. O tomamos la fortaleza o morimos. Son nuestras únicas opciones.

—Ya está, primo —dijo Nemiel—. Es tu oportunidad de usar esa espada tan bonita que tienes.

Zahariel asintió, ignorando la broma apenas disimulada y celosa que hacía su primo al mencionar su espada. Llevó su mano al arma instintivamente. La empuñadura era plana y sencilla, metal desnudo cubierto con piel y el pomo era de cobre, pero la hoja… la hoja era algo especial.

A instancias de lord El'Jonson, los artificieros de la Orden habían cogido uno de los colmillos de sable del león que Zahariel había abatido y lo habían convertido en una espada para él. Su brillo era de un blanco perlado, como el de un colmillo, y el filo era letalmente cortante, capaz de atravesar el metal o la madera de una sola estocada. Medía de largo como el antebrazo de Zahariel, por lo que era algo más corta que una espada normal, pero su potencia añadida compensaba su reducido alcance.

El León le había dado la espada antes de partir hacia la fortaleza de los Caballeros de Lupus y, al desenvainarla, Zahariel sintió la conexión fraternal de la que había hablado el Gran Maestre de la Orden. Luther y sus compañeros de armas lo habían felicitado, pero Zahariel había visto los ojos celosos de Nemiel posarse en el filo cuando la luz del sol se reflejó en su suave contorno.

Zahariel oyó el toque de un cuerno de serynx que sonaba por todo el campo de batalla con un tono largo y lastimero y desenvainó la espada ante la admiración de sus compañeros.

—¡Esa es la señal! —gritó Hadariel—. ¡Al ataque! ¡Al ataque! ¡Adelante! ¡Por el León! ¡Por Luther! ¡Por el honor de la Orden!

Ya podían verse docenas de siluetas que emergían de las trincheras de alrededor. Zahariel oyó el grito de guerra de Hadariel, seguido por cientos de voces, mientras más caballeros salían de las trincheras y empezaban a cargar hacia la fortaleza. Zahariel reconoció su propia voz entre el barullo cuando salió de un salto de la trinchera para unirse a la carga.

—¡Querías hacer historia —gritó Nemiel a su lado—, pues ésta es tu oportunidad! —Tras decir eso, Nemiel se unió al grito que resonaba en toda la tierra de nadie—. ¡Por el León! ¡Por Luther! ¡Por la Orden!

Juntos, cargaron hacia la brecha.

Más tarde, en los anales de la Orden, los cronistas lo registrarían como un momento decisivo en la historia de Caliban. La derrota de los Caballeros de Lupus sería descrita como una victoria en nombre del progreso humano.

El liderazgo de Lion El'Jonson sería alabado, como lo sería la valentía de Luther al encabezar el asalto principal. Los cronistas escribirían con exagerada efusión sobre las túnicas blancas de la Orden, de cómo relucían a la luz de la luna mientras sus portadores cargaban con coraje contra las defensas enemigas.

La realidad fue, por supuesto, algo diferente.

Era la primera vez que saboreaba la guerra, el conflicto masivo, la lucha a vida o muerte entre dos ejércitos enemigos, y Zahariel tenía miedo. No era que temiese la muerte. La vida en Caliban era dura. Criaba a sus hijos en el fatalismo. Desde la infancia, le habían enseñado que la vida era una fuente finita que podía secarse en cualquier momento. A los ocho años ya se había enfrentado directamente a la muerte al menos una docena de veces. En la Orden, una vez completado su primer año de entrenamiento como suplicante, empezó a practicar con espadas y munición reales. Como parte de ese mismo entrenamiento había acechado a muchos depredadores que rondaban los bosques, incluyendo osos cavernarios, dientes de sable, alas de la muerte y raptores. Al final, para demostrar su valía, se sometió a la prueba definitiva de su destreza: cazar a uno de los temidos leones calibanitas.

Se había enfrentado a la criatura y la había abatido, con lo que consiguió convertirse en caballero.

Sin embargo, la guerra era diferente a todos aquellos triunfos. Cuando un hombre cazaba a un animal, fuese cual fuese su estatus, la caza adoptaba la forma de duelo prolongado, una competición de fuerza,

habilidades e ingenio entre hombre y bestia. Mientras cazaba, Zahariel iba conociendo al adversario de forma íntima. En contraste, la guerra era un asunto impersonal. Mientras cargaba contra la fortaleza enemiga junto a sus compañeros de armas, Zahariel comprendió que podrían acabar con él en el campo de batalla sin que siquiera conociese la identidad de su asesino. Podía morir y no ver nunca la cara de su enemigo. Pensó que era extraño, pero en cierto modo había una gran diferencia. Siempre había creído que moriría mirando a su rival, ya fuese una gran bestia, o un animal menor, o incluso otro caballero. La posibilidad de una muerte en batalla, a manos de algún enemigo desconocido, parecía casi aterradora. Turbado, Zahariel sintió por un breve momento unos dedos helados que le apretaban el corazón.

No permitió que se llevaran lo mejor de él. Era hijo de Caliban. Era un caballero de la Orden. Era un hombre y los hombres tienen miedo, pero rechazó rendirse ante él. Su entrenamiento como caballero incluía ejercicios mentales pensados para ayudarlos a templar los nervios en momentos de crisis. Recurrió a ellos. Recordó las frases del *Verbatim*, el libro del que manaban todas las enseñanzas de la Orden. Recordó al maestro Ramiel. Pensó en la mirada impasible del anciano, cuyos ojos parecían perforar el alma. Pensó en lo decepcionado que se sentiría el anciano si se enterase de que Zahariel había faltado a su deber.

A veces, Zahariel pensaba que la cumbre de la valentía en la vida de un hombre era simplemente ser capaz de poner un pie delante del otro hacia una dirección cuando todas las fibras de su ser le dicen que debería dar la vuelta y correr hacia el otro lado. Mientras Zahariel corría hacia la brecha en la muralla de la fortaleza, veía las llamaradas descendentes de los proyectiles incendiarios que rugían al caer y aterrizaban entre la formación de caballeros que avanzaban. Oyó gritos, alaridos frenéticos de los hombres heridos y moribundos que se elevaban sobre el tumulto. Vio a caballeros alcanzados por las bombas incendiarias, con los cuerpos destrozados por las llamas y agitando los brazos inútilmente como aspas de molino mientras corrían hasta pasar su ángulo de visión hacia su muerte.

Según decían los artificieros, había habido un tiempo en el que las armaduras habían estado selladas contra el exterior, pero aquellos días habían terminado. Un impacto cercano de una bomba incendiaria y el caballero tendría garantizada una muerte horrible por el calor del fuego que se filtraba a través de la armadura.

Los caballeros morían por veintenas.

Muchos más gritaban de dolor cuando los herían.

El asalto flaqueaba.



DOCE

En la pendiente cubierta de escombros y cuerpos muertos de la brecha campaban el fuego y la ira. La cortina de humo se desvanecía con el paso de las balas, y Zahariel oyó el horrible sonido de los impactos en las corazas de acero de los caballeros. El aire zumbaba con los proyectiles.

Los tutores de Zahariel le habían enseñado a diferenciar los sonidos que hacían las balas al pasar y a determinar la distancia de la que procedían, pero entre el crepitar del fuego infernal, el humo y el ruido de la brecha, no era capaz de recordar ninguna de aquellas lecciones.

Se abrió paso entre montañas de escombros, losas de muralla derrumbadas por las explosiones y las pilas de mortero que se usó en su día para rellenar las paredes. Aquí y allá, veía el cuerpo destrozado de alguno de sus enemigos, caballeros con la armadura hecha añicos que yacían muertos.

Un disparo le rebotó en la hombrera y le hizo perder el equilibrio, pero se recuperó rápidamente del impacto y siguió adelante. Nemiel estaba a su lado, escalando la pendiente de la brecha con una energía frenética, desesperado por ser el primero en llegar a la cima. Las balas hacían que la tierra saliese despedida hacia arriba como géiseres y se formaban espirales

que revoloteaban en el aire cuando los proyectiles se disparaban desde lo alto.

Zahariel no podía ver de sus enemigos más que sus siluetas borrosas y los destellos llameantes de los cañones. Habían muerto muchos caballeros, pero seguían vivos muchos más que avanzaban entre el fuego y escalaban la pronunciada pendiente de roca y escombros para enfrentarse a los Caballeros de Lupus. El miedo a la muerte en aquellas ruinas infernales era grande, pero temía además que su primera batalla como caballero de la Orden fuese también la última. Había soportado tanto y había luchado tan duro para llegar a aquel punto que no quería que aquel infame valle de cenizas y humo fuese el lugar de su primera y última carga.

Zahariel siguió avanzando. La subida era incómoda debido a la espada, pero no quería llegar a la cima de la pendiente y encontrarse a un enemigo sin la espada en la mano. El suelo se movió bajo sus pies e intentó agarrarse a algo cuando oyó un golpe seco sobre él, como de madera o piedra.

Miró hacia arriba y vio la sombra de algo que se tambaleaba entre el humo. Tenía un pesado sonido de madera y al momento supo de qué se trataba.

—¡Cuerpo a tierra! —gritó—. ¡Todos a cubierto! ¡Una mina!

—¡No! —gritó otra voz más persuasiva—. ¡Seguid!

Zahariel se volvió y vio a Sar Luther de pie en medio de la brecha con las balas y las llamas pasando a su alrededor como si tuviesen miedo de tocarlo. Sar Luther tenía el brazo extendido, y Zahariel vio que apuntaba hacia el humo con la pistola. Luther disparó y los explosivos se desvanecieron en una estruendosa y cegadora nube de fuego blanco sobre sus cabezas. El ruido fue increíble y una cascada de rocas hechas pedazos cayó sobre los caballeros de la Orden.

Sar Luther miró a Zahariel.

—¡Arriba! ¡Todo el mundo arriba! ¡Ahora!

Zahariel se puso en pie de un salto, como si las palabras estuvieran integradas en su sistema nervioso, y comenzó a escalar a través del fuego como si una manada de leones calibanitas le pisase los talones. El resto de

su grupo y otros más hicieron lo mismo, empujados por la fuerza de las palabras de Luther.

Vio a Nemiel más arriba, esforzándose por subir sin pensar en el peligro o el miedo. La tormenta de proyectiles que caían de arriba se intensificó y notó numerosos impactos en su armadura, pero ninguno demasiado serio para detenerlo. Zahariel miró atrás para ver cuántos caballeros seguían subiendo.

Los bordes rotos del estandarte de la Orden estaban deshilachados y chamuscados, la tela estaba rasgada y hecha jirones por los agujeros de bala, pero la bandera seguía ondeando y los guerreros que la rodeaban ascendían gracias a su presencia, mirando a una muerte y un dolor casi seguros a la cara.

Zahariel se llenó de orgullo al ver el estandarte ondear sobre los nobles caballeros de la Orden y volvió a fijar la atención en la subida que tenía ante él. Avanzó siguiendo a Sar Luther, que escalaba posiciones adelantando a todos los guerreros de la brecha con un valor y una velocidad inimaginables. Los pasos de Luther parecían fluir sobre los escombros, y eran tan seguros como si caminase por una plaza de armas y no por una brecha aterradoramente peligrosa. Los caballeros que rodeaban a Luther seguían su ejemplo e iban tras él. Zahariel también lo seguía entre el humo y notaba que la pendiente bajo sus pies se hacía menos pronunciada según subía. Del humo surgieron siluetas y oyó un grito espeluznante cuando los Caballeros de Lupus cargaron con su distintivo alarido de batalla en los labios.

Los Caballeros de Lupus eran aterradores guerreros ataviados con pieles de lobo y engalanados con colmillos y, aunque podían no ser muy numerosos, todos ellos eran grandes guerreros, luchadores entrenados en las técnicas de combate y la búsqueda de conocimiento.

Zahariel esquivó el filo de un hacha y dio una estocada con su espada. El filo atravesó la armadura de su atacante como si fuese un pergamino mojado. El hombre soltó un grito repugnante y se derrumbó con la sangre brotando del estómago. Limpió la espada y desenfundó la pistola que le había dado el hermano Amadis.

A su alrededor todo era caos, caballeros de la Orden y Caballeros de Lupus enzarzados en un tumulto arremolinado de hachazos, golpes de espada y disparos. Zahariel disparó y se abrió paso a estocadas entre el fragor de la más dura de las batallas, avanzando entre los gritos de la multitud para alcanzar a Sar Luther.

Nemiel se abría paso a golpes entre la contienda, usando más la fuerza bruta y la adrenalina que el ingenio para derrotar a sus enemigos. Aunque los caballeros de la Orden empezaban a sobrepasar en número a los defensores de la brecha, Zahariel se preguntaba cómo debían estar funcionando los otros asaltos.

¿Ya habría tomado el León la muralla norte?

¿Ya habrían vencido las torres de asedio a las defensas de la muralla este, o las tropas con garfios y escalas ya estarían en la muralla oeste? Con el meticuloso ardid del León cualquier cosa era posible.

Quizá la batalla ya estaba casi ganada.

Una espada impactó contra su peto y oyó el rugido de los dientes royendo el metal profundamente antes de separarse y atacarlo por arriba, contra la parte delantera de su casco. Zahariel se echó atrás, y los dientes de la espada abandonaron el frontal del casco sin llevarse su cara con ellos. Horrorizado por su falta de concentración, Zahariel movió la espada desesperadamente delante de él para ganar unos preciosos segundos en los que se desprendió del casco y recuperó la orientación. Un caballero con armadura de metal gris, cuya cara estaba oculta tras un casco plateado con forma de lobo, se retiraba tras el ataque. Zahariel movió la cabeza para recuperarse de la impresión del golpe cuando su oponente volvió a atacar. La cadena de la espada trazó un arco que buscaba su cuello, pero dio un paso para frenarla con su espada alzada en un bloqueo clásico. Incluso cuando llevaba a cabo el movimiento sabía que era un error, ya que su oponente había provocado la fácil parada para poder hacerle una finta. La espada del enemigo pareció girar en el aire y formó un arco alrededor de su cuello desprotegido. Zahariel retrocedió y el filo le pasó a un dedo de la garganta. Cayó de espaldas y el caballero se dispuso a rematarlo. Zahariel rodó para escapar del ataque y trazó con la espada un arco bajo. El filo de

su arma hizo un corte limpio a la altura de las espinillas del guerrero, que cayó como un árbol talado. Zahariel se puso en pie mientras el caballero gritaba agónicamente. Los muñones de las piernas bombeaban sangre que se derramaba en el suelo. Zahariel disparó un par de balas al casco del hombre para evitarle más sufrimiento y se paró un segundo para reorientarse en la batalla.

Un raudal de caballeros entraba por la brecha y arrasaba todo lo que encontraba en su camino. Mientras estaban protegidos tras las murallas, el hecho de que los Caballeros de Lupus fuesen menos había importado poco, pero con la Orden en el interior de los muros de la fortaleza, los números lo eran todo. Todo lo que Zahariel había leído sobre asedios le decía que casi siempre eran largos, los problemas se prolongaban y las batallas avanzaban a un ritmo lento hasta que se llegaba a un punto crítico en el que la batalla terminaba con un frenesí breve y sangriento. Zahariel reconocía que aquél era el punto crítico de aquella batalla. No importaba el éxito o el fracaso de los ataques que pretendían desviar la atención; las fuerzas de la Orden habían abierto una puerta en la fortaleza y nada podía impedir que alcanzasen la victoria. Sin embargo, estaba claro que los Caballeros de Lupus no habían leído los mismos manuales militares y estaban dispuestos a luchar hasta el final, prolongando la agonía de su derrota.

—¡Zahariel! —gritó una voz desde más abajo, y miró a través de humo para ver a Sar Luther en el patio de la fortaleza, haciéndole señas para que avanzase—. Si ya has terminado…

Zahariel se puso en marcha una vez más, cruzó el umbral de la brecha y se abrió paso por la cara interior dando saltos cortos bajar el pedregal de escombros. Los caballeros se aglomeraban y, con la muralla despejada, era el momento de barrer la fortaleza y eliminar hasta el último de sus defensores.

—Formad hileras, vamos a avanzar por las puertas interiores hasta la torre —ordenó Luther—. ¡La cosa se pondrá desagradable, así que estad alerta! Este es el fin para los Caballeros de Lupus, así que lucharán como

raptores acorralados. ¡Vigilad los flancos para evitar emboscadas y seguid avanzando! ¡Adelante!

Zahariel encontró a Nemiel entre los demás soldados de la Orden y sonrió al ver a su primo sano y salvo.

—¡Lo has conseguido! —dijo.

—¡El primero en cruzar la brecha —gritó Nemiel—, incluso antes que Sar Luther! Me darán mi propio estandarte por esto.

—Sigue pensando en la gloria —lo pinchó Zahariel, formando con los supervivientes de las filas de Sar Hadariel.

—Bueno, alguien tiene que hacerlo —replicó Nemiel—. No va a ser todo cuestión de deber, ¿no?

Sólo otros tres caballeros habían sobrevivido para llegar allí, y Zahariel daba gracias por que Attias y Eliath aún no hubieran sido elevados a la categoría de caballeros y se hubieran evitado el horror de la brecha. Sar Hadariel asintió con aprobación cuando Zahariel y Nemiel formaron con él.

—Buen trabajo al seguir vivos, hermanos —dijo el canoso veterano—. ¡Ahora, acabemos con esto!

El gran estandarte que había escalado hasta la brecha finalmente los alcanzó. La tela estaba aún más deteriorada por la lucha, pero a pesar de ello sus fuerzas no habían disminuido, como si las cicatrices producto de su travesía por las murallas le confiriesen aún más capacidad de liderazgo. Zahariel nunca había luchado bajo un estandarte, pero la idea de luchar con una bandera de la Orden ondeando sobre sus cabezas le daba una cierta sensación de orgullo que no había experimentado nunca. El estandarte no era sólo una bandera o un identificador, era un símbolo de todo aquello que defendía la Orden: valor, honor, nobleza y justicia. Portar tal símbolo eran un gran honor, pero luchar bajo él era algo especial, algo que Zahariel consideraba de una trascendencia suprema.

—¡Derecha! —gritó Luther, señalando las murallas exteriores que habían tomado—. ¡Preparaos, ya nos toca!

Zahariel siguió el gesto de Luther y vio que los maestros de asedio de la Orden habían girado los cañones, que previamente habían matado a sus

compañeros, de las murallas interiores hacia las puertas de la torre interior.

La mano de Luther bajó y los cañones dispararon una serie de ráfagas de explosiones entrecortadas. La muralla se oscureció con malolientes nubes de humo y el aire se impregnó con los sonidos del acero y el fuego.

El fuego y el humo estallaron en las puertas interiores, y grandes pedazos de roca y madera salieron despedidos por los aires.

—¡Vamos! —gritó Luther, y los caballeros de la Orden se pusieron en marcha una vez más.

Una marea de cuerpos acorazados cargó contra las ruinosas murallas interiores envueltas en la bruma de destrucción de los cañones conquistados. Desde las murallas interiores se seguía disparando, pero parecía que la mayor parte de las armas enemigas se había apostado en las murallas exteriores porque el fuego era esporádico y descoordinado. Algunos caballeros cayeron, pero tras la pesadilla del avance hacia la brecha, Zahariel sintió que aquello era casi fácil. El ruido seguía siendo atronador: el sonido de los pies, los gritos de los caballeros, el estruendo de los cañones y el chasquido y el estallido de las pistolas. Los escombros crujían y los gritos de los heridos se entremezclaban, hasta que lo único que Zahariel pudo oír fue el largo y continuo rugido de la batalla, un sonido que siempre consideraría la música de la guerra. El humo que vagaba sin rumbo les envolvía y, una vez más, Zahariel se dio cuenta de que estaba avanzando en una extraña soledad. El sabor sulfuroso del humo de las armas se le asentó en el paladar y de los ojos le brotaban lágrimas acres. Delante de él ardía el fuego, y vio que las puertas de la muralla interior habían recibido mucho más daño del que había imaginado. De la madera no quedaba nada, sólo un boquete irregular en el muro con restos astillados que colgaban de las bisagras de hierro pulverizadas.

—¡Por el León y por la Orden! —gritó Luther, al tiempo que saltaba sobre el montón de piedras que había caído de los bordes de la puerta de entrada.

Zahariel y Nemiel lo siguieron, saltando sobre las pilas de escombros y la madera que seguía ardiendo en las puertas destrozadas. Más allá de las

murallas derruidas, los precintos interiores de la fortaleza eran tan diferentes a todo lo que había visto antes que Zahariel tuvo problemas para conciliar lo que veía con cualquier otra arquitectura militar.

Dispuestas alrededor del refugio alto y escalonado de la torre interior había Filas y más filas de jaulas, cada una de ellas lo bastante grande como para dar cabida a los corceles de todo un batallón. En el suelo del patio se disponía una compleja serie de raíles, cadenas y engranajes que iban desde las jaulas hasta una plataforma elevada ante las puertas de la torre. Algunas de las jaulas estaban ocupadas, aunque la mayoría no, pero lo que repelía a Zahariel de forma que no se podía expresar con palabras era lo que contenían. Aunque tenía la vista borrosa a causa del humo que le hacía llorar los ojos, vio que muchas jaulas contenían un gran número de bestias grotescas: reptiles alados semejantes al que se había enfrentado una vez, monstruos quiméricos con garras y tentáculos, aberraciones de múltiples cabezas, espinas y crestas abultadas que proferían alaridos.

Una colección de bestias salvajes llenaba el patio, y cada una de ellas era única en su especie y se mantenía con vida por quién sabe qué razón. Las bestias se golpeaban contra los barrotes de sus jaulas, gritando, bramando, rugiendo y aullando entre el fragor de la batalla. Quizá había unos cien guerreros con armadura gris y la conocida piel de lobo de los Caballeros de Lupus que formaban una gran fila de combate frente a los muros de la torre y portaban espadas y pistolas. Lord Sartana permanecía sobre la plataforma elevada en el centro de la línea de batalla. Un caballero que estaba a su lado le llevaba el casco. El avance de los caballeros de la Orden se ralentizó al ver semejante colección de bestias, totalmente horrorizados de que alguien, mucho menos una orden de caballería, tuviese el atrevimiento o el deseo de tener tal monstruosa colección de criaturas abominables.

Lord Sartana habló, y a Zahariel le pareció que el ruido de la batalla se acallaba, aunque no estaba seguro de si era el dramatismo del momento o que el nivel sonoro en general había disminuido.

—Guerreros de la Orden —dijo Sartana—, éstas son nuestras tierras y ésta es nuestra fortaleza. No sois bienvenidos aquí. Nunca habéis sido

bienvenidos aquí. Lo que un día pudo preservar nuestro mundo está llegando a su fin —el señor de los Caballeros de Lupus alcanzó una larga palanca de acero acoplada a una compleja serie de engranajes y contrapesos que corrían por el suelo de la plataforma y se conectaba con los raíles y cadenas dispuestas por todo el patio—. Por esa razón moriréis —concluyó Sartana, tirando de la palanca.

Incluso antes de que la palanca hubiese completado el recorrido, Zahariel sabía lo que ocurriría.

Con el rechinar del metal, los engranajes se movieron, los cerrojos se soltaron y las puertas de las jaulas de las bestias se abrieron de par en par.

Libres al fin, las bestias rugieron desde su prisiones con furiosos aullidos de ira y sus variados miembros las impulsaron al exterior con una fuerza prodigiosa. Nadie podía saber el tiempo que llevaban enjauladas, ni se llegó a saber si aquello tenía algo que ver con la ferocidad de su comportamiento.

Zahariel se encontró luchando a vida o muerte con un monstruo, una criatura semejante a un oso con una espesa capa de púas y una cabeza con grandes cuernos y mandíbulas chasqueantes. Nemiel luchaba a su lado con lo que quedaba de los hombres de Sar Hadariel.

Otra docena de bestias cayó sobre los caballeros de la Orden, lanzando cuerpos al aire con el horror de su carga. El patio hacía retumbar los sonidos de la batalla, pero aquélla no era una batalla de honor, librada con espadas y pistolas a la manera que se había considerado apropiada durante siglos por la tradición y la costumbre. Aquello era un combate brutal, sangriento y desesperado que no se libraba por una cuestión de honor, sino de simple supervivencia. Aunque las bestias eran inferiores en número, no les importaba el hecho de que acabarían siendo destruidas. Había llegado la oportunidad de vengarse de los humanos, y cuáles de entre ellos las habían apresado no les importaba en absoluto.

El oso rugió y asestó un gran golpe en el peto de Sar Hadariel que lo hizo volar por los aires y le arrancó su armadura como si ésta fuese de

papel. Nemiel apareció como una flecha y le dio una estocada a la bestia en la mitad del cuerpo, sin duda porque esperaba que su golpe hiciera brotar sus vísceras. Las púas de la bestia amortiguaron la fuerza del golpe y la espada de su primo hizo poco más que rebanar algunas. Las balas de la pistola le abrieron cráteres húmedos en el pecho, pero como a todas las bestias contra las que había luchado Zahariel, parecía importarle poco el dolor. El caballero se acercó a la bestia por el flanco mientras ésta fijaba sus ojos redondos y brillantes en Nemiel. Dio otro zarpazo, pero su primo era más rápido que Sar Hadariel y esquivó el golpe, echándose a tierra y disparando la pistola mientras lo hacía. Zahariel dio un salto adelante, asió la espada con ambas manos y le asestó un mandoble en la parte de atrás de las patas, deduciendo como mejor pudo dónde estarían los tendones. Su espada partió con facilidad las púas acorazadas de la bestia y se adentró en la carne de una de sus patas. El monstruo bramó y cayó sobre una rodilla al tiempo que soltaba sangre negra por la herida de la parte trasera. Echó la cabeza atrás y aulló de dolor, moviendo los musculosos y potentes brazos como si luchase por mantener el equilibrio.

—¡Ahora! —gritó Zahariel, echándose más a un lado y apuñalando a la bestia en las costillas con su espada. La hoja se enterró hasta la empuñadura en el monstruo, y cuando éste se estremeció de dolor, el arma se le escapó de la mano.

Las garras lo golpearon, uno de los zarpazos le dio de refilón y lo lanzó contra las barras de su jaula. Las pistolas disparaban y las espadas cortaban a la bestia. Lentos, pero seguros, los hermanos de Zahariel iban ganando la batalla contra el monstruo. Con la pata inutilizada, los caballeros podían mantenerse con facilidad fuera del alcance de la bestia, esquivar sus zarpazos y disparar una y otra vez a su cuerpo y cabeza. Sus rugidos eran cada vez más débiles, y al final cayó hacia adelante con un rugido final, y unas enormes gotas de sangre brotaron de sus dentadas fauces.

Zahariel se apartó de la jaula e hizo balance de las batallas que tenían lugar en el patio. Habían caído docenas de caballeros, destrozados o golpeados hasta la muerte por las bestias, de las que aún había media

docena que seguían luchando. El fragor de la batalla resonaba en las murallas, y Zahariel oía los gritos de guerra triunfantes de la Orden a su alrededor, provenientes de los cuatro puntos cardinales, diciéndole que habían ganado aquella batalla. Fuese el asalto a la muralla sur la mayor ofensiva o no, parecía que los ataques en todos los puntos de la fortaleza habían tenido éxito.

Zahariel corrió para recuperar su espada del cuerpo de la bestia que él y sus hermanos de armas habían abatido y cuya hoja estaba enterrada en su pecho. Apoyó un pie contra el flanco de la bestia y retiró lentamente la espada de su prisión de carne.

—Esta ha sido de las difíciles, ¿eh, primo? —dijo Nemiel, posando el pie en el cuerpo de la bestia.

—Pues sí —replicó Zahariel, limpiando la hoja en la dura piel de la criatura.

—¿Para qué crees que las tenían aquí?

—No tengo ni idea —contestó Zahariel—. Aunque eso explica por qué no querían que viniésemos a los bosques del norte.

—¿Y eso?

—Esta fortaleza habría sido un lugar de parada para los guerreros que se aventurasen en la espesura del bosque —dijo Zahariel—. No podían dar cobijo a otros caballeros teniendo a esas bestias aquí.

—¿Crees que por eso lord Sartana no quería tener nada que ver con la misión de destruir a las grandes bestias de lord El'Jonson?

—Probablemente, aunque no consigo imaginar para qué querrían tener bestias.

—No, yo tampoco —declaró Nemiel—. Pero vamos, quedan más por matar antes de que nos vayamos.

Zahariel asintió y se volvió hacia las batallas que se libraban a su alrededor.



TRECE

Media docena de bestias continuaban luchando, aunque muchas estaban visiblemente en las últimas. Los caballeros de la Orden atacaban con largas lanzas y pistolas para administrar el golpe de gracia a aquellos monstruos retorcidos de mutante evolución. Los Caballeros de Lupus se habían retirado a su torreón y dejaron que las bestias hiciesen su trabajo por ellos. Zahariel sintió un odio repentino hacia los caballeros, tan alejados ya de los ideales del honor y la virtud que se habían rebajado a emplear una técnica tan innoble.

No obstante, no todas las bestias tenían dificultades contra la marea de caballeros. En el centro del patio, una criatura monstruosa con aspecto de lagarto, de tres metros de longitud y la mitad de anchura, se lanzó en estampida contra los caballeros como un gigante imparable. Su enorme cabeza estaba plagada de grotescos colmillos deformados que le impedían cerrar la boca, y sus ojos eran terribles orbes dilatados de color azul lechoso que supuraban una viscosa mucosidad. Sus extremidades estaban colmadas de músculos, y su larga cola presentaba una infinidad de prominencias y terminaba en unas temibles púas cubiertas con la sangre de los caballeros caídos.

Un buen número de guerreros con lanzas la rodeaban, pero su gruesa piel parecía ser inmune a tales armas. Las puntas de acero rebotaban en ella. Sar Luther consiguió acercarse lo suficiente como para llegar hasta su vientre, pero a pesar de su enorme tamaño, la bestia era ágil y utilizaba su bajo centro de gravedad para enfrentarse a cualquier amenaza con una rapidez antinatural.

—¿Deberíamos echarles una mano? —preguntó Nemiel, alzando la espada sobre el hombro.

—No tenemos elección —respondió Zahariel—. No podremos avanzar hasta que la bestia esté muerta.

Zahariel se volvió hacia sus filas y señaló a uno de los guerreros.

—Ve a buscar a Sar Hadariel. Comprueba que sigue vivo. El resto, venid conmigo.

Mientras uno de los caballeros salía en busca de su líder, Zahariel condujo al resto hacia la furiosa bestia. Otro caballero intentó colocarse precipitadamente bajo sus retorcidos y afilados colmillos para apuñalarle la garganta, pero el monstruo lo partió en dos de un solo bocado. La bestia se tragó la mitad que tenía en las fauces y se deshizo de la parte inferior del caballero. Zahariel quedó horrorizado ante la muerte del guerrero y apretó la empuñadura de su espada. Otro caballero cayó, golpeado por la cola del monstruo, y otro más pereció aplastado bajo sus pesados pies. Más caballeros corrían para acabar con la última bestia, pero Zahariel sabía que estaban desperdiciando vidas al luchar contra aquel monstruo, porque nada nacido en Caliban podría vencer a tan terrible criatura. Apenas había empezado a pensar esto cuando vio al León dirigir a un ejército de caballeros ensangrentados hacia el centro del patio del torreón.

El León era un guerrero magnífico, resplandeciente en su armadura y glorioso en su porte marcial, pero Zahariel siempre lo había visto en tiempo de paz. Nunca antes había visto al Gran Maestre de la Orden en plena guerra. Siempre había sabido que el León era más alto que cualquier otro guerrero de Caliban, eso era lo primero en lo que todos se fijaban al verlo, pero mirándolo ahora, con la espada ensangrentada, los cabellos al viento y la luz del combate en los ojos, se dio cuenta de que el León era

más grande de lo que cualquier hombre haya sido o pudiera ser jamás. Su inmensidad no era sólo física, sino que la conformaban también su presencia y su peso en el mundo. Ningún hombre, por poderoso que fuese, podía igualar la inmensa gloria del León. Con el fragor de la batalla a sus espaldas, era el ser más maravilloso y terrible que hubiera visto Zahariel.

El León conducía a sus guerreros sin pausa hacia la bestia, y ellos lo seguían sin mostrar la más mínima duda o temor. Como si hubiese presentido la llegada, por fin, de un enemigo digno, la bestia volvió su terrible cabeza irregular hacia el Gran Maestre de la Orden. Mientras lo hacía, Sar Luther agarró la larga lanza de uno de sus guerreros, avanzó hasta situarse bajo las mordientes mandíbulas y arponeó al monstruo. Al mismo tiempo, el León saltó hacia la bestia, blandiendo su espada hacia uno de sus ojos. La cabeza del animal embistió hacia un lado y repelió el golpe del León mientras la lanza de Luther atravesaba la blanda carne de su garganta. La bestia profirió un chillido tan espeluznante que aturdió a todos los presentes en el patio. Los caballeros, de rodillas en el suelo, agarraban sus cascos con las manos mientras el agonizante grito penetraba en sus cráneos con fuerza. Incluso Luther, aún bajo la bestia, se vio obligado a agacharse con las vibraciones del alarido, aunque mantuvo una mano en la lanza. La sangre brotaba del cuello del monstruo con una poderosa fuerza arterial y empapaba de rojo al segundo al mando. Zahariel sintió cómo le corrían hilos de sangre de las orejas mientras el grito de la bestia se abría paso entre la materia de su cerebro. Se le nubló la vista y sus ojos se llenaron de lágrimas de agonía, pero se esforzó por mantenerlos abiertos porque lo que estaba viendo era algo extraordinario.

Aunque los caballeros de la Orden se retorcían de dolor a causa de los alaridos de la bestia, el León parecía impasible. Es posible que tuviese los sentidos más refinados que los de sus guerreros, o tal vez su resistencia superior le permitía soportar sus efectos. Fuese cual fuese la causa, estaba claro que no le afectaba. El León escalaba el lomo de la bestia, usando sus antinaturales prominencias como agarre. El monstruo se retorcía de dolor y arrastraba a Luther, que seguía hundiendo desesperadamente la lanza en su garganta. Mientras lloraba de dolor, Zahariel sintió que era todo un

honor ver cómo sus dos hermanos remataban a la bestia. El León llegó por fin a la cabeza del monstruo y Zahariel vio un destello de acero plateado cuando aquél alzó su espada y, con la punta hacia abajo, la hundió en el cráneo de la bestia.

Sólo el León podía tener la fuerza suficiente para realizar semejante hazaña.

La hoja atravesó a la bestia y los gavilanes de la espada se incrustaron en la superficie de su piel de reptil. La lucha del monstruo cesó de inmediato y los alaridos ensordecedores que tanto habían incapacitado a los caballeros enmudecieron. La bestia se irguió sobre sus patas traseras con un espasmo súbito y el León cayó sobre su lomo. La empuñadura de la lanza escapó de las manos de Luther, quien se separó de la criatura con su armadura refulgiendo con el color de la sangre. El silencio repentino que siguió al fallecimiento de la bestia resultaba extraño y desconcertante. La súbita ausencia de sonido recordaba al final inesperado de una tormenta que se apaga con un trueno apocalíptico. Los caballeros empezaron a levantarse de las piedras ensangrentadas del patio, atónitos ante la escala de la batalla que acababan de presenciar. El cuerpo de la bestia exhaló un último suspiro y expiró.

Lion El'Jonson asomó por detrás de la bestia y los caballeros empezaron a aclamar a su heroico líder.

—¡Jonson! ¡Jonson! ¡El'Jonson!

Mientras Zahariel observaba cómo el León recibía las aclamaciones, Luther se arrastraba hasta sus pies desde el lago de sangre derramada de la bestia. En algún momento durante la lucha, el segundo al mando había perdido el casco, y su rostro era la única parte de su cuerpo que no estaba ensangrentada.

Los aplausos para el León no cesaban y Zahariel observó un breve destello de envidia en los ojos de Luther. Duró tan poco que ni siquiera estaba seguro de haberlo visto, pero la intensidad del sentimiento que había percibido en su rostro era inconfundible.

El León elevó las manos para pedir silencio y los vítores de los caballeros concluyeron en un instante.

—¡Hermanos! —exclamó, mientras señalaba la torre del centro del patio—. Esto aún no ha terminado. Hemos ganado esta batalla, pero los Caballeros de Lupus aún no han sido derrotados. Están ahí, acechando en su torreón, y debemos obligarlos a salir con fuego y acero —el Gran Maestre de la Orden extendió los brazos hacia los lados y señaló la carnicería en la que se había convertido el patio, a los caballeros muertos y a las bestias vencidas—. Cuando un hombre se rebaja a permitir que estas bestias hagan su trabajo, pierde el derecho a vivir —dijo el León—. Los Caballeros de Lupus no son dignos de misericordia y no merecen compasión. ¡Asaltaremos la torre y no dejaremos a nadie con vida!

El interior del torreón estaba inquietantemente desierto y adornado con viejas telarañas. Poseía un aire desolador que Zahariel encontró deprimente. Nemiel y él avanzaron por un estrecho pasillo de piedra labrada decorado con tapices e iluminado por lámparas parpadeantes que colgaban de unos apliques de bronce. En la distancia oían el sonido de lucha en algún lugar de la torre, pero dondequiera que se estuviese librando la batalla, era lejos de allí.

—¿Dónde están todos? —preguntó Nemiel—. Pensaba que este lugar estaría atestado de guerreros.

—Estarán en otra parte —respondió Zahariel—. Esta torre es muy grande.

Lion El'Jonson había abierto las puertas del torreón con un poderoso golpe de su espada. Los guerreros de la Orden habían penetrado en él y se habían dispersado en pequeños grupos para dar caza hasta al último de sus enemigos.

Zahariel y Nemiel habían tomado las escaleras hacia los niveles superiores con la esperanza de encontrar a algunos guerreros enemigos con los que desahogar su ira, pero sólo habían hallado salas vacías, cámaras desiertas y resonantes bóvedas que llevaban mucho tiempo cerradas y abandonadas.

—¡Espera! —susurró Zahariel, levantando una mano en ademán de silencio—. ¿Oyes eso?

Nemiel ladeó la cabeza y asintió al percibir las pisadas y el chirriar de muebles que oía Zahariel. Los jóvenes se miraron el uno al otro, avanzaron hacia la amplia doble puerta de la que emanaban los sonidos y tomaron posiciones a ambos lados de la entrada. Volvieron a percibir los sonidos del movimiento y Nemiel elevó la mano con tres dedos extendidos. Zahariel asintió y contó hacia atrás con su primo, recogiendo el primero de los dedos hacia la palma, luego el segundo y, finalmente, el tercero. Nemiel dio un giro y propinó una fuerte patada entre las dos puertas, lo que hizo que saltase el cerrojo y se abriesen de golpe.

Zahariel atravesó la entrada corriendo, con la espada y la pistola extendidas ante él y con un feroz grito de guerra en los labios. Movió la pistola a izquierda y derecha en busca de objetivos mientras mantenía la espada pegada a su cuerpo. Estaban en una enorme cámara abovedada repleta desde el suelo hasta el techo de libros encuadernados en cuero que se extendían hilera tras hilera en la distancia. Al final de cada fila se hallaban unas mesas amplias cubiertas de rollos y pergaminos desperdigados. En aquella estancia se almacenaba una inmensa cantidad de información y de literatura. Era una biblioteca diez veces mayor que la de Aldurukh. ¿Cuánto tiempo habría llevado acumular tal tesoro de sabiduría?

Zahariel jamás había pensado que pudiese existir tal cantidad de conocimientos, y menos que estarían todos reunidos tras los muros de esta torre. Las filas de columnas cuadradas sujetaban el techo arqueado, y Zahariel presumió que la cámara se extendía a lo ancho y a lo largo del torreón. Al parecer, el único ocupante de la sala era un hombre solitario de blancos ropajes, cabellos canos y bigote gris. Zahariel vio que se trataba de lord Sartana, el líder de los Caballeros de Lupus, a quien Lion El'Jonson había arrastrado a la guerra en la Cámara del Círculo hacía lo que parecía ya una eternidad.

Lord Sartana alzó la vista y abandonó sus labores: la pila de libros amontonados sobre una mesa situada ante un ornamentado trono de

madera cubierto con pieles de lobo.

—¿Ahora envían a jóvenes imberbes a por mí? —preguntó Sartana—. ¿Cuántos años tenéis? ¿Catorce?

—Tengo quince —respondió Zahariel.

—No sentís ningún respeto por la tradición, ése es el problema de tu Orden, hijo —lo increpó Sartana—. Sé que no es una opinión muy actual, especialmente ahora que todo el mundo está ocupado celebrando vuestra maldita cruzada para eliminar a las grandes bestias del bosque.

—Con tu muerte todo habrá acabado —declaró Zahariel, envalentonado tras el tono de derrota que percibía en la voz de lord Sartana—. Sólo nos faltan los bosques del norte.

Lord Sartana negó con la cabeza.

—Todo acabará con lágrimas, ya verás. Todavía no hemos empezado a pagar por vuestra insensatez. Aún tenemos que pagar el precio. Y, cuando lo hagamos, muchos desearán que nunca os hubieseis embarcado en esta misión. Hay demasiadas espinas por el camino. Demasiados riesgos. Demasiadas trampas ocultas.

—Pero ¿de qué estás hablando? —replicó Nemiel—. La misión de Lion persigue el más noble de los ideales.

—¿Eso crees? —inquirió Sartana, mientras se acomodaba en el trono de pieles de lobo—. ¿Queréis saber en qué se equivoca vuestro León?

—El León no se equivoca —gruñó Nemiel con un tono de hostilidad.

Sartana sonrió, divertido ante las amenazas de un adolescente.

—Vuestro primer error fue perder el respeto por la tradición. La civilización es como un escudo diseñado para mantenernos a salvo de las tierras salvajes, y la tradición es el tachonado. O, por decirlo de otra manera, es el pegamento que mantiene unida a nuestra sociedad, lo que da forma a nuestras vidas, lo que hace que todo el mundo sepa cuál es su sitio. Es algo fundamental. Sin tradición, pronto seréis como animales.

—Nosotros mantenemos nuestras tradiciones —se defendió Zahariel —. Lord Cypher garantiza que se conserven. Sois vosotros quienes las habéis olvidado… al confraternizar con las bestias.

—Deberíais saber que fue la Orden la que se apartó del resto de las hermandades de caballeros —explicó Sartana— cuando empezó a permitir a plebeyos formar parte de sus filas. Es increíble… reclutar caballeros entre las gentes de humilde cuna. Eso no son más que sandeces igualitarias. Pero eso no es lo peor que habéis hecho. No, lo peor de todo es la misión del León de exterminar a las grandes bestias. Esa es la auténtica amenaza, la parte que todos acabaremos lamentando.

—¡Te equivocas! —exclamó Zahariel—. ¡Es lo más glorioso que ha sucedido en Caliban en el último siglo! Nuestra gente ha temido a las grandes bestias durante miles de años. Ahora, por fin, vamos a librarnos de ese azote para siempre. Haremos que los bosques sean un lugar seguro. Estamos cambiando el mundo a mejor.

—Hablas como un auténtico creyente, muchacho —dijo Sartana, con tono burlón—. Vuestros amos os han llenado la cabeza de propaganda. Claro, por supuesto que acabar con las bestias de los bosques puede parecer una noble y grandiosa hazaña, pero a menudo la realidad no se corresponde con nuestras ambiciones y luchamos por lograr ciertas cosas sólo para descubrir, con horror, que lo que hemos conseguido es algo muy diferente.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Nemiel, mientras se aproximaban a Sartana.

—Asumamos por un momento que vuestra campaña tiene éxito. Digamos que matáis a todas las bestias. Al fin y al cabo, habéis empezado con buen pie. El'Jonson y los demás llevan casi diez años en la misión. La mayoría de las bestias, si no todas, deben de haber muerto. Digamos que aniquiláis a todas las bestias. ¿Qué pasará después? ¿Qué vais a hacer?

—Yo… Mejoraremos las cosas —respondió Zahariel, deteniéndose un momento a pensar en la respuesta que iba a darle a Sartana. Siempre había dado por sentado que la campaña de la Orden era una noble empresa, quizá la más admirable de la historia de Caliban, pero le costaba expresar con palabras todo lo que sentía ahora que Sartana lo cuestionaba—. Despejaremos terrenos para establecer nuevos asentamientos y para la agricultura —dijo—. Produciremos más alimentos.

—Querrás decir que los plebeyos lo harán —lo corrigió Sartana—. Pero ¿qué pasará con vosotros, muchacho? ¿Qué pasará con las órdenes de caballería? ¿Qué haremos? ¿Ves cuál es el problema?

—No. No veo dónde está el problema en hacer de nuestro mundo un lugar mejor.

—Estoy rodeado de ciegos —manifestó el viejo con brusquedad—. Aunque soy un anciano parece ser que veo mucho más allá que cualquiera de los jóvenes que me rodean. Muy bien, si no veis el problema, os lo explicaré. Pero antes dejad que os haga una simple pregunta. ¿Por qué existen las órdenes de caballería en Caliban? ¿Cuál es nuestro cometido?

—¿Nuestro cometido? Proteger a la gente —respondió Nemiel.

—Exacto. Al menos uno tiene algo de cabeza. ¿Y de qué la protegemos?

—De las grandes bestias, por supuesto —contestó Zahariel. Y, de repente, entendió adonde quería llegar el anciano con su razonamiento.

—Así es, de las grandes bestias —sonrió Sartana—. Veo en tu rostro que empiezas a entenderlo. Durante milenios, los caballeros de Caliban hemos luchado por cumplir un deber sagrado. Hemos mantenido a la gente a salvo de las grandes bestias. Así ha sido siempre nuestra vida. Es nuestra razón de ser. Esa ha sido siempre nuestra guerra, una batalla que llevamos librando en los bosques de este planeta desde hace cinco mil años. Así son las cosas, muchacho. Esa es la tradición, aunque no por mucho tiempo. Pronto, gracias a la Orden y a Lion El'Jonson, ya no habrá bestias. ¿Y qué será entonces de los caballeros de Caliban?

Lord Sartana guardó silencio unos momentos para dejar que Zahariel y Nemiel asimilasen sus palabras antes de volver a hablar.

—Somos guerreros, muchacho. Lo llevamos en la sangre. Forma parte de nuestra cultura. Somos una raza orgullosa y no tenemos miedo a nada. Siempre ha sido así, desde los albores de nuestros ancestros. La batalla da sentido a nuestra existencia. Cazamos, exploramos y luchamos, y no lo hacemos sólo porque la gente de Caliban necesite nuestra protección. Lo hacemos porque es nuestro deber. Sin ellos, habría un vacío en nuestras vidas, un espacio que no podríamos llenar por mucho que lo intentáramos.

No sabemos vivir en paz. Nos incomoda la escasez de actividad. Nos hace sentir inquietos. Necesitamos sentir el peligro. Necesitamos nuestras batallas, el flujo y reflujo de la guerra y la emoción de la lucha a vida o muerte. Sin estas cosas, nos sentimos incompletos.

—Esa es una perspectiva bastante pesimista —dijo Zahariel.

—No, es una perspectiva realista —respondió Sartana—. Necesitamos a nuestras bestias, hijo. ¿Por qué crees que mi orden las ha estado capturando? ¡Intentábamos mantener viva la raza de las bestias! Ahora ya lo sabes. Quizá te escandalice la idea, pero mira con sinceridad en el fondo de tu corazón y verás que necesitamos a nuestros monstruos porque ellos son parte de nuestra identidad. Mientras siga habiendo bestias en Caliban, seremos héroes, pero si se extinguen, no seremos nada, menos que nada.

—¿Estabais manteniendo a las bestias vivas? —preguntó Zahariel, horrorizado, sin poder creer lo que acababa de oír.

—Por supuesto —respondió Sartana—. Sin ellas nuestra lucha habrá acabado. ¿Qué será de nosotros entonces? ¿Cuál será nuestro futuro? ¿De qué sirve un guerrero sin una guerra? Ése, muchacho, es el mayor de los peligros. El aburrimiento genera desazón, y la desazón puede transformarse en ira. Sin una guerra que nos mantenga ocupados, terminaríamos inventándonos una nosotros mismos. Acabaríamos atacándonos unos a otros como una bandada de aves de rapiña. No viviré para ver eso, pero miro al futuro y sólo veo oscuridad. Veo parricidio y guerra civil. Veo hermanos luchando contra hermanos. Veo sangre. Y todo por la falta de tener otra manera de desahogar nuestra ira, todo por la falta de bestias. Ése es el futuro que la Orden está labrando para nosotros, aunque hay que reconocer que el fanático de vuestro líder actuó con la mejor de las intenciones.

Zahariel y Nemiel se encontraban a distancia de espada de lord Sartana. El líder de los Caballeros de Lupus les sonrió con indulgencia.

—Está claro que tenéis órdenes de matarme.

Zahariel asintió.

—Así es.

—Puede que sea viejo, pero me temo que harán falta más que dos hombres para vencerme.

—Eso ya lo veremos —dijo Nemiel.

—No —dijo Sartana, mientras sacaba una navaja de hoja larga—, no lo veremos.

Zahariel apuntó a la cara de lord Sartana con su pistola, pero el anciano no tenía intención de atacarlos. De repente, el líder de los Caballeros de Lupus invirtió el cuchillo y se lo hundió en el cuerpo, con la hoja orientada hacia arriba para que le perforase el corazón.

Zahariel soltó sus armas y corrió a sujetar el cuerpo de lord Sartana, que se desplomaba del trono.

Recostó el cuerpo del moribundo en el frío suelo de piedra de la enorme biblioteca mientras la sangre le brotaba de la herida mortal.

—Conoces el dicho sobre la oscuridad, ¿verdad? —susurró Sartana—. «El camino al infierno está plagado de buenas intenciones».

—Sí, lo he oído —respondió Zahariel.

—Tal vez alguien debería habérselo mencionado al León —dijo el anciano con sus últimas fuerzas—. Tenga o no tenga buenas intenciones, Lion El'Jonson acabará destruyendo Caliban. De eso no me cabe ninguna duda.

«¿Qué será de nosotros?», había dicho lord Sartana. Y su semblante estaba sombrío, como si tuviera un mal presentimiento. «¿De qué sirve un guerrero sin una guerra?».

En aquel momento, con toda la agitación y el horror del día, Zahariel no le dio demasiada importancia al discurso del moribundo.

Las palabras del viejo podían haberlo inquietado, o incluso perturbado, pero era fácil desestimarlas. Lord Sartana era viejo y estaba cansado. Su rostro reflejaba el paso del tiempo y el hastío que sentía. Era fácil pensar que sus advertencias no fueron más que las irracionales divagaciones de una mente que ya había traspasado las fronteras de la locura.

Era fácil desestimarlas, y debió haber sido igual de sencillo olvidarlas. Pero pasados días y semanas tras la destrucción de los Caballeros de Lupus, las palabras regresarían a la conciencia de Zahariel.

Pensaría en ellas a menudo, y en muchas ocasiones se maravillaría de su presciencia. En sus momentos más sombríos, el joven se preguntaría si aquel encuentro había supuesto una oportunidad perdida. Tal vez debiera haber transmitido el mensaje a Lion, o haber sido más consciente de la fuerza del sentimiento de Luther.

Zahariel debería haber entendido que la fraternidad no garantizaba la armonía. Que por muy fuertes que fuesen los lazos entre los hombres, la posibilidad de violencia y traición siempre estaría presente.

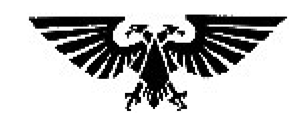
Tuvieron que pasar muchos años antes de que pensase en aquellas palabras con frecuencia y se preguntase si hubiera podido cambiar el futuro.

Para entonces, por supuesto, ya era demasiado tarde.



LIBRO TRES

IMPERIO



CATORCE

Con la muerte de lord Sartana, los Caballeros de Lupus dejaron de existir. Sus últimos miembros fueron perseguidos y aniquilados en los sombríos y abandonados pasillos de su destrozada torre. No se ofreció clemencia, ni tampoco la esperaban. Los vencidos sabían que lo que habían hecho no tenía vuelta atrás.

Los estandartes de la Orden ondeaban desde las torres más altas de la fortaleza y los fuegos de la batalla se reflejaban en el oro y el carmesí entretejidos en su harapienta tela. Las espadas golpeaban los escudos y la caballería del Ala de Cuervo cabalgaba en círculos en torno a los muros derruidos del enorme baluarte.

Los guerreros de la Orden intercambiaban vítores y honores, y a todos los invadía una importante sensación de hacer historia al darse cuenta de lo cerca que se encontraban de alcanzar su objetivo. Sin los Caballeros de Lupus, la Orden tenía vía libre a los bosques del norte y podrían dar caza hasta a la última de sus bestias.

Zahariel observó cómo la fortaleza de los Caballeros de Lupus se desmoronaba. Los muros y el torreón quedaron pulverizados por los cañones de la Orden. No concedieron ningún honor a los enemigos caídos.

Sus cuerpos y efectos personales se apilaron en la torre principal y se incineraron.

El León entró en la enorme biblioteca, encontró a Zahariel y a Nemiel con el cuerpo de lord Sartana y les dio la enhorabuena antes de centrar su atención en los grandes volúmenes recogidos en la inmensa cámara. Tras una rápida mirada a varios de los tomos que había reunido el anciano, el León ordenó a los jóvenes que volvieran a sus filas y decidió explorar más a fondo la colección del enemigo vencido. Las obras y los pergaminos se transportaron en caravanas repletas hasta Aldurukh para estudiarlas a conciencia.

Zahariel le dio la espalda a la fortaleza en llamas, entristecido al ver cómo un edificio tan imponente se venía abajo, y se preguntó si todas las batallas terminaban con aquella extraña mezcla de emociones. Había sobrevivido y se había desenvuelto con honor, había luchado valientemente y había colaborado en la victoria final. Había visto cómo se hacía historia. Había presenciado la muerte de su mayor enemigo, y aun así lo invadía la sensación de haber dejado cosas por hacer y de haber desperdiciado oportunidades. Sar Hadariel estaba vivo y viviría para luchar otro día, como muchos de sus hombres. Las bajas eran muchas, pero no tantas como para que la victoria resultase amarga. Y la pérdida de todos aquellos amigos y compañeros ya se veía eclipsada por las glorias ganadas.

Durante las semanas que duró el viaje de regreso a Aldurukh, la infamia de los Caballeros de Lupus se multiplicó por diez. Su maldad pasó de capturar bestias de manera deliberada a realizar viles experimentos y a la corrupción del alma. Para cuando los guerreros de la Orden volvieron a casa, sus enemigos se habían convertido en unos monstruos terribles, corruptos y sin remedio. Los caballeros estaban de acuerdo en que había sido una guerra positiva y necesaria. Una guerra en la que se habían logrado grandes cosas y que había acercado aún más a la libertad a Caliban.

Pero entre las celebraciones y los honores otorgados, Zahariel no dejaba de pensar en aquel momento en la Cámara del Círculo en el que

Lion El'Jonson arrastró a la batalla a lord Sartana, el momento en que se les impuso la guerra. Sí, la campaña de la Orden estaba a punto de alcanzar la gloria, pero ¿se había visto mancillada su integridad al final? ¿Se había derramado sangre en esta batalla por un ideal innoble?

Zahariel meditaba todas estas cuestiones durante el camino de regreso, incapaz de expresar sus sentimientos incluso a sus más allegados. Observaba cómo sus hermanos celebraban la gran victoria y su corazón se ensombreció al ver al León deleitándose en las alabanzas que recibía. Sólo otro miembro de la Orden parecía sentir el mismo recelo. Zahariel vio a Luther cabalgar junto a su hermano en varias ocasiones y vislumbró un rastro de su misma preocupación en su sonrisa y un ápice de frialdad en su mirada.

Si Luther advirtió el escrutinio de Zahariel no hizo mención alguna de ello, pero el regreso a Aldurukh fue un viaje triste para él, y sus méritos durante la batalla se vieron eclipsados por las proezas del León.

Zahariel y Nemiel recibieron honores por haber derrotado a la bestia en el patio y a ambos se les colocaron pergaminos sobre la armadura para conmemorar su hazaña. A Nemiel le causó gran alegría, y a Zahariel lo llenó de orgullo, pero cada vez que recordaba la lucha se preguntaba por qué no habían reaparecido los extraños poderes que se manifestaron en los bosques de Endriago.

Tal vez sucedió lo que él sospechaba…, que había sido la proximidad al oscuro corazón del bosque, o que los Vigilantes habían despertado una habilidad oculta en él que ahora permanecía latente. O quizá se lo había imaginado todo y su mente había elaborado una enrevesada fantasía tras la terrible lucha para explicar cómo había vencido a la gran bestia.

Fuera cual fuera la explicación, se alegraba de que aquel incidente no fuese ahora más que un recuerdo en la distancia que se iba difuminando cada vez más día tras día. Recordaba la muerte de la bestia con viveza, pero los detalles de aquel día antes de enfrentarse a ella se iban nublando en su mente como si una bruma gris hubiese invadido su memoria.

La vida seguía igual que siempre para los caballeros de la Orden. Las inquietudes de Zahariel empezaron a disiparse y el discurso del moribundo lord Sartana parecía cada vez más pura palabrería infundada de un enemigo frustrado. Se organizaron partidas de caza, y todos los días un grupo de caballeros se adentraba en el bosque para acabar con las últimas bestias.

El número de trofeos era cada vez menor, y parecía que la gran visión del León había alcanzado su fin.

El León salía cada vez con menos frecuencia a los bosques, pues pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en las torres más altas de Aldurukh con los libros que habían encontrado en la fortaleza de los Caballeros de Lupus.

Eliath y Attias lucharon y vencieron a sus propias bestias, de modo que ascendieron también al rango de caballero, un día de gran celebración en las estancias de la Orden. Los cuatro jóvenes luchaban juntos en las filas de Sar Hadariel y se adentraban en los bosques de tanto en tanto para combatir a los depredadores del planeta y, con suerte, tropezarse con una de las pocas bestias restantes.

Los exploradores del Ala de Cuervo corrieron la voz de que todas las áreas de los bosques del norte estaban libres de bestias, y Zahariel organizó una batida por los bosques oscuros de Endriago en busca de cualquier rastro del malestar que lo había invadido durante la caza del gran león. Pero fuera lo que fuera aquello con lo que se había encontrado en las profundidades del bosque, parecía haberse desvanecido.

Tal vez nunca hubiese sucedido y, por mucho que se esforzara, no lograba recordar con claridad las palabras que oyó en el bosque ni a aquellos que las habían pronunciado. El mundo de Caliban seguía girando, la vida continuaba como siempre, y los caballeros de la Orden estaban cada vez más cerca del dominio total… hasta que llegaron los ángeles.

La luz atravesaba las hojas de las ramas más altas y dibujaba un fastuoso juego de sombras en el suelo que pisaban los caballos mientras el grupo de jinetes avanzaba por los senderos del bosque. El aire era fragante y albergaba la promesa de días de paz y tranquilidad.

Zahariel apenas tiraba de las riendas. Se relajaba en la silla y dejaba que el negro caballo caminase a su propio paso. Los bosques habían dejado de ser una amenaza para los caballeros de la Orden y se habían convertido en mágicos lugares de luz y de aventura. Conforme avanzaban, abrían nuevos caminos que revelaban paisajes de una belleza celestial que hasta ese momento habían permanecido fuera del alcance del pueblo de Caliban a causa de la presencia de las bestias.

Ahora, con la desaparición de los temibles monstruos de la oscuridad, aquel mundo era suyo. Junto a él, Nemiel se quitó el casco y se pasó una mano por el pelo. Zahariel sonrió a su primo, contento de tenerlo a su lado en aquel memorable paseo.

Sar Luther había mandado a buscarlos aquella mañana para enviarlos a las caballerizas a escoger las mejores montas para la que sería su última caza de bestias.

El León se había mostrado animado, impaciente por formar parte de la última cacería, por presenciar el final de su misión, como si un fuerte imperativo que ni siquiera él comprendía le quemase el pecho.

La primera parte del recorrido había transcurrido en un cómodo y relajado silencio. Todos los guerreros admiraban y disfrutaban la belleza de su mundo, ahora que podían considerarlo suyo. El León y Luther los guiaban mientras avanzaban con paso seguro hacia el norte y bordeaban los asentamientos que se iban estableciendo cada vez más alejados de Aldurukh, ahora que las bestias habían sido exterminadas.

El nuevo lord Cypher les seguía a una distancia prudente. Se trataba de un guerrero anónimo. A diferencia de lo que todo el mundo esperaba, el maestro Ramiel no había sido escogido para el puesto, aunque el elegido, por supuesto, era un misterio.

Varios caballeros nuevos, e incluso algunos suplicantes, conformaban la retaguardia, de modo que aquella procesión fuese de verdad una fracción representativa de los miembros de la Orden.

—Un grupo extraño para dirigirse a los bosques, ¿no te parece? —preguntó Nemiel.

—Supongo que sí —respondió Zahariel—. Tal vez el León prefiera que asistan a la última cacería hombres de todos los rangos de la Orden y no sólo los miembros superiores.

—¿Crees que nosotros somos miembros superiores?

—No —contestó Zahariel—, creo que somos unos adolescentes con mucho futuro que pronto dejaremos nuestra huella en la Orden.

—Tú ya lo has hecho, joven Zahariel —dijo el León desde el frente de la columna—. Recuerda que tengo un oído muy agudo. Estáis aquí por la fraternidad que nos une.

—Sí, mi señor —asintió Zahariel, siguiendo al líder mientras éste los dirigía hacia un amplio claro frente a un acantilado de rutilante piedra blanca que se erguía a su izquierda.

El agua caía desde lo alto en forma de cascada y salpicaba el amplio lecho de agua agitada. Una exuberante vegetación se extendía en todas direcciones, y Zahariel sintió que la paz lo invadía, aunque no había notado lo vacía que se había quedado su alma hasta que ésta se hubo llenado de nuevo.

—Sí, éste es el lugar —dijo el León desde la cabeza de la procesión. Después, se volvió con su caballo, la bestia más poderosa criada jamás por los mozos de cuadra de Caliban, y se dirigió a sus guerreros mientras entraban en el claro de la catarata—. Os he traído aquí porque, como Zahariel bien ha supuesto, es mi deseo que todos los rangos de la Orden celebren el fin de nuestro poderoso cometido.

Zahariel intentó sin éxito ocultar el rubor reflejo que enrojeció todo su rostro tras recibir estos elogios.

—¡Caliban es nuestro! —repitió el León.

Y Zahariel se unió al resto en sus aplausos tras la afirmación del Gran Maestre de la Orden.

—Hermanos, hemos luchado y sangrado durante diez años, y todos hemos visto caer a amigos y compañeros por el camino —manifestó El'Jonson—, pero estamos en el umbral del mayor de nuestros triunfos. Tenemos todo por lo que hemos luchado al alcance de nuestras manos. No hemos cometido ningún error y por fin es nuestro. Este es nuestro triunfo —extendió los brazos y continuó—: Nos aguarda una época dorada, hermanos. Lo he visto en mis sueños. Una era de cosas nuevas y extraordinarias. Ese tiempo está a punto de comenzar y…

Zahariel miró a Nemiel ante la inusitada pausa en el discurso del León. El líder se volvió a la izquierda, hacia el bosque, y a Zahariel lo invadió el temor de haber caído en una emboscada. Aunque, ¿qué clase de enemigo osaría tender una emboscada a un guerrero tan temible como el León?

Su primera sospecha fue que la última de las bestias había conseguido escapárseles de algún modo o que algunos guerreros de los Caballeros de Lupus habían logrado sobrevivir a la destrucción de su orden y venían en busca de venganza. Pero en cuanto su mano alcanzó la empuñadura de su espada, Zahariel se dio cuenta de que no se trataba de tal amenaza. Por el contrario, lo que vio fue un gran pájaro posado sobre la gruesa rama de un árbol. Sus plumas doradas relucían con el sol de la tarde. Se trataba de un águila calibanita. Con su plumaje vivo y perfecto en aquel escenario, observaba a los guerreros con una gracia regia y parecía no temer al grupo de humanos. Aquellas águilas eran criaturas poco comunes. No eran peligrosas, pero los supersticiosos de Caliban las consideraban aves de mal agüero.

Los guerreros del grupo apartaron la vista del águila y miraron al León, sin saber qué hacer con la repentina aparición del ave. Zahariel sintió un escalofrío mientras el pájaro seguía observándolos con su extraña mirada. Volvió los ojos hacia el León y advirtió un gesto en su rostro que indicaba una terrible premonición. Parecía conocer lo que se avecinaba, y esperaba no haberse confundido en sus interpretaciones.

—He visto esto antes —afirmó el León con una voz que apenas era un suspiro.

Mientras el líder hablaba, empezó a soplar un viento extraño, una ráfaga de aire caliente que dejaba un regusto acre, como el olor que se percibe cerca de la forja de un herrero.

Zahariel alzó la vista y vio un cuerpo enorme y oscuro que rugía sobre sus cabezas; una inmensa figura alada con brillantes chorros de aire azul en la parte trasera. Otro más lo sobrevoló y bramó mientras el calor de su vuelo lo envolvía.

Los guerreros se quedaron boquiabiertos, y Zahariel desenvainó la espada conforme las poderosas bestias voladoras planeaban sobre su cabeza una vez más.

—¿Qué son? —gritó Zahariel, por encima del barullo de rugidos que inundaban el claro.

—No lo sé —respondió Nemiel—. ¡Grandes bestias!

—¿Cómo es posible? ¡Están todas muertas!

—Parece ser que no —dijo Nemiel.

Zahariel miró al León, una vez más, esperando ver alguna señal que le indicase que lo que estaba pasando era algo esperado, pero el líder permanecía sentado en su montura y observaba a aquellos monstruos gigantes mientras lo sobrevolaban. Luther le estaba gritando algo, pero sus palabras se perdieron tras el rugido que produjo una de las gigantes bestias voladoras al tapar el sol y planear sobre ellos. Sus terribles aullidos alteraban los sentidos de Zahariel y aquel olor caliente y amargo se hacía casi insoportable. La fuerza de un agresivo descenso esparció las hojas y dobló las ramas de los árboles.

El águila echó a volar y planeó sobre el amplio lecho de agua al final de la catarata. El agua pulverizada humedeció sus alas mientras volaba, haciéndolas brillar como si fueran de oro bruñido. Zahariel siguió el trayecto de la imponente ave y alzó la mirada. Se protegió los ojos del terrible brillo azul del vientre de la bestia planeadora mientras un horrible chirrido, como el que se genera al frotar el metal con el metal, les llegaba desde lo alto.

—¡Guardad las armas! —gritó Luther, mientras cabalgaba entre el grupo—. ¡Enfundad las espadas por orden del León!

Zahariel apartó la vista de la escandalosa y maloliente bestia, pues no podía creer que fuesen a exponerse así a semejante desventaja.

—¡Sar Luther! —exclamó por encima el ruido y el viento—, ¿tenemos que estar desarmados?

—¡Hazlo! —ordenó Luther—. ¡Ahora!

Aunque iba en contra de todo lo que le habían enseñado, la fuerza de la voz de Luther fue suficiente para que cesasen sus preguntas y volviese a envainar la espada.

—¡Pase lo que pase —gritó Luther a través del remolino de viento que lo rodeaba—, no hagáis nada hasta que el León actúe! ¿Entendido?

Zahariel asintió de mala gana mientras oía lo que parecían gritos distantes que procedían de arriba. Entonces, entre el ruido y la confusión, distinguió unas formas entre los vientos huracanados y el griterío. Unas siluetas oscuras y con armadura que descendían con alas de fuego.

A su lado, Luther se protegió los ojos y dijo:

—«Y los Ángeles de la Oscuridad descendieron con alas de fuego y luz… Los grandes y terribles ángeles oscuros».

Zahariel reconoció las palabras. Conocía las leyendas de la Antigüedad en las que los heroicos ángeles oscuros, misteriosos vengadores de la justicia, lucharon por primera vez contra las bestias de Caliban en los comienzos del mundo.

El corazón le dio un brinco cuando el primero de los llameantes ángeles tomó tierra. Su armadura abultaba enormemente, aunque los detalles de su forma se ocultaban tras el humo de su aterrizaje. Otros ángeles fueron colocándose junto a él, hasta que diez inmensos gigantes se alzaron ante el grupo del León.

A Zahariel le llamó la atención la semejanza entre sus armaduras y las de la Orden. Cuando el primero de los gigantes dio un paso al frente, se asombró de lo mucho que se parecían él y el León en cuestión de tamaño. Aunque Lion El'Jonson era incluso más alto que él, presentaban una similitud de escala y de proporciones inconfundible.

El intenso aire aplastante que generaban las bestias voladoras disipó el humo de la llegada de los gigantes, y con su entrega aparentemente

concluida, desaparecieron. De repente, el claro se quedó en silencio, excepto por el agua que caía en el lecho del río a sus espaldas.

A pesar de que todos aquellos gigantes poseían una fuerza marcial amenazadora, Zahariel también sentía un gran respeto; era como si hubiesen hallado algo precioso cuyo valor aún no se habían atrevido a ponderar.

El gigante se llevó las manos al casco, y Zahariel Vio que iba armado con una espada y una pistola muy parecidas a las suyas propias, aunque de una magnitud mucho mayor que las que empleaban en la Orden. Al abrir el seguro se escuchó el silbido del aire que salía de la armadura. El gigante se quitó el casco y reveló un asombroso rostro de proporciones humanas, aunque sus rasgos estaban más separados y eran mucho más grandes que los de la mayoría de los hombres. Tenía un aspecto atractivo, y en sus labios empezó a dibujarse una sonrisa vacilante al ver a Lion El'Jonson. Curiosamente, Zahariel no estaba asustado, sus miedos lo habían abandonado tras ver el rostro del gigante.

—¿Quiénes sois? —preguntó el León.

—Yo soy Midris —respondió el gigante, con voz resonante y profunda, antes de volverse hacia sus compañeros—. Somos los guerreros de la I Legión.

—¿La I Legión? —inquirió Luther—. ¿La I Legión de quién?

Midris se volvió hacia Luther y contestó:

—La I Legión del Emperador, Señor de la Humanidad y gobernante de Terra.



QUINCE

—Lo que más me ha impresionado son las máquinas —dijo Nemiel, desde su posición en las almenas—. ¿Cómo decías que se llamaban?

—Tractores —respondió Zahariel.

—Eso, tractores —asintió Nemiel—. Talan los árboles, arrancan las cepas y después nivelan la tierra. ¡Y las tres cosas las hace una sola máquina controlada por un solo jinete!

—Operario —lo corrigió Zahariel—. Los hombres que trabajan con las máquinas se llaman operarios o conductores, no jinetes.

—Pues operarios —dijo el joven encogiéndose de hombros—. Pero ¿habías visto alguna vez algo parecido?

Al observar la escena bajo sus pies, Zahariel compartió el asombro de Nemiel. Se encontraban en las almenas de Aldurukh vigilando el bosque, aunque ya no quedaba mucho bosque que vigilar, al menos no directamente en su campo de visión. Hasta donde les alcanzaba la vista, más allá de toda la parcela de tierra bajo las laderas del norte de la montaña, los antiguos bosques estaban desapareciendo. Desde el mirador era difícil distinguir demasiados detalles, pero la escala de la operación que se desarrollaba ante ellos era impresionante.

—Yo creo —apuntó Nemiel— que parecen insectos. Insectos gigantes, supongo, pero insectos al fin y al cabo.

Al ver las máquinas en acción, Zahariel se dio cuenta de que su primo tenía parte de razón. La incesante actividad a los pies de la montaña le recordó los ordenados movimientos de una colonia de insectos, una imagen reforzada por el hecho de que las almenas de la fortaleza fueran lo suficientemente altas como para que las personas en el suelo pareciesen hormigas.

—¿Te imaginas cuánto se tardaría en hacer todo ese trabajo sin las máquinas? —preguntó Nemiel—. ¿O cuántos hombres y caballos se necesitarían para despejar todo ese terreno? Una cosa está clara, los imperiales no hacen las cosas a medias. No sólo tienen guerreros gigantes, sino que cuentan con máquinas a juego.

Zahariel, distraído, asintió con la cabeza. Seguía absorto en la actividad de los tractores. Las últimas semanas habían sido vertiginosas.

Aquél había sido sin duda el período más trascendente de toda la historia de Caliban. Habían pasado casi seis meses desde que Zahariel se había convertido en caballero. La campaña contra las bestias había terminado, los Caballeros de Lupus habían muerto y Lion El'Jonson había sido nombrado a Gran Maestre de la Orden, con Luther como segundo al mando.

No obstante, todos estos hechos no eran nada en comparación con la llegada del Imperio.

Las noticias se extendieron como la pólvora por todo Caliban tan sólo unas horas después de que se avistasen las primeras naves voladoras imperiales en el cielo. Pronto se supo que un grupo de gigantes de negra armadura habían llegado a Caliban proclamándose enviados del Emperador de Terra.

Se trataba de la Primera Legión y habían llegado allí en calidad de mensajeros.

Zahariel recordaba perfectamente el momento en que los imperiales llegaron al planeta.

—Somos vuestros hermanos —anunció el guerrero que se había presentado como Midris, mientras sus compañeros se arrodillaban e inclinaban la cabeza a modo de reverencia ante el León—. Somos emisarios del Imperio de la Humanidad. Hemos venido a reunir a todos sus hijos perdidos ahora que la Vieja Noche ha terminado. Estamos aquí para devolveros vuestro derecho natural. Hemos venido a ofreceros la sabiduría del Emperador.

No todos los terranos eran gigantes. En el período subsiguiente a su llegada, los astartes, como los llamaban en el idioma terrano, explicaron que habían llegado al planeta para abrir paso a una expedición mayor. Tras asegurarse de que las gentes de Caliban estaban dispuestas a recibirlos con los brazos abiertos, otros humanos de proporciones más normales siguieron el camino de los gigantes, como los operarios responsables de los tractores, historiadores, intérpretes y personas versadas en el arte de la diplomacia.

Ya fuesen gigantes u hombres normales, todos los terranos tenían una cosa en común: hablaban maravillas de su Emperador.

—Me pregunto cómo será —dijo Zahariel sin que viniera al caso.

—¿Quién?

—El Emperador —respondió, sintiendo que lo invadía la emoción de la anticipación—. Dicen que él creó a los astartes y que puede leer las mentes y hacer milagros. También dicen que es el hombre más grande que ha existido jamás. Que tiene miles de años y que es inmortal. ¿Qué aspecto tiene un hombre así?

Aquella mañana, unas horas antes, los enviados imperiales habían anunciado que el Emperador tenía intenciones de visitar Caliban. Dijeron que estaba cerca, a menos de tres semanas de viaje. Con el consentimiento del Consejo Supremo de la Orden, se decidió que se despejaría una pista de aterrizaje para recibir al Emperador en los bosques a los pies de Aldurukh. Los tractores que los imperiales habían traído se pusieron inmediatamente a trabajar en el claro en constante expansión que estaba destinado a ser el primer lugar de Caliban que pisaría el Emperador.

Zahariel no era el único que esperaba ansioso ver al Emperador terrano en persona; su inminente visita era el tema de conversación más frecuente entre los círculos de caballeros desde que llegaron los guerreros gigantes. Pocos daban crédito a las historias que éstos narraban de su líder. Si eran ciertas, el Emperador era la absoluta encarnación de la perfección humana.

—Imagino que medirá por lo menos diez metros de alto —dijo Nemiel, con tono sarcástico—, o quizá veinte, a juzgar por lo que comentan sus seguidores. Seguro que respira fuego y que puede lanzar rayos mortales con los ojos, como las bestias de leyenda. A lo mejor tiene dos cabezas, una humana y otra de cabra. ¡Yo qué sé qué aspecto tiene! Tengo la misma idea que tú.

—Cuidado —le advirtió Zahariel—. A los gigantes terranos no les gusta que se hable así de su líder. Los vas a ofender.

Como la mayoría de los calibanitas, a Zahariel lo fascinaba que los imperiales no sólo contasen con una tecnología tan extraordinaria, sino que además la daban por sentada. Incluso todo lo que tenían en común con los terranos sólo servía para destacar aún más la gran brecha que los separaba.

Los guerreros de Caliban poseían armas y armaduras semejantes a las de los astartes, pero las hojas motorizadas, las pistolas y las servoarmaduras de los terrarios eran infinitamente mejores y más efectivas en todos los aspectos que las calibanitas. Zahariel veía sobre todo estas diferencias al comparar las características de su armadura con las que llevaban los astartes. Dejando a un lado el gran contraste de tamaño, su servoarmadura era superior en todos los aspectos. La armadura de Zahariel lo protegía de golpes e impactos, ya proviniesen de garras de depredadores o de espadas de hombres. Incluso podía cerrar su casco para filtrar el humo u otros peligros para la respiración, como el polen mortal de la flor del orozuz de Caliban.

En comparación, la armadura de los astartes ofrecía un nivel de protección muy superior. Le daba a su portador la capacidad de ver en la más absoluta oscuridad, le permitía sobrevivir a temperaturas extremas, gélidas y ardientes, que de otro modo sería impensable e incluía su propio

abastecimiento de aire. Equipados con esta tecnología, los guerreros del Astartes podían sobrevivir y luchar en cualquier entorno, por muy hostil que fuese.

Mientras que a los terranos todas estas cosas les resultaban de lo más normal, entre las gentes de Caliban se veían casi como un milagro, sobre todo cuando se trataba de las maravillas de la medicina imperial.

A los pocos días de la llegada de los imperiales, uno de los suplicantes de la Orden sufrió un accidente durante los entrenamientos. El joven Moniel estaba practicando espada en mano cuando se cayó por las escaleras y se clavó la hoja en una de las rodillas.

Los boticarios de la Orden consiguieron detener la hemorragia, salvándole así la vida al joven, pero no pudieron hacer nada por salvarle la pierna. Para evitar que se le gangrenase, se vieron forzados a amputarle la extremidad herida.

Huelga decir que una persona con un miembro amputado ya no podía optar a convertirse en caballero. En circunstancias normales, Moniel habría tenido que regresar a su lugar de nacimiento y permanecer bajo el cuidado de su familia. Pero en esta ocasión, los imperiales intervinieron para garantizar un final feliz.

Al enterarse de la desventura de Moniel, un apotecario supervisó su tratamiento. Un tratamiento que, en este caso, consistía en utilizar métodos esotéricos para hacer que una nueva pierna le creciese a partir del muñón de la extremidad amputada.

Naturalmente, los Imperiales no llamaban a aquel mundo Caliban.

Antes de llegar no tenían manera alguna de saber cuál era el nombre que le daban sus gentes al planeta, como tampoco conocían su cultura. Una vez allí se enteraron de la existencia de las órdenes de caballería, y fue una agradable sorpresa para ambas culturas el que la estructura jerárquica de las órdenes calibanitas se pareciesen tanto a la de las legiones de los astartes.

Aquéllos eran días extraños, eran tiempos interesantes.

Los patios de armas de Aldurukh resonaban a diario con el choque de espadas. Los suplicantes y los caballeros, bajo supervisión de los astartes, se sometían a extenuantes rituales de entrenamiento. Gigantes de negra armadura recorrían los patios cada día y trabajaban con los maestros de la Orden para medir el nivel de destreza y el carácter marcial de todos los miembros de la hermandad.

Zahariel ya había luchado tres asaltos ese día, su piel estaba bañada en sudor y los músculos le ardían de fatiga. Nemiel y él habían logrado superar todas las pruebas a las que los astartes los habían sometido, llevándolos al límite su resistencia.

—Y yo que pensaba que los entrenamientos de la Orden eran duros —dijo Nemiel, jadeando.

Zahariel asintió y dejó la cabeza colgando de agotamiento.

—Si esto es lo que hace falta para convertirse en un astartes, creo que no doy la talla.

—¿En serio? —preguntó Nemiel, poniéndose derecho y realizando unos estiramientos fingidos—. Pues yo creo que voy a dar unas cuantas vueltas más. ¿Te apuntas?

—De acuerdo —respondió Zahariel, mientras se ponía de pie.

A pesar de que los patios de armas estaban repletos de guerreros de la Orden, Zahariel no pudo evitar darse cuenta de que tan sólo los suplicantes más jóvenes participaban en las pruebas de los astartes. Nemiel y él eran de los mayores y se preguntaba si esto supondría algún inconveniente.

Con el paso de los días, el número de participantes iba disminuyendo pues sólo los más fuertes y los más entregados pasaban a la siguiente fase. El resultado de aquellas pruebas se había mantenido en secreto, pero muchos pensaban que competían por un puesto en las filas de los astartes.

Zahariel estiró los músculos de las piernas para deshacerse del aletargamiento de los entrenamientos de la mañana.

—¿Preparado? —dijo, poniendo en evidencia las verdaderas intenciones de Nemiel.

Su primo no pensaba darle la satisfacción, y asintió mientras se apartaba de la cara el pelo húmedo por el sudor.

—Vamos —respondió el joven, empezando a paso moderado—. Diez vueltas.

Zahariel no tardó en alcanzarlo y se adaptó al ritmo que había establecido su primo. Sentía las piernas cansadas y había llevado su cuerpo al borde de su resistencia, pero este duelo con Nemiel venía desde que le alcanzaba la memoria, y ni el agotamiento lograría que dejase pasar una oportunidad de medirse con él. Completaron la primera vuelta sin problemas, pero al acabar la cuarta ambos estaban exhaustos y su respiración se había vuelto irregular. En el centro del patio, bajo la vigilancia de los astartes, nuevos combates habían comenzado, y Zahariel advirtió que su carrera había captado la atención de un gigante que vestía una armadura mucho más ornamentada que los demás.

—¿Ya te has cansado? —jadeó Zahariel.

—En absoluto —respondió Nemiel, casi sin aliento, mientras iniciaban la quinta vuelta.

Zahariel luchaba por controlar su respiración y olvidarse del dolor que se estaba apoderando de su pecho mientras se concentraba en mantener el paso. Se obligó a expulsar de su mente la desesperación de la idea de perder. No permitiría que su primo lo venciese y no sería el primero en ceder ante la presión del dolor.

El *Verbatim* decía que el dolor era una ilusión de los sentidos, mientras que la desesperación era una ilusión de la mente. Debía superar ambos obstáculos, y mientras se aferraba a sus últimas reservas de fuerza, de repente sintió que su carne se volvía extrañamente ligera, como si un manantial de energía que no sabía que poseía arrastrase sus piernas.

En la séptima vuelta, Zahariel empezó a adelantar a Nemiel. Su nueva energía le permitió acelerar el paso y romper el empate que habían mantenido. Escuchar la fatigosa respiración de su primo le dio aún más fuerzas. La distancia entre ellos era cada vez mayor, y a Zahariel lo invadió la euforia de la victoria al contar la octava y la novena vueltas.

Entonces sintió que sus piernas volvían a cargarse de energía, a pesar de que su fuerza parecía estar minando el empeño de su primo.

Cuando inició la última vuelta, vio a Nemiel balanceándose por delante de él, y sabía que podría administrar un último golpe al orgullo de su primo si le sacaba una vuelta completa de ventaja. Zahariel aceleró el paso recurriendo a las últimas reservas de su determinación y acabó con la distancia que los separaba. El joven lanzó una mirada de pánico por encima del hombro y Zahariel sintió ganas de reír al ver su expresión de angustia.

Nemiel había perdido, y saberlo le arrebató las pocas fuerzas que le quedaban. Zahariel pasó a su primo y llegó a la línea de meta, diez metros por delante de él. Terminada la carrera, se dejó caer de rodillas, inhaló una gran bocanada de aire fresco y se agarró los ardientes muslos. Nemiel traspasó la línea con paso vacilante y Zahariel exclamó:

—¡Déjalo, primo! ¡Descansa!

Nemiel negó con la cabeza y continuó. Una parte de Zahariel se desesperaba ante el estúpido orgullo de su primo, pero la otra admiraba su perseverancia y su determinación por acabar lo que había empezado.

Aunque no le quedaba ni una pizca de fuerza, Zahariel se obligó a levantarse y a realizar una serie de estiramientos. De no hacerlo, podrían acalambrársele las piernas, y los astartes podían ponerlos a prueba en cualquier momento. Apenas había terminado la primera serie cuando Nemiel llegó, tambaleándose, a la línea de meta casi sin aliento y se desplomó ante él. El pecho le palpitaba y el sudor le caía a chorros.

—Sí que has tardado —dijo Zahariel, con un tono de maldad poco habitual en su voz.

Nemiel negó con la cabeza, incapaz, por el momento, de contestar.

—Venga, tienes que estirarte —dijo Zahariel, ofreciéndole la mano.

Su primo rechazó su ayuda. Le costaba respirar y mantenía los ojos fuertemente cerrados. Zahariel se arrodilló y empezó a masajear las piernas de Nemiel, trabajando especialmente los puntos de tensión de sus músculos, apretando con fuerza con las puntas de los dedos.

—¡Qué daño! —gritó Nemiel.

—Después te dolerá más si no lo hago —señaló Zahariel.

Nemiel se mordió el labio mientras su primo continuaba con sus cuidados. Su respiración se fue normalizando poco a poco y su cuerpo empezó a recuperarse de los esfuerzos de la carrera. Por fin, Nemiel pudo sentarse y Zahariel empezó a trabajar en la tensión de sus hombros.

Zahariel no dijo nada al ver el orgullo herido en el rostro de su primo y se arrepintió de haberlo sometido a una mayor humillación al haberlo ganado con una vuelta entera de ventaja. La pareja había competido así desde que eran pequeños.

Zahariel se volvió al escuchar unos fuertes pasos y vio al astartes de la ornamentada armadura a su espalda.

—Corres muy de prisa, muchacho —dijo el guerrero—. ¿Cómo te llamas?

—Zahariel, mi señor.

—Levántate para dirigirte a mí —ordenó el gigante.

Zahariel se levantó y miró al astartes de frente. Tenía el rostro curtido y cansado pero sus ojos indicaban que aún era joven. Su armadura estaba adornada con toda clase de símbolos que Zahariel desconocía, y llevaba un bastón dorado acabado en un emblema que parecía una calavera con cuernos.

—¿Cómo has ganado esa carrera?

—Yo… he corrido más rápido —respondió Zahariel.

—Ya —replicó el guerrero—, pero ¿de dónde sacaste las fuerzas?

—No lo sé. Supongo que simplemente me aferré a mis reservas.

—Tal vez —dudó el gigante—, pero tengo la sensación de que no sabes exactamente a qué te aferraste. Acompáñame, Zahariel, quiero hacerte unas preguntas.

Zahariel miró un momento a Nemiel, quien se encogió de hombros sin interés.

—¡Vamos, chico! —exclamó el guerrero—. ¿O es que vuestros maestros no os enseñan presteza?

—Disculpe, mi señor, pero ¿adónde vamos?

—Y deja de llamarme «mi señor». Me irrita.

—¿Cómo debería llamarle?

—Llámame hermano bibliotecario Israfael.

—¿Y adónde vamos, hermano Israfael?

—Vamos a otra parte —respondió—, y allí seré yo quien haga las preguntas.

«Otra parte» resultó ser una de las celdas de meditación donde se enviaba a reflexionar sobre sus acciones a los suplicantes que, según los maestros de la Orden, habían obrado mal. Todas las celdas eran lugares de contemplación y tenían una ventana desde la que el suplicante penitente podía ver los bosques de Caliban y pensar en lo que había hecho.

—¿He hecho algo mal? —preguntó Zahariel, mientras seguía a Israfael hacia el interior de la celda.

—¿Por qué piensas eso? ¿Lo has hecho?

—No —respondió el joven—. No, que yo sepa.

Israfael le hizo un gesto a Zahariel para que se sentase en el taburete situado en el centro de la celda y se acercó a la ventana. Su enorme cuerpo acorazado bloqueó la escasa luz que penetraba a través de ella.

—Dime, Zahariel —comenzó el gigante—, en tu corta vida, ¿has hecho alguna vez… cosas extrañas?

—¿Cosas extrañas? —se sorprendió el joven—. No sé qué quiere decir.

—Te daré un ejemplo —dijo Israfael—. ¿Se han movido objetos a tu alrededor sin que tú los tocases? ¿Has visto algo en sueños que después ha sucedido? ¿O has visto cosas que no puedes explicar?

Zahariel recordó el encuentro con la bestia de Endriago y la promesa de guardarse las extrañas circunstancias de su derrota para sí mismo. Antiguamente, en Caliban se quemaba viva a la gente que poseía esos poderes, e imaginaba que los astartes serían igual de estrictos para estas cuestiones.

—No, hermano Israfael —respondió—. En absoluto.

Israfael se echó a reír.

—Estás mintiendo, muchacho. Lo veo tan claro como el agua sin necesidad de usar visión disforme. Te lo preguntaré una vez más: ¿has experimentado alguna de estas situaciones extrañas? Y antes de que respondas, te recuerdo que si mientes lo sabré perfectamente. Perderás cualquier posibilidad de progresar en las pruebas si yo decido que no eres de fiar.

Zahariel miró a Israfael a los ojos y supo que el astartes hablaba completamente en serio. El gigante podía hacer que lo expulsaran de las pruebas con sólo pronunciar una palabra, pero Zahariel quería seguir adelante y demostrar por encima de todo que era de confianza.

—Sí —admitió—. Así es.

—Bien —dijo Israfael—. Sabía que había sentido un poder en ti. Dime, ¿cuándo sucedió?

—Cuando me enfrenté a la bestia de Endriago. Simplemente pasó. No sabía qué era, lo juro —afirmó Zahariel, nervioso, como si se confesara de algo que había hecho mal.

Israfael alzó una mano.

—Tranquilo, chico. Cuéntame lo que pasó.

—No… no estoy seguro —respondió—. La bestia me había capturado. Estaba a punto de matarme y de repente sentí… no sé… Fue como si mi odio hacia la bestia se hubiese apoderado de mí.

—¿Y qué sucedió después?

—Podía ver dentro de la bestia —contestó Zahariel—. Podía ver su corazón y su esqueleto. Podía llegar hasta ellos como si fuese una especie de fantasma.

—Visión de terror —dijo Israfael—. Muy poco frecuente.

—¿Visión de terror? ¿Sabe lo que es?

—Es una forma de clarividencia —explicó el guerrero—. El psíquico utiliza su poder para ver más allá del campo físico e intercambia parte de su carne con la disformidad. Es algo de gran poder, pero también muy peligroso. Tienes suerte de estar vivo.

—¿Es un poder perverso?

—¿Perverso? ¿Por qué preguntas eso?

—En el pasado se quemaba a la gente por poseer estos poderes.

Israfael soltó un gruñido de compasión.

—En Terra sucedió lo mismo hace mucho tiempo. Se perseguía y se temía a todo aquel que fuese diferente, aunque los que hacían esto no sabían de qué tenían miedo exactamente. Pero, en respuesta a tu pregunta, muchacho, no, tu poder es tan perverso como lo pueda ser una espada. No es más que una herramienta que se puede emplear para el bien o para el mal, según quién lo maneje y por qué.

—¿Me expulsarán de las pruebas por esto?

—No, Zahariel —le aseguro Israfael—. En todo caso, hará que tengas más posibilidades de ser elegido.

—¿Elegido? —preguntó el joven—. ¿Ese es su objetivo? ¿Escoger a una persona para convertirla en un astartes?

—En parte —admitió Israfael—, pero también debemos comprobar si la raza humana de Caliban es lo bastante pura como para justificar su inclusión como futuro planeta de reclutamiento para nuestra legión.

—¿Y lo es? —inquirió Zahariel, sin entender muy bien las palabras de Israfael pero impaciente por aprender más sobre la legión.

—Por el momento, sí —respondió el gigante—, lo cual es una buena noticia, porque el primarca sentiría mucho tener que abandonar su mundo.

—¿El primarca? —preguntó Zahariel—. ¿Qué es un primarca?

Israfael sonrió con indulgencia y dijo:

—Claro, esa palabra no significa nada para ti, ¿verdad? Tu lord El'Jonson es lo que nosotros conocemos como primarca, uno de los guerreros sobrehumanos que diseñó el Emperador para crear el patrón genético de los astartes. La I Legión se creó a partir de su estructura genética y somos, en cierto modo, sus hijos. Sé que ahora mismo te parecerá que esto no tiene mucho sentido, pero lo tendrá con el tiempo.

—¿Quiere decir que hay otros como el León? —preguntó Zahariel, incrédulo ante la idea de que hubiese otros seres tan sublimes como Lion El'Jonson.

—Así es —respondió Israfael—, hay diecinueve más.

—¿Y dónde están? —inquirió Zahariel.

—Ah —respondió el gigante—, eso es toda una historia.

Entonces Israfael le contó a Zahariel la historia más emocionante que había oído jamás, la historia de un mundo destrozado por la guerra y de un hombre increíble que lo unió bajo el estandarte del Águila y el Relámpago. Israfael le habló de un tiempo, hace miles de años, en que la humanidad se dispersó desde la cuna de su nacimiento hasta los rincones más remotos de la galaxia. Era el comienzo de una época dorada de exploración y de expansión, y la especie humana tomó miles y miles de mundos.

Pero todo acabó de manera terrible y violenta en tiempos de guerra, sangre y horror.

—Algunos la llamaban la Era de los Conflictos —dijo el astartes—, pero yo prefiero llamarla la Vieja Noche. Es más poético.

Israfael no explicó qué provocó esta caída tan monumental, pero continuó hablando de un imperio roto, reducido a fragmentos desperdigados de civilización que apenas lograban aferrarse al borde de la existencia, de avanzadas de humanidad desperdigadas por toda la galaxia como islas olvidadas en medio de un oscuro océano hostil. Caliban era uno de aquellos puestos de avanzada, un planeta colonizado en la época dorada y cortado del árbol de la humanidad con la llegada de la Vieja Noche. Durante miles de años, la especie humana estuvo al borde de la extinción. Algunos mundos se autodestruyeron, víctimas de su propia barbarie. Otros fueron presa de las miles de formas de vida alienígenas hostiles que poblaban la galaxia al mismo tiempo que la humanidad. Otros prosperaron y se convirtieron en mundos independientes de progreso y esperanza, faros en la oscuridad que iluminaban el camino para que las futuras generaciones de hombres pudieran encontrarlos.

Entonces, la oscuridad de la Vieja Noche empezó a disiparse. El Emperador empezó a formular su plan para entretejer las hebras perdidas de la humanidad en el gran tapiz del Imperio. Israfael no habló de los orígenes del Emperador, excepto para decir que apareció hace mucho tiempo en una tierra desgarrada por una guerra brutal y que llevaba más

tiempo entre la humanidad que cualquier otro hombre. El Emperador había participado en innumerables batallas en la superficie asolada de Terra, hasta que la conquistó con la ayuda de los primeros supersoldados creados mediante ingeniería genética. Eran seres toscos, no cabía duda, pero fueron los primeros protoastartes, y ahora que Terra era suya, habían pasado a convertirse en creaciones más sofisticadas.

Y todo aquello condujo de manera inexorable al desarrollo de los primarcas.

Los primarcas, según explicó Israfael, serían veinte héroes de leyenda. Héroes y líderes. Serían los generales que dirigirían los vastos ejércitos del Emperador, seguirían su gran plan de conquista; seres poderosos que poseerían parte del genio, el carisma y la fuerza de la personalidad del Emperador. Cada uno dominaría los campos de batalla como si de un dios desatado se tratase. Elevarían a los hombres a alturas de un valor inimaginable y lucharían a través de las estrellas con el objetivo de lograr la victoria final.

Mientras Israfael le contaba esta parte de la historia, Zahariel vio claramente que Lion El'Jonson era uno de aquellos seres.

La narración del astartes adoptó un tono más sombrío al hablar de cómo todas las forjas de Terra empezaron a producir infinidad de armas, máquinas de guerra y toda clase de pertrechos para abastecer a los ejércitos del Emperador, mientras los primarcas se desarrollaban en sus laboratorios secretos.

Pero antes incluso de que la Gran Cruzada, como muchos la habían bautizado ya, hubiese comenzado, se produjo una catástrofe.

Zahariel sintió aumentar su cólera al enterarse de una nefasta argucia que propició el robo y la salida de Terra de los niños primarcas, y éstos se dispersaron a través de las estrellas. Algunos pensaron que esto supondría el final de la gran visión del Emperador, pero él se mantuvo firme ante aquellos contratiempos que habrían abatido el ánimo de cualquier otro hombre.

Y de este modo comenzó la Gran Cruzada, con la pacificación de los mundos más cercanos a Terra en un campaña relámpago que llevó a los

astartes a librar batallas más allá de su planeta natal. Tras establecer una alianza con los sacerdotes de Marte y completar la conquista del Sistema Solar, el Emperador dirigió la mirada hacia el inmenso abismo de la galaxia. Cuando los últimos vestigios de las tormentas que habían mantenido a raya a sus ejércitos durante tanto tiempo por fin amainaron, envió a sus naves al vacío e inició la misión más importante que jamás había tenido lugar en la historia de la humanidad: la conquista de la galaxia.

A Zahariel le encantaban las historias de conquista y de batalla y se emocionó mucho al oír cómo el Emperador se reunió al poco tiempo con uno de sus primarcas perdidos. Horus, como era conocido, alcanzó la madurez en Cthonia, un planeta yermo y gris, y pronto se puso al mando de una legión de guerreros creada a partir de su estructura genética. Bajo el nombre de los Lobos Lunares, Horus y su legión lucharon junto al Emperador durante muchos años, conquistaron una infinidad de mundos, y se fueron expandiendo cada vez más lejos de Terra conforme la Gran Cruzada continuaba avanzando.

Aquello fue lo que llevó la historia de Israfael a Caliban.

—Estábamos a punto de enviar una avanzadilla de exploradores a Caliban cuando recibimos órdenes del Emperador de que todas las fuerzas de nuestra legión debían desviarse a este mundo y que él nos seguiría tan pronto como le fuera posible.

—¿Por qué? —preguntó Zahariel—. ¿Por el León?

—Eso parece —respondió Israfael—, aunque cómo sabía el Emperador de su presencia aquí es un misterio para mí.

—Entonces… —dijo Zahariel, incapaz de controlar su emoción ante la idea de que un hombre tan poderoso como el Emperador visitase Caliban —, ¿llegará pronto el Emperador?

—Muy pronto —contestó el astartes.



DIECISÉIS

Los días que siguieron fueron de los más tumultuosos de la historia de Caliban, pues se dieron muchos cambios en la superficie y en sus gentes en un espacio de tiempo extraordinariamente corto. Junto a los guerreros astartes llegaron toda clase de hombres y mujeres de Terra y de otros mundos con nombres exóticos.

Muchos de ellos no formaban parte del ejército. Eran civiles, administradores, escribanos, notarios y relatores. Se extendieron por todo lo largo y ancho del planeta sin una ruta de exploración específica aparente y cantaban las alabanzas de Terra y de la nobleza de la gloriosa misión del Emperador. Junto a las chimeneas de las recién construidas ciudades, narraban versiones de la leyenda que el hermano bibliotecario Israfael había compartido con Zahariel.

La gloria del Imperio y del Emperador se convirtió en la historia más contada de Caliban y sustituyó a otros mitos y cuentos más antiguos en el tiempo.

También llegaron al planeta unas figuras encapuchadas de carne y metal conocidas como los adeptos del Mechanicus. Estas misteriosas figuras custodiaban la tecnología del Imperio y llevaban a cabo frecuentes inspecciones del planeta desde estruendosas máquinas voladoras.

Aquellos días se aprendieron muchas cosas más allá de las historias desconocidas para las gentes de Caliban durante los miles de años que habían permanecido separados de Terra. La tecnología y los avances de la ciencia, tanto tiempo ausentes en el planeta, se compartieron libremente, y sus habitantes los recibieron con un ardor que nunca antes se había visto en aquel mundo sombrío y mortal.

Libres de la tiranía de las bestias, los habitantes de Caliban pudieron centrar su atención en mejorar su sociedad, utilizando la tecnología del Imperio para despejar grandes extensiones de tierra para la agricultura, para abrir minas en las montañas con la intención de producir metales más resistentes y para construir plantas de producción más eficientes, lo que los trasladaría de la era de tinieblas en la que habían estado viviendo a una era de progresos, una era de iluminación.

Pero gran parte de los recién llegados eran militares, y ahí es donde empezarían a surgir las primeras tensiones.

El pueblo de Caliban había recibido a los astartes como la encarnación definitiva de las órdenes de caballería que ya dominaban sus vidas, y los caballeros los veían como figuras de leyenda que seguir. Aunque en un principio los caballeros habían celebrado el hecho de que la estructura organizativa de los astartes se asemejaba mucho a la de sus órdenes de caballería, pronto descubrieron que entre ellos había más discrepancias que similitudes. Mientras que las órdenes de caballería se deleitaban en sus diferencias y solían recurrir al combate para resolver sus contiendas, a las legiones las unía su determinación y su brío. Tal discusión era intolerable, y a instancia de Lion y de los astartes, las distintas órdenes de caballería se disolvieron y pasaron a estar bajo el control de la I Legión.

Por supuesto, un cambio tan drástico no sucedió de la noche a la mañana y no podía tener lugar sin que se alzasen voces en contra, pero cuando el León se pronunció a favor de la unión de caballerías y habló sobre la gloria que obtendrían al ponerse al servicio del Emperador, la mayoría de aquellas voces enmudecieron. La mayoría, pero no todas. Surgieron más protestas cuando miembros de los otros brazos militares del Imperio descendieron a la superficie de Caliban, los soldados del

Ejército Imperial. Los astartes ya habían identificado a los posibles candidatos para ser elegidos para formar parte de tan augusto cuerpo. No obstante, la inmensa mayoría de la población también podría servir al Emperador en su ejército.

Antiguamente el servicio militar había estado abierto únicamente a la nobleza del planeta hasta el comienzo de la Orden, pero los encargados imperiales del reclutamiento se extendieron por toda la población y ofrecieron al pueblo salir de Caliban y luchar en las filas del Emperador en una infinidad de mundos distintos. Les ofrecieron la oportunidad de viajar, de ver planetas nuevos y de formar parte de la historia. Decenas de miles de personas acudieron en tropel para unirse al Ejército Imperial, y los caballeros de Caliban refunfuñaron, pues consideraban que el hecho de que los campesinos participasen en la batalla empañaba la nobleza del combate. La guerra era una noble empresa, una lucha entre hombres de la misma categoría, y si se permitía que los hombres de humilde cuna participasen en ella, ¿qué clase de horrores se representarían en semejante batalla de masas?

Cuando todos los puestos estuvieron cubiertos, se levantaron miles de campamentos por todo el planeta donde los maestros de disciplina y los sargentos de instrucción comenzaron a instruir a la población adulta de Caliban en las técnicas de guerra del Imperio.

En un espacio de tiempo inimaginablemente corto, la superficie de Caliban pasó de ser un mundo de vastas selvas y castillos a un planeta de industria marcial que resonaba con el martilleo de las fábricas y los pasos de las botas mientras sus habitantes se equipaban para la guerra.

Era una época de grandes maravillas y esperanza, un tiempo de cambio, pero todo cambio conlleva consecuencias.

Zahariel y Nemiel recorrieron los muros de Aldurukh con largas zancadas y los hombros rectos. Ambos caminaban con la cabeza erguida, con un porte más orgulloso que el día anterior. Sus armaduras estaban recién lustradas, las oscuras placas brillaban y relucían. También habían limpiado

y bruñido sus armas como si sus vidas dependieran de ello. Su atuendo, desde las botas de piel hasta las blancas túnicas que cubrían la armadura, estaba minuciosamente dispuesto, y ambos ofrecían una digna estampa mientras llevaban a cabo su circuito alrededor de los muros.

—Menudos tiempos, ¿eh? —dijo Nemiel, observando cómo una tropa de soldados recién investidos marchaba por la amplia planicie que habían creado los tractores de los Mechanicus para la llegada del Emperador.

Innumerables grupos entrenaban, marchaban o practicaban asaltos bajo el resplandor del sol del mediodía, y muchos otros se preparaban entre los muros de la fortaleza, algo impensable unos meses atrás.

Zahariel asintió.

—¿No decías que esto sería una maldición?

—Claro, ¿cómo, si no, definirías tú estos días?

—Extraordinarios —respondió Zahariel—, emocionantes, de euforia.

—Ya, eso no lo niego, primo —reconoció Nemiel—, pero ¿no te inquieta lo rápido que está sucediendo todo?

—No —contestó Zahariel. Y, señalando la expansión de tierra despejada ante la fortaleza, dijo—: Mira todo lo que está pasando. Nos hemos reunido con Terra, es algo que hemos soñado desde… bueno, no sé exactamente cuánto tiempo, pero desde que se están contando historias sobre ella. ¿Por fin sucede lo que siempre hemos deseado y tú lo cuestionas?

—No lo cuestiono —se explicó Nemiel, con las manos en alto—. Sólo estoy… no sé… expresando cautela. Creo que es bastante sensato, ¿no?

—Supongo que sí —reconoció Zahariel, cruzándose de brazos y asomándose sobre los elevados parapetos. En el lejano horizonte se distinguían unas enormes columnas de humo. El joven sabía que se estaban despejando grandes extensiones de terreno para construir inmensos complejos fabriles y alojamientos para los trabajadores.

Unos días antes había cabalgado hasta uno de aquellos complejos y se había quedado atónito ante la magnitud de la transformación que habían llevado a cabo los adeptos del Mechanicus: grandes perforaciones a los

lados de las montañas y miles de acres de selva arrasadas para abrirle paso a la construcción.

Le gustase o no, la superficie de Caliban nunca volvería a ser la misma.

—Sí —dijo Zahariel—, va todo muy de prisa, en efecto, pero es por una buena causa. Como parte del Imperio que somos, tenemos el deber de compartir con la Gran Cruzada todo lo que nuestro mundo tenga que ofrecer.

—Por supuesto —convino Nemiel, apoyándose también en la piedra—, pero es una lástima que tenga que suceder así, ¿no te parece?

Zahariel asintió mientras su primo señalaba las cuadradas edificaciones que salpicaban los alrededores de la fortaleza: barracones, armerías, refectorios y aparcamientos. Allí se estacionaban espantosas cajas grises sobre orugas que los imperiales llamaban chimeras. Eran ruidosas e incómodas, y transformaban el suelo que pisaban en barro. No tenían nada de nobles, e incluso su nombre le producía a Zahariel una gran inquietud tras haber temido durante tanto tiempo a las bestias de las oscuras selvas de Caliban.

—Y no me digas que te gusta la idea de compartir Aldurukh con todos esos campesinos. El nuevo lord Cypher casi se muere de risa con la idea.

—Admito que es extraño, pero estoy convencido de que es para bien. ¿Qué pasa? ¿No te alegras de que los astartes nos hayan seleccionado para las últimas pruebas?

Nemiel sonrió, y la característica arrogancia de su primo volvió a emerger.

—Por cierto, ¿no te dije que era seguro que pasábamos?

—Sí, lo hiciste, primo —sonrió Zahariel—. Una vez más, tenías razón.

—Es lo habitual —se regocijó Nemiel.

—No te acostumbres —le advirtió Zahariel—. Tengo la sensación de que cuanto más sepamos sobre el Imperio, más nos equivocaremos en nuestras previsiones.

—¿Por qué?

—El otro día, le dije al hermano Israfael que el Emperador era como una especie de dios y casi le da un ataque.

—¿En serio?

—Sí —asintió Zahariel—. Me agarró los hombros con las manos y me dijo que no volviese a decir algo así nunca más. Me contó que parte de su misión es poner fin a todas esas sandeces místicas de dioses, demonios y demás.

—¿No creen en nada de eso?

—No —respondió Zahariel con rotundidad—, en absoluto, y no les gustan los que sí creen.

—Eso suena un poco intolerante.

—Supongo —admitió Zahariel—, pero ¿y si tienen razón?

Nemiel se apartó del muro.

—Puede que la tengan y puede que no —dijo—, pero opino que todo el mundo debería ser un poco más abierto en lo que a lo desconocido se refiere.

—¿Desde cuándo eres tan cauto? —preguntó Zahariel—. Normalmente eres el primero que se lanza sin mirar.

Nemiel se echó a reír.

—Es verdad, debo de estar volviéndome sensato con la edad.

—Tienes quince años, como yo.

—Entonces supongo que últimamente he estado escuchando más.

Zahariel frunció el ceño.

—¿Escuchando a quién?

—A la gente de la Orden —respondió—. A los superiores.

—¿Y qué decían esos superiores? —preguntó Zahariel.

—Será mejor que lo oigas tú mismo —contestó Nemiel.

La seriedad de su mirada sorprendió a Zahariel, quien siempre había visto a su primo desenfadado.

—¿A qué te refieres?

—Esta noche hay una reunión —explicó Nemiel—, un encuentro al que deberías asistir.

—¿Dónde?

—Reúnete conmigo en la Puerta del Claustro de la Cámara del Círculo cuando suenen las últimas campanadas y te lo mostraré.

—Cuánto secretismo —se extrañó Zahariel—. Nos meteremos en un lío.

—Prométeme que vendrás.

Zahariel tardó en contestar, pero la mirada de su primo decidió por él.

—Está bien, iré —respondió.

—Perfecto —suspiró Nemiel, claramente aliviado—. No te arrepentirás.

El eco de la última campanada aún no se había apagado cuando Zahariel llegó ante la Puerta del Claustro. La mecha de las lámparas estaba apagada, y los senescales que recorrían los pasillos se habían retirado. Sin saber por qué, el joven había evitado que lo viera nadie, pues entendía, sin necesidad de que Nemiel se lo hubiese dicho, que era fundamental mantener aquello en secreto.

No podía negar que sentía una emoción ilícita ante la idea de aquel encuentro clandestino, una sensación de rebelión que atraía a su joven espíritu. La Puerta del Claustro estaba cerrada, y Zahariel miró a ambos lados para asegurarse de que nadie le observaba antes de colarse en el pasillo y pegarse contra la cálida puerta de madera. Comprobó el picaporte y lo encontró abierto, cosa que no le sorprendió demasiado. Con suavidad, presionó hacia abajo el hierro negro y empujó la puerta con la espalda para abrirla. Ésta chirrió; Zahariel, estremecido, se deslizó a través de ella en cuanto el hueco fue lo suficientemente grande y la cerró. Zahariel se apoyó contra la madera y se volvió hacia el centro de la sala.

La Cámara del Círculo apenas estaba iluminada. Sólo unas cuantas velas se consumían sobre los candelabros de hierro que rodeaban la elevada circunferencia del pedestal. El cristal de las altas vidrieras de colores relucía con el parpadeo de las llamas, y los héroes representados en ellas parecían observarlo con mirada acusadora por su incursión. Se disculpó para sus adentros y se aventuró hacia el interior de la cámara,

mirando a izquierda y derecha en busca de Nemiel. Las sombras envolvían la estancia en un manto de oscuridad. La intermitente luz de las velas no lograba llegar más allá de las primeras filas de bancos de piedra.

—¿Nemiel? —susurró.

El joven se quedó paralizado al escuchar como la acústica de la cámara transportaba su voz por todos los rincones.

Volvió a llamar a su primo, pero seguía sin recibir respuesta a través de la oscuridad. Zahariel sacudió la cabeza al pensar en lo estúpido que había sido al acceder a este encuentro. Fuera lo que fuera a lo que estaba jugando Nemiel, tendría que hacerlo sin él. Se apartó de los bancos de piedra y empezó a dirigirse hacia la salida cuando de repente vio a su primo de pie en el centro del elevado pedestal.

—Ahí estás —dijo Nemiel, con una sonrisa en sus labios.

Estaba de pie con la capucha de la túnica puesta. Sus rasgos se ocultaban bajo una corona de sombras. De no ser por su voz y por su postura, habría sido imposible adivinar quién había hablado. Nemiel llevaba un farol que proyectaba una luz cálida sobre el nivel inferior de la cámara.

Zahariel disimuló su enfado ante todo aquel teatro y dijo:

—Bien, aquí me tienes. ¿Qué era lo que querías mostrarme?

Nemiel lo invitó a subir al pedestal del centro de la Cámara del Círculo. Zahariel se mordió el labio inferior. Subir allí significaba participar en cualquiera que fuese el plan que había urdido su primo, y sintió que podría no haber vuelta atrás si cruzaba aquel umbral.

—Vamos —lo apremió Nemiel—. No les hagas esperar.

Zahariel asintió y subió los desgastados peldaños que llevaban al pedestal al que sólo los amos de la Orden tenían permitido el acceso. De repente sintió una extraña exaltación mientras trepaba y ponía el primer pie en el suave mármol. Una vez junto a su primo entendió por qué no lo había visto al entrar en la Cámara del Círculo.

Nemiel estaba junto a una escalera de piedra que bajaba en espiral desde el centro de la estancia. Su primo debía de haber subido desde

alguna cámara inferior a aquélla, aunque Zahariel no sabía de la existencia de aquellas escaleras ni que allí hubiese una sala secreta.

—Ponte la capucha —le ordenó Nemiel.

Zahariel obedeció a su primo.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Bajo la Cámara del Círculo —respondió Nemiel—, al Círculo Interior.

El interior de la escalera estaba oscuro, sólo la parpadeante luz del farol de Nemiel iluminaba su descenso hacia las profundidades. Nemiel iba delante y Zahariel lo seguía. Su temor aumentaba con cada peldaño que bajaban.

—Dime adónde vamos —insistió.

—Pronto lo verás —respondió Nemiel, sin darse la vuelta—. Casi hemos llegado.

—¿Adónde?

—Ten paciencia, primo.

Zahariel maldijo las imprecisas respuestas de su primo.

Consciente de que no conseguiría sacarle ningún tipo de información, siguió su consejo mientras continuaban y contó más de mil peldaños antes de llegar al final. La escalera dio paso a una estancia con paredes de ladrillo de techo bajo y abovedado cuya finalidad era meramente ornamental. Como la cámara superior, tenía forma circular y la escalera atravesaba el centro de la bóveda. Cuatro lámparas de aceite pendían del techo en cada uno de los puntos cardinales, y debajo de cada una de ellas había una figura encapuchada que vestía una túnica blanca.

Permanecían inmóviles, con el rostro oculto bajo la sombra de sus capuchas y los brazos cruzados sobre el pecho. Zahariel vio que todos poseían una daga ceremonial idéntica a la que se utilizaba en las ceremonias de iniciación de la Orden. Sus túnicas no mostraban ninguna insignia.

Zahariel miró a su primo, esperando que le explicase qué estaba sucediendo.

—¿Es éste tu primo? —preguntó una de las figuras.

—Así es —confirmó Nemiel—. He hablado con él y creo que comparte nuestras… preocupaciones.

—Bien —dijo otro de los encapuchados—. Si no es así, esto traerá consecuencias.

Zahariel sintió cómo le invadía la ira.

—No he venido aquí para recibir amenazas —dijo.

—No me refería a ti, muchacho.

Zahariel se encogió de hombros.

—¿Dónde estoy? ¿Qué es todo esto? —preguntó.

—Esto —respondió el primer hombre— es una reunión del Círculo Interior. Estamos aquí para hablar del futuro de nuestro mundo. Nemiel nos ha comentado que cuentas con el favor especial del León, y, si eso es cierto, podrías ser un aliado muy importante para nosotros.

—¿Favor especial? —exclamó Zahariel—. Hemos hablado algunas veces, pero no tenemos ninguna relación estrecha, no como la que mantienen él y Luther.

—Pero ambos cabalgasteis con él antes de que los ángeles llegaran —dijo una tercera figura—. Y marcharéis junto a él como miembros de su guardia de honor cuando llegue el Emperador.

—¿Qué? —exclamó Zahariel, sorprendido.

Aun no sabía nada de aquello.

—Lo anunciarán mañana —explicó el primer encapuchado—. ¿Entiendes ahora por qué le pedimos a tu primo que te trajera hasta aquí?

—La verdad es que no —confesó Zahariel—. Pero decid lo que tengáis que decir y os escucharé.

—Con que nos escuches será suficiente. Antes de continuar, debemos asegurarnos de que todos estamos de acuerdo con las medidas que se van a tomar. Una vez comprometidos no podremos echarnos atrás.

—¿Echarnos atrás para qué? —inquirió Zahariel.

—¡Para impedir al Imperio que nos arrebate Caliban! —intervino el tercer hombre.

Zahariel vislumbró a duras penas un rostro de facciones duras y un mentón prominente bajo la capucha.

—¿Que nos arrebaten Caliban? —preguntó Zahariel—. No entiendo nada.

—Tenemos que detenerlos —dijo el segundo—. Si no lo hacemos, nos destruirán. Harán desaparecer todos nuestros sueños, nuestras tradiciones y nuestra cultura, y lo reemplazarán con mentiras.

—No somos los únicos que ven lo que está pasando —explicó la tercera figura—. ¿Sabías que hoy he tenido que reprender a uno de los centinelas por haber descuidado sus deberes y se me ha insolentado? Nunca había sucedido nada igual. Me dijo que ya no necesitábamos custodiar los muros porque el Imperio iba a venir a protegernos.

—Y lo mismo sucedió en mi orden antes de que la disolvieran —gruñó la segunda voz.

Zahariel comprendió entonces que aquellos hombres pertenecían a diferentes hermandades, y no sólo a la Orden.

—Los suplicantes no escuchaban a los maestros, estaban impacientes por participar en las pruebas de los astartes. Es como si todo el mundo se hubiese vuelto loco y hubiese olvidado nuestro pasado.

—Pero nos están mostrando el futuro —protestó Zahariel.

—Lo que sólo prueba la inteligencia de nuestro enemigo —replicó el primer hombre—. Imagina lo que habría pasado si hubiesen sido sinceros sobre sus intenciones y hubiesen dejado claro desde el principio que pretendían invadirnos. Todo Caliban se habría alzado en armas. En cambio, fueron mucho más sutiles y dijeron que venían a ayudarnos. Dicen que son nuestros hermanos perdidos, y nosotros los recibimos con los brazos abiertos. Es una astuta estratagema. Para cuando la mayoría de nuestra gente se dé cuenta de lo que ha estado sucediendo en realidad, será demasiado tarde para cambiar las cosas. La bota del opresor ya estará aplastando nuestra garganta y nosotros lo habremos ayudado a ponerla ahí.

—Es cierto, pero recordad que eso también pone de manifiesto su debilidad —intervino el tercer hombre—. Tenedlo presente. Si estuvieran tan seguros de sí mismos no necesitarían de esta artimaña para

conquistarnos. No, nuestro enemigo no es tan poderoso como quieren hacernos creer. Al infierno con sus máquinas voladoras y su I Legión. Nosotros somos los caballeros de Caliban. Nosotros acabamos con las grandes bestias. Y podremos echar a estos intrusos de aquí.

Zahariel no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Acaso no habían oído hablar estos caballeros sobre la Gran Cruzada del Emperador? Conociendo la gloria y el honor que podían lograr, ¿quién no iba a querer unirse a ellos?

—¡Esto es una locura! —exclamó Zahariel—. ¿Cómo se os ocurre siquiera pensar en enfrentaros al Imperio? Sus armas son infinitamente superiores y derribarían los muros de las fortalezas monasterio en un día.

—¡Entonces nos retiraremos a las selvas! —rugió la tercera figura—. Desde allí podremos lanzar ataques relámpago y volver a desaparecer en el bosque antes de que el enemigo pueda contraatacar. Recordad las palabras del *Verbatim*: «El guerrero debe escoger el suelo en el que luchará con la intención de beneficiar a sus propios esfuerzos y desestabilizar los de su enemigo».

—Todos conocemos el *Verbatim* —dijo el primer hombre—. Lo que estaba intentando decir es que solos no podemos ganar esta batalla. Necesitamos poner a todo Caliban en contra del invasor. Sólo así podemos esperar ganar esta guerra.

—Necesitamos provocar una situación para que la gente vea la verdadera cara de nuestro enemigo —opinó el segundo—. Tenemos que lograr que vean la maldad que esconden más allá de sus falsas sonrisas y sus comedidas palabras.

—Eso es justo lo que yo pensaba —coincidió el primero—. Y debemos actuar rápido, antes de que nuestro enemigo llegue a controlar aún más nuestro mundo. Estoy convencido de que tarde o temprano acabarán mostrando su verdadera naturaleza al pueblo de Caliban. Pero el tiempo no está de nuestro lado. Necesitamos acelerar las cosas.

—Pero ¿qué demonios estás sugiriendo? —exigió saber Zahariel.

—Digo que ayudaría en gran medida a nuestra causa que el enemigo cometiese un acto tan terrible que volviese a todas las almas sensatas de

Caliban contra ellos.

—Pues estaréis esperando mucho tiempo —dijo bruscamente el joven —. El Imperio jamás haría algo así. Estáis malgastando vuestro aliento y mi tiempo con esta charla.

—No me has entendido, muchacho —aclaró el hombre—. Digo que deberíamos hacer algo en su nombre y asegurarnos de que los culpan por ello.

Se hizo el silencio mientras el resto digería sus palabras.

—¿Quieres cometer una atrocidad y hacer responsable al Imperio? —dijo Zahariel—. Nemiel, ¡no puedo creer que apoyes esto!

—No tenemos elección —respondió Nemiel.

Pero Zahariel advirtió la duda en su primo tras haber escuchado las palabras que se habían pronunciado en aquel cónclave y percibió que estaba tan sobrecogido como él.

—El Imperio no es de fiar —dijo el primer hombre—. Sabemos que planean esclavizarnos y arrebatarnos nuestro mundo. No son hombres de honor. Además, tendremos que usar su misma astucia y sus mismas tretas contra ellos. Debemos combatir el fuego con el fuego. Es el único modo de vencerlos.

—Estás hablando de asesinar a nuestra propia gente —recalcó Zahariel.

—No, hablo de salvarla. ¿Crees que es mejor que no hagamos nada? Pues con nuestra falta de acción podríamos estar condenando a las futuras generaciones de niños de Caliban a la esclavitud. Por supuesto, la vía que yo propongo resultará en unos cientos, o puede que miles de muertes, pero a largo plazo estaremos salvando millones de vidas. Y lo que es más importante, conservaremos nuestro planeta, nuestras tradiciones y el modo de vida que nos legaron nuestros antepasados. Dime, ¿acaso no merece esa causa unas cuantas muertes?

—Y los que mueran serán considerados mártires —explicó el tercer hombre—. Al sacrificar sus vidas estaremos garantizando la libertad de nuestro planeta.

—Sí, es una buena manera de verlo —convino el primero—: mártires. Morirán para que Caliban sea libre. Entiendo cómo puede sonar todo esto, Zahariel, pero es el único modo de hacer que, cuando llegue el momento, el pueblo esté de nuestro lado. Este acto hará que vean a nuestro enemigo con los peores ojos posibles, y los incitará a odiarlo.

Zahariel observó a los encapuchados y no daba crédito, estaba desconcertado ante el hecho de que hubiesen pensado que los apoyaría en aquella locura. De los cuatro hombres que lo rodeaban, uno aún no había expresado ninguna opinión. Zahariel se volvió hacia él.

—¿Y tú, hermano? —le dijo—. Has escuchado todo este disparate y has optado por permanecer callado. En este caso es inadmisible que guardes silencio. Te ruego que me des tu opinión, hermano. De hecho, te lo exijo.

—Te entiendo —dijo el cuarto hombre tras una breve pausa—. Muy bien, si quieres mi opinión, aquí la tienes. Estoy de acuerdo con casi todo lo que se ha dicho aquí. Coincido en que debemos actuar contra nuestro enemigo. Además, dado el poder de las fuerzas que se han desplegado sobre nosotros debemos suspender las normas de honor. Esta es una guerra que no podemos permitirnos perder, y para ello, debemos prescindir de escrúpulos y cometer actos que normalmente calificaríamos de deshonestos.

—Bien dicho, hermano —asintió el primer hombre—. Pero, continúa. Has señalado que estás de acuerdo con casi todo lo que hemos comentado. ¿En qué difieres?

—Sólo en una cuestión de táctica —respondió la cuarta figura—. Habéis hablado de cometer un acto atroz, de provocar un incidente tan terrible que vuelva a la gente contra el Imperio, pero yo abogaría por un ataque más directo.

La atmósfera de la cámara parecía volverse más densa y oscura, como si la luz huyese de lo que se estaba discutiendo allí.

—Con un solo acto podemos propinarle un gran golpe a la moral de nuestro enemigo —continuó—. Y, si tenemos suerte, podríamos incluso ganar la guerra de una sola vez.

—¿Y a qué acto te refieres? —preguntó el primer hombre.

—Es bastante obvio —contestó—. Se trata de una de las primeras lecciones tácticas del *Verbatim*: «Para matar a una serpiente debes cortarle la cabeza».

Zahariel adivinó a lo que se refería un instante antes que los demás.

—No puedes estar…

—Así es —asintió el cuarto hombre—. Tenemos que matar al Emperador.

Las palabras resonaron en el interior del cráneo de Zahariel, pero no podía creer que las hubiese oído. Pero por mucho que miraba a las figuras, una tras otra, no encontraba nada que indicase que aquellos hombres no hablaban en serio. Sintió cómo le entraban náuseas ante tan innoble traición y deseó alejarse de allí lo máximo posible. Sin decir una palabra, le dio la espalda al grupo de figuras y empezó a subir las oscuras escaleras hacia la Cámara del Círculo. Desde la sala le llegaban gritos y graves improperios, pero los obvió y continuó ascendiendo.

La ira que sentía le abrasaba el pecho cual ascua ardiente. ¿Cómo se les había ocurrido pensar que los apoyaría en semejante locura? Y Nemiel… ¿Acaso su primo había perdido la razón?

De pronto oyó rápidos pasos a sus espaldas y se volvió para enfrentarse a quienquiera que fuese mientras agarraba la empuñadura del cuchillo de su cinturón. Si aquellos conspiradores pretendían hacerle daño, los esperaría con la hoja desnuda.

De repente empezó a verse luz desde el fondo de las escaleras y las sombras se fueron disipando ante su perseguidor.

Zahariel extrajo la hoja y se preparó para luchar.

La luz se acercó y el joven suspiró aliviado al ver a Nemiel sujetando el farol ante él.

—¡Cálmate, primo! —gritó Nemiel, al ver el filo brillar en la oscuridad.

—Nemiel —dijo Zahariel bajando el arma.

—Vaya, ha sido… intenso —apuntó Nemiel—. ¿No te ha parecido intenso?

—Esa es una manera de llamarlo —respondió el joven, mientras reiniciaba su ascenso y enfundaba el cuchillo—. La otra es «traición».

—¿Traición? —dijo Nemiel—. Creo que estás dándole demasiada importancia a esto. Sólo son una panda de conservadores despotricando. No van a hacer nada.

—¿Entonces por qué te pidieron que me trajeras aquí?

—Supongo que para ver lo que decías —respondió Nemiel—. Oye, seguro que te has enterado de lo que se dice por ahí de que se han disuelto las órdenes de caballería. Muchos no están nada contentos al respecto y necesitan refunfuñar. Siempre que se produce un cambio a la gente le gusta quejarse y fantasear sobre lo que harían.

—¡Estaban hablando de asesinar al Emperador!

—Venga ya —se rió Nemiel—, ¿cuántas veces hemos dicho durante los entrenamientos que odiábamos al maestro Ramiel y que desearíamos que se lo zampase una bestia?

—Eso era diferente.

—¿Por qué?

—Éramos niños, Nemiel. Ellos son guerreros adultos. No es lo mismo en absoluto.

—Puede que sea diferente, pero no intentarán matar al Emperador. Sería un suicidio. Ya has visto lo fuertes que son los astartes, así que imagínate lo poderoso que será el Emperador. Si es tan grandioso como dicen, no tiene de qué preocuparse.

—Esa no es la cuestión, Nemiel, y lo sabes —dijo Zahariel, mientras seguía subiendo.

—¿Entonces cuál es, primo?

—Si sólo están desvariando, olvidaré que me has traído aquí y que he escuchado planes de traición entre los muros de nuestra fortaleza. Pero si no es así, me aseguraré de que el León se entere de esto.

—¿Me delatarías ante el León? —preguntó, dolido, Nemiel.

—A menos que logres convencer a esos hombres de que dejen de hablar de esto —dijo Zahariel—. Es peligroso y podría morir gente.

—No son más que palabras —le aseguró Nemiel.

—Pues tienen que acabar aquí —exigió Zahariel, volviéndose hacia su primo—. ¿Entendido?

—Sí, Zahariel, entendido —respondió Nemiel con la cabeza baja—. Hablaré con ellos.

—Y no volveremos a mencionar el tema.

—De acuerdo —asintió Nemiel—. No volveremos a decir ni una palabra. Lo prometo.



DIECISIETE

Empezó con un día distinto a todos los demás.

En toda la historia de Caliban, en los anales de las órdenes de caballería o en las historias tradicionales del pueblo llano, jamás habría otro día como aquél.

Habría otros días memorables, por supuesto. Y también sucederían días más oscuros como parte de una era de muerte y destrucción, pero aquel día fue diferente. Era un día de alegría. Un día de felicidad y de emoción. Un día de esperanza. El día en que el Emperador descendió de los cielos.

Aquello acabaría conociéndose como el principio de la Era de los Ángeles, aunque en aquel momento aún no se conocía ese nombre.

Gigantes, astartes, I Legión. Estos eran los apelativos que se utilizaban normalmente para referirse a los recién llegados, pero en el amanecer del día del descenso del Emperador, el pueblo de Caliban se puso de acuerdo para utilizar un nombre de mítica resonancia. Los llamaron terranos, una vez más.

Era un nombre apropiado, ya que reflejaba el derecho natural perdido de la humanidad y el origen de los primeros colonos que llegaron al planeta. Durante doscientas generaciones, desde la caída de la Vieja

Noche, junto a las chimeneas de Caliban se habían narrado infinidad de leyendas sobre la antigua Terra. Ahora, aquellas historias eran reales. Habían adoptado una forma material en los cuerpos de los gigantes acorazados.

El momento del descubrimiento, el momento en que los astartes tuvieron el primer contacto con los habitantes del planeta, ya se había mitificado. Un inmenso árbol mítico había crecido a partir de la pequeña semilla de lo sucedido en realidad. Existían distintas versiones de la leyenda y, pronto, la verdad sobre cómo sucedió en realidad quedó en el olvido.

Pero Zahariel sabía que él jamás borraría de su mente los hechos de aquel día, porque se había adentrado en los bosques con Lion El'Jonson y con Luther cuando todo tuvo lugar. Era cierto que Luther fue el primero en llamarlos ángeles, pues los astartes descendieron con alas de fuego. Era una frase que se había pronunciado en el calor del momento, provocada por la fascinación y el asombro, pero El'Jonson había recordado aquellas palabras y las había guardado cerca de su corazón.

Zahariel y el resto de acompañantes se estaban viendo empujados a la oscuridad, ya que la leyenda necesitaba de protagonistas más trascendentales que ellos para narrar una historia tan esplendorosa. Con el tiempo, su nombre y sus hazañas acabarían por perderse. Pero que su papel se borrase del mito no le entristecía, porque sabía que lo importante era la historia, y no los personajes secundarios.

En cualquier caso, ni siquiera la verdad del mito importaba.

El pueblo de Caliban adoraba las leyendas. Las necesitaba. Todo estaba cambiando tanto que sentían que necesitaban algo que los mantuviese aferrados a la realidad. Zahariel sabía que aquellas historias ayudaban a dar sentido a sus vidas. Por supuesto, existían decenas de historias diferentes, y de todas se afirmaba que eran reales. En cierto modo esto facilitó su exclusión. Con tantas versiones sobre lo que había pasado aquel día, todo el mundo podía elegir la que le conviniese más. Unas eran escabrosas, otras reverenciales, otras estaban cargadas de aventura y otras eran más prosaicas. Pero todas coincidían en una cosa: el nombre de la

historia siempre era el mismo. Desde las lejanas montañas del norte hasta los grandes océanos del sur, independientemente de las variaciones del relato, siempre se conocía con el mismo título: «el Descenso de los Ángeles».

Tras la llegada de los ángeles, los que vinieron de las estrellas compartieron toda clase de maravillas y milagros. Pero lo más emocionante de todo fue la noticia de que el creador de los ángeles, el Emperador, descendería en toda su gloria.

Después de su llegada, en Caliban nada volvería a ser igual.

Zahariel observaba a las decenas de miles de personas mientras iban llenando la imponente arena, concentradas ante los muros de la fortaleza monasterio. Nunca antes había visto a tanta gente reunida en un mismo lugar, y la presencia de tantas personas llenas de júbilo a la vista lo impresionaba. En realidad, nunca antes había visto un espacio abierto tan amplio, ya que, hasta entonces, el paisaje de Caliban presentaba principalmente verdes abismos de selva, pero las máquinas del Mechanicus las habían hecho desaparecer con su destructiva creatividad.

Las enormes bestias de metal se habían paseado por todo el bosque y habían talado los árboles y cortado sus ramas. Más tarde, esas mismas máquinas recorrían una vez más el terreno que habían despejado para arrancar las raíces de los árboles caídos y nivelar el suelo hasta que toda el área quedaba lisa como el filo de una espada. Los troncos obtenidos durante el proceso se apilaron en inmensos montones a los lados de un claro recién creado que cumplía la función de aserradero, mientras que las raíces y las ramas se reducían a astillas y se quemaban en inmensas hogueras.

Había sido casi apocalíptico: el humo, el rojo brillo de las llamas y las monstruosas máquinas de metal. Al verlas, Zahariel se acordaba de las grandes bestias de Caliban, aunque les habían dado caza hasta la extinción. Zahariel apenas podía creer lo afortunado que era en aquel gran día, pues toda la élite de la Orden estaba allí reunida, así como los superiores de las

distintas órdenes de caballería que se habían reunido bajo el estandarte de los astartes.

De pronto, recordó las palabras de los encapuchados y se estremeció, a pesar de que era un día caluroso. Aún no había visto a Nemiel aquella mañana, lo cual era un alivio porque seguía enfadado con su primo por haberlo arrastrado hasta aquel peligroso cónclave de frustrados rencorosos. Ver a tantas figuras de poder marcial reunidas en un solo lugar resultaba algo humillante, pues por muy fuertes y orgullosos que fuesen los caballeros de Caliban, no eran nada comparados con el poder de los astartes.

Los astartes eran hombres gigantes como golems, aunque llamarlos hombres era quedarse corto, pues físicamente estaban a años luz de cualquier rasgo de humanidad. Se elevaban por encima de Zahariel con sus bruñidas y relucientes armaduras negras, y sus voces eran tan graves y roncas que parecía imposible que surgieran de una boca humana. Sin la armadura resultaban incluso más colosales, pues al vestirla, Zahariel podía llegar a pensar que la mayor parte de su masa era artificial. Pero despojados de ella, toda duda se disipaba.

Midris había sido el primer astartes en ser visto sin su armadura. Su cuerpo era enorme y abultado, su carne estaba tan cargada de músculos y de fuertes huesos que apenas tenía forma o definición. Vestido con un traje ajustado de color crema, sus brazos y piernas eran como los grandes árboles de los bosques del norte, y los músculos de sus hombros se elevaban hasta ambos lados de su cráneo sin necesidad aparente de cuello. Un solo astartes ya impresionaba bastante, pero en aquel gran espacio se concentraban más de un millar, asediándolo como si fuesen enormes estatuas negras, y cientos más rodeaban el gran anfiteatro en el centro de la explanada que habían despejado y apisonado los Mechanicus.

Aquel era el día en que el Emperador descendería a Caliban, y Zahariel apenas podía contener su emoción. Nemiel tendría celos de su inclusión en la guardia de honor del León, pero así había sido siempre su amistad y su rivalidad. Su armadura había sido lustrada y poseía un brillo reflectante, aunque su anticuada tecnología tenía mucho que envidiar a la de la

poderosa armadura de los astartes. Pero, aquel día, tales diferencias carecían de relevancia.

El ángulo del suelo y la presión de los cuerpos a su alrededor mientras marchaba a través de la multitud le impedían ver al León, pero el joven sabía que el Gran Maestre de la Orden se encontraba unos pasos por delante aunque no pudiera posar su mirada sobre él.

Las aclamaciones y las expresiones de adoración señalaban el paso del León con tanta claridad como una señal luminosa. Y aunque era poco común que su taciturno líder circulase entre la muchedumbre de Caliban, Luther lo había sugerido con la intención de que el Emperador viese que era un hombre del pueblo y que todos lo adoraban. Se respiraba un ambiente de gran alboroto, ya que todos estaban ansiosos por ver al grandioso personaje que dirigía a unos guerreros tan poderosos como los astartes y que despertaba semejante devoción en ellos. Sin duda, un personaje con la visión, el coraje y el poder suficientes como para iniciar la reconquista de la galaxia merecía ser reverenciado, y puede que hasta temido, pues su corazón debía de albergar una gran violencia para realizar tales hazañas.

Aquel pensamiento le vino a la mente sin más, y Zahariel recordó de nuevo la reunión clandestina de la noche anterior. Su expresión se volvió amarga al pensar en las opiniones allí expresadas, pero se consoló al saber que había interrumpido la sediciosa charla de los guerreros reunidos en las cámaras subterráneas de la fortaleza monasterio con la amenaza de delatarlos ante el León.

Las multitudes le abrían paso al ver su reluciente armadura, y él les regalaba un gesto de agradecimiento por el respeto que le conferían a su categoría como caballero de la Orden. La impaciencia de la gente era palpable y su emoción se le contagió como si una corriente eléctrica le atravesase el cuerpo. Todos los allí reunidos sabían que estaban siendo testigos de la historia, cuyo transcurso rara vez permitía a los hombres corrientes presenciar su desarrollo.

Por fin, Zahariel alcanzó el círculo exterior de caballeros que rodeaban al León y sintió cómo se le aceleraba el pulso mientras se acercaba a sus

compañeros. Aunque era mucho más joven que la mayoría de ellos, se apartaban con respeto y le abrían paso hacia el espacio entre los círculos exterior e interior.

Los maestros superiores de la Orden estaban reunidos cual suplicantes alrededor del León. A pesar de su porte digno y majestuoso, parecían unos niños en comparación con el poderoso guerrero situado en el centro.

A Zahariel no le cabía ninguna duda de que Lion El'Jonson era el ser humano más extraordinario y con más talento que había existido jamás. Cada vez que lo miraba le invadía la misma sensación: como si una presencia pura le presionase el interior del cráneo mediante una osmosis mística y le proporcionase una sensación de bienestar y de confianza.

Era algo más que eso. Sentía algo completamente…

Respeto. Sentía respeto.

Físicamente, el León era un ser imponente, un gigante de poco menos de tres metros de altura. Era imposible escapar a la sospecha de que había salido de un molde mucho más grande que la mayoría de los hombres. Su cuerpo estaba perfectamente proporcionado y a escala con su altura. Era de complexión fuerte, ágil pero musculoso. Puesto que la mayoría de habitantes de Caliban tenía el pelo negro, el rasgo más llamativo del León a simple vista era el tono dorado rojizo de su cabello. Pero el efecto combinado de sus características físicas perdía trascendencia en comparación con sus cualidades intangibles. El'Jonson emanaba pura majestuosidad, tenía una aura tácita de una autoridad tan magnética que no cabía duda de por qué Sar Luther decidió llamarlo «Lion». No había nombre en el mundo más adecuado para él.

Él era el León. Ninguna otra palabra podía describirlo mejor.

Mientras Zahariel se acercaba, El'Jonson se volvió hacia él y lo saludó brevemente con la cabeza a modo de reconocimiento por la fraternidad que compartían. Zahariel saludó a sus compañeros, caballeros que en el pasado le habían parecido figuras de autoridad y de poder distantes e inaccesibles. Ahora eran sus hermanos de virtud y de valor. Había dejado de ser un joven insignificante. Su nueva vida como miembro de la Orden había comenzado con sangre y, sin duda, acabaría del mismo modo.

—Por fin estamos todos. Podemos marchar —dijo lord Cypher con un claro tono de impaciencia.

—No hay prisa —lo calmó el León con una voz profundamente musical y cargada de tonos sonoros que parecían filtrarse por la piel de quien la escuchaba y apaciguaba las terminaciones nerviosas que se encontraban debajo—. Mi… El Emperador aún no ha llegado.

—Aún así deberíamos estar preparados —exclamó lord Cypher—. Debemos seguir las tradiciones y los protocolos como siempre. Y más en estos tiempos de cambio.

Zahariel sonrió ante el tono descarado de este nuevo lord Cypher y advirtió una expresión divertida en la mirada del alto y poderoso guerrero que se encontraba junto al León.

Sar Luther había sido el mejor amigo y el compañero más cercano de El'Jonson en cualquier situación desde el día en que lo descubrió en estado salvaje en el bosque. A pesar de su gran estatura, Luther parecía un enano al lado del León, pero sus anchos hombros y su rostro amable mostraban a un hombre que no albergaba ningún resentimiento contra aquel hermano más poderoso que él.

—¿Preparado? —preguntó Luther—. Tengo la sensación de que éste va a ser un día emocionante.

—Emocionante… —repitió Zahariel—. Esperemos que no sea demasiado emocionante.

—¿Qué quieres decir?

—Nada —respondió Zahariel—. Sólo era un comentario.

Luther lo miró con recelo. Sabía que había algo más en aquel comentario, pero le permitió que tuviera sus secretos.

—Vamos —exclamó lord Cypher—. Ya es la hora.

Zahariel miró al cielo y percibió un leve brillo que se formaba tras las nubes. Una ola de emoción se extendió entre la muchedumbre mientras todos los rostros se volvían hacia los cielos. Sólo los astartes que rodeaban la arena mantenían la mirada fija en la multitud, y Zahariel tuvo la clara sensación de que estaban buscando a algo o a alguien. Incluso en un planeta que había acogido calurosamente la llegada de los astartes y del

Emperador, estos gigantes nunca bajaban la guardia y jamás faltaban a su deber. Zahariel sentía una gran admiración por aquellos grandes guerreros procedentes de las estrellas.

Sus cavilaciones se vieron interrumpidas cuando el León empezó a avanzar hacia el anfiteatro en el centro del claro. La doble línea de caballeros abría paso entre el clamor del gentío. Zahariel casi pierde el paso con los guerreros que lo rodeaban, pero no tuvo importancia, pues nadie advirtió aquella vacilación momentánea.

Estaba rodeado de rostros. El pueblo de Caliban estaba frenético por haberse reunido con sus hermanos ancestrales, la raíz de su cultura, y portaban altos estandartes de colores sobre sus cabezas. Habían vivido temiendo a las bestias y a las guerras entre las órdenes de caballería y a una infinidad de peligros más que podían despojar a un hombre de su vida durante demasiado tiempo, pero ahora tenían algo que anhelar. Se acercaba una era de paz y prosperidad, porque no había nada que la tecnología y los recursos del Imperio no pudiesen lograr.

Con tales herramientas y con semejantes hombres para manejarlas, alcanzarían glorias inimaginables.

Con estos embriagadores pensamientos, Zahariel casi pasó por alto la vertiginosa sensación de frío que de repente le recorrió la espalda. De pronto, sin saber por qué, el miedo se apoderó de él, y entonces vio un rostro que se distinguía entre las expresiones de alegría y esperanza de la multitud. El hombre destacaba por la seriedad de su rostro. Su intención se leía en todas las líneas y pliegues de su piel. Tenía la mirada fija en la marcha de la guardia de honor, e incluso en medio de un mar de rostros de júbilo, Zahariel podía diferenciar la cara del individuo mientras avanzaba junto a ellos hacia la arena. Sus rasgos tenían algo que le resultaba familiar, pero no consiguió averiguar qué era hasta que una sombra oscureció su semblante y pudo reconocer la nariz aguileña y el mentón prominente.

Zahariel no entendía cómo podía aquel hombre desplazarse con tanta facilidad a través de la muchedumbre, hasta que divisó parte de una armadura bajo una simple capa de lana y, de repente, recordó dónde lo

había visto antes. Recordó la cámara abovedada bajo la Cámara del Círculo, las lámparas colgando en cada uno de los puntos cardinales, y una cofradía que mantenía una discusión perversa. Los hombres llevaban puesta la capucha de sus túnicas, pero en un momento dado, la luz iluminó el interior de una de ellas lo suficiente como para revelar un rostro. Un rostro que avanzaba con un propósito siniestro hacia el gran podio donde el León y el Emperador se encontrarían cara a cara.

Los pensamientos se precipitaban en su mente como un cuerpo en un río torrencial que choca contra las rocas mientras se acerca a una rugiente cascada. El pánico se apoderó de él al darse cuenta de que las palabras que le dijo a Nemiel no habían sido tan convincentes como había creído, de que los guerreros reunidos en las profundidades de la fortaleza no se habían amedrentado por su amenaza de delatarlos, como él había supuesto.

Se volvió para lanzarle una advertencia, pero las palabras murieron en su garganta al pensar que tanto él como Nemiel acabarían involucrados en cualquier acción que este hombre tuviese en mente. ¿Quién iba a creer que su presencia en la cámara había sido inocente y que lo habían engañado con la promesa de que tan sólo de trataba de una discusión abierta acerca del futuro de Caliban?

Zahariel sintió que el miedo lo asfixiaba y una náusea se instaló en su estómago al tener la total certeza de que algo terrible estaba a punto de suceder. Atrapado entre la culpa y el miedo, tomó una audaz decisión y rompió el paso con sus hermanos.

Su abandono de la guardia de honor provocó murmullos de sorpresa, y Zahariel sintió la mirada de enojo de lord Cypher en su espalda mientras avanzaba con siniestra determinación hacia la línea de caballeros que apartaban a la multitud.

A pesar de que todos los guerreros llevaban un casco cerrado y una túnica con capucha, la repentina rigidez de su postura reveló su sorpresa y estupefacción. Se apartaron ante él sin saber qué otra cosa hacer, y Zahariel exploró los rostros y las cabezas de la muchedumbre mientras se adentraba en la masa de cuerpos. Durante un terrible momento pensó que su presa lo había eludido, pero pronto divisó la cabeza del hombre

mientras avanzaba con paso decidido en dirección contraria a la del gentío. Zahariel se dirigió hacia él apartando a la gente con una mano y agarrando la empuñadura de su espada con la otra. Sintió que lo invadía una avalancha de emociones, una poderosa combinación de miedo y de perfidia. ¿Acaso no era consciente aquel traidor de la magnitud de lo que había planeado? ¿No se daba cuenta de que era una auténtica locura? Conforme se acortaba la distancia, le pareció que su objetivo se había percatado de su presencia. El hombre se volvió brevemente y sus miradas se cruzaron por encima de las caras sonrientes de la gente.

De pronto, una luz iluminó el cielo y todas las cabezas se volvieron hacia arriba con emoción y embeleso, pero Zahariel no podía perder el tiempo con tal visión, y mantenía su atención fija en el hombre que tenía ante él. Aunque se movía con decisión, su postura era encorvada, como si aguantase un gran peso, y su paso era lento, mucho más lento que el de Zahariel.

Al saberse descubierto, el hombre intentó acelerar en un intento de esquivar al joven, pero la multitud se echó hacia adelante en respuesta a la luz del cielo hasta el punto en que todo movimiento era prácticamente imposible. Zahariel vio la oportunidad y avanzó a empujones entre los cuerpos apretados, sin prestar demasiada atención a los daños que ocasionaba al abrirse paso con los hombros y los puños. Varias voces de enfado lo reprendieron, pero él continuó hacia adelante concentrado en su presa.

El perseguido intentó abrirse paso a la fuerza, pero alertados por la presencia de un alborotador entre ellos, la gente se apelotonó ante él, creando así una barrera impenetrable de gritos y de rostros enfadados. Zahariel estiró el brazo y agarró al hombre por la capa. Le dio la vuelta y le hizo perder el equilibrio. Arriba, la luz seguía aumentando. Lo bañaba todo de un resplandor dorado y parecía como si un foco enorme y abrasador los estuviese enfocando.

—¡Suéltame! —gritó el hombre.

La capa abierta revelaba el brillante resplandor de la luz sobre el peto de su armadura. Tal como se temía Zahariel, se trataba de un caballero de

la Orden.

—¡No permitiré que lo hagas! —exclamó Zahariel, mientras le propinaba un fuerte gancho de izquierda en la cara. La aglomeración evitó que el hombre cayese al suelo.

—Tú no lo entiendes —dijo el caballero, mientras luchaba por librarse de él.

El gentío se alejó de ellos, y Zahariel se acercó aún más al hombre, apretándolo contra su pecho mientras forcejeaban.

—¡Así es como debe ser! —terminó.

Era mucho más alto y corpulento que Zahariel, más viejo y con más experiencia, pero al ser descubierto había perdido toda posibilidad de defensa. En un intento por deshacerse de Zahariel, se desgarró la capa desde los hombros. El joven vio que llevaba una bolsa de lona cruzada sobre la espalda que aparentemente contenía un peso considerable. Limitado por la carga, el caballero no podía luchar de manera tan eficiente como Zahariel a pesar de la clara diferencia de edad y de experiencia. El joven le propinó otro puñetazo en la cara y le rompió la nariz. Un chorro de sangre salió disparado formando un arco.

Nuevos gritos de alarma los envolvieron, y Zahariel remató el puñetazo enganchando la pierna por detrás de la de su oponente e incrustándole el hombro en el pecho.

El caballero perdió el equilibrio y arrastró a Zahariel con él, mientras seguían golpeándose mutuamente. La bolsa de lona se rasgó por el inesperado movimiento del peso que albergaba en su interior, y seis discos de metal desnudo cayeron estrepitosamente al suelo.

Eran muy simples en apariencia. Medían apenas treinta centímetros de diámetro y unos cuantos centímetros de grosor, y poseían un agarre de goma en una de las caras. Aunque no conocía su nombre, durante el tiempo que había pasado con sus instructores había aprendido lo suficiente sobre el Imperio como para saber que los símbolos pictográficos que presentaban las superficies de los discos indicaban explosivos.

Zahariel golpeó con el codo el mentón del caballero mientras caían al suelo y seguidamente le propinó un puñetazo de derecha en la mejilla.

—¡Se acabó! —gritó—. ¡Sólo eran palabras! ¡Ibais a conteneros!

El oponente no podía contestar, su rostro era un amasijo de sangre y de huesos rotos iluminado por el resplandor dorado que procedía de las alturas. Pero a pesar del dolor, sus ojos se abrieron con asombro y se llenaron de lágrimas.

A pesar de la situación, Zahariel se volvió para ver qué había provocado semejante sorpresa en un hombre tan malherido y se quedó boquiabierto al ver como una enorme ciudad flotante descendía de los cielos.

Como una descomunal aguja tallada de una masa de roca volcánica, la ciudad estaba salpicada de luz y de color, y sus enormes dimensiones superaban la imaginación. Una gran proa con doradas alas de águila señalaba uno de los extremos de la ciudad flotante, e inmensas almenas, tan altas como las torres de la ciudadela más poderosa, se elevaban como retorcidas estalagmitas en el otro.

Su oponente peleaba débilmente bajo su cuerpo, pero todo el mundo se había olvidado de su lucha y centraba su atención en la imponente nave que flotaba sobre sus cabezas, rodeada de otras más pequeñas, mientras descendía irradiando fuego y luz. Vientos poderosos azotaron la superficie del planeta; los medios que la gran aguja utilizaba para mantenerse a flote generaban una terrible fuerza descendente. De pronto, unas sombras cayeron sobre él. Miró hacia arriba y descubrió la enorme figura de un gigante ante él, de un tamaño inmenso y amenazador.

Astartes…

Aunque aquel guerrero astartes no había manifestado ningún cambio exterior en su apariencia, Zahariel sintió cómo le invadía un terror sobrecogedor ante la mera amenaza física.

Hasta entonces los astartes se habían comportado como gigantes benévolos, aunque estaba claro que poseían un gran potencial para ejercer la violencia. Ahora ese potencial se había desatado. Un guantelete lo agarró por la garganta y lo apartó de su rival. Se quedó con los pies colgando y su garganta dejó de suministrar aire a medida que la presión en el cuello aumentaba.

La fuerza de los astartes era inmensa, y Zahariel sabía que con un minúsculo movimiento su cuello se partiría como una pequeña rama.

Con la vista nublada, Zahariel vio cómo otros guerreros se inclinaban bruscamente sobre su oponente caído.

—¿Qué tenemos aquí, Midris? —preguntó uno de los gigantes recién llegados.

El guerrero lo miró a los ojos y Zahariel sintió cómo su ira lo invadía a través de las rojas lentes de su casco mientras su consciencia cedía ante la oscuridad.

—Traidores —escupió Midris.



DIECIOCHO

Cuando Zahariel despertó, se encontró en una flamante celda de muros metálicos iluminada tan sólo por un suave brillo color hueso de procedencia desconocida. Estaba tumbado en un banco de metal adosado a la pared, y al intentar tomar aire se estremeció al sentir una opresión en la garganta que le causaba gran dolor. Recordó al astartes Midris sujetándolo a cierta distancia como si fuese un simple despojo y el sentimiento de ira que había irradiado del guerrero como si de un golpe físico se tratara.

Recordó la palabra «traidor» golpeándole la cara y, de un salto, se sentó rápidamente al recordar la refriega de cuerpos y el atentado contra la vida del Emperador. ¿Estuvieron también presentes los otros conspiradores en el Descenso de los Ángeles? ¿Consiguieron llevar a cabo su perverso plan?

El frío miedo se apoderó de sus entrañas y se echó las manos al cuello luchando por respirar. Aunque no podía verlo, estaba convencido de que debía de tener el cuello ennegrecido por los cardenales a causa de la presión que Midris había ejercido sobre él. Las piernas le colgaban del banco de metal. Si aquello era la cama de una celda, no cabía duda de que estaba diseñada para alguien más grande que él. Miró a su alrededor y no vio nada que le diera una sola indicación de dónde procedía la luz o dónde

podía haber una salida. Las paredes eran lisas, brillantes e inmaculadas, y estaban desnudas.

—¿Hola? —gritó.

Hablar le suponía un doloroso esfuerzo y su grito fue más bien un resuello.

—¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta. Se deslizó de la cama al suelo. Lo habían despojado de su armadura y sólo vestía una humilde túnica. ¿Quería eso decir que ya lo habían declarado culpable? Zahariel recorrió lentamente la estancia, la celda, e intentó hallar una salida o la manera de comunicarse con sus carceleros, pero no tuvo éxito. Comenzó a golpear las paredes con los puños, pero apenas distinguía diferencias en la calidad tonal que le indicaran la existencia de una puerta.

Finalmente, pegó su cara al frío muro frente al banco y, a lo largo, vio dos junturas que sugerían la existencia de una puerta, aunque no parecía que pudiera abrirse.

Ya no estaba en Caliban, eso era seguro. ¿Era ésta una de las naves con las que la I Legión viajaba por las estrellas? Los muros zumbaron con una lenta resonancia y pudo oír una especie de tamborileo distante que perfectamente podría haber sido el ritmo lento del poderoso corazón de la nave. A pesar de encontrarse en aquella situación, tenía que admitir que estaba algo emocionado por haber abandonado la superficie de su mundo natal.

Volvió a la cama, frustrado ante la incapacidad de comunicarse con el mundo exterior y de defender su inocencia. Había evitado que el traidor cometiese aquella atrocidad. ¿Acaso no se habían dado cuenta?

Y sin que hubiera nada que pudiera distraerlo de aquellos pensamientos, su imaginación le hizo plantearse todo tipo de oscuras posibilidades.

Quizá el Emperador estaba muerto y sus astartes habían desatado un terrible castigo sobre Caliban y habían arrasado sus ciudades y sus fortalezas con sus poderosas armas. Tal vez los caballeros de la Orden se encontrasen también allí, encarcelados en celdas como aquélla, sometidos

a terribles torturas para que se confesasen culpables. Por muy absurda que pareciese la idea de ver a los astartes convertidos en torturadores, no podía dejar de pensar en hierros candentes, cuchillos y toda clase de terribles castigos que se pudiesen emplear.

Sin nada más que hacer, decidió volver a tumbarse en la cama, pero apenas había apoyado la cabeza sobre ella cuando sintió un suave soplo de aire. Dos astartes entraron a través de una extraña puerta. Ambos vestían simples armaduras negras. Lo sacaron de la cama sin ninguna ceremonia y lo arrastraron al exterior de la celda. Fuera, el hermano Israfael le esperaba junto a otro guerrero astartes de blanca armadura que llevaba un enorme guantelete en su brazo derecho. Lo arrastraron por el pasillo, construido con el mismo metal pulido que su celda, aunque sin la luz que lo había despertado.

—¡Por favor! —gritó—. ¿Qué estáis haciendo? ¿Adónde me lleváis?

—¡Cállate! —dijo uno de los astartes que lo arrastraban.

El joven reconoció la voz. Se trataba de Midris, el guerrero que lo había arrancado de aquel saboteador herido.

—Por favor, hermano bibliotecario Israfael, ¿qué está pasando?

—Por tu propio bien, será mejor que guardes silencio, Zahariel —respondió Israfael, mientras giraban una esquina y lo arrastraban hacia una entrada arqueada que conducía a una cámara oscura. Al atravesar el portal, Zahariel notó que la temperatura descendía. Percibió un hedor fétido y vio que su aliento producía un vaho en el aire ante él.

La única luz que había procedía del pasillo por el que acababan de llegar, pero en cuanto se cerró la puerta, incluso ésta desapareció y Zahariel quedó sumido en la oscuridad. Los guanteletes de las armaduras que lo sujetaban lo pusieron derecho y lo soltaron a ciegas en las tinieblas.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Por qué no me decís qué está pasando?

—Silencio —ordenó una voz que no reconocía.

El joven se sobresaltó al escuchar el sonido porque no veía nada, como si le hubiesen sacado los ojos de las cuencas. De pronto oyó unos pasos que se le acercaban, pero desconocía el número de personas que había en

la cámara. Sabía que Israfael, Midris y el guerrero de la blanca armadura estaban presentes, así como los demás astartes que lo habían arrastrado, pero ¿había más gente en aquella oscuridad?

—Zahariel —dijo Israfael entre la negrura—. Ese es tu nombre, ¿verdad?

—¡Ya sabes que sí! Por favor, ¡dime qué ha pasado!

—Nada —dijo Israfael—. No ha pasado nada. El complot falló y el conspirador está siendo interrogado. Pronto descubriremos quiénes pretendían hacernos daño y nos encargaremos de ellos.

—Yo no tenía nada que ver con ello —se defendió Zahariel, envolviéndose con sus brazos, asustado—. Yo lo detuve.

—Esa es la única razón por la que no estás amarrado a una mesa de tortura para que te arranquemos tus secretos de la carne —dijo Midris bruscamente—. Cuéntanoslo todo y no te olvides de nada o lo pagarás muy caro. Empieza por cómo conocías el plan del hermano Ulient.

—¿El hermano Ulient? ¿Así es como se llama? No lo conocía.

—¿Entonces por qué lo perseguiste entre la multitud? —inquirió Midris.

—Vi su rostro entre la muchedumbre y… parecía, no sé, que no encajaba.

—¿Que no encajaba? —preguntó Israfael—. ¿Eso es todo? Un rostro entre un millar ¿y tú lo viste?

—Presentí que algo iba mal —explicó Zahariel—. Sabía que algo no iba bien entre la multitud y empezó a correr cuando me dirigí hacia él.

—¿Lo veis? —dijo Midris—. Miente. Deberíamos torturarlo para obtener una confesión coherente.

—¿Confesión? —gritó Zahariel—. ¡No! ¡Estoy intentando contaros lo que sucedió!

—¡Mientes! —escupió Midris—. Estabas metido en esto desde el principio, ¡admítelo! Conocías perfectamente las intenciones de Ulient y te entró el pánico. ¡Eres un traidor y un cobarde!

—¡Yo no soy un cobarde! —exclamó Zahariel.

—Pero no niegas que seas un traidor.

—¡Por supuesto que lo niego! —se defendió el joven—. ¡Estás tergiversando mis palabras!

—Las palabras de un traidor —siguió Midris—. ¿Por qué perdemos el tiempo con él?

—Porque tanto si es un traidor como si no, conocerá las identidades de los demás conspiradores —respondió Israfael—. De un modo u otro nos lo dirá.

—¡Por favor, hermano Israfael! —rogó Zahariel—. Sabes que no soy un traidor, ¡díselo!

Las voces continuaron rodeándolo en la oscuridad, disparándole en la oscuridad para herirlo con sus acusaciones. Zahariel sintió que su ira aumentaba con cada dardo que le lanzaban. Si pensaban matarlo por una traición imaginaria, no les daría la satisfacción de mostrarse hundido.

—Yo no he hecho nada malo —afirmó—. Soy un caballero de la Orden.

—¡Tú no eres nada! —rugió Midris—. No eres más que un mero mortal que ha osado confraternizar con los enemigos del Imperio. No hay castigo lo bastante cruel para los de tu calaña.

—Pero lo detuve, ¿no? —se defendió Zahariel—. ¿O es que eres demasiado estúpido como para verlo?

Una mano salió disparada en la oscuridad y le cogió la garganta. Aunque no podía verla, emitió un grito de dolor al sentir cómo el guantelete amenazaba con aplastar su ya dolorida tráquea.

—Te mataré si vuelves a hablar sin que nadie te lo haya pedido —amenazó Midris.

—Suéltalo, Midris —ordenó Israfael—. Veré su interior.

El astartes soltó a Zahariel en el suelo de metal de la sombría cámara, y éste, casi sin aliento, cayó desplomado. De repente sintió que otro guerrero se acercaba. Oyó las fuertes pisadas y se estremeció al notar que la temperatura a su alrededor descendía aún más.

—¿Hermano Israfael? —preguntó, temeroso.

—Sí, Zahariel, soy yo —respondió aquél.

Zahariel sintió que una mano desnuda se posaba sobre su cabeza, los enormes dedos le provocaron un hormigueo con un extraño movimiento interno. El joven se quedó boquiabierto al sentir que una corriente de poder le recorría el cuerpo como si lo hubiese atravesado una ola de adrenalina. Empezó a sentirse somnoliento y sumiso y trató de resistirse, pero su rebeldía contra aquel interrogatorio empezó a flaquear. Zahariel luchó por aferrarse a las sensaciones mientras notaba que una presencia desconocida examinaba los recuerdos en el interior de su mente. El joven sintió sabor a metal a pesar de tener la boca cerrada herméticamente de dolor. Su cráneo se llenó de luz mientras el poder de Israfael se abría camino a través de él. Zahariel gritó cuando los dedos blancos y abrasadores removieron en su cerebro e intentó alcanzar el poder que lo había ayudado a vencer a la bestia de Endriago.

—¡Sal de mi cabeza! —exclamó.

Y sintió cómo la presión en su interior se retiraba ante la fuerza de su demanda. Una infinidad de imágenes parpadeantes llenaron su mente, y de pronto sintió que una relumbrante red de luz plateada se formaba detrás de sus ojos, la silueta de los guerreros acorazados, con sus cuerpos iluminados del mismo modo que sucedió en su día con la bestia.

Zahariel volvió la cabeza y vio que la cámara era circular y casi tenía la misma estructura que la Cámara del Círculo de Caliban. Los bordes de las superficies poseían un halo de luz brillante a su alrededor, como un polvo reluciente arrastrado por vientos invisibles, y podía ver a los astartes tan claro como si un foco los estuviese iluminando.

—Os veo —dijo.

Podía ver cómo los guerreros se miraban entre ellos confundidos, mostrando claramente su inquietud ante su creciente poder. Las brillantes siluetas plateadas de los astartes se apagaron y, por un momento, Zahariel tuvo la sensación de que un inmenso poder presionaba en los bordes de su mente.

—Cuidado Zahariel —dijo una voz anónima y tranquilizadora.

Aquella voz alivió el dolor que le abrasaba cada una de sus terminaciones nerviosas.

—Eres lego en esta materia y no es bueno recurrir a este poder de un modo tan imprudente. Ni siquiera el más poderoso de nuestra especie conoce sus peligros.

Aunque oía las palabras perfectamente, Zahariel era consciente de que sólo existían para él; que Israfael, Midris y los demás no podían oírlas. Cómo llegaban hasta su cabeza era un misterio, pero sospechaba que formaba parte del poder desconocido que lo había ayudado a vencer a la bestia, un poder que el desconocido que hablaba también parecía poseer.

En cuanto la voz lo tranquilizó, todo desapareció, y Zahariel exhaló un suspiro de sorpresa cuando oyó a Israfael decir:

—Puedo encontrar lo que necesito saber en tu cabeza sin tu consentimiento, pero lo que quedará de ti después será menos de lo que eras, si es que queda algo. Por tu bien, deberías decimos todo lo que sabes por voluntad propia.

El astartes retiró sus dedos y Zahariel profirió un gemido ahogado mientras se derrumbaba sobre el suelo de metal.

—Está bien —dijo—. Os lo contaré todo.

Zahariel se levantó y se irguió con orgullo frente a sus acusadores, dispuesto a no mostrar ningún temor ante su interrogatorio. Se había enfrentado al León, a Luther y a lord Cypher en su ritual de iniciación a la Orden y afrontaría esto con la misma determinación.

La luz plateada que lo perfilaba todo empezó a desvanecerse y contó su historia en la oscuridad.

Les habló del encuentro clandestino de los conspiradores en la cámara bajo la gran sala de reuniones de Aldurukh, aunque Zahariel excluyó el papel que tuvo su primo en todo aquello, consciente de que cualquier mención a su nombre haría que los astartes lo condenasen. El único error que Nemiel había cometido había sido pecar de ingenuo, igual que él, y esperaba que estos guerreros también lo vieran así.

Mejor ser tachado de joven y estúpido que de traidor.

Les habló de los cuatro conspiradores encapuchados y de cómo reconoció a aquel hombre entre la multitud después de haber visto por un momento sus rasgos bajo la capucha aquella noche. Zahariel les explicó la sensación de angustia y de que algo terrible iba a suceder que sintió mientras acompañaba al León a recibir al Emperador como parte de su guardia de honor.

Esta vez nadie cuestionó cómo había reconocido al hermano Ulient, pero el joven podía sentir el interés que seguía sintiendo el hermano Israfael por el extraño poder que había hecho que advirtiese la presencia y las intenciones del traidor entre el gentío. Le hicieron una infinidad de preguntas sobre su historia y cada vez les contaba la misma versión de los hechos. Podía sentir la presencia del hermano Israfael acechando en la parte trasera de su cabeza, filtrando con su tacto mental todo lo que decía en busca de alguna mentira o alguna contradicción. Si el astartes había advertido su imprecisión sobre cómo había llegado hasta la estancia bajo la Cámara del Círculo no dio muestras de ello, y, de pronto, Zahariel tuvo la sensación de que Israfael no quería ahondar demasiado en esa parte de la historia.

Zahariel intuyó que el hermano bibliotecario quería que fuese exonerado para convertirlo en uno de ellos, para poder enseñarle a usar sus poderes. Aquel pensamiento le infundió confianza y narró su historia con seguridad. Una vez más, concluyó el relato narrando su enfrentamiento con el hermano Ulient y sintió cómo la hostilidad que había sentido unos momentos antes en la oscura cámara, y que le había resultado aterradora por su intensidad, disminuía y daba paso a una creciente sensación de admiración.

Por fin, el tacto mental de Israfael cesó, y Zahariel sintió cómo una presión de la que no había sido consciente hasta entonces abandonaba su cráneo. De pronto surgió una luz, y esta vez tenía un origen externo. Unos globos luminosos adosados a las paredes de la cámara empezaron a brillar. Zahariel se protegía los ojos de la creciente claridad cuando vio a sus interrogadores de pie frente a él.

—Tienes mucho valor, muchacho —dijo Midris, esta vez sin ningún sentimiento de cólera—. Si lo que cuentas es cierto, estamos en gran deuda contigo.

—Es cierto —respondió Zahariel, intentando sonar cortés pero sin poder evitar un leve tono de resentimiento por el trato recibido de manos del guerrero—. Preguntadle al hermano Israfael.

Éste se echó a reír y Zahariel sintió un gran alivio al escuchar las palabras del bibliotecario.

—Es verdad, Midris. No advertí la mentira en sus palabras.

—¿Estás seguro?

—¿Me he equivocado alguna vez?

—No, pero siempre hay una primera.

—No se equivoca —dijo una voz detrás de Zahariel.

Se volvió hacia la entrada y vio la silueta de una alta y resplandeciente figura ataviada con una poderosa armadura. Su voz era la misma que había oído en su cabeza antes de empezar a narrar su historia. Su tono era dulce y profundo como el mar. Zahariel intentó ver más allá del resplandor que lo envolvía, pero sus ojos aún se estaban adaptando al paso de la total oscuridad a la luz, y podía distinguir poco más que un halo dorado tras el guerrero acorazado.

Los astartes se arrodillaron a su alrededor e inclinaron la cabeza ante su magnificencia. Por mucho que el joven se esforzaba por ver los rasgos del recién llegado, sabía que era inútil intentarlo.

—No os arrodilléis —dijo la figura, que parecía transportar la luz con él mientras penetraba en la cámara circular—. Levantaos.

Los astartes se pusieron de pie, pero Zahariel permaneció anclado en su sitio, con la mirada fija en el suelo. La luz se extendió como un río de agua dorada que emanaba del guerrero.

—Parece que estoy en deuda contigo, joven Zahariel —dijo la figura dorada—. Te doy las gracias. Pronto olvidarás todo esto, pero mientras conserves tus recuerdos, quería agradecerte lo que hiciste.

Zahariel intentó contestar, pero su boca estaba sellada y su lengua permaneció inerte en su paladar. Ningún poder en toda la galaxia podría

haberlo obligado a mirar a aquel guerrero a la cara. Con la misma certeza que lo había invadido al mirar bajo la capucha del Vigilante en la Oscuridad, Zahariel sabía que si lo miraba acabaría volviéndose loco. Una vez más intentó crear unas palabras, pero cada vez que las formaba en su mente volaban como hojas en un huracán. Zahariel no podía hablar, pero sabía que la extraordinaria figura leía sus pensamientos como si fueran los suyos propios. Sintió la presencia del guerrero como si un gran peso le presionase la mente, una fuerza y un poder tan inmensos que si no le arrebataban la existencia era únicamente porque estaban controlados por una voluntad más fuerte que la roca de Caliban.

El poder que había sentido aumentar en su propia mente y el que había percibido en la mente de Israfael eran como velas en una tormenta en comparación con la capacidad de este guerrero. Zahariel sintió como si se estuviese asfixiando bajo una manta envolvente, pero era una sensación agradable.

—Tiene algo de poder —dijo el guerrero.

Zahariel sintió que su espíritu renacía ante aquella observación, aunque temía el alcance de sus últimas palabras.

—Así es, mi señor —confirmó Israfael—. Es un excelente candidato para el librarius.

—Indudablemente —coincidió el guerrero—. Ocúpate de él, pero antes asegúrate de que no recuerde nada de esto. No debe haber sospecha alguna de discrepancia dentro de la legión. Debemos permanecer unidos o estamos perdidos.

—Así se hará, mi señor —aseguró Israfael.

Aunque el León se encontraba a más de medio kilómetro de distancia, Zahariel sentía que podía llegar hasta él y tocarlo. Los miembros superiores de la Orden ocuparon el gran podio donde el Emperador había permanecido la semana anterior. Miles de caballeros ocupaban la plaza de armas, orgullosos y resplandecientes con sus armaduras bruñidas en posición de firmes.

El día había amanecido claro y prometedor. El cielo estaba despejado y azul, y el sol proyectaba sus rayos dorados sobre la superficie del planeta. Se gritaron nombres, se otorgaron turnos, y unos expertos encapuchados vestidos de rojo confirmaron identidades con unos equipos de comprobación de códigos genéticos.

Todos los invitados a participar en aquella gran reunión habían sido seleccionados individualmente, escogidos de entre los mejores de la mejor casta de guerreros de Caliban.

Zahariel se codeaba con caballeros de cuyo coraje no cabía ninguna duda, hombres cuya entereza, resistencia y fortaleza eran la envidia de aquellos que habían fracasado en las pruebas de los astartes. No había en todo el planeta guerreros más temibles o con más potencial que aquellos allí reunidos, y Zahariel sentía un orgullo justificado por sus logros.

Los acontecimientos desde el gran discurso del Emperador estaban algo borrosos en su mente. Por mucho que lo intentase, Zahariel recordaba muy poco de aquel momento. Tenía una fugaz visión de un guerrero con armadura dorada, recordaba vagamente unas palabras que conmovieron su corazón, y una sensación de ser parte de algo como nunca antes la había sentido.

Desde aquel día sabía en su interior que algo importante estaba a punto de suceder. Y cuando Luther corrió la voz de que los astartes habían hecho ya la selección final para pasar a los entrenamientos avanzados y para unirse genéticamente a sus filas, Aldurukh casi estalla con la emoción de los jóvenes que corrían para comprobar si habían sido elegidos.

Zahariel tenía el corazón en un puño mientras examinaba las listas colgadas alrededor de la fortaleza monasterio, aunque una persistente idea en su cabeza le aseguraba que no tenía nada de lo que preocuparse. Por supuesto, su nombre estaba en la lista, al igual que los de Nemiel, Attias y Eliath. Buscó con insistencia a su primo, pero le costó casi dos días encontrarlo.

Nemiel no estaba demasiado emocionado y Zahariel no entendía la reticencia de su primo ante las buenas nuevas de su elección. Una vez más, su rivalidad fraternal los había llevado a conseguir grandes logros.

Conforme avanzaba el día, Nemiel se fue relajando, pero Zahariel no veía motivo alguno que pudiera haber hecho que se mostrase tan tenso.

Lo achacó al nerviosismo por la selección de los astartes y se olvidó del asunto, ya que pronto otras cuestiones más importantes ocuparían el lugar de su preocupación por el comportamiento de su primo.

Se había anunciado que los escogidos por los astartes debían reunirse en la gran plaza de armas delante de Aldurukh para escuchar el discurso del León acerca de su destino como guerreros del Emperador. Sólo los elegidos podían asistir, y una oleada de frenético entusiasmo recorrió la fortaleza en el tiempo que se tardó en expresar lo que el Gran Maestre de la Orden tenía que decirles.

Zahariel y Nemiel se dirigieron hacia la plaza de armas junto a todos los que habían pasado las pruebas. El orgulloso porte marcial de los que los rodeaban emanaba una fraternidad que jamás había sentido formando parte de la Orden. Aunque miles de personas llenaban la plaza, Zahariel sabía que aquello representaba la élite de toda orden de caballería de Caliban. Cientos de miles de caballeros se habían sometido a las pruebas, pero sólo aquellos pocos miles habían alcanzado el riguroso nivel que los astartes exigían.

La tensión de aquellos caballeros ante la llegada del León era casi insoportable. La mayoría eran más jóvenes que Zahariel. Nemiel y él eran de los mayores, y no podía evitar preguntarse qué era lo que hacía que la transformación para convertirse en un astartes exigiese que sus miembros tuviesen una edad tan temprana.

Entonces, el León y Luther, ataviados con las túnicas ceremoniales color hueso de la Orden, hicieron su aparición, flanqueados por lord Cypher y por un concilio de astartes de negra armadura que también lucían túnicas.

Ver a estos grandes guerreros adoptar las costumbres de la Orden resultaba muy gratificante, y Zahariel se volvió hacia su primo y lo abrazó en un espontáneo gesto de afecto fraternal. Todas las rencillas y celos que había habido entre ellos resultaban absurdos de cara a aquella nueva hermandad a la que estaban a punto de unirse.

Incluso al lado de los astartes, el León resultaba enorme. Era mucho más alto que los guerreros con sus armaduras y hacía que todo el mundo pareciese pequeño ante su presencia. Se había dispuesto un inmenso sistema de amplificación para que las palabras del León llegasen a todos los rincones de la plaza de armas, pero el Gran Maestre no necesitaba tales artilugios, pues su voz sintonizaba con los corazones y las mentes de todos los guerreros congregados ante él.

—Hermanos —comenzó, obligado a hacer una pausa ante la aclamación que amenazaba con ahogar sus palabras—. Caliban está a punto de comenzar una nueva era. Donde antaño, sobre nuestra pequeña roca, creímos que nuestro mundo se extendía únicamente hasta donde alcanza el horizonte, sabemos ahora que va mucho más allá de tan insignificante visión. La galaxia se abre ante nosotros. Es un lugar oscuro y prohibido, pero somos guerreros del Emperador y es nuestro deber alumbrar con su luz la oscuridad y reclamar nuestro derecho natural. Hace lo que ahora parece una eternidad, declaré una gran cruzada para librar de las bestias a las selvas de Caliban, y fue un digno propósito. Ahora veo que sólo estaba emulando el sueño de un hombre más magnánimo que yo, el de mi padre, ¡el Emperador!

Una rugiente ovación volvió a ahogar las palabras del León, pues a pesar de que por todo Caliban se había rumoreado que el Emperador era su padre, aquélla era la primera vez que el Gran Maestre lo expresaba en público.

El'Jonson alzó las manos para acallar la creciente emoción y continuó:

—Ahora formamos parte de algo más grande, formamos parte de una fraternidad que no sólo comprende nuestro planeta, sino a toda la especie humana esparcida a través de la galaxia. La cruzada del Emperador apenas acaba de comenzar y aún quedan cientos, miles de mundos por ser liberados y traídos de vuelta a la tutela del Imperio.

»Habéis sido elegidos para formar parte de la mejor orden de guerreros que haya conocido jamás la galaxia. Seréis más fuertes, más rápidos y más certeros que nunca. Libraréis una infinidad de batallas y acabaréis con los enemigos de la humanidad en mundos muy alejados de nuestro amado

Caliban. Pero lo haremos de buen grado, porque somos hombres de honor y de valor, y sabemos lo que significa tener un deber que supera a nuestros intereses personales. Todos vosotros habéis sido caballeros, guerreros y héroes, pero ahora sois mucho más que eso. De hoy en adelante seréis guerreros de la legión. Todo lo demás es secundario. La legión es lo único que importa.

Zahariel agarró la empuñadura impelido por la fuerza de la oratoria del León. Apenas podía contener su euforia ante la idea de extender la guerra del Emperador más allá de los confines de la galaxia y de formar parte de aquella fraternidad que estaba a punto de embarcarse en la noble misión de liberar el derecho natural de la humanidad.

—Somos la I Legión —dijo el León—. Tenemos el honor de ser los Hijos del León, y no partiremos hacia la guerra sin un nombre que infunda el terror en los corazones de nuestros enemigos. Del mismo modo que nuestras leyendas hablan de cómo los grandes héroes acabaron con los monstruos del lejano pasado, debemos partir hacia el gran vacío y acabar con los enemigos del Imperio, luchando en nombre del Emperador.

»¡Seremos los Ángeles Oscuros!



LIBRO CUATRO

LA CRUZADA



DIECINUEVE

Lo habían convertido en un gigante.

Cuando pensaba que se ya había acostumbrado a la transformación, Zahariel descubrió que ciertos aspectos de su alterada fisiología aún conseguían sorprenderlo. Se trataba de las cosas más simples. De pronto era consciente de pequeños detalles, como del tamaño de la palma de su mano, de la corriente de energía psíquica que atravesaba su cuerpo o del mejorado ritmo cardíaco en su pecho, que le recordaban una y otra vez lo mucho que había cambiado.

Antaño había sido humano. Había sido un hombre nacido de mujer. Como todos los hombres, conocía las limitaciones físicas. Sus músculos habían sido débiles, sus huesos quebradizos y sus sentidos habían estado aletargados. Había creído que viviría unos cincuenta o sesenta años como mucho, o probablemente mucho menos.

En Caliban había muchos peligros. Incluso un mero corte podía infectarse y convertirse en una herida mortal. Había sido un humano, y ser humano implicaba ser esclavo de la muerte de mil maneras insignificantes.

El Imperio lo había cambiado todo. El día en que se inició en la Orden como caballero, su renacimiento había sido un proceso completamente

simbólico. Con la llegada del Imperio, se había convertido en algo literal y real. Se había transformado en un hombre nuevo. Su mente y su cuerpo habían cambiado, se habían convertido en algo sobrehumano. Gracias a la ciencia imperial y a las maravillas de la semilla genética, había sido remodelado y reconstruido en un molde más bélico. El hermano Israfael lo había reclutado para el librarius de la legión, donde había aprendido sobre la disformidad, sobre los peligros y el poder que podían ejercer los iniciados en tales disciplinas. Aprendió que se había convertido en un hombre con poderes muy superiores a los de la especie humana y que tenía el deber de emplearlos al servicio del Emperador.

Había empezado a dar sus primeros pasos por un camino que lo llevaría a desarrollar un poder fuera de lo común, pero sus primeras incursiones en tal experiencia no eran nada en comparación con aquel increíble encuentro con la bestia de Endriago.

Aunque sus nuevas habilidades lo habían hecho destacar entre la legión, él era ante todo un guerrero, y era en pleno combate donde había adquirido su fama. Ya no era un hombre corriente, pero tampoco era simplemente un guerrero extraordinario. El Imperio lo había transformado en algo mucho mayor. Lo había diseñado para la guerra. Se había convertido en un dios de la batalla, en un miembro del Astartes.

Era un marine espacial, un ángel oscuro.

Servía en la Gran Cruzada.

Era consciente de que tan sólo era una pequeña pieza de un gran plan, un figurante más en el inmenso drama de la historia de la humanidad, pero no le importaba, porque el Imperio perseguía una noble empresa, soñaba con un universo mejor y él formaba parte de aquel brazo marcial que le daba fundamento. Era un tiempo de optimismo, un período de nobles ideales, una era de descubrimiento, y Zahariel formaba parte de ella. Los días del comienzo fueron días de gloria.

Al echar la vista atrás los recordaría como la época más feliz de su vida. Tenía un objetivo. Tenía una misión. Se había convertido en un instrumento de la voluntad del Emperador y estaba preparado para luchar por el bien de la humanidad. Y tampoco estaba solo en esta lucha. A pesar

de su transformación de hombre a superhumano, Nemiel seguía a su lado. Los relatores seleccionados para acompañarlos lejos de Caliban hablaban de destino, y Zahariel no podía estar más de acuerdo, pues parecía que él y Nemiel estaban destinados a atravesar, codo con codo, las tribulaciones de la vida. Desde sus primeros días, sus vidas habían estado siempre ligadas. Habían sido hermanos incluso antes de convertirse en ángeles. El proceso de transformación en astartes sólo había servido para fortalecer el vínculo que los unía. En ocasiones era como si una misma alma, dividida por accidente al nacer, se hubiese encarnado en dos cuerpos distintos. Nemiel y él seguían complementándose perfectamente como piezas del mismo puzzle. A pesar de todo, Zahariel continuaba siendo el eterno idealista y Nemiel el pragmatista influenciable.

No volvieron a hablar de aquella noche bajo la Cámara del Círculo, pues sabían que meter el dedo en aquella vieja llaga sería dar pie a recriminaciones que nunca cesarían. Se convirtió en un tabú en su amistad, siempre permaneció entre ellos, aunque los recuerdos de Zahariel de aquella noche se volvían cada día más borrosos.

Formaban parte de la primera generación de astartes reclutados en Caliban. O, mejor dicho, eran los primeros en lucir la nueva insignia con la espada alada de la legión, los primeros en llamarse «Ángeles Oscuros». Más adelante, esto los diferenciaría de sus compañeros. Los miembros más antiguos de la legión eran todos hombres de Terra que recordaban un tiempo antes de que la I Legión del Emperador pasase a llamarse «Ángeles Oscuros», mientras que las generaciones que llegaron después de Zahariel y de Nemiel nunca habían conocido otro nombre.

Pero en aquel momento, una época dorada estaba por llegar.

Las cosas mejoraron ante la posibilidad de luchar junto al León y Luther. Cumplían con éxito su labor de ángeles recién nombrados y servían en el 22.° Capítulo, bajo el mando del señor del capítulo Hadariel. Servían a su legión y al Imperio hasta el límite de sus capacidades.

Caliban era cosa del pasado, y aunque amaban su planeta natal y esperaban volver a verlo algún día, se había convertido en un sueño lejano.

En aquellos momentos, lo único que importaba era su presente y su vida en la Gran Cruzada.

Su primera campaña fue una experiencia muy emocionante, pues aquélla sería su oportunidad de propagar la luz de la Gran Cruzada por la galaxia, su primera ocasión de probar su devoción y su lealtad al Emperador. Los ángeles oscuros del 22.° Capítulo iban a encontrarse con la 4.ª Flota de Expedición Imperial, que se encontraba a punto de llegar a un mundo catalogado como 43 en los registros de la cruzada.

Para los habitantes del planeta, una avanzada cultura humana que había logrado sobrevivir al largo aislamiento de la Vieja Noche con gran parte de su tecnología y de su sociedad intactas, su mundo tenía otro nombre. Lo llamaban Sarosh.

—¿Esto es todo? —dijo Nemiel—. ¿Esta es la razón por la que hemos atravesado diez sistemas estelares? No parece gran cosa.

—Ya deberías saber que la apariencia de un planeta es lo de menos —respondió Zahariel—. ¿Recuerdas el entrenamiento en Helicón IV? Creo recordar que aquellos mundos tampoco te impresionaron demasiado hasta que empezaron a disparar.

—Eso era diferente —dijo Nemiel encogiéndose de hombros—. Al menos allí cabía la posibilidad de ver algo de acción. Eran mundos nuevos. ¿Has leído las directrices? Pretenden que esperemos aquí durante meses sin hacer nada hasta que algún burócrata decida si podemos declarar al planeta aliado o no. Somos los Ángeles Oscuros, Zahariel, no perros guardianes. Estamos preparados para algo mucho más interesante que esto.

Estaban junto a un mirador en la cubierta de observación de la nave de combate *Ira de Caliban*. A través de él, Zahariel podía ver ampliado el planeta Sarosh gracias a la tecnología de aumento disimulada con astucia en la sustancia transparente de la ventana. Mientras que Nemiel no mostraba más que un claro desdén frente a aquel mundo azul, Zahariel se había quedado prendado de su belleza, de sus extensos mares turquesa y de

las amplias masas continentales del planeta, ocultas en aquel momento tras una variable capa de nubes abigarradas.

En contraste con el fondo oscuro del espacio, y rodeada de miles de brillantes estrellas lejanas, parecía una piedra preciosa dispuesta sobre un telón de terciopelo rodeada de minúsculas gemas brillantes. En todo el tiempo que llevaba con la cruzada tan sólo había visto unos cuantos mundos desde su órbita, pero Sarosh era sin duda uno de los más impresionantes.

—He leído los informes —respondió—. Según los datos, gran parte del planeta está cubierta de vegetación. Me gusta como suena. Será fantástico volver a estar en los bosques, visitar un mundo que nos recuerde a Caliban.

—Para eso tendría que estar plagado de atroces depredadores, por no hablar de las plantas y hongos mortales —replicó Nemiel con tono sarcástico—. No llevamos fuera tanto tiempo como para que te pongas nostálgico. Pero no has escuchado lo que te decía sobre la misión. Lo que quería decir es que no tiene nada de glorioso. Puede que llamen a nuestra flota «Flota de Expedición», pero no es más que una unidad de apoyo al despliegue. Somos lo que envían cuando la lucha ha terminado y necesitan que alguien supervise la limpieza. Creen que todavía no estamos preparados.

—Te había oído —respondió Zahariel—, y entiendo lo que dices, pero tengo otra opinión al respecto. No me malinterpretes, nada me gustaría más que recibir órdenes de descender para participar en la batalla. Tú lo has dicho: somos los Ángeles Oscuros, estamos hechos para la guerra. Pero el deber es lo primero, y, ahora mismo, nuestro deber es vigilar el planeta Sarosh hasta asegurarnos de que están de nuestra parte.

—Deber —refunfuñó Nemiel, poniendo los ojos en blanco—. Me parece que ya hemos tenido esta conversación como unos siete millones de veces, si no he contado mal. Bien, te concedo el punto. Tú tienes razón y yo me equivoco. Estoy de acuerdo con todo con tal de que no me sueltes otro de tus interminables discursos sobre el deber. Eres capaz de aburrir a cualquiera hasta la muerte con cualquier tema imaginable. Ayer te vi

sermoneando a tu escuadra con unas palabras supuestamente conmovedoras, y los compadecí.

—Se llama oratoria —sonrió Zahariel, ante la familiar discusión—. ¿Acaso no recuerdas lo que dice el *Verbatim*? «El arte del guerrero no consiste sólo en aprender técnicas de combate y en entender la estrategia y las tácticas, sino en dominar todas las materias que tengan relación con el liderazgo de los hombres en tiempos de crisis».

—Lo recuerdo —afirmó Nemiel, poniéndose serio de repente—. Pero te olvidas de que ya no pertenecemos a la Orden. Todo aquello quedó atrás. El pasado ha muerto. Hablo en serio. Murió el día en que el Emperador llegó a Caliban y conocimos la verdadera naturaleza del León. Desde aquel momento, nos convertimos en los Ángeles Oscuros y dejamos el pasado atrás.

—Disculpen, honorables señores —interrumpió una voz antes de que Zahariel pudiese responder—. Les ruego que disculpen mi interrupción.

Ambos se volvieron y vieron a un senescal a sus espaldas. El hombre vestía un tabardo gris sobre una prenda negra ajustada al cuerpo. El tabardo mostraba los distintivos de la Legión de los Ángeles Oscuros. El senescal se arrodilló sobre el suelo de la cubierta con la cabeza inclinada en señal de respeto.

—El señor del capítulo Hadariel les envía saludos —dijo el hombre después de que Nemiel le diese permiso para hablar—. Y quiere recordarles que el cambio de mando tendrá lugar a bordo de la nave insignia Causa Invencible dentro de dos horas. Insiste en que la ceremonia requiere de vuestra presencia y espera que se comporten como manda la tradición de la legión.

—Comuníquele nuestro agradecimiento al señor del capítulo —dijo Nemiel—. Y dígale que estaremos presentes en el relevo con una indumentaria apropiada para la ceremonia. Entendemos la importancia de presentar todos los respetos a nuestra legión hermana.

El senescal se puso de pie, hizo otra reverencia y se retiró. Cuando el sirviente se hubo marchado, Nemiel se volvió hacia Zahariel con un amago de sonrisa en la cara.

—Parece que el señor del capítulo está nervioso por si lo avergonzamos —dijo en voz baja para que el senescal no lo oyese.

—Yo no me lo tomaría como algo personal —respondió Zahariel—. Es difícil para él. Es un gran guerrero, pero no es un auténtico astartes. Incluso después de todos estos años, debe de ser duro resignarse a ese hecho, sobre todo cuando nos reunimos con nuestros hermanos.

—Cierto —reconoció Nemiel con un gesto avinagrado—. Esperemos que la Legión de los Cicatrices Blancas aprecie sus esfuerzos.

Zahariel alzó una mano para reprobar a su primo.

—Cuidado. Recuerda que nuestro honor está en juego. Si dices algo que pueda ofenderlos desacreditarás a Hadariel, a nuestro capítulo y a la legión.

Nemiel sacudió la cabeza.

—Te preocupas demasiado. No tengo intención de ofender a nadie, y menos a los Cicatrices Blancas. Son nuestros hermanos y no siento sino respeto hacia ellos. Hicieron bien en abandonar este planeta y salir a buscar acción de verdad. Lo único que me irrita es que alguien nos haya escogido a nosotros para cumplir, en su lugar, con su función de perritos guardianes.

El señor del capítulo Hadariel había reunido a sus oficiales principales alrededor de una amplia mesa del strategium a bordo de la *Ira de Caliban* hacía casi tres semanas.

—Hemos recibido nuevas órdenes —había dicho—. Vamos a dividir nuestras fuerzas. Una parte de la legión continuará hacia Phoenix, mientras que el resto relevará a los guerreros de los Cicatrices Blancas en un planeta llamado Sarosh.

—¿Hemos recibido una llamada de emergencia pidiendo ayuda? —preguntó Damas. Siempre con tendencia a abrir la boca antes de pensar las cosas, el señor de la compañía Damas fue el primero en hablar—: Nuestros hermanos astartes han abarcado más de lo que podían apretar, ¿no?

—No —respondió Hadariel, con rostro impasible—. Por lo que parece, la situación en Sarosh es pacífica. Se trata más bien de una cuestión de redistribución de tropas. Nos envían a Sarosh para que los Cicatrices Blancas puedan encargarse de otras misiones en otra parte de la galaxia.

Fue Nemiel quien expresó la pregunta que todos se formulaban.

—Disculpe, señor, pero por lo que dice, da la sensación de que la Legión de los Cicatrices Blancas es más importante para la cruzada que los Ángeles Oscuros. Es como si nos enviasen a un destino más tranquilo para que los seguidores del Gran Khan pudieran ir a buscar una guerra de verdad.

Como era de esperar, Damas se precipitó en sus conclusiones.

—¡El León jamás aceptaría esto!

Hadariel golpeó la mesa con la palma de la mano. El golpe sonó como un disparo.

—¡Silencio! Hablas sin pensar, Damas. Te muestras demasiado encolerizado. Si vuelves a excederte te relevaré del mando. Tal vez unos días de meditación devuelvan el equilibrio a tu humor.

—Le pido disculpas, señor —se excusó Damas, inclinando la cabeza—. Estaba en un error.

—En efecto. ¿Y qué hay de ti, hermano Nemiel? —Su mirada se volvió hacia él como un láser—. No esperaba esto de ti. Si quiero tu opinión sobre algún asunto, y en especial en lo que a la interpretación de las órdenes se refiere, te lo haré saber. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor —asintió Nemiel, a regañadientes.

—Bien —confirmó Hadariel—. Tal y como ha expresado Damas, los dos os habéis equivocado, y más de lo que pensáis. Han sido el León y Luther quienes han dado las órdenes, y si nuestros líderes opinan que los serviremos mejor viajando a Sarosh, no lo discutiremos.

—Esta es una misión muy pesada —dijo Shang Khan, el oficial de mayor rango de entre los cicatrices blancas—. Carece de gloria y ningún astartes la elegiría de manera voluntaria. Es una tarea incómoda que nos ha sido

impuesta. Aquí no hay batallas que ganar, al menos no de las que estamos hechos para librar. Y, sin batallas, no tenemos razón de ser. Estamos incompletos.

Shang Khan estaba frente al León en la cubierta de observación de la barcaza de combate *Causa Invencible*, la nave insignia de la 4.ª Flota de Expedición Imperial. Luther y un cicatriz blanca llamado Kurgis se situaron entre ellos como testigos de la ceremonia mientras que astartes de ambas legiones, así como un grupo de oficiales superiores y dignatarios de varios brazos de la flota, presenciaban el diálogo a una distancia respetuosa.

Zahariel y Nemiel observaban cómo la solemne ceremonia de bienvenida celebraba hasta el último de sus ritos y la legión aceptaba la labor de mantener la ley y el orden en Sarosh.

—Así es el deber —continuó Shang Khan—. Recae sobre los hombros, pero sentimos más su peso en el alma. Hermano, ¿aceptas esta carga?

El cicatriz blanca le ofreció un cilindro adornado de bronce con un pergamino enrollado en su interior.

—La acepto —respondió el León.

Estiró la mano y agarró el cilindro.

—Juro por mi vida y por la vida de mis hombres rendir honor a esta misión junto a mi legión y al Emperador. Que estas palabras sirvan de testimonio.

—Doy fe —dijo Luther, al unísono con el segundo en el mando de los cicatrices blancas.

—Así sea —aprobó Shang Khan.

El cicatriz blanca cruzó los brazos sobre el pecho haciendo la señal del aquila y saludó a Luther y al señor de su capítulo.

—Eres bien recibido, Lion El'Jonson de los Ángeles Oscuros. En nombre de la Legión de los Cicatrices Blancas, te declaro bienvenido en Sarosh.

Lo llamaban ceremonia, pero no merecía aquel título.

Para transferir el mando de la 4.ª Flota de Expedición Imperial de los Cicatrices Blancas a los Ángeles Oscuros tan sólo se había pasado un pergamino de mano en mano y se había hecho un juramento. De cualquier modo, aunque escasas, las formalidades que implicaba el acontecimiento superaban al acto de la transferencia en sí.

La 4.ª era una de las flotas de expedición más pequeñas de la Gran Cruzada, con siete naves en total: la nave insignia *Causa Invencible*, las naves transportadoras de tropas *Vigor Noble* y *Transportadora Audaz*, las fragatas *Intrépida* y *Temeraria*, el destructor *Arbalesta* y la nave de combate de los Cicatrices Blancas *Jinete Veloz*, que pronto sería sustituida por la nave de los Ángeles Oscuros, la *Ira de Caliban*.

El traspaso de control entre las dos legiones se había desarrollado con el respeto y la reverencia que requería el acto pero, en realidad, el hecho de que hubiese un grupo de astartes presente en la ceremonia era algo anómalo. La 4.ª Flota seguía siendo una flota secundaria y carecía de arsenal, del entrenamiento y de los recursos necesarios para organizar una campaña militar importante contra un planeta hostil. Su trabajo era controlar la docilidad de los mundos que ya se habían mostrado a favor de los objetivos del Imperio.

Pero con Sarosh había habido problemas.

El primer contacto con el planeta había tenido lugar aproximadamente un año antes y, aparentemente, su población era amistosa. Recibieron al Imperio con los brazos abiertos y proclamaron a los cuatro vientos que aceptarían la Verdad Imperial. Sin embargo, en los doce meses que siguieron se había progresado poco respecto al sometimiento del planeta.

No había habido violencia ni actos de resistencia, pero todos los procedimientos llevados a cabo por los enviados imperiales para lograr su subordinación habían acabado siendo un rotundo fracaso. Cada vez que se lanzaba una nueva iniciativa, el gobierno de Sarosh prometía hacer todo lo que estuviese en su mano para garantizar que sería un éxito. Pero el apoyo prometido nunca llegaba a materializarse. El gobierno se disculpaba hasta el exceso. Se excusaba y achacaba el que todo siguiera en punto muerto a los malentendidos causados por la diferencia de costumbres y de idioma.

Responsabilizaba a la intransigencia de su propia burocracia y alegaba que cinco mil años de sociedad estable les habían dejado un sistema burocrático complejo y compuesto de demasiados altos cargos.

Y sus pretextos parecían ser ciertos. Expertos imperiales que habían sido testigos de la conquista de muchos mundos negaban con la cabeza con resignación cada vez que se nombraba la irritante cuestión de la burocracia de Sarosh. El problema era que los funcionarios de aquel planeta trabajaban a tiempo parcial. Sus leyes permitían a los ciudadanos dejar de pagar gran parte de sus impuestos a condición de que se comprometiesen a invertir parte de su tiempo trabajando en oficinas del gobierno. De ahí que los últimos censos planetarios, recogidos cada tres meses en aquel mundo, indicasen que el veinticinco por ciento de la población adulta ocupaba algún puesto burocrático, incluidos los que habían suspendido el riguroso Examen de Competencia Burocrática Básica.

Según los datos censales, en aquel momento había más de ciento ochenta millones de funcionarios activos en Sarosh.

Con tantos burócratas en el proceso, para los enviados imperiales era prácticamente imposible conseguir nada. Por mucho que el gobierno del planeta estuviese de acuerdo con una medida, para ponerla en práctica tenía que pasar por una infinidad de niveles de la burocracia local, lo que incluía a varios recaudadores, solicitantes, notarios, exentores, signatarios, exégetas, legisladores, codificadores, prescriptores y mandatarios. Y lo peor era que el sistema se había complicado tanto en los últimos cinco milenios que en muchas ocasiones ni siquiera los mismos burócratas sabían cómo hacerlo funcionar. Los encargados de comprobar que Sarosh se sometía no habían conseguido prácticamente nada en los últimos doce meses en lo que a un auténtico progreso se refería. El planeta se encontraba tan lejos de someterse de verdad como lo había estado el día que lo descubrieron.

La *Jinete Veloz* había permanecido anclada sobre el planeta durante todo el proceso mientras los enviados de la flota se esforzaban por superar el laberinto burocrático de Sarosh. Era un vestigio del primer descubrimiento del planeta, dejado atrás con la esperanza de que la

presencia de los astartes ayudaría a que los líderes de Sarosh se concentraran en completar el proceso más de prisa. Sin embargo, durante doce meses los guerreros de la Legión de Cicatrices Blancas tuvieron que soportar un largo período de inactividad impuesta. Estaban indignados. Los comandantes superiores de la flota habían empezado a temer el momento de enviar las instrucciones estratégicas semanales cuando Shang Khan exigía saber cuánto tiempo más tenían que esperar allí de brazos cruzados él y sus hombres. El líder de los cicatrices blancas parecía sentir una aversión especial por el lord gobernador electo Harlad Furst, el hombre encargado de controlar los territorios de Sarosh en nombre del Emperador una vez que el planeta se hubiese sometido.

—¡Si esta gente está de nuestro lado, certifíquelo para que podamos marcharnos de este lugar! —se oyó gritar a Shang Khan al gobernador en más de una ocasión—. Si no lo están, hágamelo saber y lucharemos contra ellos para que se arrepientan de su locura. Escoja la opción que quiera, ¡pero haga el favor de tomar una decisión de una vez por todas!

En realidad, lord Furst y sus funcionarios no habían tomado ninguna decisión. En un golpe maestro burocrático, aplazaban continuamente la sentencia final y daban cualquier excusa que se les ocurriese en un intento de atrasar el asunto de manera indefinida, una maniobra que a menudo hacía que los astartes despreciasen el creciente elemento político que formaba parte de la cruzada.

Y de este modo pasaron doce meses improductivos que aumentaron la frustración de los cicatrices blancas hasta que un día, por fin, Lion El'Jonson recibió una solicitud para vigilar, junto a sus ángeles oscuros, el planeta Sarosh durante un intervalo de dos meses para que los cicatrices blancas pudieran realizar otros cometidos.

Entretanto, el lord gobernador electo Furst recibió un mensaje que insistía en que la 4.ª Flota de Expedición debía dirigirse a otro lugar donde se la requería y no podía orbitar alrededor de Sarosh eternamente. La notificación comunicaba a Furst que se le había concedido un período de gracia. Tenía dos meses para resolver la cuestión de la subordinación del planeta de un modo u otro. De no hacerlo, sería destituido de su cargo y

Lion El'Jonson obtendría la potestad de decidir el destino de Sarosh como creyera conveniente.

Más tarde, ya concluida la ceremonia, llegaron las inevitables formalidades sociales. Los astartes y los distintos dignatarios empezaron a socializar y a conversar, mientras los sirvientes de la flota circulaban entre ellos con bandejas de plata repletas de bebida y de comida.

Aunque estas reuniones siempre le hacían sentir incómodo, Zahariel hizo todo lo posible por mezclarse con el resto. Antes de darse cuenta estaba junto a un inmenso portal panorámico observando cómo Sarosh rotaba lentamente en el vacío, tal y como lo había estado haciendo unas horas antes acompañado de Nemiel en la *Ira de Caliban*. Tal vez dijera demasiado de la peculiar manera de pensar de los ángeles oscuros, pero en aquel momento lo que más le llamaba la atención era lo grande que era la cubierta de observación de la *Causa Invencible* en comparación con la de la *Ira de Caliban*. Influidos en parte por las tradiciones monásticas de la Orden, los ángeles oscuros se caracterizaban por una espartana austeridad. Cada centímetro de su nave cumplía una función, desde la sala de artillería donde se controlaba el funcionamiento de las baterías de cañones de la nave hasta las celdas de práctica donde los astartes ponían a punto sus habilidades, todo servía a un propósito bélico.

En contraste, el interior de aquella nave hacía que Zahariel tuviera la sensación de estar en el palacio de un noble en lugar de estar en un crucero de guerra. Suponía que toda aquella decoración pretendía representar la grandeza del Imperio. Pero, a sus ojos, la ornamentación que recargaba prácticamente toda la superficie interior de la nave resultaba demasiado elaborada, incluso ostentosa para una nave hecha para la batalla. Naturalmente, las naves de los ángeles oscuros también tenían su propia decoración con estilo discreto, pero las puertas, las paredes y los techos de la *Causa Invencible* estaban cubiertos de detalles dorados. Si una sala era una conversación entre el arquitecto que la construyó y la gente que hacía

uso de ella, aquella cubierta de observación gritaba con una decena de voces discordantes.

Era una cubierta enorme, con un inmenso techo abovedado que recordaba a las grandes catedrales en ruinas de la antigua Caliban. En una de las paredes predominaba el ventanal junto al que se encontraba Zahariel. Con más de sesenta metros de altura, el portal estaba compuesto de varios paneles arqueados que parecían las vidrieras de un lugar de culto pagano. No era tanto el mirador en sí, sino lo que representaba. La decoración de la cubierta de observación pretendía simbolizar el mensaje del Imperio, con frescos de algunas de las mayores victorias obtenidas, así como con retratos de todos los capitanes que habían estado al mando de la nave en sus doscientos años de historia, pero igualmente recordaba a muchos de los lugares de idolatría que la gente de Caliban había destruido en los albores del planeta.

—Parece la casa de citas de una cortesana —dijo una voz bronca, ofreciendo una perspectiva diferente.

El sentido mejorado del oído de Zahariel le había advertido de la llegada de un hermano astartes. Se volvió y vio a Kurgis frente a él con dos copas de vino que parecían dedales en las manos del cicatriz blanca.

—Lo siento, no te entiendo, hermano.

—Este lugar —Kurgis inclinó la cabeza para indicar la gran curva de la cubierta de observación que los rodeaba—. Decía que pienso lo mismo que tú al respecto, hermano. Demasiado recargado, demasiados adornos dorados. Es como los palacios de las cortesanas de las ciudades de Palatine, no una nave de guerreros.

—¿Tan transparente soy? —preguntó Zahariel—. ¿Cómo sabías lo que estaba pensando? ¿Eres uno de los bibliotecarios de tu legión?

—No —respondió Kurgis—. No soy un psíquico. Algunos hombres tienen el don de ocultar sus pensamientos de los demás. Podrías mirarlos a la cara durante años y jamás sabrías lo que están pensando. Tú no eres así. He visto tu expresión mientras observabas este lugar. Gracias a eso he podido adivinar lo que pasaba por tu mente.

—Pues has acertado bastante —admitió Zahariel.

—También me ha ayudado reconocer la sensación. Yo pensé exactamente lo mismo al ver este lugar. Pero dejemos de hablar de ello. Te he traído una copa. Cuando los hermanos se encuentran, es bueno que compartan el vino y que hagan un brindis —Kurgis le ofreció una de las copas y levantó la otra para brindar.

—¡Por los Ángeles Oscuros! —dijo Kurgis—. ¡Y por el primarca Lion El'Jonson!

—¡Por los Cicatrices Blancas! —respondió Zahariel, alzando su propia copa—. ¡Y por el primarca Jaghatai Khan!

Apuraron los cálices y, cuando terminaron, Kurgis lanzó el suyo contra la pared. El estallido que produjo la copa de metal fue acogido con asombro por algunos de los dignatarios que se encontraban alrededor.

—Es la tradición —explicó el cicatriz blanca—. Para que las palabras de un brindis tengan valor debes romper la copa para que nadie pueda hacer otro con ella.

El hombre hizo un gesto de aprobación con la cabeza mientras Zahariel seguía su ejemplo y hacía añicos la copa contra la misma pared.

—Bienvenido seas, hermano. Quería hablar contigo porque te debemos nuestro agradecimiento.

—¿Agradecimiento? —se sorprendió Zahariel—. ¿Por qué?

Kurgis señaló a algunos de los cicatrices blancas presentes en la sala.

—Tú y tus hermanos nos habéis liberado. Sólo lamento que unos guerreros tan nobles tengan que tomar nuestra posición anterior y vigilar este estercolero de planeta.

—Aceptamos la misión de buen grado —dijo Zahariel—. Es una cuestión de deber.

—Sí, es deber —respondió Kurgis, elevando una ceja en un gesto de interrogación que marcó aún más la red de finas cicatrices de honor que cruzaban sus mejillas—. Pero sólo estáis siendo diplomáticos, hermano. No me cabe duda. Estoy convencido de que hubo quien se pronunció en contra cuando recibisteis las órdenes. Los Ángeles Oscuros sois una legión demasiado valiente y resuelta como para aceptar semejante misión sin protestar. Como dijo Shang Khan, es una misión dura y onerosa para

cualquier astartes. Somos guerreros, todos nosotros, los mejores del Emperador. Deberíamos estar surcando la galaxia, librando batallas contra el enemigo. Y, en cambio, nos vemos obligados a actuar como perros guardianes.

De repente dejó de hablar y miró a Zahariel de cerca.

—¿Qué pasa? —preguntó el cicatriz blanca—. Estás sonriendo. ¿He dicho algo gracioso?

Zahariel negó con la cabeza.

—No, nada, es sólo que tus palabras me han recordado algo que un amigo mío ha dicho antes. El también piensa que nos están tratando como perros guardianes.

—¿En serio? Pues es un hombre inteligente, ese amigo tuyo.

Kurgis se volvió a observar la amplia sala que los rodeaba.

—Tengo entendido que habéis traído un buen número de guerreros con vosotros, ¿verdad? Sólo lo pregunto porque me sorprendió ver que vuestro señor del capítulo dirigía vuestra escuadra.

—Nos dirigen el León y Luther —dijo Zahariel.

—Lo sé, pero vuestro oficial de línea es Sar Hadariel, ¿no?

Siguiendo la dirección de la mirada del otro hombre, Zahariel se volvió hacia el señor del capítulo Hadariel, que se encontraba hablando con Shang Khan y unos cuantos oficiales de la flota.

Shang y los guerreros de su escolta eran más altos que el señor del capítulo de los Ángeles Oscuros, y le sacaban casi lo mismo que les sacaba Hadariel con su poderosa armadura a los seres humanos corrientes que lo rodeaban.

Zahariel advirtió que Hadariel gesticulaba con las manos mientras hablaba y hacía movimientos exagerados, como si tratase de demostrar que no le intimidaba la presencia física de los cicatrices blancas. Era una escena de la que ya había sido testigo muchas otras veces y no estaba seguro de que Hadariel fuera consciente de que lo hacía. No era la primera vez que sentía compasión por su señor del capítulo. Antes de que el Emperador llegase a Caliban, Hadariel se consideraba uno de los mejores caballeros de la Orden. Zahariel recordó haber estado bajo su mando

cuando realizaron el último asalto a la fortaleza de los Caballeros de Lupus.

Había sido una gran victoria, una victoria muy importante en la historia de Caliban, pero la llegada del Imperio tuvo sus pros y sus contras para Hadariel. Los astartes lo escogieron para unirse a la Legión de los Ángeles Oscuros, pero al igual que muchos de los primeros elegidos, era demasiado viejo para beneficiarse de la implantación de la semilla genética.

En vez de ello, Hadariel y otros como él, incluido Luther, se sometieron a un sinfín de procedimientos quirúrgicos y químicos diseñados para aumentar su fuerza, su resistencia y sus reflejos a niveles sobrehumanos. Eran más altos, más fuertes y más rápidos que los hombres corrientes, pero, a pesar de todo, no eran astartes. Y nunca lo serían.

—Debe de ser duro ser un hombre como Hadariel —dijo Kurgis.

—Sí —asintió Zahariel—. Mi comandante es un guerrero ejemplar. A pesar de que carece de las habilidades de un verdadero astartes, ha llegado muy lejos en la legión.

—¿Cuenta con el favor del León desde los viejos tiempos?

Zahariel negó con la cabeza.

—El León no tiene preferidos. Hadariel llegó a ser el señor del capítulo por sus propios méritos. Es una lástima que parezca que no acabe de encajar en el puesto.

—¿A qué te refieres?

Zahariel no estaba seguro de cuánto podía hablar, ya que Kurgis pertenecía a otra legión y los ángeles oscuros valoraban su privacidad, pero tenía la sensación de que podía confiar en aquel guerrero.

—Desde su nombramiento, el papel de líder parece haberle superado. Choca constantemente con sus oficiales y con los demás señores de capítulo y tiene tendencia a discrepar con ellos en cualquier asunto imaginable. Es como si estuviese convencido de que todos los que le rodean lo menosprecian y lo insultan sutilmente.

—Supongo que todo se debe al hecho de que nunca recibió la semilla genética.

—Es posible —asintió Zahariel—. O tal vez su ascenso de rango se alimentase tanto del deseo de probarse a sí mismo como de la devoción por el ideal imperial.

Zahariel omitió que, según los rumores, el León había hablado con él seriamente acerca de su irritabilidad. A pesar de todos sus logros, Hadariel no parecía poder escapar de su convicción de que los demás lo miraban por encima del hombro porque no era un astartes completo.

—Hadariel siempre nos dirige cuando envían a nuestro capítulo a un nuevo escenario de operaciones —explicó Zahariel—. Le gusta ver las cosas por sí mismo.

—Una práctica muy inteligente —apuntó el guerrero.

Kurgis volvió a observar el planeta Sarosh a través del ventanal y mantuvo la mirada durante varios segundos, como si midiese las palabras que estaba a punto de pronunciar.

—No te fíes de ellos —dijo el cicatriz blanca.

—¿De quién?

—De la gente de Sarosh —respondió Kurgis. Se volvió por completo hacia el ventanal y señaló el planeta—. Aún no los has conocido, hermano, así que pensé que debía advertirte. No te fíes de ellos y no les des la espalda.

—Pensaba que eran pacíficos. Según los informes han sido cordiales desde el principio.

—Lo han sido —asintió Kurgis—, pero aun así, yo que tú no me fiaría. No si tienes algo de sentido común, hermano. Y tampoco te fíes de los informes. El lord gobernador electo Furst y sus compinches tienen demasiada influencia en lo que se escribe en ellos —se volvió y señaló con un gesto al dignatario de cabello cano engalanado con una medalla, rodeado de un montón de aduladores en un extremo de la cubierta.

—¿Ese es el lord gobernador elector? —preguntó Zahariel.

—En su día fue un gran general —le explicó Kurgis, encogiéndose de hombros—, o eso dicen. En ocasiones sucede. Convierten a un hombre en jefe, y de repente lo único que le importa es su estatus. Se vuelve sordo

ante todas las voces que no intentan adularlo y halagarlo. Y antes de darse cuenta, sólo escucha a aquellos que le dicen lo que quiere oír.

—¿Y eso es lo que está pasando con Sarosh?

—Sin duda —afirmó Kurgis, frunciendo los labios con frustración—. Si Furst tuviera algo de sentido común se preguntaría a sí mismo por qué la cosa no avanza. Si de verdad quisieran formar parte del Imperio, como dicen, estarían dispuestos a remover hasta las mismas estrellas si hiciera falta para satisfacer nuestros requisitos. Y sin embargo, cada vez lo retrasan más y muestran más intransigencia. No me malinterpretes, los habitantes de Sarosh son indefectiblemente corteses. Pero siempre que surge un problema respecto al proceso de subordinación, levantan las manos y lloriquean como mujeres lamentando la muerte de un anciano. Al oírlos te harán pensar que todo son accidentes y mala suerte. Por eso no me fio de ellos. O están intentando retrasar su subordinación a propósito o son la gente más desafortunada de la galaxia. Y, no sé tú, hermano, pero yo no creo en la suerte. Ni en la buena ni en la mala.

—Yo tampoco —respondió Zahariel. Y examinó a la multitud de figuras presentes en la cubierta de observación en busca de uniformes desconocidos—. No veo a ningún representante de Sarosh en esta reunión.

—Los verás mañana —le informó Kurgis—. Han programado una celebración. Quieren daros la bienvenida tal y como nos recibieron a nosotros hace un año. Habrá una fiesta y distintos actos de entretenimiento, tanto aquí, en la Causa Invencible, como en la superficie de Sarosh. Estoy convencido de que todo será muy… cordial. Sin duda los líderes de Sarosh os harán muchas promesas. Os dirán que la subordinación está a la vuelta de la esquina. Que trabajan día y noche para lograr los requisitos que el Imperio les ha exigido. Hablarán efusivamente de la devoción que sienten hacia la causa del Imperio y de lo felices que son de que hayáis venido a rescatarlos de su ignorancia. No les creas, hermano. Siempre he pensado que un hombre muestra su auténtica valía con sus acciones, no con sus palabras. Y hasta ahora, estas gentes no parecen poseer ninguna.

—Entonces ¿dudas de sus intenciones? —inquirió Zahariel—. ¿Crees que están retrasando su subordinación por algún motivo?

—No lo sé. Como se dice en mi mundo natal: «Si uno rastrea las huellas de un lobo, es muy probable que acabe encontrándolo». Pero no puedo ofrecerte ninguna prueba de mis sospechas, hermano. Sólo pensé que debía advertirte, haciendo honor al espíritu de camaradería. Recela de esta gente. No te fíes de ellos. Pronto, los Cicatrices Blancas abandonaremos este lugar. Shang Khan ya ha ordenado los preparativos para ponernos en marcha y dirigirnos hacia nuestra nueva misión. La *Jinete Veloz* abandonará este sistema dentro de cuatro horas.

Kurgis sonrió, aunque lo que dijo no tenía nada de gracia.

—Después, estaréis solos.



VEINTE

—¿Y cómo son esos ángeles vuestros? —le preguntó Dusan con la cara oculta bajo una impasible máscara dorada—. Según los relatores, los ángeles oscuros son unos gigantes fieros y belicosos. Montan las estrellas a horcajadas y descargan destrucción. ¿Han venido a aniquilarnos? ¿Debemos temerles?

—No tenéis nada que temer —respondió Rhianna Sorel, maldiciendo a los relatores calibanitas para sus adentros por sus exageraciones. Estuvo a punto de fruncir el ceño, pero se recordó a sí misma que Dusan sí veía su rostro aunque ella no pudiese ver el suyo—. Sí, la Legión de los Ángeles Oscuros lucha contra los enemigos del Emperador, pero eso no incluye a los habitantes de Sarosh. Vosotros formáis parte del Imperio. Sois nuestros hermanos.

—Es un alivio oír eso —dijo Dusan, volviéndose para señalar la ciudad con un ademán de su brazo—. Nos hemos tomado muchas molestias para preparar su recibimiento, para darles la bienvenida. Sería toda una tragedia que hubiesen venido para destruirlo todo. Esta ciudad es preciosa, ¿verdad? ¿Es digna de vuestro creador de imágenes?

—Es más que digna —respondió ella, sujetando el grabador que le colgaba de una correa cruzada sobre el hombro—. Con vuestro permiso,

me gustaría tomar unas fotografías antes de que cambie la luz. Me servirán de referencia cuando esté componiendo.

—Como deseéis.

Se encontraban en un balcón observando la ciudad de Shaloul, la capital planetaria de Sarosh. Hacía casi doce meses que Rhianna había llegado al planeta, pero durante todo aquel tiempo apenas le habían permitido desplazarse por su superficie. A pesar de la actitud amistosa de los habitantes y de la aparente benevolencia de su cultura, oficialmente este mundo aún no se había sometido. Estaba claro que los comandantes imperiales se resistían a dejar a los civiles en el planeta más de lo necesario, aunque Rhianna sospechaba que los líderes de los astartes tenían parte de culpa en el bloqueo de acceso de las peticiones de los civiles. No sabía si la situación era la misma en todas las flotas de la cruzada, pero los astartes de la 4.ª Flota parecían querer impedir cualquier intento de registrar a las sociedades nativas en su estado preimperial.

Rhianna era compositora. Tenía entendido que las canciones populares de Sarosh se caracterizaban por hechizantes melodías que incorporaban los sonidos de varios tipos de instrumentos musicales tradicionales que sólo existían en ese mundo, pero eso era lo que había averiguado al hablar con los soldados del Ejército Imperial, que habían visitado el planeta con más regularidad que ella.

En todo aquel tiempo aún no había escuchado nada de su música. Tenía en mente la idea de una sinfonía que combinase las melodías populares de Sarosh con la grandilocuente música que estaba de actualidad en el Imperio en aquellos momentos. Pero hasta que no escuchase sus melodías, no tenía manera de saber si la idea era viable. De momento, se conformaba con tomar fotografías de la ciudad que le sirviesen de inspiración.

Dusan tenía razón. Era preciosa.

El sol se estaba poniendo y, en respuesta a la inminente llegada de la noche, la ciudad empezaba a mostrar su aspecto más seductor, encendiendo los globos de iluminación. A diferencia de otras ciudades, Shaloul no poseía ningún tipo de sistema de alumbrado comunitario. En su

lugar, por orden de los fundadores de la ciudad, cada habitante recibía tres globos para iluminar su camino cuando abandonaban sus casas.

Ya fuesen hombres, mujeres o niños, cuando salían, todos los ciudadanos iban acompañados de brillantes globos luminosos que flotaban sobre ellos. El efecto desde el balcón donde se encontraba Rhianna de la gente que salía a los restaurantes o los bares de la ciudad, o que simplemente iba a dar un paseo nocturno, era fascinante. Toda la capital parecía estar viva gracias a aquellas bolas de luz flotante, como un mar revuelto de estrellas. Era extraordinario, pero aquélla era sólo u una de las muchas maravillas que presentaba la ciudad.

A diferencia de muchos otros asentamientos que había visto, en Terra o en cualquier otra parte de la galaxia, Shaloul no estaba masificado. Era una ciudad de horizontes abiertos.

Tampoco estaba sucia. Desde el primer instante en que la vio, saltaba a la vista que era una ciudad diseñada para el ocio. Estaba plagada de bulevares y de amplios espacios públicos, de parques y jardines, y de fantásticos monumentos y grandes palacios. Rhianna estaba acostumbrada a las ciudades colmena, a la aglomeración y la miseria del hacinamiento, a que todas las moradas se construyesen incómodamente cerca de las de los vecinos. Shaloul era totalmente diferente. Parecía el lugar más amable y más cordial que había visto jamás.

Sus habitantes decían que hacía más de mil años que su sociedad no había estado en guerra y, efectivamente, en la arquitectura de las ciudades no había ningún indicio que indicase lo contrario. Ningún muro rodeaba el perímetro de la ciudad y Rhianna no había visto ningún tipo de defensa o de fortificación.

En las pocas ocasiones en que se le había permitido visitar la ciudad, jamás había experimentado aquella sensación de malestar o el sentimiento de amenaza que solía invadirla al explorar las calles de una ciudad desconocida por primera vez.

Las calles de Sarosh parecían seguras.

Quizá fuese la naturaleza armoniosa y organizada de la sociedad del planeta lo que hacía que los astartes descartasen de cualquier intento de

registrarlo. A efectos prácticos, la ciudad de Shaloul parecía el lugar perfecto para vivir. Y lo mismo sucedía con el resto de Sarosh. Tal vez los astartes temían las comparaciones que sin duda surgirían entre el pasado y el presente una vez que el Imperio se saliese con la suya y el planeta se sometiese.

De pronto se extrañó de sus propios pensamientos. Ella servía al Imperio tanto como los astartes, pero se encontró a sí misma poniendo en duda su misión. Estas personas parecían ser felices con su vida. ¿Qué derecho tenían ellos a cambiársela?

«Es la ciudad», se dijo a sí misma.

El lugar estaba cargado de magia. No eran sólo las luces flotantes y la arquitectura. Era todo lo que la envolvía. Las pareces a ambos lados del balcón en el que se encontraban estaban cubiertas de plantas trepadoras con lustrosas hojas verdinegras y brillantes flores de color violeta. Liberaban una fragancia embriagadora, un aroma a musgo que se fundía con la esencia de la noche y que parecía poseer propiedades relajantes. Era fácil pensar que aquel mundo era un paraíso.

—¿Estáis satisfecha?

—¿Satisfecha?

Dusan señaló el grabador que tenía en las manos.

—Habéis dejado de manejar vuestra máquina. ¿Tenéis todo lo que necesitáis?

—Sí —contestó ella—. Pero esta máquina no sólo registra imágenes. También graba sonidos. Esperaba escuchar algo de vuestra música.

—¿Mi música?

Era imposible ver el rostro de Dusan bajo la máscara, pero el tono de duda de su voz revelaba su falta de familiaridad con las formas gramaticales góticas.

—¿Es una metáfora? Yo no soy músico.

—Me refería a la música de vuestra cultura —explicó Rhianna—. Tengo entendido que es exquisita. Esperaba poder escuchar alguna muestra.

—Habrá músicos en el festival de esta noche —respondió Dusan—. Para celebrar la llegada de los Ángeles Oscuros, nuestros líderes han decretado que sea fiesta a nivel mundial. Estoy convencido de que escucharéis música digna de registrar cuando nos unamos a la celebración. ¿Os complace la noticia?

—Sí, me complace —respondió Rhianna.

Había notado que las conversaciones con los habitantes de Sarosh tendían a ser poco naturales ya que éstos se enfrentaban a las dificultades de hablar un idioma recién aprendido. En algunos de los mundos que había visitado la cruzada había habido reacciones adversas entre los habitantes nativos al enterarse de que el Imperio esperaba que aprendiesen el gótico y que lo usasen en todos los asuntos oficiales. En Sarosh, sin embargo, recibieron la lengua oficial del Imperio con los brazos abiertos. Rhianna ya había visto algunas señales de Shaloul escritas en gótico y le habían comunicado que algunas de las grandes obras de la literatura del planeta ya se estaban traduciendo. Era otro de los signos de buena voluntad que los habitantes habían estado mostrando desde la llegada de la primera de las naves imperiales que orbitaban alrededor del planeta. Una vez más pensó en lo absurda que era aquella situación. A pesar del calor con el que la sociedad de Sarosh había recibido al Imperio, su planeta todavía no se había declarado oficialmente subordinado. Había oído muchos rumores en las naves de la flota sobre la burocracia de aquel mundo, pero a ella la burocracia del Imperio le resultaba igual de odiosa. Los habitantes de Sarosh demostraban constantemente que eran gente amistosa y pacífica, dispuesta a ocupar su lugar en la amplia fraternidad de la humanidad.

¿Cómo podía alguien hallar razones para desconfiar de ellos?

«No te fíes de ellos», le había dicho Kurgis. Tras tan sólo un día orbitando alrededor del planeta Sarosh, todo indicaba que el cicatriz blanca le había dado un buen consejo sobre sus habitantes.

No tenía pruebas que lo confirmaran. Era más una sensación, un presentimiento que había surgido de su potencial psíquico en ciernes. Si

alguien le hubiese pedido que diese su opinión acerca de aquella gente, poco podría decir para explicar su desconfianza. Normalmente tenía tendencia a confiar. Zahariel era un hombre noble. Uno de sus puntos débiles era que en ocasiones cometía el error de caer en la trampa de creer que todo el mundo era tan noble como él.

Nemiel era más desconfiado y siempre cuestionaba las intenciones de los demás. Zahariel confiaba en todo el mundo. Sentía una aversión innata hacia la hipocresía y las ambigüedades. Y, sin embargo, sin motivo alguno, desconfió de los habitantes de Sarosh desde el momento en que los conoció.

Tal vez fuese a causa de las máscaras.

Por tradición, tanto los adultos como los niños de Sarosh siempre llevaban puesta una máscara. Excepto en sus momentos más íntimos y privados, los habitantes iban enmascarados a todas horas, no sólo en público, sino también en sus hogares. Zahariel había oído hablar de costumbres muy curiosas en los distintos mundos redescubiertos, pero la práctica de aquel planeta de cubrirse el rostro era sin duda la más insólita con la que se había encontrado jamás.

Las máscaras eran rígidas y estaban hechas de oro. Cubrían el rostro del portador por completo, excepto las orejas y el resto de la cabeza, y todas presentaban los mismos rasgos atractivos y estilizados, idénticos para hombres y mujeres. A Zahariel le recordaban las máscaras de cerámica que se hacían en algunas culturas tomando como molde los rostros de los difuntos. Esas máscaras funerarias siempre le habían provocado una sensación de vacío. Poseían las dimensiones y los rasgos del rostro en cuestión, pero una vez muertos, eran incapaces de captar la verdadera naturaleza del sujeto. Les faltaba algo vital, la ausencia de expresión y de detalle las reducía a una simple caricatura. Y lo mismo sucedía con las máscaras de Sarosh. Zahariel estaba convencido de que algún poeta vería alguna especie de metáfora romántica en el hecho de que aquellas personas se enfrentasen a la vida escondiéndose tras una máscara, pero él sólo veía una cultura acostumbrada a ocultar cosas.

Zahariel no era poeta, pero sabía que el rostro era una herramienta esencial en la comunicación humana. Revelaba los pensamientos y el estado de ánimo de la persona en cuestión con miles de minúsculos detalles. Pero al comunicarse con el pueblo de Sarosh, al Imperio se le negaba esta fuente de información y se veía obligado a tratar con fachadas imperturbables de sonrisas permanentes. No era de extrañar que tuviesen tantas dificultades para declarar al planeta subordinado.

Y luego estaba la cuestión de la justicia criminal de Sarosh o, más bien, la ausencia de ella.

También había sido Kurgis quien le había informado de esto.

—No tienen prisiones —le había dicho el cicatriz blanca, durante su encuentro tras el cambio de mando—. Uno de los topógrafos se percató de ello al analizar las imágenes aéreas de Shaloul. Comprobó los mapas de todos los asentamientos de Sarosh y confirmó sus sospechas: no hay prisiones ni ningún otro lugar en el que retener a los prisioneros.

—No en todas las culturas se encarcela a los criminales —apuntó Zahariel.

—Cierto —asintió Kurgis—. En Chogoris no lo hacíamos. Antiguamente, antes de la llegada del Imperio, seguíamos la ley de las llanuras. Era un código muy severo respetuoso con el paisaje. Si alguien cometía un crimen, se lo lapidaba hasta la muerte. O era atado de pies y manos y abandonado para que muriese en un páramo, sin agua, ni comida, ni armas. Si alguien asesinaba a otra persona, se lo esclavizaba y era obligado a servir a la familia del fallecido durante años hasta que pagase la deuda de sangre. Sin embargo, los saroshi se consideran una cultura civilizada. Pero desde mi punto de vista, a la gente civilizada no le gusta tener un sistema de justicia tan simple. Le gusta complicar las cosas.

—¿Les ha pedido alguien una explicación?

—Según ellos, la criminalidad es muy poco común en su mundo. Cuando alguien comete un crimen, castigan al criminal haciéndole cumplir más horas en su servicio burocrático.

—¿Incluso a los asesinos? —se extrañó Zahariel—. No puede ser.

—Y eso no es todo. Como parte del proceso de subordinación, los calculus logi de la flota solicitaron ver los datos censales demográficos de la última década. Yo soy un negado para los números, hermano, pero lo que comentaron los logi al regresar al strategium se me quedó grabado. Según el índice de natalidad del planeta y el número de muertes registradas en el censo, se calcula que la población de Sarosh es mucho mayor que las cifras que nos había proporcionado su gobierno. Cuando se les preguntó al respecto, aseguraban que los datos censales debían de estar equivocados.

—¿De qué cifras estamos hablando? —inquirió Zahariel.

—Del ocho por ciento —respondió Kurgis—. Sé que dicho así no parece demasiada diferencia, pero si los cálculos no fallan, significa que más de setenta millones de personas han desaparecido de la superficie de Sarosh durante los últimos diez años.

Hacía una noche fantástica. Conforme paseaba por las calles y los pasajes de la ciudad de Shaloul, Rhianna se maravillaba de las vistas tan extraordinarias que la rodeaban. El festival del que Dusan le había hablado antes estaba en pleno desarrollo. Las calles estaban repletas de gente enmascarada de fiesta. Las calzadas irradiaban color gracias a los ágiles bailarines que danzaban rítmicamente con trajes estrafalarios y dejaban cometas voladoras y largas serpentinas de papel a su paso.

Había malabaristas, payasos, contorsionistas, magos, actores, mimos, acróbatas y equilibristas. También había gigantes con zancos, tragadores de espadas y hombres que expulsaban fuego por la boca. Pero lo más importante es que también había música. Rhianna percibía extraños sonidos entre el alboroto del carnaval. Las canciones de Sarosh eran hermosas, pero desconcertantes. Cambiaban constantemente de atmósfera, alternando entre complejos patrones de armonía y discordancia, y expresaban emociones contradictorias de tristeza y alegría sin previo aviso.

Oyó notas musicales y cambios de tono que no sabía que existiesen, como si una característica especial de la música hubiese ampliado su capacidad de oído. Y bajo todos los sonidos, casi ocultas, se percibían las variaciones rítmicas más asombrosas que había escuchado en su vida. Al escuchar los sonidos de Sarosh, Rhianna entendió por primera vez lo perfecta y maravillosa que podía llegar a ser la música. Se había pasado la vida componiendo, pero nada de lo que había escrito podía compararse con aquellos fantásticos sonidos que resonaban en las calles. Era una experiencia tan embriagadora como el perfume de las flores del balcón.

Dusan estaba junto a ella, dirigiéndola entre la multitud con la mano en su codo. Aquel día, cuando Rhianna aterrizó, se les comunicó que las autoridades de Sarosh les habían asignado un guía para garantizar que no se perderían. Ella suponía que Dusan cumpliría la función de guardaespaldas y de todo lo demás, siguiéndola de cerca para que no tuviera ningún problema. En un principio, al conocerse, le preguntó a qué se dedicaba. Él le dijo que era un exégeta. Por lo que tenía entendido, era un experto en explicar cosas. Debido a la naturaleza de la burocracia de Sarosh, no era de extrañar que incluso los asuntos relativamente triviales acabasen convirtiéndose en cuestiones terriblemente complicadas, puesto que decenas de funcionarios tenían que pronunciarse al respecto, y cada uno interpretaba los estatutos del planeta a su manera.

En ocasiones, estas situaciones originaban eternas disputas que podían alargarse veinte años o incluso más, hasta que los implicados se olvidaban de la cuestión que había iniciado el conflicto. En estos casos se solicitaba la asistencia de un exégeta que investigase las causas de la disputa y las explicase a las partes involucradas para garantizar que todo quedaba completamente claro. Era un sistema curioso, pero por muy complejas que fuesen sus costumbres, Rhianna había tenido que soportar a escoltas mucho menos cordiales en el pasado. En los primeros meses tras la llegada a Sarosh, en las pocas ocasiones que se le había permitido explorar el planeta, la había acompañado medio escuadrón de soldados del Ejército Imperial, pegados a ella como aburridas y malhumoradas sombras. Resultaba bastante embarazoso, por no decir difícil, establecer cualquier

tipo de comunicación con los habitantes con una escuadra de hombres armados hasta los dientes a la espalda.

Afortunadamente, en los últimos meses, a instancia del lord gobernador electo Furst, la flota había adoptado un enfoque más inteligente. El planeta aún no se había sometido oficialmente al cien por cien, pero se decidió que era lo bastante seguro como para permitir que el personal imperial deambulase por él sin necesidad de ir acompañado de una escolta militar completa. Al mismo tiempo, con la esperanza de tender puentes entre los habitantes y los imperiales, el ejército y los comandantes de la flota empezaron a permitir que un mayor número de sus hombres visitasen Sarosh cuando estaban de permiso.

—Por aquí —le indicó Dusan.

En un momento dado, durante la noche, empezó a guiarla por las calles como si tuviese un destino específico en mente. Cada vez la agarraba más fuerte del codo, aunque Rhianna apenas se había dado cuenta.

Embriagada con la música y la esencia de las flores violetas, se dejaba llevar.

—¿Adónde vamos? —le preguntó, percibiendo vagamente que parecía que estaba ebria.

—Hay un lugar donde tocan mejor música —respondió él tras la máscara—. Ya casi hemos llegado.

Dusan empezó a andar más de prisa y la obligó también a ella a acelerar el paso, arrastrándola del brazo. De repente, al mirar a su alrededor, Rhianna advirtió que habían dejado atrás los bulevares principales y caminaban por estrechos y retorcidos callejones. Estaba oscuro. Los globos luminosos que flotaban sobre sus cabezas los habían abandonado y se habían quedado atrás en una esquina distante. Estaban solos en la noche. La única luz que había procedía de la hoz plateada de la luna en lo alto. A pesar de la oscuridad, Dusan avanzaba con paso firme. Parecía saber exactamente hacia dónde se dirigían.

—Dusan, esto no me gusta —le costaba hablar. Sentía la lengua adormecida—. Quiero que me lleves de vuelta.

No hubo respuesta. El exégeta no tenía ganas de dar más explicaciones y arrastró a Rhianna por los callejones mientras ella sentía que una especie de parálisis le trepaba por las piernas. Sabía que la había envenenado de algún modo. El aire era pesado, cargado con la esencia de las flores.

Flores. Tal vez fuese así como lo hizo. Empezó a tambalearse. Apenas podía mantenerse en pie, y menos luchar contra él.

—Dusan… —su voz sonaba hueca y distante—. ¿Por qué?

—Lo siento. Es la única manera. Los Melachim consideran que sois gente impura. Debemos impedir que tus ángeles mentirosos nos contaminen. Tú serás nuestra arma contra ellos, y me temo que habrá sufrimiento. Sé que suena cruel, pero te garantizo que no será en vano.

Giraron una esquina que daba a un patio. Más adelante, Rhianna vio una carretilla como las que se usaban para vender botellas a los que participaban en el carnaval. Junto a ella había dos figuras ataviadas con anchos trajes multicolor de los que colgaban nudos y lazos. Al verlos, Dusan la soltó del brazo y dejó que se derrumbase bruscamente sobre la superficie adoquinada del patio. Rhianna oyó cómo daba órdenes en su lengua nativa y después vio que las dos figuras avanzaban hacia ella. Había algo anormal en el modo en que se movían. Quien les hubiese hecho los trajes había intentado ocultarlo, pero ella lo veía claramente. Caminaban de lado y doblaban las rodillas y los tobillos de un modo muy extraño. Aquella particularidad le recordó al movimiento de los reptiles. Había algo antinatural en ellos. Cuanto más se acercaban, más se convencía de que no eran humanos. Paralizada, lo único que podía hacer era observar cómo se aproximaban y se cernían sobre ella. Cuando las dos extrañas figuras se inclinaron para alzarla entre ellos, la máscara de uno de ellos se deslizó durante un instante.

Vio su auténtico rostro.

La parálisis no pudo impedir que gritase.



VEINTIUNO

—No es por quitarle importancia a lo que potencialmente es una terrible tragedia humana —dijo Nemiel—, ¿pero recuerdas que me dijiste que era posible que setenta millones de personas hubiesen desaparecido de Sarosh?

—Sí.

—Bien, pues creo que ya sé lo que les pasó. Por lo que parece, creo que su líder se los comió.

Hizo aquel comentario con un método de codificación privado, persona a persona, para que nadie pudiera escuchar la conversación. Por su parte, Zahariel se alegraba de llevar puesto el casco. De no ser así, las personalidades y los funcionarios que ocupaban la cubierta habrían advertido su repentina sonrisa.

El intercambio tuvo lugar en la cubierta de embarque. Una delegación de oficiales del gobierno de Sarosh habían visitado la *Causa Invencible* en una lanzadera, y el León había insistido en que se les recibiese con todo tipo de formalidades. Zahariel había sido elegido para guiar a la guardia de honor del grupo de Sarosh junto con Nemiel y un grupo de hombres de las primeras escuadras de sus respectivas compañías. Era un asunto muy serio, al menos para el comandante de la legión.

Zahariel nunca se había sentido del todo cómodo en este tipo de acontecimientos, pero su devoción por el deber le hizo aceptar la tarea sin protestar. Aun así, habría sido mucho más fácil verla con solemnidad de no ser por la voz de su primo en su oído, denigrando en secreto a los invitados y menospreciando sus pretensiones.

—En serio, míralo —dijo Nemiel, sin que nadie lo oyese excepto Zahariel—. Es casi tan grande como un astartes, pero sólo en la panza. Esta gente debería empezar a llamarlo «lord Ancha Excelencia».

Era cierto, lord Alta Excelencia, su verdadero título, era tremendamente obeso. Medía poco menos de dos metros de altura, pero la enorme circunferencia de su vientre era tan pronunciada que parecía más una bola con brazos y piernas que un ser humano. Su estatura resultaba el doble de inusual porque todos los demás habitantes que Zahariel había visto hasta la fecha tenían una constitución delgada y ágil. A pesar de su recelo respecto a su costumbre de ir enmascarados, tenía que admitir que eran gente muy elegante.

Dejando a un lado la extravagancia de las máscaras doradas, los hombres y mujeres de Sarosh se inclinaban por las prendas sencillas, y llevaban poco más que unas sandalias y una toga ancha que envolvía sus cuerpos y que sujetaban con unos broches de metal a la altura del hombro y un cinturón. Por lo que había oído, su modo de vida era igual de sencillo, y llevaban una existencia tranquila y pacífica libre de guerra y de violencia. Según los inspectores imperiales, la única vez que los habitantes de Sarosh mostraban un exceso de emoción era durante los festivales como el que se estaba celebrando en la superficie del planeta por la incorporación de los Ángeles Oscuros a la flota imperial. Durante estos carnavales, muchas de las normas de comportamiento social se suspendían y se permitía un libertinaje temporal, lo cual había sorprendido gratamente al personal de la flota y del ejército, a quienes se había concedido un permiso para asistir a los festejos.

Como astartes que era, estaba por encima de aquellas preocupaciones, pero Zahariel entendía que hubiese un sentimiento de decepción generalizado entre algunos de los oficiales de la flota a quienes el deber

había obligado a quedarse a recibir al lord Alta Excelencia y a sus delegados cuando preferirían estar en el carnaval.

Zahariel había ordenado a los hombres de la guardia de honor que formasen dos filas, una frente a otra, y que dejasen un amplio pasillo entre ellos para que pasasen el lord Alta Excelencia y su séquito. El León había ofrecido enviar una de las Stormbird de los Ángeles Oscuros para recoger al grupo, pero lord Alta Excelencia había insistido en usar su propia lanzadera, un vehículo antiguo con motores descomunales que se elevaba con dificultad a través de la gravedad planetaria y que acababa de pasar el ondeante campo de fuerza que evitaba que la atmósfera interna escapase al espacio.

Zahariel no sabía qué aspecto esperaba que tuviese el líder político superior del planeta, pero una corpulenta y tambaleante criatura como la que emergió de la lanzadera jamás se le había pasado por la cabeza. Puesto que había crecido en el duro entorno de Caliban, Zahariel nunca había visto a nadie a quien se pudiese llamar obeso hasta que dejó su mundo natal y visitó otras culturas humanas en otros lugares del Imperio.

Sorprendentemente, a diferencia del resto de su gente, lord Alta Excelencia no llevaba máscara. Su rostro estaba expuesto y revelaba a un sudoroso y rubicundo hombre de mediana edad con cuello de sapo que parecía ser incapaz de moverse más de prisa que el paso lento de una procesión.

Tenía un símbolo dibujado en la frente con tinta color añil: un círculo con dos alas de distinto tamaño en la base abiertas hacia arriba. Como si de un bárbaro potentado se tratase, iba acompañado de jóvenes mujeres con cestas de flores moradas que iban esparciendo a su paso para que acabasen convertidas en pulpa aromática bajo sus fuertes pisadas.

—¡Visitantes a bordo! —gritó Zahariel, cambiando el canal de su casco para dirigirse al exterior mientras lord Alta Excelencia avanzaba entre las filas de Ángeles Oscuros—. ¡Guardia de honor, saluden!

Como si fuesen uno solo, los Ángeles Oscuros siguieron sus instrucciones y cruzaron los brazos sobre el pecho haciendo la señal del aquila.

—Ángeles del Imperio, os saludamos —dijo lord Alta Excelencia, saludando con su mano hinchada mientras pasaba—. Alabado sea el Emperador y todas sus obras. Bienvenidos a Sarosh.

—Bienvenido a la nave insignia *Causa Invencible*, mi señor —dijo el León, adelantándose para saludarlo.

Tras él, Luther parecía estar presenciando la ceremonia con el mismo agrado que Zahariel.

El primarca de los Ángeles Oscuros vestía su armadura ceremonial, con su túnica recién planchada y almidonada con el símbolo de los Ángeles Oscuros resaltado en hilo carmesí.

—Soy Lion El’Jonson, comandante de la I Legión, los Ángeles Oscuros.

—¿Comandante de la legión? —preguntó lord Alta Excelencia, levantando una ceja pintada—. Entonces vos sois el autarca aquí, ¿no? ¿Estos ángeles os sirven?

—Sirven al Emperador —corrigió el León—, pero si lo que queréis saber es si soy su líder, la respuesta es sí.

—Me alegro de conocerlos, señor de los ángeles. Tenemos mucho de qué hablar. Mi gente está ansiosa por convertirse en… subordinada, creo que lo llaman. Ya se ha perdido demasiado tiempo a causa de estúpidos malentendidos culturales. Hoy comenzará una nueva página en nuestra relación. ¿Están presentes los demás líderes de la flota? Esperaba poder dirigirme a todos ellos y confirmar que estamos preparados para dar los pasos finales necesarios para convertirnos en auténticos ciudadanos imperiales.

—Estoy convencido de que se alegrarán de oír eso —respondió el León, mientras se volvía para indicarle el camino para abandonar la cubierta—. Si sois tan amable de seguirme, he organizado una recepción donde conoceréis al resto de comandantes de la flota. Allí podréis expresaros e iluminarnos con vuestras ideas.

—¿Iluminaros? ¿Eso significa producir luz? —sonrió el obeso—. Sí, es una buena palabra. Hay muchas cosas que no entienden sobre mi gente. Espero poder iluminarlos a todos.

La cubierta de embarque solía estar muy concurrida, pero la de la *Causa Invencible* se quedó prácticamente desierta cuando el León, lord Alta Excelencia, su séquito y el resto de dignatarios la abandonaron.

Cuando se marcharon, la tripulación y el servicio que formaban la guarnición permanente de la cubierta volvieron a las tareas rutinarias de mantenimiento que se habían visto interrumpidas por la llegada de la lanzadera saroshi y por el comité de bienvenida que la había recibido.

Libres de la presencia de los intrusos que habían ocupado inútilmente su espacio de trabajo, la tripulación compensó la pérdida de tiempo asegurándose de que todas las naves que se encontraban inactivas tenían combustible y que estaban perfectamente preparadas para partir cuando se diese la orden.

Zahariel permaneció en la cubierta de embarque, mientras que Nemiel y sus guerreros habían seguido al primarca y a los enviados de Sarosh al lugar donde se decidiría el destino del planeta.

Sabiendo que, independientemente del resultado de la conversación entre el León y lord Alta Excelencia, él y el resto de los ángeles oscuros pronto se desplegarían por la superficie de Sarosh, Zahariel decidió permanecer en la cubierta de embarque para prepararse para el despliegue.

El despliegue sobre un planeta era una operación muy peligrosa, y había que analizar más de un millón de tareas antes de que los astartes se encontrasen con el enemigo, si es que ése era el destino de Sarosh.

Zahariel pronto se concentró en su labor de preparar su armadura y sus armas para el descenso, de modo que no oyó los pasos que se acercaban hasta que quien los daba se dirigió a él.

—Ya falta poco —dijo una voz amistosa a sus espaldas.

Zahariel se dio la vuelta y vio la imponente figura de Luther, aún resplandeciente con su armadura ceremonial negra y dorada.

—Me refiero al descenso a la superficie.

—Me lo imaginaba —respondió Zahariel—. Por eso quería estar preparado.

Luther asintió, y Zahariel tuvo la sensación de que el comandante quería decir algo más, pero no sabía cómo abordar el asunto. Luther le dio unos golpecitos en el hombro.

—Echémosle un vistazo a la lanzadera de Sarosh, ¿te parece? —le dijo.

Zahariel dirigió la mirada hacia la vieja y abollada nave, en la que apenas había pensado desde que había soltado su pesada carga.

—No parece gran cosa, ¿verdad? —dijo Luther, mientras caminaba por la cubierta.

Zahariel siguió al número dos del León y respondió:

—Por lo visto, los adeptos del Mechanicus la han escaneado mientras llegaba. Dijeron que se trata de un diseño obsoleto que se utilizaba antes de las guerras de Unificación en Terra, de modo que inmediatamente perdieron el interés.

—Bueno, ellos son inmunes al sentido romántico de la historia, Zahariel —explicó Luther, rodeando la destrozada nave con sus inmensos motores y su protuberante parte delantera—. Tiene claramente más de mil años. Debe de haber necesitado generaciones de mecánicos para mantenerla en funcionamiento.

—Entonces debería estar en un museo —dijo Zahariel mientras Luther se agachaba tras una ala pequeña y gruesa y examinaba la parte inferior del vehículo.

—Tal vez —asintió Luther—. Es la última reliquia en funcionamiento de una era temprana. Podría ser el único vehículo de Sarosh que aún consigue atravesar la atmósfera.

—¿Y por qué se molestan en usarlo? —preguntó Zahariel—. ¿Por qué no aceptaron la Stormbird que les ofreció el León?

—Quién sabe —dijo Luther frunciendo el ceño al darse cuenta de algo desconcertante—. Es posible que la mantuviesen en funcionamiento porque sabían que la iban a necesitar en el futuro.

—¿Para qué?

Luther surgió de debajo de la nave por el lado más alejado a Zahariel, y éste advirtió que el segundo al mando estaba totalmente pálido. Su rostro

se había vuelto lívido y miraba la nave con una expresión que Zahariel no sabía interpretar.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—¿Hmmm? —respondió Luther, dirigiendo la mirada hacia las grandes puertas arqueadas que habían traspasado anteriormente el León y la delegación de Sarosh—. Ah, claro, Zahariel. Lo siento, estaba distraído.

—¿Estás seguro? —insistió—. No tiene buen aspecto, señor.

—Estoy bien, Zahariel —le aseguró Luther—. Y ahora regresa con tus hermanos. No es bueno permanecer demasiado alejado de tus compañeros cuando puede que estéis a punto de entrar en combate. Da mala suerte.

—Pero tengo cosas que acabar aquí —protestó Zahariel.

—No te preocupes —insistió Luther, acompañándolo hacia la salida de la cubierta—. Vamos. Ve con tus compañeros y quédate allí hasta que te mande llamar. ¿Me has entendido?

—Sí, señor —respondió Zahariel, aunque en realidad no entendía aquel cambio de comportamiento tan repentino.

Se separó del número dos de la legión en la puerta de la cubierta de embarque mientras Luther observaba fascinado la lanzadera de Sarosh.

—¿Acostumbráis a seleccionar a hombres menudos para puestos de autoridad? —preguntó lord Alta Excelencia con tono despreocupado mientras permanecía con una multitud de dignatarios junto al amplio arco del ventanal de la cubierta de observación—. Lo pregunto porque me he fijado en que el hombre al que llamáis señor del capítulo no es tan alto como los hombres a los que dirige. Y lo mismo sucede con los líderes de su flota. —Lord Alta Excelencia señaló con un gesto a los oficiales del ejército, a los capitanes de la flota y a otros funcionarios imperiales allí reunidos—. Ellos también son más menudos que sus ángeles —continuó, con una expresión abierta y cándida—. ¿Acostumbráis a permitir que sólo los nacidos gigantes participen en la batalla mientras que los pequeños actúan como sus oficiales?

—No es una cuestión de costumbres —respondió el León con tono diplomático, mientras al señor del capítulo Hadariel lo invadía la ira—. Y tampoco hemos nacido gigantes. Los Ángeles Oscuros son miembros de los astartes. Somos producto de la ciencia del Emperador. Se nos ofrecen mejoras físicas para optimizar nuestras habilidades.

—Ah, entonces habéis cambiado —dijo el lord, asintiendo lentamente —. Os han creado de manera artificial. Ya entiendo. Pero ¿qué hay de usted, Sar Hadariel? Es más alto que la mayoría de los hombres, pero no tanto como sus guerreros. Por favor, ¿por qué es esto?

—Tuve mala suerte —respondió el señor del capítulo—. Cuando fui elegido era demasiado viejo para recibir la semilla genética. En su lugar, me sometí a varias intervenciones quirúrgicas para modificar mi cuerpo y convertirme en mejor guerrero.

Nemiel se encontraba en el otro extremo de la cubierta de observación con el resto de su escuadra, lo bastante cerca como para escuchar toda la conversación con su sentido del oído ampliado y se estremeció ante el tema de conversación de lord Alta Excelencia.

Era imposible que aquel hombre supiese lo susceptible que era el señor del capítulo con el hecho de no haber recibido la semilla genética. Sin quererlo, el líder saroshi había conseguido mencionar el tema que más probabilidades tenía de hacer que se cruzasen palabras y de crear una especie de brecha diplomática.

Hablaba mucho en favor de Hadariel el hecho de que hasta entonces hubiese conseguido ocultar cualquier gesto de ofensa ante las impertinentes preguntas del visitante. Nervioso por evitar cualquier posible arrebato de Hadariel, el León intervino:

—Deduzco que tenéis conocimientos acerca de estas tecnologías —dijo—. Habéis empleado el término «artificial». ¿Tiene experiencia vuestra cultura en ciencia genética?

—Sí, pero estoy aquí para discutir asuntos más importantes.

Dejando a un lado la cuestión con un ademán con la mano, lord Alta Excelencia se volvió hacia el amplio portal a su espalda. Extendió los

brazos como si agarrase la esfera azul de Sarosh, visible a través del ventanal.

—Es un mundo maravilloso, ¿no os parece? Nunca lo había visto desde este ángulo. Por supuesto, algunos de nuestros libros de historia incluyen imágenes del planeta tomadas desde su órbita, pero hasta hoy, la lanzadera que me trajo hasta aquí llevaba sin volar casi un siglo. E incluso si la hubiese hecho llevarme al espacio, sus puestos de observación son del tamaño de mi mano. De no ser por el Imperio, jamás habría tenido una vista tan magnífica ante mí. Os estoy muy agradecido. Poder ver el mundo que conozco, tener sus mares y sus continentes ante mí, me ha dado una nueva perspectiva.

—Y esto es sólo el principio, excelencia —dijo el gobernador electo Furst, quien, tal vez por haber notado la tensión, se adelantó y se situó junto al León—. Apenas podéis imaginar las maravillas que podemos ofrecer a nuestro mundo una vez subordinado.

—Ah, sí, la subordinación —dijo el obeso personaje, haciendo una mueca—. Una elección de palabras interesante. Hace referencia al proceso de cumplir una exigencia o una propuesta. Y también significa ser servicial, flexible y sumiso. ¿Y qué sucedería si no nos sometiésemos? ¿Va a desatar a sus ángeles, señor gobernador electo? ¿Nos destruirá si no cedemos a su voluntad?

—Bueno, yo… —respondió Furst, visiblemente avergonzado—. Eso es…

—Esa decisión no depende del gobernador —interrumpió el León—. Depende de mí. Vuestra pregunta conlleva una crítica a nuestro modo de actuar, excelencia. Debéis entender que el objetivo de esta cruzada es reunir todos los fragmentos perdidos de la humanidad. Hemos venido a vosotros como hermanos. No queremos tener que usar la fuerza para obtener vuestra subordinación, pero sabemos por experiencia que a veces es necesario. En ocasiones, ya sea por ignorancia o porque viven bajo el control de un régimen inadecuado, los habitantes de un mundo redescubierto optan por oponerse a nosotros. No importa. Hemos venido a

rescataros. Que deseéis ser rescatados o no es irrelevante para el resultado final.

—¿Y qué hay de nuestro régimen? —preguntó lord Alta Excelencia. El diplomático saroshi se volvió de nuevo de cara al León y a las filas de comandantes imperiales tras él—. ¿Qué pasará con el gobierno saroshi? ¿Les parece que somos inadecuados?

—Eso aún está por decidir —respondió el León—. Debo decir que me alegro de que hablemos tan abiertamente. Tenía entendido que vuestra gente tenía tendencia a ser… evasiva con estos asuntos.

—Sí, éramos evasivos —dijo lord Alta Excelencia, manteniendo fríamente la mirada del León—, hasta que vimos que se acercaba el momento en que nos veríamos obligados a tomar una decisión. Se dice que el Imperio no rinde culto a ningún dios. De hecho, está prohibido. ¿Es eso cierto?

—Así es —contestó el León, cogido por sorpresa ante el repentino cambio de tema de su invitado—. Pero ¿qué importancia tiene eso? Tengo entendido que en Sarosh compartís nuestro punto de vista respecto a la religión. No existe ningún clero ni lugares de culto.

—En eso os equivocáis —lo corrigió el obeso—. Nuestros templos se encuentran en lugares salvajes, en los bosques y en las cuevas, donde los mensajeros de nuestros dioses se comunican con sus representantes elegidos, los ascendim. Somos gente devota. Nuestra sociedad se basa en el divino mandato que se concede a los ascendim. Hemos seguido sus dictados durante más de mil años y hemos conseguido la sociedad perfecta.

—¿Por qué me entero de esto ahora? —dijo bruscamente el León, volviéndose hacia el gobernador electo y los demás dignatarios imperiales en busca de respuestas, sólo para descubrir que estaban tan desconcertados como él.

Se volvió de nuevo hacia el líder de los saroshi y preguntó:

—¿Nos lo habíais ocultado?

—Así es —admitió—. Nos resultó fácil puesto que la fe es algo privado para nuestra gente. Cuando los primeros exploradores imperiales

llegaron a nuestro planeta, no había nada que los ayudase a reconocer un rastro de religión, no tenemos grandes templos, ni recintos sagrados en las ciudades. Mantenemos nuestros lugares sagrados ocultos porque los Melachim así lo ordenaron.

—¿Los Melachim? —repitió el León, atónito.

—Son nuestros dioses. Ellos se comunican con los ascendim, los únicos que pueden oír sus divinas voces. Les hablan mientras caminan por la naturaleza, lejos de la civilización. Les dicen lo que se debe hacer y ellos transmiten su palabra al resto de la sociedad. Así es como conocemos la voluntad de los dioses.

—Eso es una estupidez —dijo el León, empezando a irritarse—. Sois gente racional. Tenéis una sociedad tecnológicamente avanzada. Debéis ser capaces de ver estas supersticiones como lo que son.

—Mostrasteis vuestro verdadero fondo demasiado pronto —explicó lord Alta Excelencia—. Cuando vuestros exploradores se presentaron, hablaron eruditamente de cómo habíais eliminado la religión y cómo la tildabais de ser una superstición infantil. Desde entonces supimos que erais perversos. Ninguna sociedad puede declararse justa y honrada si no reconoce la supremacía del poder divino. La verdad laica es una verdad falsa. En cuanto oímos que vuestro Emperador predica que sólo existen los falsos dioses conocimos su verdadera naturaleza. Es un demonio mentiroso, una criatura de falsedad, enviada por los poderes oscuros para pervertir a la humanidad.

Zahariel atravesó los pasillos de la nave hasta donde se alojaba el resto de su escuadra, repasando todo lo que tenía que hacer antes de volver a la Ira de Caliban y descender a Sarosh. Se hacía pocas ilusiones de que fuesen a hacerlo en breve, pues las advertencias de Kurgis de que la gente de Sarosh no era de fiar aún resonaban en sus oídos.

Al pensar en aquello, le vino a la mente de nuevo la expresión del rostro de Luther al levantarse tras inspeccionar la lanzadera saroshi y se preguntó qué habría visto el número dos de la legión que lo…

¿Que lo qué? ¿Lo perturbó?

Zahariel recordó cómo se había levantado, con la cara pálida y desencajada. ¿Qué podría hacer que un gran guerrero y un héroe como Luther se alterase de semejante manera? Cuanto más analizaba la imagen de su rostro, más divagaba su mente. Se centró en los ojos de aquel hombre cuya expresión se le había quedado grabada como si la estuviera viendo en ese mismo momento.

Y vio dolor y tristeza, y años de vivir a la sombra de otra persona.

Los sentidos de Zahariel, que se volvían cada día más precisos y sensibles gracias a los entrenamientos del hermano bibliotecario Israfael, intentaban descifrar las emociones y los sentimientos que traslucía la imagen de su mente.

«No te fíes de ellos… y no les des la espalda».

Zahariel se detuvo de repente como si una náusea lo atravesase. Como astartes que era, rara vez experimentaba este tipo de sensaciones; su metabolismo genéticamente mejorado compensaba casi todas las emociones que pudiesen desencadenar esta reacción. Sin embargo, aquello no era una reacción física, era una sensación súbita y real de que algo no iba nada bien. Y, peor aún, era consciente de no ser el único que sabía que algo no iba bien, pero sí el único que deseaba detenerlo.

La cubierta de embarque estaba desierta, y eso ya era extraño de por sí.

Zahariel llegó hasta el umbral de la puerta blindada y buscó al personal: a los técnicos, a los adeptos del Mechanicus y a los porteadores que deberían estar llenando el lugar de vida y de ajetreo.

Los únicos sonidos que se oían eran los silbidos y los crujidos de la cubierta y el típico repiqueteo constante de las naves, y Zahariel supo de inmediato que sus sospechas no eran infundadas.

Definitivamente, algo iba mal.

Atravesó la cubierta de embarque hacia la lanzadera saroshi y la rodeó en busca de algo que le llamase la atención o que se saliese de lo normal. Como había comentado con Luther, el diseño era viejo y obsoleto, y los motores eran inmensamente grandes para un vehículo tan pequeño. Se

agachó bajo una de las alas y avanzó a gatas por el vientre de la nave, con la esperanza de ver lo que había turbado a Luther.

La parte inferior de la lanzadera apestaba a aceite de motor y a fluidos hidráulicos. Las placas de metal estaban toscamente atornilladas y soldadas con poco cuidado para ser el trabajo de un profesional. Al principio, Zahariel no vio nada fuera de lo común y se adentró un poco más bajo la nave.

Pasó la cabeza junto a una placa suelta y…

Se volvió para mirar la placa. Las bisagras que la sujetaban estaban oxidadas y rígidas.

Entonces negó con la cabeza al darse cuenta de que era un milagro que aquella lanzadera hubiese siquiera traspasado la atmósfera, por no hablar del viaje de regreso.

Mientras observaba el panel abierto, de pronto fue consciente de lo que pasaba con la nave, al menos en parte. No se trataba de una lanzadera orbital, ya que no poseía ningún escudo térmico en la parte inferior. Era una simple nave atmosférica, diseñada para volar dentro de los límites del espacio aéreo del planeta, lo que explicaba el tamaño de los motores, que probablemente se añadieron posteriormente para permitir que su única nave llegase a la órbita.

Sin un escudo térmico, cualquiera que intentase descender a la superficie de un planeta con aquel vehículo moriría en el intento. La nave se convertiría en un cometa en llamas y el calor de la reentrada reduciría a toda la tripulación a cenizas antes de desintegrarse. Las personas que habían embarcado en esta nave lo habían hecho claramente sin ninguna intención de volver a la superficie. Aquello significaba que su viaje era sólo de ida. Zahariel salió de debajo de la lanzadera, aterrado ante la idea de haber sido abordados por enemigos que fingían ser amigos. Observó la nave y la vio como el terrible transporte del enemigo que era en realidad.

«¿Pero qué esperan conseguir?», susurró para sí mismo.

Tan sólo habían abordado la Causa Invencible unos cuantos habitantes, demasiado pocos incluso para un solo ángel oscuro, y menos para una nave repleta de ellos.

¿Cuál era el propósito de su visita?

Zahariel rodeó la lanzadera, golpeando con el puño el arruinado fuselaje, los zumbantes motores y la protuberante parte delantera. Al llegar a esta parte, volvió a pensar en el extraño diseño del conjunto. Su morro era una mala elección para una nave diseñada para volar en la atmósfera. No era ingeniero aeronáutico, pero había aprendido lo suficiente como para saber que los vehículos aéreos dependían de la sustentación obtenida gracias a la forma de las alas para mantenerse en el aire, y que esa proa tan pesada se apartaba de toda lógica. Analizando el morro detenidamente, Zahariel se dio cuenta de que la estructura del vehículo presentaba añadidos posteriores a su creación. La pintura y el acabado eran diferentes a los del resto de la lanzadera. Se apartó un poco para investigar las líneas de la parte delantera de la nave y vio que toda la sección se había añadido encima de donde acababa el pico original.

Zahariel agarró una de las escotillas de acceso y tiró de ella. Como suponía, parecía cerrada herméticamente, pero estaba convencido de que su interior albergaba algo terrible. Respiró hondo, agarró la manivela de apertura y tiró de ella con todas sus fuerzas. El metal se dobló y finalmente se soltó, incapaz de soportar la fuerza de uno de los mejores hombres del Emperador. Zahariel se apartó del herrumbroso panel y miró hacia el agujero que había abierto en la parte delantera. En su interior había una masa de gruesos bloques de oscuro metal dispuesta alrededor de un centro circular de un metro de diámetro. Grandes barras del mismo metal oscuro protegían el centro, y una procesión de luces parpadeantes rodeaba el artefacto oculto en el compartimento secreto.

—Es una especie de arma —explicó una voz a sus espaldas—. Parece una cabeza atómica.

Zahariel saltó con el puño levantado para golpear a la persona que hablaba y vio a Luther ante él. Su rostro era una máscara de angustia y de pesar.

—¿Una cabeza atómica? —preguntó Zahariel.

—Sí —respondió Luther, acercándose y asomándose por el panel de acceso—. Creo que toda esta lanzadera no es más que un misil gigante.

—¿Lo sabía? —dijo Zahariel—. ¿Y por qué no dijo nada?

Luther le dio la espalda con los hombros caídos, como si se sintiese derrotado. Después se volvió de nuevo hacia Zahariel, quien quedó impresionado al advertir lágrimas en los ojos de su comandante.

—Estuve a punto, Zahariel —explicó—. Quería hacerlo, pero después pensé en todo lo que obtendría si no lo hacía: la legión, el mando, Caliban. Todo sería mío y ya nunca más tendría que compartirlo con alguien cuya sombra oscurece todas mis acciones.

—¿El León? —dijo Zahariel—. ¡Sus hazañas son loables, pero también lo son las suyas!

—Puede que en otro tiempo —replicó Luther—, uno en el que no compartiese el mismo espacio con el León. En cualquier otro tiempo, la gloria de librar a Caliban de la oscuridad habría sido mía, y sin embargo ha sido para mi hermano. No tienes ni idea de lo frustrante que es ser el mayor héroe de tu tiempo y que te arrebaten el título en un instante.

Zahariel veía correr las palabras de Luther como un torrente. Durante una década, o puede que más, había contenido sus emociones en una presa de honor y de compostura, pero ésta se estaba desmoronando y sus verdaderos sentimientos se desbordaban.

—No lo sabía —dijo Zahariel, deslizando la mano hacia su espada—. Nadie lo sabía.

—No, ni siquiera yo era del todo consciente de ello —aclaró Luther—. No hasta que vi la lanzadera. Lo único que tenía que hacer era no decir nada. Sólo tenía que alejarme y todo lo que quería sería mío.

—¿Y por qué ha vuelto?

—Ordené que todo el mundo abandonase la cubierta de embarque y me marché —explicó, cubriéndose los ojos con una mano mientras hablaba—. Pero no había dado más que unos pasos cuando me di cuenta de que no podía hacerlo.

—¿Entonces, ha venido a detenerlo? —preguntó Zahariel, inmensamente aliviado.

—Así es —asintió Luther—. De modo que puedes dejar de buscar tu espada. Me di cuenta de que era un honor servir a un guerrero tan

magnífico como el León, y de que soy muy afortunado de ser el único que puede llamarlo «hermano».

Zahariel se volvió hacia la lanzadera y hacia la carga mortal que contenía.

—¿Y cómo lo detenemos?

—No lo sé —dijo Luther—. No lo sé.

—Habéis ido demasiado lejos —estalló el León, dirigiendo la mano hacia la espada ceremonial que tenía a su lado.

—No, vosotros habéis ido demasiado lejos —respondió lord Alta Excelencia—. Sois detestables, todos vosotros —gruñó, haciendo que le temblase la gruesa papada—. La única razón por la que soporto vuestra presencia es porque se me ha concedido el honor de comunicaros la opinión de mi gente.

»Vuestro Imperio se la levantado con el trabajo de hombres perversos —continuó lord Alta Excelencia—. Sólo decís falsedades. Sois cobardes y deshonrosos, y vuestros ángeles… vuestros ángeles son lo peor de todo, son el producto de bestias en celo. Sois ángeles farsantes. Sois despreciables e impuros.

—¡Ya es suficiente! —rugió el León. El comandante de la Legión de los Ángeles Oscuros estaba enfurecido y agarraba el pomo de su espada con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos—. ¡Juro por el Emperador…!

—¡Al infierno con el Emperador! —gritó el hombre obeso.

Al escuchar semejante blasfemia, todos los imperiales tomaron aire a la vez.

—¡Y al infierno contigo, Lion El’Jonson!

Lord Alta Excelencia extendió los brazos, colocó tres dedos de la mano derecha sobre los cinco de la mano izquierda y tocó con ellos el símbolo pintado en su frente.

—Vosotros no sois hombres, ni merecéis ser líderes. Sois…

No pudo terminar la frase. Antes de que lord Alta Excelencia pudiese decir una palabra más, el León desenvainó su espada y rajó al hombre obeso con ella desde el hombro hasta su generoso abdomen.

Zahariel volvió a observar el dispositivo de la parte delantera de la nave. De repente, las luces empezaron a parpadear más de prisa y una intermitente luz roja se encendió en el centro de la esfera. Los motores de la nave se encendieron con un gran estruendo y de su interior surgió un silbido de ignición.

—Mierda —susurró Luther.



VEINTIDÓS

La secuencia de luces cada vez parpadeaba más rápido, y una segunda luz roja se iluminó en la esfera del centro del dispositivo. De pronto, la esfera empezó a producir un zumbido cada vez mayor, que se sentía hasta en los huesos y que atravesaba incluso el rugido de los motores mientras acumulaban potencia.

Los motores y el dispositivo de la lanzadera se calentaban cada vez más. De repente, sus sistemas automáticos se activaron mediante alguna señal remota y empezó a elevarse de la cubierta, obligando a Zahariel y a Luther a retirarse.

—¿Cómo lo detenemos? —gritó Zahariel, por encima del estruendo de los motores.

—¡No lo sé! —respondió Luther, señalando un intercomunicador en la pared de la cubierta de embarque—. ¡Pero tenemos que avisar al León!

Zahariel entendió la orden y asintió mientras Luther luchaba por llegar hasta la nave enemiga a través de las olas de calor que la envolvían y de las ráfagas de aire sobrecalentado que salían de los motores. Las luces de emergencia cobraron vida y una ensordecedora sirena se activó cuando los sistemas de seguridad de la cubierta detectaron el calor y la radiación que emitía la lanzadera.

—¡No puedo llegar a ella! —exclamó Luther.

Zahariel corrió hacia la pared y presionó el botón general para comunicarse con todas las cubiertas de la nave.

—¡Aquí cubierta uno informando de la presencia de una nave hostil a bordo! —gritó por encima del escándalo de las sirenas y del rugido cada vez más fuerte de los motores.

Zahariel se volvió y la nave se elevó de la cubierta, lanzando una ráfaga de calor. Se oyó un grito de dolor y Luther se alejó tambaleándose del… misil…, porque ya no podía verlo como una simple lanzadera.

—Repita, cubierta uno —dijo una voz a través del intercomunicador —. ¿Una nave hostil?

—¡Sí! —exclamó Zahariel—. ¡La nave saroshi! ¡Es un misil o una especie de bomba!

Luther llegó hasta él con la armadura quemada y abollada por el calor de los motores del arma enemiga. Zahariel miró hacia el misil flotante que parecía señalar con el pico una especie de baliza oculta… una baliza oculta en su nave.

Las puertas blindadas se abrieron de golpe en respuesta a la alarma, y la tripulación y el personal de emergencia irrumpieron en la cubierta. Técnicos con monos naranja levantaron los brazos ante el intenso calor que inundaba el compartimento. Zahariel sintió cómo se le ampollaba la piel y supo que tan sólo tenían unos segundos antes de que los reactores de la lanzadera se activasen y llenasen la cubierta de plasma letal e incrustasen su ojiva en el vientre de la nave.

De pronto supo lo que tenía que hacer.

Dejó a Luther junto al intercomunicador y corrió hacia el panel de control que se encontraba al otro extremo de la pared, obviando el dolor que sentía mientras se le quemaba el pelo hasta el cuero cabelludo. La pintura de su armadura empezó a derretirse y a burbujear, y sus pasos se hacían cada vez más pesados a medida que el calor fundía las juntas. Continuó con esfuerzo hacia adelante, sabiendo que sólo tenía una oportunidad de salvar la nave y a todos sus tripulantes. Sus pasos se volvieron cada vez más lentos y su armadura más pesada, pero combatió el

dolor y consiguió llegar al panel de control adosado a la pared. Miró por encima del hombro y vio el misil fijo en un punto que lo llevaría justo a las tripas de la nave, donde el León estaba reunido con lord Alta Excelencia. Finalmente, Zahariel llegó a los controles de cubierta y rompió con el puño el panel de metacrilato que cubría los controles de emergencia. Desesperado, agarró la palanca de bloqueo y tiró de ella. Las puertas herméticas del perímetro de la cubierta empezaron a cerrarse, pero cuando estaban a medio camino del suelo, Zahariel lanzó su puño contra el botón de desactivación del campo de fuerza.

Una nueva sirena se unió a las que ya resonaban en la cubierta de embarque, pero ésta era más fuerte y más estridente que las demás. De pronto, una voz retumbante se oyó a través de los elevados altavoces.

—¡Desactivando campo de fuerza! ¡Desactivando campo de fuerza!

Zahariel apretó el botón de nuevo y lo mantuvo pulsado en un intento de acelerar el proceso de desactivación. Los equipos de emergencia corrieron aterrados hacia las puertas herméticas.

—¡Desactivando campo de fuerza! ¡Desactivando campo de fuerza!

—¡Ya lo sé! —gritó Zahariel—. ¡En nombre del León, desactívate ya!

Como respondiendo a sus palabras, el resplandor que rodeaba los generadores de los bordes del muelle de entrada se apagó y la parpadeante luz de las estrellas se calmó. Un viento huracanado envolvió la cubierta de embarque, y la atmósfera y todo lo que no estaba sujeto a una superficie se precipitó hacia el espacio a gran velocidad. La repentina ráfaga de aire lo elevó todo como hojas en el viento y lo aspiró hacia el espacio abierto.

Zahariel se agarró con todas sus fuerzas a las barandillas que recorrían los bordes de la cubierta mientras el viento huracanado bramaba hacia la abertura. Cajones, cajas de herramientas y de munición se precipitaban a toda velocidad a través de ella y giraban en espiral hacia el vacío espacial mientras la cubierta se descomprimía. Justo antes de que sus pies se elevasen de la cubierta, activó las suelas magnéticas de sus botas para

fijarlas a ella. Los tubos de combustible se retorcían como serpientes, y los cables sueltos ondeaban y chisporroteaban en el aire.

El torbellino arrastró la lanzadera saroshi. La fuerza de la descompresión la arrastraba firmemente hacia el exterior justo cuando los motores se encendían. Ascendiendo en espiral fuera de control, el misil giraba violentamente mientras se alejaba de la nave. Los técnicos y el personal del equipo de emergencia que aún no se habían puesto a salvo fueron aspirados hacia el espacio, donde sus cuerpos se congelaron y reventaron. Sus gritos se fundieron con el rugido del aire que se escapaba.

Zahariel observaba cómo la lanzadera saroshi giraba y se alejaba de la *Causa Invencible* y, de pronto, lo cegó una explosión de luz al estallar la ojiva oculta en ella. Fuera, en la fría e implacable oscuridad del espacio, parecía que el crucero de combate hubiese dado origen a un sol en miniatura. En menos de una milésima de segundo, una gran bola brillante de luz apareció en su flanco, generó un brillo incandescente y desapareció.

A pesar de estar diseñados para soportar el bombardeo hostil de las armas enemigas, muchos de los ventanales del casco de la nave se hicieron añicos, y los fragmentos de cristal endurecido se precipitaron hacia el vacío brillando como diamantes. La onda expansiva golpeó la nave, aunque gracias a sus sistemas automáticos de control de daños no se perdieron más vidas. Ante la repentina descompresión, los paneles a prueba de explosiones se habían activado por todo el exterior de la nave.

La *Causa Invencible* tembló como si la sacudiese un inmenso leviatán de las profundidades, y nuevas sirenas y luces de emergencia se encendieron inmediatamente después de la explosión. La onda expansiva hizo rodar la nave, y Zahariel sintió que le estaban sacudiendo todos los huesos del cuerpo.

Al fin, el temblor cesó y se dejó caer al suelo, exhausto y gritando a causa del dolor y las quemaduras. Permaneció allí varios minutos. Las sirenas, el parpadeo de las luces y los gritos del equipo de rescate se mezclaban sin sentido.

—Hermano, ¿estás herido? —Zahariel volvió su cabeza chamuscada y sonrió al ver que Luther seguía vivo—. Pensaba que habías muerto —gritó

el número dos para que su voz se oyese a través de las estridentes sirenas.

—Me ha salvado la armadura —contestó.

—Me alegro de que seas tan afortunado, Zahariel.

—¿Cómo? ¿Afortunado? ¿Cómo ha llegado a esa conclusión? —preguntó Zahariel, arrastrando las palabras mientras los bálsamos de su armadura aliviaban su intenso dolor.

—Mira a tu alrededor —dijo Luther—. Esos malditos saroshi casi consiguen acabar con toda la jerarquía de mando de la flota, pero los has detenido.

Zahariel no podía dejar de mirar los cuerpos destrozados que yacían en la cubierta y sintió rabia ante la atrocidad que tenía ante él, pero reprimió la emoción en cuanto apareció. La preparación mental a la que se sometían los astartes los ayudaba a controlar sus emociones y a hacer un uso óptimo de ellas cuando se las necesitaba. La ira tenía su lugar en el clamor de la batalla, pero aquél era momento de mantener la cabeza fría. Se levantó con la ayuda de Luther y se apoyó en la pared, respirando con dificultad en el gélido aire de la restituida atmósfera.

Luther ajustó la frecuencia del intercomunicador y conectó la red de mando de la *Causa Invencible*.

—Aquí Luther, de los Ángeles Oscuros —dijo—. ¡Tenemos varios heridos en la cubierta de embarque! ¡Quiero que envíen a varios equipos médicos inmediatamente! Puente de mando, ¿me reciben?

—Sí, aquí puente de mando. Recibido, señor —respondió una voz grave y estática—. Tenemos informes de una brecha en el casco en ese nivel. Los instrumentos indican que todo está bajo control.

—Así es —confirmó Luther—. La brecha ha sido obra de la delegación de Sarosh que llegó hace media hora. La lanzadera que aparcaron en la cubierta de embarque estaba… equipada con una cabeza atómica. Todas las fuerzas de Sarosh que se encuentren a bordo deben ser arrestadas de inmediato. Queda autorizado el uso de la fuerza. —Luther observó la destrucción a su alrededor y susurró a Zahariel—: Desde hace aproximadamente un minuto, estamos en guerra con Sarosh.

De pronto, otra voz surgió desde el puente de mando y Zahariel reconoció al instante que pertenecía al León.

—Quiero reunirme en el strategium con todos los comandantes y los segundos al mando de la Causa Invencible dentro de media hora, ¿entendido?

—Entendido, mi señor —respondió Luther, cruzando una incómoda mirada con Zahariel.

El ataque a la *Causa Invencible* había sido sólo el comienzo.

Por toda la flota, y en las ciudades y tierras de Sarosh, los imperiales se vieron sorprendidos por los ataques de aquellas personas que les habían hecho creer que los consideraban unos héroes que habían llegado para rescatarlos de su ignorancia, para librarlos de la Vieja Noche, para enseñarles los prodigios del Imperio, para mostrarles maravillas. Pero los habitantes de Sarosh habían rechazado al Imperio y a todo lo que éste representaba. Lo habían rechazado con gran violencia, cometiendo actos terribles de sangre y horror. Llevaron a cabo decenas de atrocidades y desarrollaron toda clase de actos de terrorismo.

Más de mil oficiales del Ejército y de la Armada Imperial estaban de permiso disfrutando de las delicias del carnaval cuando comenzó el levantamiento. Algunos murieron asesinados, pero la mayoría fueron abducidos. Desaparecieron en mitad de la noche, sin dejar ningún rastro, ninguna señal que indicase adonde los habían llevado o quién los había secuestrado.

Fue más claro el destino que sufrieron las instituciones imperiales que ya estaban presentes en Sarosh. Durante los doce meses anteriores, y a pesar de que el planeta aún no había sido declarado subordinado oficialmente, una decena de diferentes órganos del gobierno se trasladaron de la flota a la superficie del planeta.

Naturalmente, el lord Gobernador Electo Furst se estableció en un apropiado edificio palaciego en el distrito administrativo del centro de la

ciudad de Shaloul. Del mismo modo, para facilitar la adaptación al cambio de poderes, varias oficinas de enlace se crearon en las inmediaciones.

Casi al mismo tiempo en que explotaba la lanzadera saroshi, un grupo de personas encolerizadas atacaron la residencia del gobernador en Sarosh así como las oficinas imperiales de la zona. Tras abatir rápidamente a algunos soldados del ejército que estaban de guardia, los que encabezaban el motín arrastraron a los funcionarios imperiales a las calles y los asesinaron a hachazos y machetazos mientras la multitud pedía sangre. Escupían sobre los cuerpos y los desmembraban, y después los quemaban junto con los edificios imperiales, lanzando las pruebas de sus atentados a las llamas. Algunos de los presentes en Sarosh consiguieron escapar del asesinato y de la abducción. Más tarde, cuando contaron lo que había sucedido, quedó claro que toda la población del planeta había estallado en un frenesí sangriento, tan repentino y tan drástico como la explosión que casi destruye la Causa Invencible.

Los supervivientes hablaban de un salvajismo primario que invadió a las gentes de Sarosh sin previo aviso. Los habitantes estaban tan encantadores como siempre y, de repente, se transformaron en bestias violentas y agresivas. Aunque en ningún momento se dijo que esa violencia fuese salvaje o descontrolada. Según los supervivientes, fue más bien todo lo contrario. Había una calma aterradora en el modo en que los saroshi cometían los asesinatos.

Estaban extraordinariamente organizados, como si los miles de rebeldes se hubiesen puesto de acuerdo para distribuirse el papel que desempeñaría cada uno en aquella conspiración y hubiesen decidido el horario exacto en el que cometerían aquellos actos. Lo más inquietante de todo, y muchos de los que creían en la Verdad Imperial encontraron esto especialmente perturbador, era la precisión casi mecánica con la que se cumplía ese horario. Nunca se hallaron pruebas definitivas de que hubiese habido ningún tipo de comunicación entre los conspiradores de Sarosh y sus seguidores, pero parecían actuar de manera sincronizada a cada segundo.

Incluso cuando parte de su plan fracasaba, los agentes restantes parecían ser capaces de adaptarse a las nuevas circunstancias rápidamente, a pesar de no tener ningún medio de comunicación aparente con el resto de rebeldes.

Era un enigma, aunque no era en absoluto el asunto que más acaparaba la atención de los Ángeles Oscuros.

—¡S.O.S.! ¡Aquí la *Transportadora Audaz*! Se nos ha roto el casco, estamos perdiendo atmósfera. Solicito la asistencia de todas las cuadrillas de mantenimiento y de todos los equipos médicos disponibles de la flota. ¡Necesitamos ayuda!

—¡*Ira de Caliban* llamando a la nave insignia! Necesitamos una actualización inmediata del estado actual de nuestros comandantes. Corto.

—¡Aquí *Intrépida*! Hemos reducido a los amotinados y la situación está bajo control.

—*Arbalesta*, aquí la *Causa Invencible*. Abandonad vuestra posición de anclaje de inmediato y trasladaos al punto de anclaje beta o abriremos fuego contra vosotros como una nave hostil. No habrá más advertencias.

El puente de mando de la *Causa Invencible* era un constante murmullo de voces. Cuando Zahariel llegó con Luther, se quedó impresionado por la tensión que había en el ambiente.

Una decena de oficiales y de tripulantes permanecían en sus puestos, nerviosos, emitiendo serias instrucciones o conversando a través de los intercomunicadores con otras naves de la flota. Zahariel reconoció la desesperación controlada de las voces de los hombres que lo rodeaban. Era el tono que uno esperaba oír de un comandante del ejército cuando la situación era fluida y el estado de la batalla era incierto. La voz de hombres que se aferraban a su deber incluso cuando sospechaban que la guerra estaba a punto de hacer que éste, e incluso sus propias vidas, fuesen irrelevantes.

Era el sonido de guerreros al borde del pánico.

Y, de repente, todos se quedaron en silencio ante una llamada:

—¡Maestre en el puente!

Zahariel dirigió la mirada hacia una puerta del puente de mando que acababa de abrirse y vio entrar al León, con la ira dibujada en el rostro y la espada desenvainada y cubierta de sangre. Nunca había visto al señor de la I Legión tan irritado, y sintió que un ápice de temor le revolvía el estómago al pensar en la terrible guerra que podría desatar aquella cólera tan poderosa.

También con el rostro enfurecido, Nemiel caminaba junto al León hacia el oficial que vestía el uniforme de capitán de la flota y que estaba hablando con el astrópata de la nave. Zahariel y Luther se acercaron, doloridos, hacia el grupo de oficiales superiores. El capitán de la flota se volvió hacia el León y lo saludó ceremoniosamente.

—Capitán Stenius —dijo el León, sin preámbulos—, ¿cuál es la situación? Póngame al corriente.

El capitán se volvió hacia la mujer ciega que tenía a su lado.

—Esta es la dama Argenta, la astrópata superior de la flota. Me alegro de verle, lord El'Jonson. Esperaba que pudiera…

—Ahora, capitán Stenius —ordenó el León, con su inconfundible tono de advertencia.

—Por supuesto —respondió Stenius. El hombre hizo una reverencia y se volvió hacia un servidor cercano que estaba ocupado con una mesa de instrumentación—. Levantad las pantallas.

Se oyó un clic seguido de un zumbido lejano y las pantallas herméticas que protegían la cubierta transparente del puente se replegaron y revelaron la situación en el espacio.

—Las bajamos por precaución —dijo Stenius—. Con el ataque fallido contra nosotros y contra la *Transportadora Audaz*, decidí que lo más conveniente sería dirigir la flota a los puestos generales de combate. Por suerte, lo peor ya parece haber pasado.

—¿El ataque a la *Transportadora Audaz*? —dijo Luther—. ¿Qué ataque?

El León se volvió al oír la voz de su hermano y entrecerró los ojos al advertir el estado maltrecho de Zahariel y de Luther. No hizo ningún

comentario respecto a su condición, y prefirió dejar las preguntas para más tarde.

Zahariel miró a través del ventanal de observación, horrorizado al ver los cuerpos flotando en el gélido vacío. Cientos de cadáveres pasaban flotando lentamente ante los ventanales de la nave como si de un grotesco desfile de inspección se tratase.

—Hemos sufrido amotinamientos en tres naves —informó Stenius—. En todos los casos, grupos reducidos de no más de media docena de hombres han lanzado ataques contra los puentes de mando. En dos, la rebelión se contuvo antes de que pudiese ocasionar daños reales, pero en el *Arbalesta* los amotinados consiguieron lanzar un torpedo que alcanzó a la *Transportadora Audaz* causándole graves daños. Los cuerpos que vemos son bajas de esa nave. Cuando empezaron los ataques ordené a la flota que adoptasen distintas posiciones para que hubiese más distancia entre ellas. Algunos de los cadáveres han sido arrastrados por la succión de nuestros motores, por eso orbitan a nuestro alrededor.

—¿De qué magnitud son los daños causados en la *Transportadora Audaz*? —inquirió el León.

—Tiene una brecha en el casco —explicó el capitán Stenius—. La mayoría de los cuerpos pertenecen a soldados del ejército que fueron aspirados al vacío tras el impacto del torpedo. —Se encogió de hombros y continuó—: Podría haber sido peor. He enviado equipos de reparación adicionales a la *Transportadora Audaz* en una lanzadera. Los primeros informes indican que el daño no es tan grave como para amenazar el funcionamiento de la nave, aunque es posible que tengan que pasar unos días hasta que pueda volver a la normalidad.

—Entonces ¿la situación en el espacio está controlada?

—En su mayor parte, sí —respondió Stenius—, pero según la dama Argenta, ésa es la menor de nuestras preocupaciones.

Para escuchar lo que la dama Argenta tenía que decir, los miembros superiores de los Ángeles Oscuros celebraron una conferencia en la sala de

reuniones de la *Causa Invencible*. El León y Luther hablaban en una esquina sin que nadie pudiese oírlos, aunque todos podían ver la intensidad de la conversación.

El hermano bibliotecario Israfael se encontraba junto a un miembro del Mechanicus vestido con toga y los acompañaba un grupo de servidores. El ambiente era tenso, y Zahariel podía percibir la ansiosa necesidad que todos sentían de devolver el ataque a los saroshi.

Nemiel y él estaban sentados a la mesa de reuniones, intentando asimilar lo que había sucedido durante las últimas horas: hermanos contra hermanos y supuestos aliados alzándose en armas contra ellos. Las primeras teorías sugerían que los amotinados de las naves imperiales, drogados por el perfume de las plantas presentes en todos los edificios y en la superficie de la capital, habían accedido a llevar a cabo actos de traición y habían tomado todos los edificios.

Este dato se discutiría más tarde, pues, por lo visto, una amenaza mucho mayor parecía haberse presentado en la polvorienta llanura de los desiertos al norte de la principal masa continental de Sarosh.

El León se apartó de Luther de repente. Su rostro tenía una expresión indescifrable mientras se sentaba a presidir la mesa. Luther también tomó asiento. Sus rasgos eran más fáciles de leer. El número dos tenía una expresión de desesperación y de angustia.

—No tenemos mucho tiempo —comenzó el León, interrumpiendo el barullo que inundaba la sala.

Al oír su voz, todos los murmullos se apagaron y las cabezas se volvieron hacia él.

—Dama Argenta —dijo el León—. Hable.

La astrópata dio un vacilante paso al frente, como si estar cerca de una figura tan imponente como el primarca fuese demasiado para ella.

—Habréis oído a su Alta Excelencia hablar de unos seres conocidos como los Melachim durante su ataque contra el Imperio. Estoy convencida de que ése es el nombre saroshi para una raza de criaturas xeno que moran en la disformidad.

—¿Y en qué sentido son una amenaza? —preguntó Nemiel—. Seguro que están confinadas en la disformidad.

—Normalmente es así —respondió la astrópata, dirigiendo sus ojos ciegos hacia el primo de Zahariel—. Pero el coro astropático acaba de detectar una creciente concentración de energía psíquica en los desiertos del norte que revela una importante grieta en la disformidad.

—¿Y qué la está provocando? —inquirió el León.

—No lo sabemos.

—¿Su opinión? —ordenó El'Jonson.

—Es posible que los nativos de este planeta tengan algún modo de concentrar las energías de la disformidad por medios que nosotros desconocemos, mi señor.

—¿Con qué intención iban a hacer algo así?

—Se dice que un huésped con una voluntad lo bastante fuerte puede conseguir albergar la presencia de una criatura del otro lado de las puertas del empíreo.

—¿Y cree que eso es lo que está pasando?

—Si es que es posible —señaló Zahariel.

El León le lanzó una dura mirada que lo dejó perplejo.

—Por ahora debemos asumir que lo es. La traición y la maldad de los saroshi no tiene medida. De ahora en adelante no debemos confiar en nada y asumiremos siempre lo peor.

El León volvió a centrar su atención en la astrópata, y Zahariel sintió una ola de alivio al verse liberado de aquella mirada hostil.

—Dama Argenta —dijo el primarca—, si los saroshi pueden invocar a una de esas bestias xeno de la disformidad, ¿qué sucederá?

—Si lo consiguen, podría ser lo peor a lo que os habéis enfrentado jamás.

—¿Por qué no podemos sencillamente bombardear la zona desde nuestra órbita? —preguntó el León—. Eso acabaría con la mayoría de las amenazas.

—Con ésta no, mi señor —aclaró Argenta—. La concentración psíquica ya ha comenzado, y cualquier ataque para intentar detenerla está

condenado al fracaso.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

En respuesta a la pregunta del León, el hermano bibliotecario Israfael dio un paso adelante.

—Creo que tengo la respuesta, mi señor. Desde que nuestra legión luchó en los campos sangrientos de Perissus, he estado trabajando para desarrollar un modo de combatir a esas criaturas. Esto fue antes de que se uniese a nosotros, mi señor.

El León frunció el ceño, y Zahariel recordó lo poco que le gustaba al primarca que le recordasen que la legión ya existía antes de que él se convirtiese en su líder.

—Continúa —ordenó—. ¿Cómo podemos luchar contra este poder en aumento?

—Con un pulso electropsíquico —respondió Israfael—. Por supuesto, es difícil saber exactamente cómo interactuará con las energías que se están acumulando, pero confío en que afectará al campo psíquico ambiente y…

—Por favor, más despacio, Israfael —pidió el primarca, levantando la palma de la mano para contener las palabras del bibliotecario—. Estoy convencido de que sabes de lo que estás hablando, pero recuerda que somos guerreros. Si quieres que te entendamos, tendrás que explicarlo de manera sencilla desde el principio.

—Más sencillo, por supuesto —asintió Israfael.

Zahariel no envidiaba estar bajo la mirada al rojo del primarca.

—Creo que es posible contrarrestar la acumulación de energía psíquica detonando un arma de pulso electropsíquico en sus inmediaciones.

—¿Y qué es esta «arma de pulso electropsíquico» de la que hablas? —preguntó El'Jonson.

—Es simplemente una ojiva ciclónica modificada —explicó Israfael—. Con la ayuda de los adeptos del Mechanicus, podemos extraer la parte explosiva de la cabeza y sustituirla por un condensador de pulso electropsíquico que generará una inmensa explosión de energía nociva para las criaturas compuestas de energías inmateriales. Y en cuanto a la

destrucción de la concentración psíquica, necesitaríamos detonar el dispositivo tan cerca de la fuente como nos sea posible.

—Entiendo —dijo el León—. ¿Qué clase de artefacto sería? Está claro que es una bomba, pero ¿puedes adaptarla para soltarla desde una lanzadera?

—No —respondió Israfael—. El pulso de la explosión debe ser controlado por alguien versado en artes psíquicas.

—En otras palabras, tendrás que estar ahí cuando detone.

—Así es —confirmó Israfael—, yo y todos los hermanos con potencial psíquico que puedan luchar.

El León asintió.

—Empieza a trabajar para adaptar esa arma inmediatamente. ¿Cuánto tiempo crees que tardaréis?

—Unas horas como mucho —respondió Israfael.

—Muy bien —dijo el primarca—. Empezad inmediatamente.



VEINTITRÉS

Los ángeles oscuros de la escuadra de Zahariel se congregaron junto a la rampa de asalto de la Stormbird para escuchar a Sar Hadariel dar las últimas instrucciones de la misión antes de volar hasta la superficie de Sarosh. Las Stormbird esperaban a la izquierda de la cubierta de embarque, listas para descender al planeta, y los guerreros reunidos estaban de un humor de perros. El León los dirigiría en este ataque personalmente, y, a pesar de que Zahariel aún sufría grandes dolores tras el ataque a la *Causa Invencible*, la formación que había recibido en el librarius hizo que lo escogiesen para esta misión a pesar de sus heridas.

Nemiel fue elegido para acompañar a las escuadras del León, y, pese al fervor que invadía a todo guerrero antes de la batalla, a Zahariel no le gustó que se incluyese a su primo en el grupo. Luther no estaba presente, y a Zahariel le sorprendió su ausencia, pero no hizo ningún comentario al ver la sombría expresión del León cuando Sar Hadariel le había mencionado al segundo al mando.

—Parece que se avecina un gran peligro —dijo Attias.

Zahariel se alegró de escuchar la familiar voz de su amigo. Attias se había convertido en un digno miembro de los astartes y era un compañero de batalla estimado y leal.

—«Siempre nos enfrentamos al peligro» —respondió Eliath, citando una de las enseñanzas de la legión.

Como Attias, Eliath había superado los entrenamientos de los astartes con honor y era uno de los mejores soldados de apoyo pesado de la legión.

—Somos astartes. Somos ángeles oscuros. No estamos hechos para morir de viejos. ¡La muerte o la gloria! ¡Lealtad y honor!

—Lealtad y honor —respondió Attias—. No me malinterpretes, no estoy cuestionando la necesidad de peligro. Sólo me preguntaba si deberíamos basar nuestra estrategia para este escenario en el funcionamiento de un artefacto experimental. ¿Qué pasará si la bomba no funciona? No me apetece nada tener que enfrentarme a un enemigo con la belleza de Eliath como nuestra única arma de emergencia si al final resulta ser un fiasco. —Los guerreros reunidos soltaron unas carcajadas. Incluso Eliath, cuyos rasgos rechonchos y constitución corpulenta habían provocado aquella risa, se estaba riendo.

—Mejor mi belleza que tu destreza en el manejo de la espada —replicó Eliath—, a menos que esperes que el enemigo se distraiga con el silbido que produce la hoja cuando falla el golpe una y otra vez.

—Somos Ángeles Oscuros —dijo Hadariel.

Las risas cesaron.

—Somos la I Legión. Los guerreros del Emperador. ¿Te cuestionas si debemos confiar en la ciencia del Mechanicus y en la sabiduría de nuestro hermano bibliotecario? Yo te pregunto: ¿cómo no íbamos a hacerlo? ¿Acaso no es la ciencia la luz que guía al Imperio? ¿No es nuestro fundamento? ¿No es el lecho de roca sobre el que se han construido los cimientos de nuestra sociedad? Entonces, sí, debemos confiar en su ciencia. Le confiaremos nuestras vidas, como nos hemos confiado nosotros mismos y la humanidad entera a nuestro bienamado Emperador.

—Lo siento, señor —dijo Attias, arrepentido—. No pretendía ofender.

—No has ofendido a nadie —respondió Hadariel—. Sólo hiciste una pregunta. No hay nada de malo en ello. El día en que los Ángeles Oscuros tengan motivos para evitar preguntas, habremos perdido nuestras almas.

Zahariel repasó los rostros de los hombres que lo rodeaban mientras escuchaba las palabras del señor del capítulo. A algunos los conocía de Caliban y el vínculo de hermanos y de compañeros guerreros que los unía era tan fuerte como la ceramita, o incluso más, porque la ceramita podía cortarse con el arma adecuada, pero no podía ni imaginarse que el vínculo de lealtad que tenía con sus hermanos astartes pudiese llegar a romperse jamás.

—El señor del capítulo tiene razón —dijo Zahariel, mientras resonaban en su cabeza palabras que había oído hacía mucho tiempo—. Los astartes existimos para servir a la humanidad. Somos ángeles oscuros y, en la batalla, seguimos las enseñanzas del León. El nos dice que la guerra es una cuestión de adaptación, y que el que antes se adapte al cambio de circunstancias y sepa aprovecharse de los caprichos de la lucha saldrá victorioso. Tenemos la suerte de contar con una arma poderosa con la que vencer a nuestro enemigo, y seríamos unos estúpidos si no la utilizásemos.

—Usaremos el dispositivo —afirmó Eliath—. Le ruego que disculpe mi atrevimiento, señor, pero lo conozco desde hace el tiempo suficiente como para saber cuándo está planeando algo. El artefacto es sólo una parte de la misión. También necesitamos un plan para ponerla en acción. ¿Tiene alguno?

—Así es —respondió Hadariel.

Zahariel observó de nuevo los rostros de sus hermanos y advirtió una expresión de total determinación en todos ellos mientras Hadariel explicaba su plan de ataque.

Los saroshi estaban acabados, pero aún no lo sabían.

Era mediodía y el sol ardiente había alcanzado su cénit.

Para la población indígena de Sarosh era un momento tranquilo, una parte del día que normalmente pasaban durmiendo en sus moradas hasta que el sofocante calor de la tarde había pasado. Sin embargo, las fuerzas

imperiales que acababan de llegar al planeta no tenían intención de seguir su rutina, sobre todo los guerreros astartes.

Cuatro naves Stormbird aullaban sobre el desierto con un veloz vuelo rasante hacia su objetivo: un conjunto de edificios prefabricados identificados desde la órbita como la estación minera 1-Z-5.

En la Stormbird principal, Zahariel estaba sentado contra el fuselaje, que se sacudía mientras la nave atravesaba el aire hacia la batalla. A su alrededor, los Ángeles Oscuros agarraban sus armas, listos para vengarse por el ataque a sus naves y a su gente. Sarosh había empezado esta guerra, pero los Ángeles Oscuros iban a terminarla.

—Aquí el León a todas las unidades —se oyó al líder por el altavoz.

A pesar de la actitud distante que llevaba mostrando últimamente el maestre de la legión, a Zahariel le seguía sorprendiendo el tono autoritario de su voz.

—El objetivo se ha confirmado como la estación minera 1-Z-5. Iniciad todos los protocolos de la misión.

Zahariel oyó una lluvia de voces cuando todas las unidades principales respondieron afirmativamente.

Las Stormbird eran lanzaderas de asalto blindadas, diseñadas para ser capaces de transportar a una tripulación de guerreros astartes al mismo centro del peor de los tiroteos.

Todas estaban pintadas de blanco y lucían el icono de la espada alada en el casco, como mandaba la heráldica de la legión.

—Estamos preparados, mi señor —dijo Hadariel.

Zahariel advirtió el entusiasmo en la voz de su señor del capítulo. Un entusiasmo que compartían todos los hombres de la Stormbird.

Eliath estaba sentado enfrente de él. Sus amplios hombros y su ancha constitución hacían que el asiento de vuelo pareciese demasiado pequeño para él. Su amigo tenía un físico imponente, incluso para un astartes, y al sentir la mirada de Zahariel lo saludó.

—Ya falta menos —dijo Eliath. Su amigo no llevaba puesto el casco, de modo que tuvo que gritar para hacerse oír a través del rugido de los motores de la nave—. Sentará bien devolvérsela, ¿eh?

—Ya lo creo que sí —respondió Zahariel.

—¿Cómo vamos a atacar, señor? —preguntó Attias.

—Descenderemos mediante retrorreactores —informó Hadariel—. Tenemos órdenes de abandonar la lanzadera a una altitud de quinientos metros para realizar un salto de combate controlado. Aterrizaremos en un área de maleza al norte de la estación. Desde allí iremos despejando edificio tras edificio hasta encontrarnos con el León y sus hombres, que saldrán desde el sur. Por supuesto, es posible que el enemigo reaccione. De hecho, contamos con ello.

En el compartimento, los astartes escuchaban sus palabras con atención. Desde su propia posición, sentado a la cabeza de la tropa, Zahariel se sorprendió ante el aire casi reverencial con que los hombres de su compañía recibían las noticias.

—Recordad que nuestra misión es acabar con cualquier resistencia lo más rápido posible y escoltar al hermano bibliotecario y a su carga al lugar establecido —dijo Hadariel—. Cuando nos hayamos desplegado, las Stormbird ascenderán y patrullarán en un circuito de espera, listas para recogernos cuando reciban la orden de iniciar la extracción. Quiero que os pongáis los cascos y que activéis todos los sellos de pureza. Trataremos la 1-Z-5 como área tóxica.

Zahariel apenas podía contener la emoción ante la perspectiva del combate. Había sido instruido para contrarrestar cualquier temor, pero los astartes, además de definirse por no sentir miedo, también se definían por sus aptitudes para la guerra.

Sus cuerpos se habían moldeado a niveles sobrehumanos no sólo para vencer a los enemigos del Imperio, sino para aniquilarlos totalmente. Los astartes veían el enfrentarse al peligro como algo natural en sus vidas. De hecho, agradecían la oportunidad. Parecían incompletos sin batallas que librar.

—Y por último, aclaremos una cosa —dijo Hadariel—. Se trata de una misión de destrucción, no de captura. No queremos prisioneros, de modo que mientras quede alguien vivo en la 1-Z-5, no pararemos de luchar.

Sus palabras se vieron interrumpidas por un pitido en el intercomunicador de la Stormbird cuando una luz roja empezó a parpadear dentro del compartimento. Hadariel respondió con una sonrisa.

—Ésa es la señal —dijo—. Nos estamos acercando al objetivo. Poneos los cascos y activad los sellos. Y buena caza a todos.

El corazón de Zahariel se aceleró al pensar en la acción.

—Si no estamos luchando dentro de cinco minutos me llevaré una gran decepción —les comentó a Eliath y a Attias.

Podía sentir cómo se agudizaban sus sentidos conforme se acercaba el momento de descender.

Eliath asintió en respuesta a sus palabras y lanzó el grito de guerra de los Ángeles Oscuros.

—¡Por el León! ¡Por Luther! ¡Por Caliban!

—¡Por el León! ¡Por Luther! ¡Por Caliban! —repitieron los astartes.

El estruendo de sus gritos hizo temblar las mamparas de metal del compartimento. Cuando Hadariel dio la señal, se levantaron de sus asientos y desfilaron hacia la puerta de asalto en la parte trasera de la lanzadera, listos para la acción.

La Stormbird empezó a dar sacudidas conforme el piloto aminoraba la velocidad de la nave para el descenso. Las puertas de asalto se abrieron y las luces rojas, situadas por todo el interior de la Stormbird, cambiaron a verdes.

Entonces se oyó por el intercomunicador un timbre continuo: la señal para saltar.

Zahariel fue el primero en descender por la rampa. Sintió el aire aullar a su alrededor y una súbita sensación de ingravidez justo antes de que se activase el retrorreactor para compensar la gravedad. Eliath, Attias, Hadariel y los demás estaban justo detrás de él. Las llamaradas de propulsión de los retrorreactores se extendían cual alas ardientes a medida que descendían hacia la estación minera, que se encontraba a quinientos metros bajo sus pies.

Echaba de menos la presencia de Nemiel, pero dejó estos pensamientos a un lado al ver que el polvoriento lecho de roca se acercaba a gran

velocidad.

Había llegado la hora de la guerra. La hora de que los Ángeles Oscuros abrieran sus alas.

Al descender, los ángeles no se encontraron con fuego antiaéreo de cañones terrestres ni defensores atrincherados armados hasta los dientes. Fue un descenso tranquilo y Zahariel lo agradeció enormemente al recordar las horribles caídas de los entrenamientos en las que se usaba fuego real para hacer las cosas más «interesantes».

Aterrizaron en la zona de maleza sin problemas.

Una vez en el suelo, los guerreros se desplegaron en abanico y avanzaron hacia la estación minera 1-Z-5 en formación dispersa, con los cascos sellados y las armas preparadas. A primera vista, parecía que hubiesen entrado en una ciudad fantasma. La estación estaba inquietantemente tranquila, aunque Zahariel mantenía sus sentidos alerta para advertir la más mínima señal de presencia psíquica.

Una cadena de altos precipicios se elevaba sobre la estación en la parte oeste, pero, por lo demás, su perímetro estaba rodeado de desierto. En el centro de la estación, sobre la torre de la mina, se encontraba el inmenso tambor del cabrestante, diseñado para subir y bajar a los mineros por el pozo subterráneo que descendía con un ángulo de cuarenta y cinco grados, así como para elevar los minerales extraídos hasta la superficie. Ésta, a su vez, estaba rodeada de destartalados barracones prefabricados que servían de dormitorios para los mineros.

Había vagonetas para el mineral por toda la estación, algunas habían volcado y todo su contenido se había desparramado por el suelo. Conforme Zahariel y sus hombres avanzaban desde los alrededores del asentamiento hacia los edificios de administración más próximos a la torre, todas las vagonetas y los barracones que encontraban a su paso estaban vacíos. La 1-Z-5 parecía estar desierta. El único sonido que Zahariel percibía era el del intercomunicador de la escuadra. Aparte de eso, toda la zona estaba en silencio.

—Ahí hay algo —oyó decir a Hadariel—. Lo presiento.

—Yo también —respondió Zahariel—. Deberían oírse los sonidos de los animales, pero no hay más que silencio. Aquí hay algo que está ahuyentando a la fauna local.

En el mismo canal, Zahariel oyó a Hadariel comunicarse con las escuadras al otro lado de la estación.

—Hadariel al León. ¿Algún rastro del enemigo?

—Nada de momento —respondió el primarca secamente—, aunque veo la huella que han dejado.

Había sangre en la arena.

En algunas partes manchaba el suelo con pequeñas gotas dispersas, en otras, formaba charcos más grandes. El hedor empezaba a hacerse más intenso con el calor del mediodía.

A su paso, Zahariel veía objetos desperdigados por todas partes.

Armas automáticas desechadas, linternas láser, intercomunicadores rotos, cable detonador: todo abandonado sobre la arena. Zahariel alzó la vista al cielo, donde las Stormbird giraban en círculo incesantemente a miles de metros sobre sus cabezas.

De repente, Zahariel percibió un repulsivo hedor que se volvía cada vez más intenso. Era como el olor a sangre rancia de un matadero mezclado con la fetidez dulzona y empalagosa de la fruta podrida.

Intentó lanzar un grito de advertencia, pero era demasiado tarde.

Las paredes prefabricadas de metal del edificio más cercano a Attias se quebraron cuando algo inmensamente poderoso las atravesó y saltó al ataque. Zahariel logró ver una piel escamosa, unos ojos de pupilas alargadas y una boca abierta de enormes colmillos.

La criatura escupió algo a la cara de Attias, y su casco empezó a producir un humo silbante, como si estuviese empapado en ácido. La bestia saltó sobre el guerrero, lo agarró con sus finos brazos alargados y desgarró su servoarmadura con sus afiladas garras como si fuese de hojalata.

El monstruo envolvió con sus brazos el torso de Attias, y de pronto se oyó un terrible sonido húmedo cuando decenas de garras retráctiles ocultas

a lo largo de las extremidades de la criatura emergieron de sus fundas musculares y atravesaron la armadura del guerrero.

Attias se desplomó. Su sangre manchaba la arena mientras la bestia se alejaba dando saltos. Las extrañas articulaciones de sus piernas la impulsaban sobre el agreste terreno a una velocidad pasmosa.

Ráfagas de bólter la perseguían y explotaban contra los edificios del asentamiento minero al fallar su objetivo.

Zahariel observó como la bestia desaparecía de su vista. Había algo extraño en el modo en que se movía. Sus rodillas y sus tobillos se flexionaban en un ángulo antinatural. Alrededor de los barracones resonaron más disparos, seguidos de frenéticos chillidos que se oían a través del intercomunicador cuando otras escuadras de los Ángeles Oscuros se vieron atacadas.

Conteniendo un grito de rabia, Zahariel corrió junto a su compañero caído.

El humeante casco de Attias estaba destrozado, el hedor a metal y a carne quemados se filtraba a través de los autosentidos de la armadura de Zahariel. Attias se retorcía de dolor, y Zahariel le quitó el casco como pudo. Los cierres que lo unían a la armadura estaban fundidos, de modo que no tuvo más opción que arrancárselo de la cabeza.

El casco se soltó del gorjal y Attias gritó al sentir que su piel se desprendía. Unos hilos de carne de su rostro quedaron colgando de él como goma fundida.

—¡Atrás! —gritó el apotecario de la escuadra, apartando a Zahariel del cuerpo convulso de su compañero.

Con tubos silbantes, jeringas y otros utensilios de su nartecium, se puso a trabajar de inmediato para garantizar la supervivencia de Attias.

Zahariel se apartó, horrorizado, al ver la sangría en que se había convertido el rostro de su amigo.

Hadariel lo apartó de allí.

—Deja que el apotecario se ocupe de él. Tenemos trabajo que hacer.

Eliath, que se encontraba a su lado dijo:

—Juro por el León que en mi vida había visto nada igual.

Zahariel asintió y dio una palmadita con su mano en el pesado bólter de su amigo.

—Ten tu arma preparada, hermano. Esas cosas se mueven muy de prisa.

—¿Qué son? —preguntó Eliath—. Creía que éste era un mundo humano.

—Ese fue nuestro error —respondió Zahariel, mientras los nuevos disparos y las voces interrumpían el impacto causado por el ataque a Attias.

—¡Contacto hostil! —informó otro sargento de escuadra—. Bestias reptiles. Aparecieron de repente. Se mueven rápido, pero creo que hemos herido a una. Una baja. Avanzamos.

—Entendido —respondió el León—. Mensaje recibido. Que todas las unidades continúen hacia el centro del asentamiento.

La extraña bestia reptil atacó dos veces más. Todas las veces surgía de la nada y atacaba con una velocidad y una fiereza antinatural. Cada vez que los monstruos atacaban derramaban sangre, pero ningún otro guerrero cayó en sus emboscadas, aunque muchos se vieron obligados a desprenderse de partes de su armadura, pues el ácido que escupían las criaturas xeno corroía el blindaje de las Mark IV.

Los astartes continuaron dirigiéndose al asentamiento, y descargaban sus bólters mientras avanzaban metódicamente en una formación solapada, en la que una escuadra avanzaba mientras la otra la cubría.

Los ataques se volvieron más frecuentes a medida que se acercaban a su objetivo, y cuando llegaron al interior del asentamiento, Zahariel vio cómo las criaturas se habían agrupado en una masa de cuerpos deformes y escamosos ante la entrada del pozo de la mina.

Zahariel sintió náuseas al ver a aquellas criaturas tan antinaturales, con una anatomía tan retorcida y tan alejada del ideal humano que le resultaba imposible relacionarla con una forma conocida. Sus extremidades presentaban diversas articulaciones que parecían moverse y rotar sobre

varios ejes diferentes. Sus cuerpos eran sinuosos y ondulantes y poseían unas escamas iridiscentes y translúcidas que les daban un aspecto fantasmagórico, como si no fuesen… reales.

—¿Qué son?

—Impías criaturas xeno —respondió Hadariel.

La pólvora se oía desde los tres lados abiertos del emplazamiento. Zahariel vio al León emerger de detrás de una alta estructura de placas de metal oxidado. Una vez más se quedó impresionado al ver el imponente físico del primarca que dirigía a los guerreros de los Ángeles Oscuros desde el frente con la espada levantada y el fragor de la batalla en los ojos.

Lion El'Jonson apenas había hecho su aparición cuando las criaturas xeno emitieron un terrible y penetrante grito, que Zahariel no supo decir si era de temor o de impaciencia. Las bestias avanzaron en una bullente ola de escamas y garras y los Ángeles Oscuros cargaron contra ellas. Los bólters escupían balas que estallaban con un sonido húmedo en el interior de las criaturas. Una vez heridas, caían sobre la arena y comenzaban a disolverse en un charco de fluido vítreo y viscoso.

Los adversarios se cruzaron en una tormenta de espadas y zarpas. Zahariel se encontraba cara a cara con una chillona criatura de cabeza alargada y sinuosa. Las pupilas de sus coloridos ojos eran finas líneas verticales. El monstruo silbó y le lanzó una dentellada tan veloz que del primer ataque casi le arranca la cabeza. El astartes dio un paso atrás y disparó al estómago de la bestia. El proyectil la atravesó antes de detonar. Herido, el monstruo dirigió su garra hacia él y le escupió la ácida mucosidad. Zahariel se echó a un lado para sortear la sustancia, pero no pudo evitar un zarpazo en el pecho. Al sentir que la garra le atravesaba la armadura y le rasgaba la piel y los músculos, el guerrero lanzó un grito. El dolor era intenso y frío, y gimió de sorpresa por lo repentino del golpe. Aquel contacto le recordó el frío entumecedor que había sentido en los bosques de Endriago justo antes de encontrarse con los Vigilantes en la Oscuridad. La bestia era tan antinatural como lo que quiera que fuese que estaban custodiando los Vigilantes, y supo con total certeza que no se

trataba simplemente de una criatura xeno cualquiera, sino de algo infinitamente más peligroso.

Zahariel dejó caer su bólter y desenvainó la espada forjada con el diente del león de Endriago. El monstruo fue hacia él una vez más, y el astartes esquivó el acometedor brazo de la bestia y dio un paso hacia adelante para hendirle el arma hasta el pecho. La afilada hoja se abría paso a través de la insustancial carne de su cuerpo como si de una nube cargada de agua se tratase.

Por muy rápidos y feroces que fuesen aquellos monstruos fantasmales, no tenían nada que hacer frente al implacable estoicismo de los Ángeles Oscuros, quienes iban estrechando el círculo de guerreros y las asesinaban sin piedad. Zahariel vio como el León se abría paso a través de los monstruos como si lo hubiese poseído una ira asesina inimaginable. Con su espada iba atravesando a las criaturas y con cada golpe reducía a media docena de ellas a un montón de fluido gelatinoso. Nemiel luchaba a su lado. Aunque su habilidad no podía compararse con la sublime majestuosidad del primarca, no le faltaba determinación. Su primo era un gran guerrero y, junto al León, se mostraba como el héroe que era.

Apenas unos momentos después de comenzar, la batalla ya había terminado. Hasta la última criatura había sido aniquilada. Cuando hacía tan sólo unos instantes en el asentamiento minero resonaban los bólters y las espadas sierra, ahora reinaba el silencio y los Ángeles Oscuros se reagrupaban.

—Asegurad la zona —ordenó el León, mientras acababa con el último de los monstruos—. Quiero la Stormbird con el arma del hermano bibliotecario Israfael en tierra en dos minutos.

—¿Adónde nos dirigimos ahora? —preguntó el señor del capítulo Hadariel.

El León señaló hacia la inmensa sima de la boca de la mina que se adentraba abruptamente a los pies del precipicio.

—Bajo tierra —respondió—. El enemigo se encuentra bajo nuestros pies.

Rhianna Sorel había sentido miedo en muchas ocasiones, pero el terror que se había apoderado de ella desde su abducción en las calles de Shaloul no podía compararse con nada que hubiese experimentado antes.

Cuando el soporífero efecto de las flores desapareció, se encontró a sí misma atada y con los ojos vendados. La estaban llevando a alguna parte en un vehículo bastante cómodo por los tórridos desiertos que rodeaban la ciudad.

Desconocía su destino, pues sus secuestradores no habían dicho una palabra en todo el viaje, pero le habían dado de comer y de beber en respuesta a sus protestas. Adonde quiera que la estuviesen llevando y fuese cual fuese su propósito, estaba claro que querían que llegase sana y salva.

Su única manera de percibir el paso de las horas era que el calor del día había disminuido y que la noche era fría y silenciosa. Oía las pisadas alrededor del vehículo en el que viajaba y el crujir de las ruedas, pero aparte de eso, el único sonido que se oía era el suave susurro del viento sobre la granulosa arena.

A pesar de todo, consiguió dormirse. Al despertarse, varias personas la sacaron del vehículo. Rhianna empezó a llorar, temiendo el tacto de las criaturas enmascaradas que había visto durante el festival de luces, pero sus portadores parecían humanos y sudaban y gruñían como tales mientras la llevaban hacia delante.

La venda se le deslizó un poco y logró ver unas estructuras de metal prefabricadas como las que se utilizaban para alojar a los trabajadores en los asentamientos mineros o agrícolas. A su alrededor se oían extraños sonidos, unos movimientos de arrastre que sonaban como pasos pero que tenían un peculiar ritmo irregular que le volvió a recordar a las terribles criaturas.

Su viaje continuó bajo tierra. El ambiente frío y húmedo de un túnel subterráneo era inconfundible. El aire tenía un sabor metálico, y una extraña tensión eléctrica hizo crepitar su pelo y las joyas que aún llevaba. El hedor metálico se volvía cada vez más intenso y penetraba en sus fosas

nasales, provocándole arcadas sobre la mordaza que le cubría la boca. Había mantenido los ojos fuertemente cerrados mientras sus secuestradores la arrastraban a una profundidad cada vez mayor por miedo a lo que pudiera ver si intentaba descubrir donde se encontraban.

Después tuvo lugar una serie de cambios, y pasó de mano en mano hasta que la apoyaron contra una pared vertical que por el tacto parecía ser una roca lisa. Mientras permanecía con la espalda pegada a la losa oía un lento y aterrador latido que inundaba el ambiente, como si estuviese atrapada en el tórax de alguna enorme bestia. Tenía las manos fijadas a la roca mediante una especie de abrazaderas metálicas con cerrojos.

Unas manos mecieron suavemente su rostro, y Rhianna se estremeció al sentir su tacto.

Le retiraron la venda y cerró los ojos, cegada por la luz repentina.

Ante ella vio a un hombre ataviado con una toga carmesí que llevaba una inexpresiva e irreconocible máscara de oro.

—¿Dusan? —preguntó, deseando que fuese él más que esperando estar en lo cierto.

—Así es —respondió el enmascarado—. Conmigo es con quien hablas.

Incluso a pesar de lo terrible de la situación, sintió ganas de llorar al escuchar una voz familiar.

—Por favor —imploró—. ¿Qué estás haciendo? Déjame que me vaya, por favor.

—Eso es imposible —dijo Dusan—. Tienes que convertirte en el Melachim, el recipiente para los antiguos que moran tras el velo. Nos darás la victoria sobre los impíos.

—Pero ¿qué estás diciendo? Esto no tiene ningún sentido.

—No para ti —aceptó Dusan—. Sois gente sin dios, y éste es un acto divino.

—¿Divino? —preguntó Rhianna—. Por favor, suéltame. Te prometo que no diré nada a nadie.

—Mientes —repuso Dusan con tono neutral—. Mientes como todos los tuyos.

—¡No! —exclamó Rhianna—. ¡Lo prometo!

—Ahora ya da igual. La mayoría de tu gente ha muerto y el resto pronto los seguirá cuando albergues al Melachim. Como te dije, habrá dolor, y siento que tenga que ser así.

—¿Qué vais a hacer conmigo?

Aunque no podía ver su rostro, Rhianna tenía la sensación de que Dusan sonreía tras la inerte superficie de su máscara.

—Vamos a profanarte —dijo mientras señalaba hacia arriba—. Tu carne impura albergará a uno de nuestros ángeles.

Rhianna siguió su mirada y lloró lágrimas de sangre al ver al ángel de los saroshi.



VEINTICUATRO

La oscuridad del pozo de la mina no era obstáculo para los Ángeles Oscuros. Los sentidos de sus armaduras compensaban sin problemas la penumbra del interior de la tierra. Cada paso que daban los adentraba más en el subsuelo del planeta y acercaba el momento de la venganza por todas las muertes sufridas a manos de los traidores de Sarosh.

Zahariel sentía el poder psíquico bajo tierra como un fuerte sabor actínico en el paladar, un desagradable sabor a carne podrida y a corrupción. Observó al hermano bibliotecario Israfael y vio que él también percibía el terrible hedor de la disformidad.

La Stormbird de Israfael había tomado tierra apenas unos momentos después de que el León diera la orden. Un equipo de servidores y de adeptos del Mechanicus lo habían ayudado a extraer la ojiva ciclónica modificada del interior de la nave.

Al ver el dispositivo por primera vez, Zahariel recordó la bomba oculta en la lanzadera saroshi. Parecía un cilindro ovoide amarrado a una camilla flotante con unas cadenas metálicas. Varios cables y tubos forrados de cobre rodeaban el artefacto, y Zahariel entendió claramente por qué no había sido posible lanzarlo desde el aire.

Sin decir ni una palabra, los ángeles comenzaron a avanzar hacia las profundidades del mundo con el León en cabeza. La dama Argenta había hablado de seres que procedían del empíreo y que adoptaban formas materiales, y aunque todo aquello le sonaba a oscuras pesadillas de locos y lunáticos, lo que había visto en la superficie le hizo replantearse aquel pensamiento.

Si esas bestias existían, ¿qué otra clase de monstruos acecharían en las profundidades de la disformidad? ¿Qué clase de poderes desconocidos para la humanidad habría allí? El camino se adentraba cada vez más en la tierra. Los Ángeles Oscuros caminaban en silencio, sumidos en sus propios pensamientos. Zahariel no paraba de pensar en la brecha irreparable que se había abierto entre Luther y el León. Normalmente, los dos guerreros eran inseparables, pero allí estaba el León, dirigiéndose hacia la batalla sin su hermano.

Zahariel no le había contado a nadie lo que Luther le había dicho momentos antes de que la bomba saroshi se activase, y temía las consecuencias que supondría que aquel hecho saliese a la luz. Aunque tal vez el León ya lo supiese, porque había pocas cosas que se le escapasen.

Lion El'Jonson alzó una mano para que se detuvieran y Zahariel se obligó a apartar aquellos sombríos pensamientos de su mente. El primarca olfateó el aire y asintió.

—Sangre —dijo—. Mucha sangre.

Los Ángeles Oscuros continuaron avanzando con mayor cautela, preparados con sus bólters en la mano y los dedos en los gatillos. Poco después, Zahariel percibió el olor del que había hablado el León momentos antes, y el fuerte hedor a sangre vieja y podrida le provocó una arcada. Un débil resplandor llegaba del fondo del pasillo, que se ensanchaba hasta desembocar en un gran túnel abovedado que conducía a una caverna repleta de miasmas.

Al acercarse, Zahariel advirtió que el humo del interior de la caverna eran en realidad energías etéreas que sólo el hermano bibliotecario y él podían ver. El resto de Ángeles Oscuros parecía totalmente ajeno a aquella niebla, cuyas ondas y remolinos estaban cargados de agonizante

sufrimiento y terror. Quizá el León podía verlas también, pues su mirada parecía ir siguiendo el rastro de dolor y agonía que trazaba el humo.

Los Ángeles Oscuros penetraron en la caverna, y el enigma de la población desaparecida de Sarosh dejó de serlo.

El inmenso espacio se perdía en la distancia a ambos lados y estaba iluminado por hileras de luces resplandecientes que colgaban del techo de la caverna. Unas pasarelas de acero atravesaban una enorme fosa llena, casi hasta el borde, de cadáveres, de millones de cadáveres.

Era imposible decir cuántos había, pues la profundidad de la sima llegaba más allá de lo que la vista podía alcanzar, pero Zahariel recordó que el cicatriz blanca Kurgis le habló de una cifra de cerca de setenta millones de desaparecidos. ¿Podría ser esto lo que quedaba de ellos?

Era inconcebible que se pudiesen ocultar tantos cuerpos allí, pero tenían la prueba ante ellos.

—¡Por el Trono! —exclamó el León—. ¿Cómo…?

—Es la gente desaparecida —manifestó Nemiel—. Zahariel, son tantos…

Zahariel sintió que sus emociones brotaban a la superficie y las reprimió ferozmente. Un astartes estaba adiestrado para controlar sus emociones en una situación de combate, pero el inmenso volumen y la densidad del miedo que emanaba de la interminable fosa de cadáveres era sobrecogedor.

—Cálmate, Zahariel —dijo Israfael a su lado—. Recuerda tu entrenamiento. Estas emociones no son tuyas, de modo que bloquéalas.

Zahariel asintió y se obligó a concentrarse, susurrando los mantras que le había enseñado el hermano bibliotecario durante los años que tardó en convertirse en astartes. Poco a poco, la sensación disminuyó y fue sustituida por una feroz determinación.

—Salgamos de aquí —dijo el León, dirigiéndose al puente más cercano que atravesaba la fosa. Sus pisadas en el metal resonaron por toda la caverna, y los Ángeles Oscuros siguieron a su primarca hacia las profundidades.

Zahariel mantenía la mirada apartada del mar de cuerpos, aunque no lograba desconectar por completo de los ecos angustiosos de sus muertes. Pasara lo que pasara, fuese cual fuese el exterminio y la destrucción al que los Ángeles Oscuros iban a someter a los saroshi, jamás se aproximaría ni lo más mínimo a lo que merecían.

Los gritos de Rhianna surgieron de lo más profundo de su ser, pues lo que veía sobre su cabeza era tan terrible y tan antinatural que desafiaba todo entendimiento. El techo de la caverna estaba cubierto de lo que parecía ser una criatura compuesta de mucosidad translúcida. Su apariencia era gelatinosa y estaba salpicada de un millón de ojos impasibles.

Ocupaba el techo de la cámara como un enorme parásito de cientos de metros de diámetro, y parecía moverse y supurar de manera que sus extremos fuesen fluidos. Goteantes zarcillos pendían del cuerpo del inmenso y amorfo… ente, como si de retorcidos tentáculos se tratase, mientras llenaba el ambiente con incoherentes silbidos, gritos y murmullos. En su cuerpo refulgían unas estrellas; brillantes luces de galaxias muertas tiempo atrás que se arremolinaban en su interior como bocados devorados hace años y que aún no habían sido digeridos.

Su aliento se transformó en cortos y dolorosos jadeos mientras luchaba por aferrarse a su cordura ante la visión de algo tan espantoso, algo que claramente no debería existir.

—¿Qué… qué…? —balbuceó, incapaz de forzar su mente a pensar en las palabras correctas.

—Es el Melachim —explicó Dusan con un tono cargado de veneración y de amor—. Es el ángel del más allá que profanará tu cuerpo y lo llevará como abrigo para caminar entre nosotros.

Rhianna se echó a llorar, y cuando las lágrimas alcanzaron sus labios supo que estaba llorando sangre.

—No, por favor… no —rogó—. No podéis…

Dusan asintió.

—Tu vocabulario es incompleto. Podemos y lo haremos.

—Por favor, detente —dijo—. No tienes por qué hacer esto.

El saroshi ladeó la cabeza como si estuviese digiriendo sus palabras e intentando encontrarles sentido.

—¡Ah! —exclamó, señalando a las figuras enmascaradas que la rodeaban—. No lo entiendes. Esto ya ha empezado.

Llegado al otro lado de la pasarela que atravesaba la fosa de cuerpos hasta unos estrechos túneles que se adentraban en la oscuridad, Zahariel sintió que los ecos de los muertos empezaban a apagarse. Seguían ahí, presionándole las paredes del cráneo, pero cada vez se oían más lejos. Al principio lo agradeció, pero después se dio cuenta de que sólo habían sido ahogados por algo mucho más fuerte y persistente.

Era como si un martillo le golpease la cabeza.

Zahariel cayó sobre una de sus rodillas. Un atroz dolor punzante le atravesó la cabeza como si alguien le hubiese incrustado un aguijón incandescente en el oído.

El hermano Israfael se tambaleó ante aquel ataque psíquico, pero permaneció de pie. El atenuador psíquico conectado a su casco lo protegía de la peor parte del dolor.

—¡Mi señor! —exclamó el bibliotecario—. Ya ha comenzado… Es la criatura de la disformidad. Está intentando pasarse por completo a nuestro mundo.

—¿Estás seguro? —preguntó el León.

—Totalmente —confirmó Israfael—. ¿No es así, Zahariel?

—Sí, ya está llegando —respondió ésta apretando los dientes.

—Entonces no tenemos tiempo que perder —dijo el primarca antes de darse la vuelta y emprender el paso.

Zahariel se apoyó en las paredes para levantarse, su control mental no servía para nada contra la fuerza del poder que inundaba el ambiente a su alrededor.

Nemiel le ofreció la mano.

—Primo, cógete a mí —le dijo.

Zahariel aceptó, agradecido, el gesto de su hermano.

—Como en los viejos tiempos, ¿eh?

Nemiel sonrió, pero tras su expresión, Zahariel percibió su angustia. Se puso en pie e intentó desprenderse del temor que le atenazaba la boca del estómago.

El León ya se encontraba a cierta distancia y Zahariel tuvo que correr todo lo rápido que pudo para alcanzarlo. Cada paso que daba era doloroso. Las heridas y quemaduras producidas en la cubierta de la embarcación aún no se habían curado del todo, a pesar de su rápido metabolismo. Aunque lo peor era el dolor psíquico que se le filtraba por todos los poros del cuerpo, contra el cual su armadura no ofrecía ninguna protección.

Cuanto más se adentraban los Ángeles Oscuros en las profundidades, más insistente se volvía el sonido, y Zahariel deseó con todas sus fuerzas que el dispositivo del hermano Israfael pudiese acabar con él. Se volvió un momento hacia atrás para comprobar que la camilla flotante y sus servidores seguían el ritmo de los astartes.

Los servidores lobotomizados no parecían percibir la angustia vital que envolvía aquel lugar, y Zahariel los envidió. El arma de pulso electropsíquico brillaba con la media luz, y el guerrero se estremeció ante el terrible potencial que sentía emanar de la ojiva. Desde delante llegaban sonidos de voces y un ruido palpitante que retumbaba a través de todos los sentidos, incluso de aquellos más allá del entendimiento humano. Una luz tenue, enfermiza y absorbente de vida inundaba la cámara y se colaba por el túnel por el que descendían los Ángeles Oscuros como una marea negra. El León fue el primero en entrar en la caverna, acompañado de Nemiel.

El hermano Israfael siguió al primarca, y el resto de los Ángeles Oscuros se unieron rápidamente a sus hermanos de batalla. Al penetrar en la caverna, una ola de repulsión recorrió el cuerpo de Zahariel, aunque aquella emoción no emanaba de él. Procedía de las figuras ataviadas con togas que rodeaban una losa vertical de piedra oscura y veteada mientras salmodiaban y cantaban en un terrible coro alrededor de una mujer que gritaba amarrada a la losa. Zahariel siguió la sollozante mirada de la prisionera de los saroshi y el terror se apoderó de él al ver el descomunal

origen del mal que moraba en aquella caverna de luces rojas, olvidada y enterrada bajo el mundo.

Su cuerpo gelatinoso parecía el de algún ser que mora en las profundas fosas oceánicas, brillante, frágil en apariencia, e iluminado desde su interior por estallidos de luz eléctrica y de color. Un millón de ojos observaban desde su abominable forma, y el astartes sentía su hambre atroz como un lacerante dolor en el pecho. Mientras la observaba, el contorno de la criatura empezó a desvanecerse, pero Zahariel sabía que estaba cerca de alcanzar su objetivo.

Mientras otros, él incluido, permanecían paralizados ante la espantosa estampa de la criatura sobre sus cabezas, el León ya se había puesto en movimiento. Su arma disparó a dos de las figuras enmascaradas mientras salmodiaban y su espada saltó a su mano al cargar contra ellas.

Ver al primarca en acción alentó a los Ángeles Oscuros a seguirlo y, con un aterrador grito de guerra, se lanzaron al ataque. Las pistolas escupían fuego y las espadas relucían con la luz muerta del monstruo sobre sus cabezas, pero conforme iban muriendo los enmascarados, Zahariel sentía que un terrible regocijo recorría el ambiente. Las figuras ocultas ni siquiera intentaban defenderse, y Zahariel comprendió por qué al ver los ojos agonizantes de la mujer atada a la losa vertical.

Su rostro presentaba la expresión de un grito mudo, sus ojos estaban vacíos y vidriosos, como rellenos de tinta negra. Un poder oscuro flotaba en ellos, y cuando Zahariel miró en su interior, algo inhumano le devolvió la mirada. Zahariel alzó su pistola. Mientras la monstruosa esencia de la criatura del techo de la cueva empezaba a verterse en su huésped, una parte de la mujer emergió por un breve instante y se estableció un ínfimo momento de conexión entre ellos, mucho más profundo que cualquier cosa que Zahariel hubiese experimentado antes, y que no volvería a experimentar jamás.

En aquel segundo ella simplemente dijo…: «Sí».

Zahariel asintió y apretó el gatillo.

Su pistola escupió un trío de proyectiles que recorrieron el espacio entre él y la mujer en un latido. Penetraron su piel y sus músculos y atravesaron su caja torácica con la misma facilidad.

Cuando las balas, sensibles a la masa, detectaron un aumento local de presión, las cargas explosivas de su interior detonaron.

Zahariel vio como los tres proyectiles hacían estallar a la mujer. Su tórax reventó y su estómago se abrió como una rosa roja. Su cráneo dejó de existir y pasó a convertirse en un confeti de sangre y fragmentos de cerebro.

Un terrible y atemporal grito de frustración inundó la cámara y resonó simultáneamente por todos los planos de existencia al desbaratarse los planes de una criatura más vieja que el tiempo.

Pero el monstruo no iba a darse por vencido.

Mientras los trozos de la mujer giraban en el aire, un grotesco crujido atravesó la cámara y cada uno de ellos se paralizó, desafiando la gravedad y todas las leyes naturales del hombre. La criatura del techo de la cueva se había desvanecido casi por completo y su viscosa superficie era ya un recuerdo distante. Las figuras enmascaradas habían sido aniquiladas, pero los trozos de carne seguían flotando en el aire.

—¿Qué está pasando? —inquirió el León—. ¿Qué has hecho, Zahariel?

—Lo que tenía que hacer —respondió.

El dolor de su cuerpo y el pesar de su corazón hicieron que respondiese con tono insubordinado.

—¿Y ahora qué? —dijo Nemiel, mirando con repulsión los trozos flotantes de carne cruda.

—La criatura aún no ha sido derrotada —gritó Israfael, corriendo hacia la ojiva ciclónica modificada—. Preparaos para luchar, Ángeles Oscuros.

—Será mejor que funcione, bibliotecario —advirtió el León.

—Lo hará —prometió Israfael—. ¡Dadme algo de tiempo!

Nada más decir esto el bibliotecario, la carne de la mujer silbó y desapareció. En su lugar dejó brillantes agujeros en el aire. Una luz

terrible, impura y multicolor emanaba de ellos, y Zahariel supo que lo que acechaba al otro lado era puro mal concentrado. Sin previo aviso, un grupo de tentáculos emergieron de la luz, retorciéndose como serpientes hacia los Ángeles Oscuros.

Tres flagelantes apéndices avanzaban directos hacia Zahariel.

Él los cercenó con su espada, amputándolos todos de un solo movimiento. Con la otra mano, disparó su bólter y envió una ráfaga de proyectiles hacia el espacio vacío del que procedían los tentáculos. Oyó un chillido, un sonido profundo e inhumano que le recordó a una de las bestias de Caliban. La familiaridad de aquel grito resultaba aterradora.

La batalla apenas había comenzado y ya tenían al enemigo sobre ellos. Conforme los Ángeles Oscuros se movían para formar un círculo junto a su primarca, el número de tentáculos se multiplicaba a una velocidad extraordinaria. Eran dos o tres veces más gruesos que un brazo humano, medían varios metros de largo y eran lo bastante fuertes como para romper las placas externas de ceramita de la servoarmadura astartes modelo Mark IV. Algunos terminaban en garras de hueso y se curvaban como la hoja de una guadaña, mientras que el resto parecían estar hechos para agarrar y estrangular a las presas, o estaban cubiertos de uñas retráctiles. Los tentáculos no parecían estar unidos a ningún cuerpo, sino que flotaban en el aire. El amplio extremo final de cada tentáculo desaparecía en una nada luminosa, como si perteneciese a una especie de criatura incorpórea invisible que sólo necesitase mostrarse en partes.

—¡Es como luchar contra fantasmas! —gritó Zahariel.

—Sí —respondió Nemiel rebanando con su espada otro tentáculo—. ¡Pero estos fantasmas matan!

Como para demostrar su afirmación, uno de los apéndices agarró a uno de los suyos de los pies y lo arrastró hacia uno de los agujeros brillantes de los que emergían los tentáculos. El compañero que se encontraba más cerca se lanzó a salvar a su camarada y acabó destripado por las garras.

Lo peor de todo era la naturaleza desigual de la batalla. Un enemigo perfectamente capaz de matarlos había atacado, pero a ellos les resultaba muy difícil responder de la misma manera. Zahariel siguió cortando

tentáculos mientras apuntaba con su bólter hacia el punto del que emergían, aunque no sabía hasta qué punto sería efectiva su táctica. ¿Supondría cortarle una de las prolongaciones una herida mortal para la criatura a la que pertenecían, o eran aquellos apéndices tan desechables como el cabello humano?

El pesado bólter de Eliath producía un estruendoso ritmo entrecortado que interrumpía el ruido de la batalla con un retumbante contrapunto. El impacto de sus proyectiles hacía salpicar un líquido, posiblemente sangre, pero por mucho que mutilaban los tentáculos, cada vez aparecían más.

De vez en cuando, Zahariel oía alaridos desde el otro lado de las brechas refulgentes, pero no conseguía distinguir si eran gritos de dolor o una especie de aullido triunfante de caza.

Al luchar contra ellos, Zahariel recordó las historias de su infancia, los cuentos sobre monstruos y demonios.

Estaba combatiendo monstruos invisibles. No era difícil considerar a aquellas criaturas como algo que superaba el entendimiento humano, como seres de las profundidades primigenias que habían vuelto para castigar al hombre por su orgullo desmedido.

—¡Israfael! —gritó el León—. ¡Sea lo que sea lo que estés haciendo, será mejor que lo hagas rápido!

—¡Sólo un momento más! —gritó el bibliotecario.

—¡Un momento puede ser todo lo que nos quede!

—¡Resistiremos —gritó Nemiel—, hasta que la Gran Cruzada haya concluido!

El tono de Nemiel era pretencioso, pero Zahariel sabía que el León tenía razón, podrían aguantar unos momentos como mucho. Otros dos guerreros habían caído, y la brutal aritmética de combate indicaba que el resto los seguiría pronto.

Las prolongaciones eran implacables y no dejaban a los ángeles oscuros tiempo para descansar o para pensar. De repente, Zahariel vio que un tentáculo volaba hacia el hermano Israfael y respondió con un corte rápido de espada, rebanándolo desde la punta del tentáculo y obligando a

su incorpóreo propietario a retirarlo inmediatamente. Pero en cuanto éste desapareció, nuevas prolongaciones ocuparon su lugar.

Zahariel recordó algo que había leído en uno de los antiguos mitos de Terra acerca de una criatura llamada Hidra, que generaba dos cabezas cada vez que le cortaban una.

En la leyenda, el héroe de la historia venció al monstruo quemando el corte del cuello para cauterizar la herida antes de que las cabezas pudiesen volver a crecer. Zahariel deseó que algo tan simple como el fuego pudiese vencer a aquel temible enemigo.

—¡Zahariel! —gritó el hermano Israfael—. ¡Ahora!

Se volvió al escuchar su nombre y vio que el bibliotecario apretaba el botón de activación del mecanismo de disparo de la ojiva. Una colosal nota baja surgió del dispositivo y una titánica ola de fuerza psíquica estalló desde la ojiva en un halo expansivo. Los pies de los ángeles oscuros se elevaron del suelo a causa del estallido, y Zahariel sintió su fuerza fundirse en su mente junto con la voluntad de hierro del hermano Israfael. Sabiendo perfectamente lo que tenía que hacer, Zahariel concentró toda su psique y recogió toda la fuerza electropsíquica para utilizarla para sus propios fines, manejando el poder como un técnico maneja una sierra de plasma. Sintió que la fuerza en su interior aumentaba y se elevaba, y saboreó el temible potencial que corría por sus venas. Violentas llamas ardían en sus ojos, y al dirigir la mirada hacia los tentáculos que emergían de los haces de luz que flotaban en el aire, éstos se cerraron.

Nuevos alaridos inundaron la cámara, pero Zahariel e Israfael irradiaban una luz blanca y pura. El poder de un millón de soles los atravesaba a su antojo. Como bomberos en un hangar en llamas, regaron con su poder a sus compañeros, destruyendo los ondeantes tentáculos y sellando las brechas en la realidad de las que habían salido.

En unos instantes, aunque parecieron una eternidad, la cámara se quedó en silencio una vez más. La batalla había terminado y el ángel de los saroshi había desaparecido.

Zahariel lanzó un grito conforme la fuerza del estallido electropsíquico perdía intensidad y se derrumbó como si se hubiese quedado sin energías. Permaneció quieto en el suelo y dejó que su respiración volviese a la normalidad tras la furia de la batalla y la emocionante pero agotadora canalización de poder.

Miró hacia el hermano Israfael y sonrió con cansancio.

—¿Ya ha terminado? —preguntó el León.

—Ha terminado, mi señor —asintió el bibliotecario.

Los Ángeles Oscuros recogieron a sus muertos y emprendieron el camino de vuelta a la superficie de Sarosh. Recorrieron de nuevo los estrechos túneles, la fosa de los cadáveres y las galerías del pozo de la mina.

La tarde había dado paso a la noche y el aire era fresco. Los guerreros agradecieron el frescor en su piel tras quitarse los cascos, e inspiraron grandes bocanadas de aire para llenarse los pulmones.

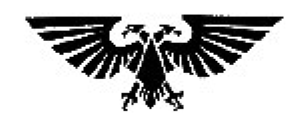
Las Stormbird volvieron a descender para recoger su carga. Las unidades del ejército se encargaron de comprobar los túneles bajo la estación minera 1-Z-5, aunque nadie esperaba que encontrasen nada hostil allí ahora que el ángel de Sarosh había desaparecido.

Zahariel estaba tremendamente exhausto y tenía el cuerpo dolorido y magullado, aunque su mente estaba despejada ahora que los ecos del sacrificio y la presencia detestable de la criatura del otro lado del velo habían cesado.

El León no dijo nada durante el trayecto hasta la superficie, reservaba sus pensamientos, y ni siquiera dedicó unas palabras de reconocimiento a sus guerreros.

Mientras embarcaban en las Stormbird, a Zahariel lo invadió una extraña sensación de malestar que le recorrió la columna y se volvió para descubrir de dónde procedía.

Lion El’Jonson lo miraba fijamente.



TRAS LA BATALLA

Zahariel observaba en el portal cómo la *Causa Invencible* se hacía más pequeña. La Stormbird avanzaba a través del espacio hacia la Ira de Caliban y hacia la deshonra. Apenas habían pasado seis horas desde la victoria en la estación minera 1-Z-5 y, a su regreso a la flota de expedición, todo había acontecido tan de prisa que le costaba creer que hubiese sucedido de verdad.

Nada más llegar a la *Causa Invencible*, los guerreros de la compañía de Zahariel recibieron nuevas órdenes de despliegue.

El León anunció en una declaración que los reclutamientos no estaban teniendo lugar tan rápido como pensaba. Por ello, los astartes más experimentados debían regresar a su mundo natal cuanto antes para asegurarse de que los alistamientos de nuevos guerreros volvían a ponerse al día.

La Gran Cruzada estaba entrando en una nueva y vigorosa etapa, y la Legión de los Ángeles Oscuros necesitaba nuevos guerreros que siguiesen extendiendo la luz del Imperio.

En cuanto a la pacificación de Sarosh, tras la batalla bajo la estación minera 1-Z-5, los habitantes abandonaron la lucha. La noticia de la

desaparición del ángel vengador de su mundo atravesó el planeta en el tiempo en que tardó en llegar también a la flota de expedición.

Las unidades del ejército de las flotas cercanas, así como la semilegión de titanes de los Avispas de Fuego ya estaban de camino para acabar con cualquier tipo de resistencia, y todo lo que quedó fue para llevar a cabo la sumisión total, una vez que los últimos vestigios de rebelión se hubiesen reprimido.

Zahariel estudió la orden de despliegue para ver quién iba a regresar a Caliban y vio que Nemiel se quedaba allí. Había buscado a su primo antes de la hora de partida, pero no logró encontrarlo, y Zahariel cumplió las órdenes y se dirigió hacia la cubierta de embarque con el resto de guerreros destinados a regresar a casa.

La sensación de desánimo era total, y aunque no había ninguna causa aparente por la que hubiesen sido elegidos para abandonar la flota, todos los guerreros sabían la verdad en su corazón.

El León no los quería a su lado, y eso era lo que más dolía.

El hermano bibliotecario Israfael estaba allí, al igual que Eliath, el herido Attias y cientos de otros guerreros leales.

Su contribución a la Gran Cruzada había sido tan mínima, tan insignificante en la escala de lo que estaba por llegar, que Zahariel dudaba que los cronistas llegasen a registrar la corta guerra de Sarosh.

La Gran Cruzada continuaría, pero lo haría sin Zahariel.

Y, aún peor, continuaría sin el hombre sentado al otro extremo de la Stormbird.

Continuaría sin Luther.